CUANDO TODO SE DETUVO



Algunas historias comienzan cuando todo se detiene.

CARLOS MARTÍN

A mi madre.
Por todo lo que sostiene, incluso cuando nadie lo ve.
Ha sido, es y será siempre, mi lugar seguro.

Capítulo 1: La llegada

El agua golpeaba suavemente el casco del barco, salpicando con gotas frías que refrescaban a Álvaro mientras se sujetaba al borde de la embarcación. Con el cabello oscuro y algo desordenado por el viento, sus ojos claros parecían más atentos a lo que ocurría dentro de sí que a lo que le rodeaba. La isla, al fondo, emergía del océano formando una figura dormida bajo el sol intenso del mediodía. Sus contornos, ondulados por el calor y los destellos cegadores, eran inciertos, cambiando de forma con un simple parpadeo.

A su lado estaban sus amigos, todos animados por la emoción de aquellas vacaciones especiales. Marta reía mientras disparaba con su cámara instantánea al azar, su melena pelirroja atrapando la luz como si fuera una extensión del sol; las pecas en sus mejillas se multiplicaban cada vez que sonreía. Diego, más alto y ancho de hombros que el resto, con la piel bronceada y el pelo recortado al milímetro, permanecía cerca del motor, revisando cada detalle haciendo de capitán minucioso que no quiere sorpresas.

Clara, sentada en la popa, sonreía con calma. Tenía el pelo rubio ceniza recogido en una trenza, los ojos grandes y verdes fijos en el horizonte, y una piel tan pálida que parecía fuera de lugar bajo aquel sol. David, más bajo y moreno, no paraba de hablar, gesticulando con unas manos llenas de anillos y muñequera de tela, intercalando chistes nerviosos con comentarios mordaces dirigidos especialmente a Leo. Mientras, Leo, de gafas gruesas, rostro anguloso y siempre un poco encorvado sobre su cuaderno, mantenía su expresión rigurosa y reflexiva, más propia de un científico en una expedición crucial que de un turista relajado.

—¿Cuántas fotos más piensas sacrificar al océano, Marta? —preguntó Leo con gesto resignado, ajustándose las gafas.

Marta se encogió de hombros, riendo sin preocupación.

—Las necesarias hasta conseguir una buena. ¿Quieres posar para mí?

—Déjalo, Marta —intervino Diego con voz firme—. Mejor asegúrate de no caer al agua.

—¿Crees que habrá algo interesante ahí dentro? —preguntó David, mirando hacia la isla con una sonrisa traviesa.

—¿Como qué? ¿Tigres? ¿Piratas? —bromeó Clara, suavizando la tensión con su tono siempre amable—.
—Todas las islas tienen secretos —comentó Álvaro en voz baja, casi sin darse cuenta de que estaba pensando en voz alta. Quiso añadir algo más, pero se detuvo. A veces sentía que sus palabras no le pertenecían del todo. Diego lo miró de reojo con seriedad, pero prefirió no añadir nada.
La isla creció ante ellos conforme se acercaban, revelándose poco a poco como una tierra salvaje cubierta por una vegetación densa y oscura que parecía devorar cualquier intento de descubrir qué escondía en su interior. Cuando pisaron finalmente la arena, el sonido cambió drásticamente. La algarabía y el murmullo del océano quedaron atrás, sustituidos por un silencio casi palpable, que pareció envolverlos en un abrazo profundo. Era un silencio intenso, pareciendo incluso que los pájaros hubiesen aprendido a guardar secretos. Marta se agachó a coger un puñado de arena entre los dedos, sus zapatillas viejas llenas de pegatinas contrastaban con el paisaje virgen. Diego, con las botas siempre limpias y un reloj deportivo en la muñeca, fue el primero en revisar el entorno, con el ceño fruncido.
La cabaña, a pocos metros del embarcadero, lucía abandonada pero sólida, construida con madera envejecida por el tiempo y la sal. Quizá fue edificada por aventureros anteriores, o por alguien con el sueño de desaparecer en mitad de la nada. Dentro, el aire olía a humedad y a historias olvidadas. Nadie dijo nada al entrar, todos pudieron percibir de forma instintiva que aquel lugar exigía un tipo diferente de respeto. Álvaro dejó caer su mochila junto a la puerta, pasándose la mano por el pelo para apartarse el flequillo sudado. Clara olió el aire con gesto delicado, arrugando la nariz y mirando las telarañas del techo con la curiosidad tranquila de quien está acostumbrada a buscar belleza en cualquier rincón.
La mujer de la agencia —alta, con el pelo recogido en una trenza tensa y las manos firmes sobre una carpeta plastificada— los esperaba junto a la puerta.
—Bueno, chicos —empezó, sonriendo de forma profesional—. Ya habéis llegado. Aquí empieza vuestra aventura.

Tendréis doce días para hacer lo que os apetezca, dentro de los límites del sentido común, claro —añadió, mirando de reojo a David, que ya esbozaba una sonrisa de travesura.
—¿De verdad no hay nadie más en la isla? —preguntó Clara, observando el interior de la cabaña con intención de buscar algo oculto.
—Nadie. Esta isla está deshabitada desde hace años —respondió la mujer—. Y no os preocupéis por animales peligrosos: lo más salvaje que encontraréis será alguna lagartija o pájaros curiosos. Aquí no hay lobos, ni serpientes venenosas, ni nada de eso.
—¿Y la cobertura? —preguntó Leo, sacando el móvil del bolsillo y comprobando la pantalla.
La mujer sonrió y negó con la cabeza.
—Lo siento, aquí vuestros móviles no os van a servir de mucho. El aislamiento es parte de la experiencia. Pero si pasa cualquier cosa importante, ahí —señaló un estante junto a la puerta— tenéis un teléfono de emergencias. Solo usadlo si es realmente necesario.
—¿Y la comida? —quiso saber Marta, recorriendo con la mirada la pequeña cocina.
—En esa despensa encontraréis provisiones básicas para toda la estancia: pasta, arroz, conservas, algo de fruta y verduras frescas para los primeros días.
—¿Y si nos da por cocinar langosta a la brasa? —bromeó David.
—Si pescáis alguna, os la podéis comer —respondió la mujer con media sonrisa—, pero no esperéis milagros del mar.
También os he dejado una pequeña guía de plantas comestibles.
Y recordad: no arranquéis nada raro que no sepáis qué es.
Abrió la carpeta y desplegó un plano, no muy detallado, sobre la mesa.
—La isla no es muy grande. Aquí tenéis la cabaña, el embarcadero y algunas rutas señalizadas, pero hay muchas zonas por descubrir. El mapa es solo una ayuda inicial; os animo a explorar por vuestra cuenta.
Eso sí, id siempre juntos o en grupos pequeños, sobre todo si vais al bosque o a la parte norte, que es la más densa.
Diego se inclinó sobre el plano, frunciendo el ceño.

—¿Hay pozos o manantiales? —preguntó—. El agua potable, ¿dónde está?
—Hay un pequeño aljibe detrás de la cabaña —explicó ella—. Es agua filtrada y la reponemos antes de cada grupo. Aun así, sed responsables.
Las duchas funcionan con depósito solar; si os ducháis todos por la mañana, el último igual lo pasa mal.
—¿Y el clima? —intervino Marta, abriendo una ventana—. ¿Debemos esperar lluvias?
—En principio, buen tiempo. Pero en las islas, ya sabéis: mejor no confiarse nunca.
Volvió a mirarlos a todos, asegurándose de que la atención no decayera.
—Por último, recordad que estaréis solos, pero no completamente incomunicados. El barco de recogida vendrá dentro de doce días a esta misma hora. Si por alguna razón necesitáis que vengan antes, solo hay que llamar. ¿Alguna pregunta más?
Hubo un pequeño silencio. Cada uno asimilaba la idea de la libertad y el aislamiento.
—Pues... bienvenidos a vuestra isla —añadió la mujer, dejando la carpeta sobre la mesa y regalando una última sonrisa—. Os deseo mucha suerte, y que la disfrutéis.
Marta fue la primera en sonreír de verdad.
—Esto va a ser increíble, chicos.
Y por un instante, todo pareció posible.

Capítulo 2: La primera noche

Álvaro dejó lentamente su mochila en un rincón, observando con curiosidad una grieta que cruzaba el suelo de madera desgastada. Respiró hondo, mirando alrededor. El entorno, a pesar de la extrañeza, parecía invitarle a fingir normalidad, así que, forzando una leve sonrisa, se giró hacia sus amigos dispuesto a comenzar aquella aventura, aunque aún no supiera del todo qué esperar de ella. Tuvo la impresión de que aquel lugar ya sabía quién era él, incluso antes de que llegara.

Antes de que cayera la noche, decidieron repartirse las habitaciones de la cabaña.

La cabaña, construida en forma de L, tenía un salón abierto que conectaba con una pequeña cocina americana. A un lado, un pasillo alargado conducía a seis habitaciones sencillas, cada una con una cama individual, una mesita y una ventana. La madera de las paredes crujía con cada paso, y todo olía a salitre, viejo papel y algo más difícil de identificar, como tierra húmeda tras la tormenta.

En el centro de la casa, una mesa redonda servía de comedor y punto de encuentro. Al fondo, un baño único con ducha estrecha y un pequeño armario empotrado completaban la distribución. No había espejos grandes, solo uno roto en la entrada y otro oxidado en el baño.

El aire era ligeramente más frío en los rincones. Y aunque había electricidad, unas lámparas de aceite colgaban de las vigas, proyectando sombras danzantes que parecían moverse incluso cuando nadie se acercaba.

Allí, en ese espacio que no era del todo acogedor ni del todo hostil, comenzaría todo.

David fue el primero en alzar la voz:

—¡Yo quiero la que da al mar! Si va a haber fantasmas, que al menos tengan buenas vistas.

Su pelo negro revuelto caía sobre los ojos, y ya se le veía la camiseta descolocada y la cadena de plata asomando entre los pliegues del cuello.

—Yo prefiero la del fondo, cerca de la puerta —dijo Marta, soltando la mochila con decisión—. Así salgo la primera si pasa cualquier

cosa.
Su risa se colaba entre las tablas como una chispa y sus zapatillas con cordones desparejados eran el primer detalle desordenado de la cabaña.
Clara, siempre tranquila, eligió la habitación más pequeña y luminosa.
—Me gusta aquí. Se oye el viento entre los árboles.
Se sentó en la cama, alisando distraída su falda de lino y recogiendo su trenza rubia sobre el hombro, sus gestos suaves como el agua.
Leo se limitó a dejar su mochila en la primera habitación a la que entró, revisando las paredes y evaluando la estructura.
—Mientras no crujan demasiado por la noche, cualquiera me sirve.
Ajustó sus gafas cuadradas, el ceño ligeramente fruncido, y dejó el cuaderno encima de la almohada, como un científico inspeccionando el laboratorio.
Diego, práctico, eligió la que estaba más cerca del baño y la puerta trasera, con gesto de guardián.
—Así controlo las salidas. Nunca se sabe.
Era de los que siempre miraban dos veces antes de apagar la luz.
Sus hombros anchos llenaban el marco de la puerta y la voz grave imponía calma.
Álvaro dudó un momento, luego se conformó con la habitación que quedaba, que era practicamente igual que las demás. No tenía claro si quería ver el mar o esconderse del mundo. Le gustaba no tener que decidir. Ya había aprendido que elegir traía consecuencias.
Entre bromas y pequeñas discusiones, organizaron el equipaje.
Pronto, la cabaña se llenó de risas, pisadas, algún grito fingido y el arrullo doméstico de los nuevos huéspedes.
Esa noche, la luna era un óvalo perfecto. Marta había insistido en hacer una pequeña fogata junto a la playa.
Sentados en círculo alrededor del fuego, pasaban una botella de ron mientras las llamas dibujaban sombras irregulares sobre la arena.
Diego, sentado con la espalda recta, como si su cuerpo no supiera relajarse, lanzaba miradas periódicas al contorno del bosque, la mandíbula apretada.

Clara, acurrucada en la arena con las rodillas al pecho, tenía el rostro pálido y sereno, salpicado de pequeñas pecas y ojos grandes que brillaban bajo el reflejo de la luna.
David, tumbado de espaldas, tenía la risa fácil y el movimiento perpetuo de quien nunca termina de estarse quieto; jugaba a lanzar piedrecitas al mar, sus dedos largos y finos hábiles para los trucos y bromas.
Leo, a la luz del fuego, garabateaba algo en su libreta con una letra minúscula e inclinada, y de vez en cuando mordía el tapón del bolígrafo con un tic nervioso.
—Esto sí que es vida —comentó David con una sonrisa burlona, recostado cómodamente—. Nada de horarios, jefes ni responsabilidades.
—Siempre huyendo de algo, David —dijo Leo, con tono neutro, observando el fuego como el que está analizando un experimento—. El problema es que siempre te llevas a ti mismo.
—Leo, ¿no puedes simplemente disfrutar y relajarte? —intervino Clara con suavidad.—. A veces lo importante es vivir el momento, no entenderlo.
—Hay que mantener siempre una cierta vigilancia. No sabemos realmente qué hay aquí —dijo Diego con voz firme, controlada, cerrando el puño sin darse cuenta.
Marta, algo apartada del grupo, observaba el fuego con la mirada perdida, el reflejo naranja encendiendo aún más el color de su pelo, y jugueteando con una pulsera hecha de hilos de colores en la muñeca. Álvaro la vio alejarse lentamente y sentarse a solas frente a la hoguera. Decidió acercarse y sentarse a su lado. El brillo del fuego resaltaba el perfil de su rostro afilado, las ojeras marcadas por noches en vela, y el pelo algo húmedo por el mar.
Cuando Marta sonreía, las arrugas se dibujaban en las comisuras de sus ojos, mostrando una edad y una dulzura que no tenía nada que ver con la infancia, pero sí con el coraje de quien ha aprendido a estar sola en los momentos difíciles.
—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.
Ella sonrió, aunque no lo miró directamente.

—¿Alguna vez has sentido que estás dentro de un sueño que no es tuyo?
Álvaro guardó silencio, sentándose a su lado. El fuego crepitaba suavemente, y por unos instantes solo se escuchaba el mar, lejano y paciente. Sintió que esa pregunta era más un espejo que una duda.
—Cuando éramos niños —continuó Marta—, solíamos imaginar islas como esta. Lugares donde todo podía empezar de nuevo. ¿Te acuerdas?
Él asintió lentamente. La infancia parecía estar a miles de kilómetros, pero a la vez tan cerca que podía sentirla respirándole en la nuca.
—¿Sabes qué es lo peor? —añadió Marta en voz baja—. Que al final uno se lleva todo dentro. Lo bueno, lo malo, lo que cree que olvidó. Y aunque lo tapes con arena, sigue ahí. Esperando.
Álvaro la miró, sintiendo que la frase le atravesaba como una marea lenta.
—Quizá lo peor —susurró él, después de un momento— es que a veces ni siquiera sabes qué llevas enterrado… hasta que algo lo desentierra sin avisar.
Marta alzó la vista por fin, buscando su mirada.
—¿Y qué haces entonces?
Álvaro esbozó una sonrisa cansada, encogiéndose de hombros.
—Supongo que… intentas no tener miedo de mirar. Aunque duela.
Marta asintió despacio haciendo ver a Álvaro que la respuesta le había bastado.
Durante un rato se quedaron callados, viendo cómo el fuego devoraba las sombras, y cada uno pensó en sus propias arenas y en aquello que, sin querer, siempre espera ser encontrado.
Sin más, se levantó y volvió lentamente hacia el círculo de amigos. Álvaro permaneció allí, contemplando las brasas, preguntándose si aquellas llamas guardaban secretos que aún no entendía del todo, o que quizás prefería no entender. Cuando Marta se reincorporó al grupo, la conversación ya había cambiado de rumbo. Clara, con la cabeza apoyada en sus rodillas, miraba al cielo.
—Deberíamos ver el amanecer —dijo con una voz que parecía susurrar al viento—. Desde algún punto alto. Tiene que haber un

acantilado por aquí.
David, tumbado de espaldas, lanzó un pequeño pedazo de madera al fuego, que estalló en una chispa.
—Y después nos tiramos al mar como salvajes. Nada de rutas marcadas. Improvisamos.
—Improvisar es lo que nos mete en problemas —murmuró Diego, sentado con la espalda recta—. Primero hay que inspeccionar bien la zona para no perdernos.
Leo, que había estado escribiendo algo en una pequeña libreta, levantó la vista.
—Podríamos hacer un croquis del perímetro. Tomar referencias solares, analizar el terreno...
—Y yo solo quiero algo frío que beber —dijo Marta, encogiéndose de hombros—. Pero si la isla quiere mostrarnos algo, lo hará a su ritmo.
Álvaro los escuchaba sin intervenir, con la mirada baja. Acariciaba la arena con los dedos lentamente. Luego alzó la vista, sin una intención clara.
Marta, de pronto, entró en la cabaña y sacó una baraja arrugada del cajón de la cocina y la agitó como quien ha encontrado un tesoro.
—A ver, quien pierda… se inventa una historia de miedo —dijo, con una sonrisa retadora.
—¿Pero eso no va a atraer malas energías? —Clara abrazó una manta y frunció el ceño con fingida gravedad.
—Perfecto. Así no tenemos que inventárnoslas —contestó Leo, dejando caer su cuerpo en el suelo con dramatismo.
Jugaron durante un rato entre risas, quejas fingidas y reglas que nadie entendía del todo. Diego se lo tomaba demasiado en serio. Clara seguía perdiendo a propósito. Marta reía con los ojos entrecerrados. Leo bromeaba sin parar, pero a veces se quedaba mirando al fuego con una expresión más seria, ausente.
Álvaro no jugó mucho. Prefería observarlos. Algo en esa escena le pareció irreal, tenía la sensación de que el tiempo se estiraba en ese salón lleno de risas y todos fueran una versión más joven y más libres de sí mismos.
Cuando terminaron de jugar se hizo un breve silencio. Solo el crepitar del fuego y el rumor distante del mar acompañaban los

pensamientos dispersos.
Leo fue el primero en irse a la cabaña a dormir. Álvaro lo siguió con la mirada, pero se quedó un rato más junto al fuego, hasta que la brasa comenzó a apagarse. Algo en el aire parecía contener una promesa de extrañeza, pero nadie lo mencionó. Parecía que, en el fondo, ya lo intuyeran.
Esa misma noche, a Álvaro, extrañamente, no le costó coger el sueño. Por un momento se vio caminando por un pasillo blanco, sin puertas. Al fondo, una mujer cantaba una melodía sin letra. Él intentaba alcanzarla, pero el pasillo se estiraba, alargando cada paso. En el suelo, una rama solitaria. Se agachó para cogerla y, al tocarla, se deshizo en ceniza. Entonces, despertó.
El aire estaba inmóvil, espeso. Se levantó en silencio, saliendo de la cabaña con cuidado de no despertar a los demás. Afuera, la isla dormía bajo la luna. Sentada sobre una roca, cerca del límite entre la playa y el bosque, estaba Clara.
—¿No podías dormir? —preguntó él, en voz baja.
Clara giró apenas la cabeza, lo había sentido antes de escucharlo.
—No. El silencio en esta isla es demasiado ruidoso.
Álvaro se sentó a su lado. No habló enseguida. Sentía todavía el eco del sueño en el pecho.
—Soñé algo raro —dijo por fin—. Un pasillo blanco, una canción sin palabras... y una rama que se volvía ceniza.
Clara no respondió de inmediato. Se abrazó las piernas, mirando al mar.
—A veces los sueños no quieren que los entiendas. Solo que los sientas.
Él la miró de reojo. Había en su rostro una calma difícil de explicar, parecía haber estado allí, muchas veces, en ese mismo instante.
—¿Has soñado mucho últimamente? —preguntó ella.
Álvaro dudó.
—No lo sé. A veces creo que no sueño nada… y otras, que nunca he dejado de soñar. Solo que no me acuerdo hasta que algo lo despierta.
—Como esta isla.

—Sí. O como tú. —Lo dijo sin pensarlo. Después tragó saliva, como si se hubiera traicionado a sí mismo.
Clara no se inmutó. Cerró los ojos un instante.
—¿Sabes por qué viniste? —preguntó entonces, sin mirar.
—Quería desconectar. O eso dije. Pero creo que lo que quería era desaparecer un rato. Ver qué quedaba si me quitaba todo lo demás.
—Y nosotros… ¿también nos quitaste?
—No. Vosotros sois lo que queda.
Ella sonrió, casi imperceptiblemente.
—Yo vine porque pensé que me haría bien. El mar. El sol. El silencio. Pero en el fondo sabía que no era por eso.
—¿Y por qué entonces?
—Porque necesitaba recordar algo. O alguien. A veces no sabes qué has olvidado hasta que estás lo bastante lejos de todo.
Hubo una pausa larga. El mar murmuraba algo que ninguno entendía.
—¿Tú siempre fuiste así? —preguntó Clara de pronto—. Callado. Viviendo siempre entre líneas y subtítulos difíciles de entender.
—No lo sé. A veces me siento como un eco. Pienso que todo lo que digo ya lo hubiera dicho alguien antes. Y no estuviera seguro de si es mío.
—A mí me gusta escucharte. Aunque no digas nada.
—Eso no tiene sentido —dijo él, esbozando una sonrisa.
—Lo tiene. Lo que pasa es que no es lógico. Y tú estás demasiado acostumbrado a buscar lógica en todo.
Él se encogió de hombros. Clara recogió un pequeño montón de arena y lo dejó escurrirse entre los dedos.
—¿Sabes? —añadió—. La isla me da la sensación de que no estamos aquí por azar. Creo que cada uno tiene algo que entender. Algo que soltar.
Álvaro bajó la vista, pensativo.
—A veces tengo la sensación de que algo dentro de mí se está rompiendo en pedazos pequeños. Y que vosotros sois esos pedazos.
Clara lo miró por fin.
—No creo que se esté rompiendo. Creo que por fin se está mostrando.

Y en ese momento, ambos lo entendieron, no hizo falta añadir nada más. Después de unos minutos en silencio, Clara se levantó y le ofreció una sonrisa somnolienta.
—Vamos. Si seguimos aquí, terminaremos viendo amanecer, y ni siquiera he decidido si prefiero madrugar o no hacerlo nunca.
—Te queda bien hablar al estilo de sabia perezosa —bromeó Álvaro, incorporándose.
—Sabia sí. Perezosa, depende del desayuno.
Entraron en la cabaña en silencio, intentando no pisar las tablas que crujían. Al llegar al pasillo, Álvaro se detuvo.
—Clara...
—¿Sí?
—¿Siempre te pones crema de noche para dormir en medio del bosque o eso también es parte del ritual místico?
Ella lo miró con una mezcla de desconcierto y risa.
—Es repelente para mosquitos. Pero gracias por pensar que mi piel brilla por arte celestial.
—Lo suponía. Aunque también pensé que igual estabas invocando espíritus dermatológicos.
—Calla y duerme, Álvaro.
Ambos se despidieron con una sonrisa cómplice, arrastrando los pies por el pasillo, haciendo que el simple gesto de irse a dormir ya fuese parte de un pacto secreto.

Diario de Álvaro — 8 años

Hoy mamá ha dicho que el cielo parece de mentira.
Yo le he dicho que el cielo no puede ser de mentira porque está muy alto.
No me ha contestado. Solo ha encendido un cigarro.
Luego ha puesto música triste, y ha fregado los platos muy fuerte.
He hecho una cabaña con las mantas. Dentro se oía menos.
No sé si estoy triste.
A veces me gustaría ser un gato. Los gatos no tienen que decir lo que sienten.
Hoy no ha pasado nada. Pero me he sentido raro todo el día.
No sé por qué.

Puerta entornada

La luz del pasillo no llegaba del todo a su cuarto. Álvaro tenía ocho años y estaba sentado en el suelo, con los pies fríos y un cuaderno en las piernas. Dibujaba una casa sin ventanas.

La televisión seguía encendida en el salón. Alguien reía, pero no era una risa feliz. Él conocía bien ese tipo de risas.

Desde el umbral, escuchaba los platos apilarse, el golpeteo de una cuchara contra el borde de una taza, el sonido de pasos que no iban a ninguna parte. Nadie lo había llamado para cenar. Nadie preguntaría si tenía hambre.

Se levantó despacio y abrió la puerta unos centímetros. Solo unos centímetros.

Vio una sombra moverse. Una figura familiar.

Él dijo "hola" muy bajito, pero no hubo respuesta.

Solo un ruido seco. Un portazo en otra habitación.

Volvió a sentarse, cerrando la puerta sin cerrarla del todo. No sabía por qué, pero desde entonces nunca pudo dormir si la puerta estaba abierta…

ni si estaba completamente cerrada.

Capítulo 3: El amanecer (Día 2)

Álvaro abrió los ojos antes de que el sol asomara. No supo si lo despertó el silencio o el eco de su sueño de aquella noche. Todo parecía suspendido en una calma que no era del todo natural. Se incorporó sin hacer ruido. Desde la ventana, el cielo todavía era de un azul profundo, pero ya se intuía un cambio: la promesa del amanecer.

Se puso una sudadera y salió. El suelo estaba frío bajo sus pies. Fuera, la isla seguía dormida. Pero en una roca junto al sendero, como la noche anterior, Clara ya estaba despierta.

—¿Otra vez tú? —susurró Álvaro con una sonrisa.

—O tú. Empate técnico —respondió ella sin girarse. Luego añadió—. ¿Quieres ver el sol salir conmigo?

Álvaro asintió, y caminaron juntos hacia la cabaña donde dormían los demás. Allí, poco a poco, fueron despertando al grupo. David protestó levemente, pero terminó levantándose con un bostezo exagerado. Marta se tapó la cara con la manta, aunque luego fue la primera en calzarse las botas. Leo ya estaba despierto, yéndose al porche, revisando algo en su libreta. Diego no dijo nada, pero se unió en cuanto vio al grupo moverse. Se pusieron en marcha temprano, aún medio dormidos.

David fue el primero en protestar:

—¿Seguro que hay que madrugar tanto? Ni que el sol se fuera a marchar —bostezó, frotándose la cara, pero no pudo evitar sonreír cuando vio a Marta sacando una foto de grupo.

—Venga, David, que la aventura empieza cuando tienes sueño —le respondió ella, enfocando con la cámara—. Sonríe, que esto sale en el álbum del año.

Clara, mientras tanto, recogía un par de ramitas y las olía.

—Hoy el aire huele distinto —susurró, hablando casi para sí—.

Diego, fiel a su papel, comprobó por enésima vez que todos llevaban agua y que la mochila estaba bien cerrada.

—Id en fila y que nadie se quede atrás. Las raíces están húmedas y no quiero tobillos torcidos el primer día.

Leo marchaba algo rezagado, hojeando una libreta donde anotaba detalles con letra apretada.

—¿Alguien recuerda la hora exacta del amanecer? Si lo calculamos, podríamos ajustar mejor la ruta.
Álvaro iba en medio, sintiéndose parte del grupo y, a la vez, ligeramente ausente. Notó cómo Clara, al pasar a su lado, le sonreía sin decir nada, y cómo Diego le daba una palmada en el hombro cada vez que subían un tramo empinado, parecía que todos buscaran un modo de anclarse a algo real en ese escenario extraño.
Marta, con su melena rojiza recogida en un moño deshecho y la cámara colgada al cuello, saltaba a veces de piedra en piedra dejando tras de sí una estela de risas:
—Madrugar en vacaciones debería estar prohibido. Pero que conste: el que llegue el último prepara el desayuno.
David aceptó el reto con una carcajada.
—Dicho y hecho. Pero aviso: mi desayuno es café y galletas, gourmet a mi manera.
Diego, sin perder el tono serio, pero con una media sonrisa, añadió:
—Con que no pongas tus calcetines en la mesa, me conformo. Y si preparas el desayuno, que sea comestible, no quiero bajas el segundo día.
Marta le sacó la lengua a David, mientras le pasaba por delante saltando una raíz:
—Si David cocina, me pido inmunidad. Yo sólo desayuno lo que haga yo.
—¡Eh! —protestó David, haciéndose el ofendido—. El que critique mi café, que se prepare el suyo. Pero luego no vengáis llorando cuando no haya ni una galleta.
Diego rodó los ojos, pero se notaba que disfrutaba del ambiente.
—Solo advierto una cosa: quien prepare el desayuno, limpia la cocina. Y si veo migas en mi cama, os hago correr por la playa antes del mediodía.
Marta lo señaló adjudicándole la labor de un árbitro.
—Dicho queda. Pero si me toca a mí, declaro que las galletas son verdura. Para compensar.
David asintió solemne:
—Firmo donde haga falta. Aunque... las verduras no van con café, ¿no?

Clara, desde atrás, reía en silencio ante el espectáculo.
—Podéis discutir todo lo que queráis, pero yo quiero ver a Diego corriendo por la playa.
Diego negó con la cabeza, con la media sonrisa de siempre, mientras echaba un vistazo al grupo para asegurarse de que todos seguían juntos.
Cuando por fin alcanzaron la cima, la vista era desbordante.
El mar, el cielo y la brisa fresca les dieron la bienvenida. Clara se sentó en una roca y, cerrando los ojos, respiró hondo.
—Hoy el mar parece respirar más lento —dijo, y Marta no pudo evitar sacar otra foto, esta vez al horizonte.
Leo, como siempre, sacó su cuaderno, pero esta vez, totalmente concentrado, hizo un dibujo.
—Según la orientación, la cabaña debería estar… —se detuvo, mirando a los demás—. Bueno, da igual. Apuntad: ni un solo pájaro ni insecto. Esto no es normal.
Diego, analizó el horizonte buscando una señal.
—Aquí todo parece más tranquilo de lo que debería.
David, intentando destensar el ambiente, propuso:
—¿Y si la isla estuviera dormida? Así nos deja dormir a nosotros. Yo voto por una siesta al volver.
—Quizá solo es lo que es —añadió Álvaro, mirando cómo la luz anaranjada del sol lo llenaba todo.
Pero en su interior sentía que la calma tenía filo.
Marta se encogió de hombros, soltando una risita.
—O quizá solo estamos todos un poco sensibles. Un día sin cobertura y ya vemos misterios en todas partes.
David alzó las cejas con fingido dramatismo:
—Hombre, si no hay bichos, ni pájaros, ni wifi… yo no lo llamo misterio, lo llamo paraíso.
—Paraíso... —repitió Leo, bajito, probando la palabra en su mente—. Qué concepto más subjetivo.
Clara sonrió.
—El paraíso sería una tostada y una ducha caliente. Lo demás, que espere.

Diego negó con la cabeza, divertido.
—Vamos a hacer un pacto: si uno empieza a hablar con cocos, los demás lo atamos a una hamaca.
El sol aparecía, redondo y naranja, como una moneda recién lanzada al cielo. Era hermoso, profundamente hermoso. Y mientras el sol ascendía, cada uno guardó silencio a su modo: Clara sacó del bolsillo una piedra que brillaba al sol. Marta, apoyada en un árbol, tarareó una melodía suave. Diego repasó el contenido de la mochila. Leo anotó la hora exacta del amanecer y dibujó el contorno del acantilado. David bromeó sobre cómo, con esa vista, podría convencer a cualquiera de que era influencer. Y Álvaro, sentado junto a una raíz, se permitió por un instante no pensar en nada, solo existir.
El cielo ya no era naranja, pero aún guardaba esa calma de las primeras horas, el mundo no había acabado de despertarse.
David se estiró como un gato y dijo, bostezando:
—Vale, admito que ha merecido la pena madrugar. Pero ahora quiero una prueba gráfica. Que cuando vuelva a casa pueda enseñar esto y fardar de que soy un tipo espiritual y profundo.
—Tú eres todo lo contrario a espiritual —se rio Marta—. Pero venga, va. Que alguien saque una foto.
Clara rebuscó en su mochila y sacó su móvil. Miró alrededor y encontró una piedra plana donde apoyarlo.
—Vale, en cuanto ponga el temporizador, todos aquí —ordenó con una sonrisa.
Se agruparon entre empujones, risas y quejas fingidas. Leo protestó porque estaba saliendo con el sol en la cara, Diego porque Clara no sabía encuadrar bien, y David porque "nadie me avisó de que hoy tocaba sesión de postureo al alba".
Álvaro, sin decir nada, se colocó entre Marta y Clara. Sintió el roce de los hombros, la risa suave que le estallaba cerca del oído, el calor compartido. Algo dentro de él, sin nombre todavía, se agitó despacio.
—Tres, dos, uno… —cantó Clara.
Click.

La imagen quedó guardada: seis figuras desordenadas, despeinadas, con cara de sueño y algo parecido a la felicidad.
Durante unos segundos, nadie se movió. Todos entendían, sin necesidad de decirlo, que ese instante valía más de lo que parecía.
—Podríamos hacer esto cada viaje —propuso Marta—. Una foto grupal al amanecer. Aunque no haya amanecer.
—¿Y si no hay grupo? —preguntó Diego, medio en broma, medio en serio.
—Entonces la foto no tiene sentido —contestó Clara, encogiéndose de hombros.
Álvaro no dijo nada, pero guardó esas palabras como quien guarda una piedra bonita en el bolsillo. No sabía por qué, pero pensó que las querría tener cerca más adelante.
Después, el grupo comenzó a moverse. Bajaron con más ligereza, alguno bromeando, otro tarareando. Clara recogió una pequeña piedra blanca del suelo y se la guardó en el bolsillo sin decir por qué.
Marta mencionó que le dolía la cabeza, David pidió café, aunque no solía tomar, y Leo quiso saber si alguien recordaba la orientación de la cabaña para comprobar una teoría.
De vuelta en la cabaña, el desayuno fue tan improvisado como el día.
David, sin ningún pudor, abrió la despensa y sacó pan de molde, galletas y algo de fruta. Mientras troceaba una manzana, hacía comentarios de broma, imitando un chef de cocina presentando un programa de televisión.
—Hoy, en "Chef náufrago": menú de supervivencia, estrella Michelin —proclamó, mientras ponía trozos de manzana en el borde de cada taza.
Marta, sentada en la mesa con las piernas cruzadas, abría sobres de azúcar con los dientes y lanzaba las bolsitas vacías a una taza vacía a modo de enceste.
—Mañana yo hago tortitas —prometió, con una sonrisa torcida—. Pero aviso: solo si encuentro chocolate.
Clara, tranquila, preparó café en el hornillo y después sirvió a todos con un gesto casi maternal. Mientras llenaba las tazas, tarareaba

una melodía suave, la misma que había cantado de niña para no asustarse en la oscuridad.
Diego aprovechó el momento para ver lo que tenían en la despensa de comida y de la cantidad de agua potable. Lo apuntaba mentalmente, pero sin la rigidez de la vigilancia: por fin parecía soltarse un poco, compartiendo una broma con Marta sobre quién sería el primero en sucumbir a la falta de café.
—A este ritmo, en dos días acabamos bebiendo infusiones de piñas —bromeó, golpeando el fondo de su taza—. Marta, te veo mordisqueando cortezas.
Leo, con su taza en la mano, olfateó el café y asintió con satisfacción.
—Esto podría estar peor —admitió—. Me sorprende que el agua no sepa a óxido.
—Dame tiempo —intervino David, levantando el pulgar—. Todo depende del cocinero.
Álvaro, por su parte, disfrutó el momento en silencio. Observaba cómo se movían sus amigos, la forma en que se pasaban la fruta o discutían si estaba demasiado madura, la risa que llenaba el espacio sin esfuerzo. Se notó sonriendo de verdad, por primera vez en mucho tiempo, y a la vez, sentía que el tiempo se estiraba, raro, como una calma tensa, preludio inevitable de algo más.
Cuando terminaron, salieron al porche con las tazas aún calientes en las manos. El sol ya había subido, iluminando la playa con un brillo casi irreal. Se sentaron en los escalones, dejando colgar los pies, y durante unos minutos no hablaron, solo miraron el mar.
Marta fue la primera en romper el silencio.
—¿Sabéis? Podríamos quedarnos aquí una temporada.
—Hasta que se acabe el café —replicó Leo, sin despegar la vista del horizonte.
David lanzó un trozo de pan a una gaviota imaginaria y suspiró.
—Esto es lo más cerca que he estado de unas vacaciones reales en años.
Clara, abrazando sus piernas, sonrió a Álvaro.
—A veces pienso que las cosas bonitas sólo pasan cuando no las fuerzas. Como este desayuno.

Diego se acomodó, dejando la espalda contra una columna.
—Ojalá todo fuera así de fácil —dijo, pero no sonaba amargado, solo sincero.
Por la tarde, cuando el calor comenzó a bajar, Clara propuso ir a explorar el otro lado de la isla.
—Creo que vi una especie de cala desde arriba, esta mañana —dijo mientras se ataba el cabello—. Podría ser bonita.
David se animó enseguida. Marta hizo una mueca de pereza, pero terminó cediendo. Diego se colocó una mochila con agua, cuchillo y brújula, mientras Leo, por supuesto, llevaba su cuaderno.
El camino hacia la cala fue más complicado de lo que esperaban. Marta iba delante, saltando entre raíces y haciendo comentarios absurdos para distraerse del cansancio:
—Esto es como una gynkhana sin premio, ¿eh? Si no hay un bar en la playa, protesto formalmente a la agencia —anunció, empujando una rama a un lado y riéndose cuando David fingió agacharse para esquivar a una "serpiente invisible".
David se dedicaba a buscar tesoros a cada paso, rebuscando entre las piedras y arrancando hojas que luego agitaba como trofeos.
—¿Alguien quiere una corona de hojas? Es para la reina de la expedición —bromeó, alargando el brazo hacia Clara, que aceptó la corona con una pequeña reverencia teatral.
Clara, ligera y curiosa, iba tocando los troncos, dejando que la yema de los dedos resbalara sobre la corteza húmeda. De vez en cuando, se detenía a escuchar el sonido del mar, esperando descifrar un mensaje oculto en el viento.
—Este sitio huele a sal y a algo dulce, ¿lo notáis? —preguntó, cerrando los ojos y aspirando el aire con una sonrisa.
Leo, a mitad del grupo, se entretenía calculando a ojo la altura de los árboles y comparando las rocas con las del otro lado de la isla, murmurando para sí:
—Juraría que este tipo de musgo solo crece en ambientes húmedos y poco transitados… pero aquí parece distinto. Interesante.
Diego, en vez de ir vigilando en silencio, animaba la marcha con pequeñas anécdotas de excursiones pasadas, contando la vez que se

perdió con su hermano en la montaña, y acabaron comiendo barritas de chocolate para sobrevivir.
—Así que, por experiencia, lo importante es no separarse, ni, aunque parezca buena idea. No hay peor sensación que pensar que nadie sabe dónde estás.
Álvaro observaba la escena, atento a la energía que desprendía el grupo. Por momentos, sentía que estaban improvisando una coreografía extraña, un ritual sin guion en medio de la nada, de la que formaba parte. Eso le gustaba, aunque le dejaba cierta incomodidad, como la sombra de una nube cruzando el sol.
Cuando por fin llegaron a la cala, el aire pareció cambiar. El agua era cristalina, la arena blanca, y todo parecía demasiado perfecto.
Clara fue la primera en quitarse los zapatos y meter los pies en la orilla, dejando que el agua fría le subiera por los tobillos. Marta se le unió y, juntas, lanzaron piedrecitas al agua para ver quién hacía más saltos.
David, dejando huellas desordenadas con sus zapatillas rotas, improvisó un trono de algas y palos mientras los anillos de sus dedos relucían al sol.
—Hoy me declaro rey absoluto de la isla, hasta que alguien me derrote en un duelo de zambullidas.
Diego se tumbó en una roca, relajando los músculos al sol, pareciendo realmente despreocupado por primera vez desde hacía mucho tiempo. Leo, en vez de apuntar nada, se tumbó boca arriba, mirando las nubes y buscando formas en el cielo.
—¿No notáis como si aquí el tiempo fuera distinto? —musitó— Es la sensación de estar dentro de una burbuja.
Álvaro, sin querer, se quedó mirando unas huellas en la arena, extrañamente limpias y solitarias.
—¿Alguien más las ve? —preguntó, señalando el rastro.
Se acercaron todos. Nadie reconoció esas huellas, y por un instante, el aire se volvió más espeso.
—Seguro que son de algún explorador perdido… O de la reina de la expedición —intentó bromear David, aunque sin demasiada convicción.
Marta, medio en serio, medio en broma, propuso:

—Podríamos seguirlas, igual llevan a un tesoro.
Clara se acuclilló junto a las huellas, pareciendo leer en ellas un poema secreto que solo ella podía ver.
—Quizá solo nos están esperando.
—A veces, lo que dejamos atrás no desaparece para siempre, solo se mezcla con el presente. — dijo Álvaro muy bajito sin que nadie lo escuchara.
El sol bajaba, tiñendo la arena de oro y las sombras de azul.
Por unos minutos, nadie tuvo prisa en romper la magia.
Hasta que David propuso, con tono divertido:
—¿Alguien más se apunta a un chapuzón, o solo las valientes de siempre?
Y, sin nada más que hacer en el mundo, el grupo se fue al agua, riendo, chapoteando, dejando las huellas atrás.
A la vuelta hacia la cabaña, avanzaban en fila, dejando que Marta, siempre la más rápida y con menos miedo al barro, abriese camino entre los matorrales. David la seguía haciendo bromas sobre quién tropezaría antes, y Clara iba a su lado, pendiente de los sonidos nuevos que traía el bosque. Diego cerraba el grupo, con el paso firme y la mirada alerta.
El sendero se volvió más estrecho y el silencio, más profundo. A ratos, solo se oía el roce de las ramas y el rumor de la brisa entre las copas. Cuando alguien se detenía, el resto lo notaba enseguida, compartiendo así todos un mismo hilo invisible que los unía.
En uno de esos altos para beber agua y recuperar el aliento, el grupo se quedó quieto, mirando a su alrededor. No sabían por qué, pero de pronto, sin que nadie lo propusiera, todos giraron la cabeza hacia el mismo lado. Había sonado algo, un crujido leve, demasiado nítido para ser el viento.
Nadie dijo nada, pero se percibía la tensión en los hombros, en las miradas fugaces. El bosque parecía más espeso allí, y la luz del sol se filtraba en pequeños rayos, dibujando figuras extrañas en el suelo.
—¿Habéis oído eso? —preguntó Marta en voz baja, temiendo romper el equilibrio del ambiente.
David fingió no darle importancia, pero su sonrisa era forzada.

—Seguro que ha sido un lagarto XXL. O el fantasma de algún turista perdido.
Leo bajó la libreta y frunció el ceño, buscando algo entre las ramas.
—No era un animal pequeño —dijo, más para sí mismo que para los demás.
Por un momento, a Clara le pareció ver a lo lejos una silueta, alta y estática, entre los troncos. Parpadeó y ya no estaba. Se frotó los brazos, incómoda.
Entonces, Diego, que normalmente no hablaba si no era necesario, murmuró:
—En esta isla da la sensación de que no somos los únicos.
La frase quedó flotando, pesada, entre ellos. Nadie quiso retomarla. Nadie propuso seguir buscando el origen del ruido. Solo reemprendieron la marcha, un poco más juntos, un poco más callados, dejando que la sombra de una presencia desconocida hubiese decidido acompañarlos el resto del camino.
La cena fue sencilla, improvisada: pan, algo de embutido envasado, fruta y galletas. Se sentaron en el porche de la cabaña con los pies colgando y las voces entrelazadas por la confianza del cansancio compartido.
—Si mañana encontramos una hamaca, no respondo de mis actos —dijo Marta, con la cabeza apoyada en el hombro de Clara.
—Podríamos fabricar una —propuso David—. Solo necesitamos cuerdas, madera, habilidades que ninguno tiene y un milagro.
—A mí me interesa más el tema del agua —dijo Diego—. Mañana deberíamos buscar un punto elevado y confirmar si hay un río o manantial.
—O seguimos la intuición —añadió Clara, mirando las estrellas—. A veces los lugares te muestran lo que necesitas, solo hay que esperar.
—La intuición no hierve el café —respondió Leo sin levantar la vista del cuaderno.
Después de la cena, el grupo se dispersó por la cabaña. El ambiente era hogareño y muy familiar, dando la sensación de que todos quisieran aferrarse a una rutina que los protegiera del desconcierto del lugar. Cada uno fue a su cuarto sin protestar: las camas ya estaban asignadas desde la noche anterior y esa rutina recién

estrenada parecía darles seguridad, como si la casa, por fin, hubiera aceptado a sus huéspedes.
David entró en su habitación tarareando una melodía absurda, haciendo el tonto solo para sí mismo. Marta dejó la puerta entreabierta, alegando que así "no se perdería el cotilleo", y se tumbó con un libro que ni abrió. Clara extendió su manta favorita junto a la ventana y se sentó a escribir en un cuaderno pequeño, deteniéndose a mirar el reflejo oscuro del cristal de vez en cuando.
Diego apareció con una taza de té, apoyado contra el marco de la puerta del salón, observando al grupo con una media sonrisa, los hombros más relajados que de costumbre.
Leo, en cambio, mientras recogía su mochila, fue el primero en notar algo raro. Al volver del baño, frenó en seco. Sus pasos, que sonaban firmes sobre la madera, se apagaron de golpe en el pasillo. Allí, casi tragada por una sombra densa debajo de la escalera, estaba una puerta que ninguno recordaba. No era como las demás: era más baja, más estrecha, la madera tan vieja y ennegrecida que parecía empapada de humedad, a todos les pareció que llevaba años cerrada.
—Oye, ¿Alguien se había fijado en esa puerta? —preguntó Leo, sin alzar la voz, señalando la mancha oscura en la pared.
El grupo se asomó, primero curiosos, luego, poco a poco, contagiados de una inquietud difícil de explicar. Clara fue la primera en acercarse. Pasó la mano por la madera, despacio, y frunció el ceño.
—Está helada… —susurró, con un escalofrío que le recorrió el cuerpo.
Marta se agachó, tratando de mirar por debajo, pero no había ni rendija, ni pomo, ni cerradura. Sólo la madera vieja, hinchada y sin marcas.
Diego se acercó, y en ese momento, todos guardaron silencio.
—Revisé todas las puertas y ventanas antes de dormir. Juraría que aquí solo había pared. El aire en ese rincón era más pesado, y hasta el olor cambiaba: era ese olor áspero y ácido de algo guardado en un baúl durante décadas.
David, que ya estaba descalzo y medio dormido, bromeó sin mucha

convicción:
—Genial, una puerta fantasma. Prometo no abrirla ni aunque me lo pida el espíritu de la abuela.
Pero nadie rio. Clara se apartó, frotándose las manos.
—¿Seguro que estaba aquí anoche? —preguntó, mirando alrededor —. Creo que yo habría tropezado con ella.
—Eso sería raro —apuntó Diego, asomando la cabeza, aunque su voz sonaba menos firme que de costumbre—. Lo hubiéramos notado alguno. Yo comprobé todas las ventanas antes de dormir.
Leo apoyó la frente en la pared, intentando recordar algún detalle en un plano invisible.
—Quizá está aquí desde siempre, y no lo vimos —musitó, la voz cargada inevitablemente de duda.
Álvaro, desde el umbral de su habitación, se quedó observando la escena. Había algo en la puerta, una sombra apenas perceptible que parecía más oscura que la propia noche. Durante un instante, le pareció ver el reflejo de alguien, ¿un niño? ¿una figura encorvada? Justo al otro lado de la madera, una silueta fugaz que iba más allá de la puerta, imposible de atrapar con la vista. Parpadeó. Solo quedaba la sombra.
Sintió una punzada de frío, era la casa entera que estaba conteniendo el aliento. Se le erizó la piel.
Diego cerró el pequeño círculo con una nota práctica, intentando disipar la tensión:
—Bueno, mañana lo vemos con más calma. Esta noche toca descansar.
El grupo se fue retirando poco a poco, entre bromas flojas y promesas de no levantarse antes del amanecer. Cuando las luces se apagaron y sólo quedó el eco de los pasos y los murmullos, Álvaro aún permaneció en el umbral, mirando la puerta.
No podía evitar la sensación de que esa puerta no era solo una puerta. Era una presencia.
Y lo peor era la certeza, clavada en lo más hondo, de que —fuera lo que fuera— había algo al otro lado, esperando.
Uno a uno, fueron cayendo en el sueño. Fuera, el viento apenas movía las hojas, una tranquilidad que penetraba. Dentro, el silencio

parecía distinto al de la noche anterior. Más atento.
Esa noche, Álvaro volvió a soñar. Esta vez estaba sentado en una mesa de comedor. Reconocía la mesa: era la de su infancia. Pero todo estaba envuelto en una niebla blanca y suave. Frente a él estaban sus amigos, sentados. Pero no tenían rostro. Le hablaban, pero no los escuchaba. El sonido existía, pero no podía oírlo.
Él intentaba hablar también, decir algo, preguntar, pero cuando abría la boca, no salía voz. Solo agua. Un chorro lento que le empapaba la camiseta y le caía por los brazos. Miró hacia abajo. Estaba descalzo. El suelo era de hospital. Limpio y brillante. Sintió que lo estaban observando desde algún punto fuera del sueño. Se giró y la puerta al fondo del pasillo era la misma de la cabaña. Cerrada.
Álvaro se despertó a mitad de la noche, envuelto en un sudor frío. Durante unos segundos, no supo si realmente estaba despierto: el silencio de la cabaña era tan absoluto que parecía artificial, y la oscuridad pesaba como una manta húmeda sobre el pecho.
El resplandor pálido de la luna, colándose por la ventana como una invitada más, recortaba las formas del salón en siluetas inciertas. Se incorporó despacio, con esa sensación de estar en otro cuerpo, era como si no terminara de habitarlo del todo.
Desde el colchón, la puerta le pareció más negra y grande de lo que recordaba. El marco parecía dilatarse, respirar. Parpadeó. Estaba abierta, solo un poco. Juraría que estaba cerrada antes de irse a dormir.
El crujido suave de la madera lo hizo contener la respiración. La puerta, sin que nadie la tocara, se fue abriendo lentamente, con un gemido agudo que helaba la sangre. Álvaro no podía retirar la mirada.
Por la rendija asomó una sombra, alta y desproporcionada, cuyos hombros parecían rozar el marco de la puerta. No era solo su tamaño lo que inquietaba, sino la calma antinatural de su silueta: inerte y casi rígida, se postraba como una estatua hecha de oscuridad que hubiese cobrado vida solo para observarlo y vigilarlo. Allí, en el umbral, la negrura se condensaba en la forma de un adulto, pero el rostro seguía siendo una ausencia absoluta, un vacío donde los ojos debían estar. No se movía, pero la intensidad de su

presencia helaba el aire. La impresión era la de ser observado por algo antiguo y ajeno, una conciencia demasiado grande, demasiado atenta, como si el umbral separara no solo dos habitaciones, sino dos realidades unidas por un hilo imposible de ver.
La sombra seguía sin moverse. Álvaro sintió que su forma de observarlo tenía una intensidad fría e impersonal, daba la impresión de que sabía demasiado de él, de que lo conociera de toda la vida. Intentó moverse, pero el cuerpo no le respondía. Intentó hablar, gritar, cualquier cosa, pero la garganta se le llenó de un silencio firme.
La sombra dio un paso al frente, y justo cuando parecía que iba a salir al salón, invadiendo el espacio, la escena se quebró en mil fragmentos.
Álvaro abrió los ojos de golpe, empapado en sudor, el corazón desbocado. Seguía en la cama, en el mismo lugar, la puerta estaba cerrada, la noche igual de profunda. En ese momento, no supo si de verdad había despertado.
El eco de la pesadilla seguía palpitando en la habitación, haciendo que la sombra se hubiese quedado atrapada en algún rincón de la realidad.
Sintió entonces un miedo distinto. No era solo por lo que pudiera haber detrás de la puerta, sino por lo que podía estar ya dentro de él, acechándolo en el límite borroso entre el sueño y la vigilia.

Noche

La casa olía a sopa fría y a colonia rancia. Álvaro, con siete años, estaba despierto desde hacía rato, aunque fingía dormir. El reloj de la cocina marcaba las 23:41. Él lo sabía porque cada noche, desde hacía semanas, esperaba a que las voces empezaran.

En la mesa, del otro lado del pasillo, alguien discutía con alguien más. A veces eran palabras completas. Otras, solo ruidos: una silla arrastrada, un vaso golpeando la madera, un insulto ahogado. Y luego silencio. Siempre ese silencio que no descansaba, que latía.

Álvaro se tapó hasta la barbilla. La manta era áspera, tenía bolitas que le raspaban el cuello. Olía a polvo. A casa cerrada. A un miedo viejo que jamás se va.

La puerta del cuarto no cerraba bien, así que su padre la había trabado con un cojín. Pero esa noche, lo notó enseguida: el cojín ya no estaba. La puerta estaba entreabierta.

Una grieta de luz amarilla se proyectaba en el suelo, como una herida abierta en la oscuridad.

Y entonces, los pasos.

Uno. Otro. Pausados. Demasiado lentos para ser casuales.

La silueta apareció sin hacer ruido. No se veía el rostro, solo los hombros encorvados, una mano colgando, el cuerpo detenido en el umbral.

—Duerme, cielo. No pasa nada.

La voz era cansada, casi derrotada. Tan baja que parecía no querer despertarlo, y sin embargo, lo mantenía despierto con una fuerza absoluta.

La figura se quedó ahí unos segundos. Luego, sin cerrar del todo la puerta, desapareció.

Álvaro no se movió. No respiró. No lloró.

Aprendió —una vez más— a quedarse muy quieto.

A hacerse pequeño. A esperar la mañana, como si fuera un salvavidas.

Capítulo 4: La isla se pliega (Día 3)

Álvaro se despertó con una sensación pegajosa en el pecho. No era solo el sudor. Sentía que dentro de él no terminaba de encajar con el resto del cuerpo, no era él al cien por cien. El sueño todavía latía en algún rincón de su mente, borroso y fragmentado, pero la presencia de la sombra seguía ahí, tan nítida que le costaba convencerse de que no había sido real. Recordaba la figura alta, una negrura compacta ocupando la puerta al completo, la completa certeza tan fría de estar siendo observado desde el otro lado. ¿Había sido solo una pesadilla, o era cierto que la había visto, acechando? Tuvo miedo de mirar hacia la puerta de la habitación, temiendo que la sombra siguiera ahí, esperando en silencio a que él mirase.

Se incorporó despacio, sintiendo el peso del sueño pegado a la espalda. Dudó si levantarse o no; la habitación tenía ese aire viciado y enrarecido que queda tras una tormenta, aunque fuera solo en su cabeza. Algo era diferente, lo notaba en el aire, en la manera en que la luz entraba por las ventanas.

Caminó hasta la cocina y se sirvió un vaso de agua, buscando que el frío del cristal pudiera despejarle la sensación de los sueños. Al regresar, se detuvo en seco: la puerta. Cerrada. Tan perfectamente cerrada que daba la impresión de no haber estado nunca abierta. Se acercó, conteniendo el aliento. Nada fuera de lugar. Pero él sabía, desde lo más profundo de su ser, que anoche no estaba cerrada, que no fue solo un sueño. No lo sabía con los ojos, sino con esa inquietud de lo sentido: el tipo de verdad que tiembla en el estómago y en la nuca, aunque todo lo demás te diga lo contrario.

Durante el desayuno, la atmósfera se mezcló: una niebla espesa de agotamiento y, por momentos, chispazos de vida común. Diego resopló al ver el café frío.

—Alguien tendría que inventar una cafetera que no pare nunca —refunfuñó.

—Que lo haga el inventor de los relojes solares —bromeó Marta, alzando una ceja—. Así podremos desayunar a la hora que sea.

David, que tenía la boca llena de galletas, se atrevió a cantar una melodía absurda, logrando que Clara sonriera por primera vez en la

mañana. Leo hojeaba su cuaderno, distraído, pero no escribía. Solo lo miraba, esperando que las respuestas aparecieran solas.
—¿Dormiste bien? —preguntó Clara, mirando a Álvaro con una mezcla de preocupación y complicidad.
Álvaro dudó un instante.
—Sí —mintió—. Aunque tuve sueños raros.
Clara asintió, dejando ver que sabía exactamente a qué se refería.
Marta soltó un bufido.
—¿Y qué no es raro aquí? Esto parece una película sin argumento.
—Las películas sin argumento suelen esconder cosas —añadió Leo, sin levantar la vista.
Álvaro dejó la taza en la mesa con un golpe suave. El sonido lo sobresaltó. Los demás apenas lo notaron. Él sí. Todo su cuerpo se tensó un segundo.
Por un momento, el grupo derivó hacia lo cotidiano: Marta se quejó de la humedad en los colchones, David preguntó si habría tiempo para una partida de cartas, Diego propuso turnarse para recoger leña. Clara organizó en silencio la cocina, colocando los platos de manera que utilizaba el orden para calmar el desorden interno. Leo, mientras tanto, pelaba una manzana con la navaja, cortando las rodajas en trozos perfectos y colocándolos ordenadamente sobre una servilleta.
—Podríamos ir al centro de la isla —dijo entonces Álvaro, con más firmeza de la que esperaba.
—¿Tú sugiriendo un plan? —bromeó David.
—Sí. Quiero saber qué hay más allá. Ya hemos visto el mar. Falta el corazón.
Leo lo miró un segundo más de lo habitual. Luego asintió. Diego aceptó sin decir palabra. Marta tardó más, pero al final recogió su cantimplora, apretando los labios, dando la impresión de que guardara un pensamiento.
El trayecto fue distinto. No era como caminar por un bosque común. La vegetación era más asfixiante, daba la sensación de que alguien la hubiese movido durante la noche. Las ramas parecían cerrarse apenas pasaban, y los árboles, aunque inertes, daban la sensación de estar atentos.

David intentó animar el ambiente, arrancando una rama y usándola de bastón:
—Esto empieza a parecerse demasiado a una película de terror de bajo presupuesto.
—En las películas de terror, el gracioso es el primero que muere —murmuró Marta.
—Por suerte yo no soy gracioso, soy encantadoramente insoportable —respondió David, logrando otra sonrisa breve de Clara, aunque sus ojos no brillaban del todo.
Diego, con el cuello de la camiseta empapado de sudor y la mandíbula apretada, parecía medir cada paso con el fin de querer mantener a todos a salvo con solo mirar alrededor.
Álvaro caminaba un poco más adelante. No por liderazgo, sino porque no soportaba estar en el centro del grupo. El murmullo de las voces detrás le parecía lejano. Acariciaba con los dedos una rama seca mientras pensaba que, si alguien los estuviera siguiendo, ese sería el momento perfecto para desaparecer.
—¿Te pasa algo? —preguntó Clara en voz baja, acercándose a su lado.
—No. Solo estoy cansado.
—No solo. Pero vale —dijo ella, regalándole una sonrisa.
Llegaron a un claro en el bosque. En el centro, una estructura de piedra baja, circular. Como un pozo antiguo, pero sin cuerda, sin cubo, sin brocal. Solo el hueco.
—¿Qué demonios es eso? —dijo Marta.
—Un pozo —dijo Leo—. O eso parece. Aunque no hay agua. Ni señales de uso.
Clara se agachó a mirar dentro. Luego se echó hacia atrás.
—Está seco. Aunque... juraría haber escuchado algo. Un eco raro.
Diego se inclinó con cautela. David lanzó una piedrecita, que cayó sin ruido.
Álvaro no se acercó al pozo. Se quedó un poco atrás, observando cómo los demás asomaban la cabeza al borde. El aire parecía estar cargado de una humedad extraña, el claro parecía guardar algo en silencio desde hacía demasiado tiempo.
Mientras los otros discutían, sintió que el murmullo del grupo se

alejaba, era como estar escuchando todo bajo el agua. De pronto, un destello de movimiento entre los árboles llamó su atención. Entre los troncos, vio algo. Una figura inmóvil, de espaldas, apenas un contorno borroso entre las sombras. No era tan solo la silueta torcida de un tronco, aunque su cerebro quiso creerlo durante un instante. Parecía un hombre, sí, pero tan quieto que resultaba casi antinatural, que había estado allí desde antes de que ellos llegaran, y que perteneciera al paisaje tanto como las raíces o las piedras.
El escalofrío que sintió no era de miedo, sino de reconocimiento, de algo viejo y mal comprendido. Una inquietud primitiva que estaba más cerca de la memoria que del propio pensamiento racional.
Por un segundo, le vino a la memoria una imagen antigua: un pasillo alargado, la oscuridad de una casa en invierno, y la certidumbre —nunca comprobada— de que alguien lo estaba vigilando desde el otro extremo, sin perderle de vista. Era esa misma sensación, ese hilo invisible que une a quien mira con quien es mirado, aunque no haya ojos presentes.
Quiso llamar la atención de los demás, pero la voz se le quedó en la garganta. Creía que al decirlo en voz alta fuera a romper algo esencial.
Parpadeó, y la figura ya no estaba. Solo quedaban los árboles, igual de callados, como si nada hubiera ocurrido.
Tardó unos segundos en volver a oír las voces de sus amigos, y así el mundo acabara de recolocarse a su alrededor, volviendo al fin a la realidad. Después de un rato, decidieron volver. Pero el camino no era el mismo.
—¿Seguro que vinimos por aquí? —preguntó Marta, deteniéndose.
—Sí —dijo Diego, sin vacilar—. Yo conté los pasos. Este es el trayecto.
Leo, que caminaba más lento, miró el suelo y luego al horizonte.
—No. Este terreno está inclinado hacia el oeste. Antes era al este. Lo recuerdo porque lo anoté.
—¿Y no puede ser que te confundieras? —dijo Diego, girándose hacia él.
—No me confundo con la orientación —respondió Leo, seco. Sus manos apretaban el cuaderno más de lo necesario.

—Vale, vale —intervino Clara—. No es momento para medir egos. Solo... fijémonos si hay alguna referencia.
—¿Y si simplemente la isla está jugando con nosotros? —dijo David con una sonrisa que nadie le devolvió.
—¿Cómo sabes que es la isla la que juega... y no tú? —musitó Álvaro, casi sin darse cuenta.
El silencio los envolvió, pero al final continuaron. Tardaron más de la cuenta en regresar. Cuando llegaron a la cabaña, todo parecía igual. Salvo por un detalle: una de las mochilas que habían dejado fuera había desaparecido.
—¿Quién la ha guardado? —preguntó Marta.
—Yo no —dijo David.
—Ni yo —añadió Clara.
—Quizá fue el viento —intentó bromear Álvaro, aunque le salió sin gracia. Nadie respondió. Nadie se rio. No le dieron más importancia.
Esa noche la cena fue sencilla, pero por primera vez en el día, el ambiente pareció relajarse. Entre bocados de pan y cucharadas de sopa tibia, empezaron a soltarse. Marta propuso un juego de adivinar películas con gestos. David aceptó y se levantó haciendo el payaso, provocando la risa contagiosa de todos menos de Leo, que se limitó a apuntar algo, mirando de reojo al grupo.
—¿Os habéis fijado en el árbol ese que parecía tener cara? —preguntó David—. Lo juro, me ha guiñado un ojo.
—No era un árbol, era Marta mirándote con lástima —respondió Clara.
—Muy graciosa —dijo Marta—. Pero podría ser peor: podrías estar atado a Leo y su cuaderno. Me da miedo que una noche nos dibuje a todos y luego nos vayamos borrando poco a poco.
Leo alzó una ceja.
—Solo dibujo lo que quiero entender.
—Y nosotros no lo somos, ¿verdad? —ironizó Marta.
Diego soltó una carcajada seca.
—Venga ya, ¿de verdad no os dais cuenta? Estamos haciendo como si nada, como si esto fuera una excursión más.
La mesa se quedó sin decir nada. Diego bajó la mirada.
—Perdón. No sé por qué he dicho eso.

Por un momento nadie supo qué decir. Pero fue Clara la que, con voz tranquila, rompió el hielo:
—Quizá es porque lo necesitamos. Fingir que todo es normal, aunque no lo sea.
—¿Y si volviéramos a casa mañana? —preguntó David, medio en broma—. ¿Qué haríais lo primero?
Marta respondió la primera, lanzando la servilleta sobre la mesa:
—Yo, una ducha caliente. Pero de esas eternas, hasta que se me arruguen los dedos.
Leo levantó la vista, pensativo:
—Creo que dormiría en mi cama, aunque solo fuera para comprobar que todavía existe.
Clara sonrió.
—Yo haría tortitas. Y me las comería viendo dibujos, como cuando éramos pequeños.
Diego se encogió de hombros, casi divertido:
—Yo… probablemente llamaría a mi madre. Hace años que no lo hago solo para decirle que estoy bien.
David alzó una ceja, sorprendido por la sinceridad del grupo.
—Pues yo… no sé. Quizá iría a ver el mar, pero desde la ciudad, solo para comprobar que no era un sueño.
Se hizo un silencio breve y cómodo. Álvaro los miraba uno a uno, reconociendo en cada gesto un eco del pasado, como si todos fueran piezas de un mismo puzle.
—¿Y tú, Álvaro? —preguntó Marta—. ¿Por qué viniste aquí?
Él dudó.
—No estoy seguro. A veces creo que vine para olvidarme de algo. O para recordar quién era antes.
Clara asintió con una expresión de seguridad en sí misma.
—No eres el único. Todos arrastramos algo aquí —dijo, y al decirlo, su voz tenía un matiz dulce, pero también triste.
Marta se recostó en el banco, mirando el techo de la cabaña.
—¿Os acordáis de cuando nos escondíamos en la casa del árbol? Siempre parecía que si subíamos lo suficiente, todo lo malo se quedaba abajo.
David sonrió, esta vez con nostalgia:

—Y cuando jugábamos a que éramos náufragos y la mesa del salón era nuestra balsa.
Leo añadió, casi sin pensarlo:
—Lo curioso es que aquí… de alguna manera, seguimos jugando. Solo que ahora las reglas son distintas.
Por un momento, todos se dejaron envolver en la sensación de que la isla, de alguna manera, era más un regreso que una huida. Clara rompió el momento con una risa suave:
—Bueno, si mañana nos despertamos y todo esto ha sido un sueño, yo voto por repetir el menú de hoy.
—Y yo por cambiar de cocinero —añadió Diego, señalando a David.
La risa volvió a la mesa, y el miedo se disolvió en la complicidad de los recuerdos y las bromas compartidas.
Poco a poco, fueron yéndose a dormir. Álvaro se quedó un rato más, sentado junto al fuego. Cuando al fin se levantó para ir al baño, el pasillo estaba en penumbra. Todo parecía dormido.
Entonces lo vio. La puerta estaba entreabierta. No había viento. No se oía nada, salvo el leve crujido de la madera bajo sus pies, demasiado alto en ese silencio expectante.
Por un instante, Álvaro pensó en retroceder, pero algo lo empujó a acercarse. Cada paso en el pasillo era como si alguien caminara justo detrás, respirándole en la nuca. El suelo estaba frío y vibraba bajo sus pies, notó la piel de los brazos erizándose y los latidos desbocándose poco a poco.
Se detuvo ante la puerta. Desde dentro, escapaba un olor difícil de definir: era un olor húmedo y rancio. Puso la mano en el marco: la madera estaba helada, se estremeció bajo sus dedos, y la puerta se abrió apenas un poco más, soltando un gemido agudo, como si alguien se quejara desde el otro lado, desconcertándolo aún más.
Por la rendija, solo veía oscuridad. Una negrura tan densa que parecía absorber la poca luz que llegaba a través del pasillo. Y entonces, lo escuchó: un sonido sordo, profundo. Era un sonido inequívoco: una respiración. No era rápida ni entrecortada, sino regular y grave, como si un animal enorme durmiera al otro lado de la puerta.

El ritmo de esa respiración le resultó perturbadoramente familiar, casi como un recuerdo de la infancia o una pesadilla ya olvidada. Cada exhalación retumbaba en sus costillas, y la convicción de que no estaba solo lo atravesó con un escalofrío profundo dentro de su ser. De repente, un eco, una frase apenas audible, resonó en su cabeza:
"No hace falta entenderlo todo para poder seguir adelante."
La voz no era suya. Le recordaba a alguien, a ese hombre de mirada paciente con el que tuvo conversaciones eternas en otra vida.
Álvaro tragó saliva y se inclinó hacia el hueco, sintiendo el frío del umbral. La respiración se detuvo de pronto, cortada en seco. Un segundo después, algo rozó la puerta por dentro: un leve arañazo lento, un roce. El tiempo se paró por un instante, y el silencio que siguió fue tan grande que llegó a pensar que se había quedado sordo.
Solo entonces se atrevió a retroceder un paso, con el corazón palpitando a un ritmo irregular, incapaz de apartar la mirada de esa oscuridad densa, expectante, que parecía observarlo.
Estaba a punto de asomarse del todo cuando sintió una presión helada en la nuca, una presencia invisible que le atravesaba la piel. El escalofrío fue tan intenso que le costó distinguir si provenía del miedo o de algo aún más profundo, como una advertencia grabada en sus propios huesos.
Sabía que había alguien detrás. Se giró despacio, casi a cámara lenta, arrastrado por un temor viscoso que le descendía por la espalda, como si el aire mismo se hubiera vuelto pesado.
Al final del pasillo, en la penumbra apenas rota por la luz lechosa de la sala, una figura lo observaba. Era Clara. De pie, absolutamente inmóvil, envuelta en una calma tan fría que no parecía pertenecerle del todo. Su rostro, partido entre la sombra y la claridad, no tenía la dulzura habitual, sino una fijeza extraña.
No dijo nada, ni siquiera pestañeó. Los ojos, enormes y oscuros, parecían más grandes de lo normal, fijos en él con una intensidad casi sobrenatural. Había en esa mirada algo ajeno, distante, que le hizo dudar por un segundo si de verdad era ella, aunque supiera —sin ninguna duda— que lo era. Sus ojos no le pedían calma, le

pedían que olvidara, que no mirara más allá.
La escena era tan real, tan física, que Álvaro sintió el suelo bajo los pies y el pulso tembloroso en las manos; no podía ser un sueño, y aun así todo tenía la textura de una pesadilla ya vivida.
Durante unos instantes que parecieron interminables, nadie se movió. Los ojos de Clara lo atravesaban, buscando dentro de él algo que ni siquiera él conocía. Álvaro sintió cómo la angustia y la necesidad de comprender se mezclaban en su pecho. Una parte de él quería acercarse, pronunciar su nombre, comprobar que estaba bien. La otra, mucho más instintiva, le gritaba que retrocediera, que huyera.
Finalmente, bajó la mirada y, sin cerrar del todo la puerta, dio un paso atrás. La respiración del interior seguía allí, constante, como el pulso de algo dormido. Pero Álvaro no dijo nada, no hizo nada.
Cerró la puerta con suavidad, temiendo despertar algo. Al alejarse, sentía la mirada de Clara fija en su espalda, quieta y paciente.
—No pasa nada —susurró ella.
Fue casi un susurro, tan bajo que no estaba seguro de haberlo oído. Lo sintió como cuando era un niño y el miedo no se iba… solo aprendía a quedarse quieto.
Volvió a su habitación sin encender la luz. Se metió en la cama sin quitarse del todo la ropa y cerró los ojos sin esperar el sueño. Solo quería desaparecer un rato.
Lo que vino después no fue sueño del todo, ni vigilia. Era como si flotara en medio de una realidad arrugada. Se encontraba en la cabaña, pero no en esa cabaña. Todo era igual, pero ligeramente descolocado: la puerta estaba a la izquierda en vez de a la derecha, los muebles parecían sombras deformadas. Caminaba por el pasillo, pero sus pasos no hacían ruido, y el aire era espeso, empujándolo con el pecho.
Una puerta se abrió sola, sin que él la tocara. Una vez dentro, había una habitación idéntica a la suya, vacía salvo por una figura sentada en el centro, un niño. Álvaro lo reconoció sin necesidad de verle bien el rostro: era él. Más joven, pero había algo en sus ojos: no era miedo ni tristeza...

Al fondo, entre la penumbra, una silueta masculina parecía observarlos. No se movía. No tenía rostro. Pero Álvaro supo enseguida que era alguien que había amado alguna vez. Tal vez su padre. O alguien que debía protegerlo. No avanzaba, solo estaba allí, como un testigo silencioso. Y desde ese rincón, una voz suave, demasiado familiar, decía su nombre.

El suelo comenzó entonces a llenarse de barro. No era agua, ni tierra suelta: se trataba de barro denso, oscuro y frío. Trepaba por sus tobillos, lento pero firme. El niño no se movía y la figura tampoco. Solo él parecía hundirse. Quiso hablar, pero no tenía voz. Despertó.

El cuarto estaba en silencio. Solo su respiración acelerada rompía la oscuridad. Se incorporó, con el corazón golpeando en las sienes. Al bajar los pies al suelo, sintió humedad. Encendió la luz. Encontró barro en sus pies y en la madera. Había huellas borrosas, marcadas desde la cama hasta la puerta. Y no sabía qué le daba más miedo: haber estado fuera… o no recordar haberlo hecho.

Diario de Álvaro, 8 años

Hoy tampoco he dormido bien.
La casa por la noche es diferente.
Es como si se hiciera más grande y más vacía. Como si respirara.
A veces escucho pasos y creo que son sueños,
pero entonces la puerta se mueve y sé que hay alguien,
aunque no diga nada. No camina rápido, ni fuerte. Solo está ahí.
Como si me mirara desde detrás de la madera.
Mamá dice que si tienes miedo, puedes respirar despacio y pensar en cosas buenas.
Yo lo intento. Cierro los ojos, me tapo hasta la cabeza y pienso en cosas que me gustan: la bici azul, los dibujos de la tarde, el olor de las mandarinas.
Pero cuando respiro, solo escucho mi corazón.
Fuerte, fuerte. Como un tambor en el pecho.
A veces querría dormirme sin pensar.
Dormirme sin que nadie me mire.
Sin pensar que detrás de la puerta hay ojos. O sombras.
O algo que no sé decir pero que me espera igual.
Esta mañana, cuando todos se fueron, me acerqué a la rendija. Creí ver una luz. Muy pequeña. No sé si estaba ahí de verdad o la había soñado. A veces pienso que la casa también sueña. Y por eso no me deja dormir.

Capítulo 5: El descanso antes del eco (Día 4)

La mañana se levantó pesada, se podía sentir que la isla había cogido aire durante la noche y su aliento lo llenaba todo. El cielo estaba encapotado, grisáceo, pero sin lluvia. Solo una pequeña luz filtrándose por las rendijas de la cabaña, que parecía más húmeda que de costumbre.

Álvaro se sentó en el borde de su cama, mirando el suelo. Había limpiado las marcas con una toalla que ahora yacía, empapada y marrón, bajo su colchón. Aún podía sentir la textura del barro bajo las uñas de los pies, resistiéndose su cuerpo a olvidar que algo había pasado.

Se puso la camiseta con movimientos lentos. En la otra cama, Clara dormía aún. Su respiración era tranquila, apenas un susurro. Álvaro, por un momento, se quedó observándola. La noche anterior regresó a su memoria con un estremecimiento sordo: la imagen de Clara de pie al fondo del pasillo, inmóvil y con los ojos demasiado abiertos en la penumbra, observándolo en silencio. Ahora parecía imposible —como un sueño atrapado entre el barro y el insomnio—, pero el recuerdo seguía ahí, real. Dudó unos segundos, casi esperando que Clara abriera los ojos y le preguntara si todo había sido una pesadilla compartida.

Salió entonces al porche sin hacer ruido. Había un silencio reverberante, como el que queda tras un grito muy lejano.

Cuando entró en la cocina, los demás empezaban a despertarse. Diego ya preparaba café, en silencio. Marta apareció despeinada, cubriéndose con una manta. Leo había salido también al porche, con el cuaderno en la mano. David aún no se veía.

—¿Alguien ha salido esta noche? —preguntó Álvaro de pronto, su voz más grave de lo habitual, pesándole aún el sueño.

Marta lo miró con un ojo medio cerrado, envuelta en la manta como si quisiera protegerse de algo más que el frío.

—¿A dónde? ¿A buscar pesadillas? No, gracias. No he puesto ni un pie fuera de la cama —.

Diego alzó una ceja, dejando la cafetera sobre el fuego.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió, estudiándolo con atención.

Álvaro dudó un segundo, procurando medir bien sus próximas palabras.
—Tuve un sueño raro. No sé… parecía real. Me desperté con los pies mojados. Igual salí sin darme cuenta —se encogió de hombros, tratando de quitarle importancia, pero la incomodidad le tensaba la voz.
Clara apareció entonces, en silencio, una taza humeante entre las manos. Se detuvo frente a él, posando la taza en la mesa despacio, y lo miró unos segundos.
—Hay cosas que uno hace dormido... y no siempre es uno quien las decide —dijo, sin dramatismo, y luego bajó la mirada hacia sus propias manos.
Leo, desde fuera, seguía anotando en su cuaderno sin mirarlos. Habló sin levantar la cabeza.
—Hay barro seco en el borde del porche. No estaba ayer —anunció, con su tono desapegado de costumbre.
Diego frunció el ceño. Marta se apretó más la manta, dando la impresión de que la cabaña hubiera perdido todo su calor.
—Pues genial. Ahora, además de perder mochilas y cambiar caminos, la isla nos está paseando por la noche —ironizó.
En ese momento, David entró bostezando, frotándose los ojos.
—¿He oído "barro misterioso"? Ya sabía yo que este sitio tenía rollo Lovecraft —bromeó.
Álvaro no quiso hablar más. No sabía cómo explicar a sus amigos que había sentido que estaba en dos lugares a la vez, que había sentido la respiración de alguien conocido detrás de la puerta, o que volvió a tener un sueño raro en el que vio una versión de sí mismo de pequeño. Se limitó a sentarse y mirar sus manos, esperando que el día lo mantuviera ocupado. Aunque sentía que el día apenas había comenzado y ya pesaba sobre sus hombros como si llevara horas despierto.
Después del desayuno, Álvaro salió al exterior fingiendo que quería estirar las piernas. Leo, que parecía haberlo intuido, guardó su cuaderno bajo el brazo y lo siguió sin decir nada.
Caminaron unos metros bordeando la cabaña. El suelo estaba húmedo, pero no reciente. Entre los arbustos, Álvaro se detuvo.

—Mira —dijo en voz baja.
Había una huella. No era grande, no muy definida, pero descalza. Y no parecía ser de adulto.
Leo se agachó, serio.
—No es tuya.
—¿Y si fuera mía? Pude salir anoche, sonámbulo o algo.
—No tienes los pies tan pequeños.
Álvaro soltó una risa corta, tensa.
—¿Sabes qué es lo peor? Que me vendría bien una explicación absurda. Me da igual cuál. Solo necesito que algo tenga sentido. Aunque sea mentira.
Leo no respondió enseguida. Tocó la tierra con la punta de los dedos.
—A veces el sentido llega después. O nunca. En mi casa... cuando murió mi hermano, durante semanas mi madre dejaba las ventanas abiertas por si volvía. "Para que no se pierda si encuentra el camino", decía. Me cabreaba. Luego lo entendí. Le daba igual la lógica. Solo quería soportarlo.
Álvaro lo miró por un instante más largo de lo que habría querido. Luego desvió la vista.
—¿Tú crees que estamos perdiendo el camino?
Leo se encogió de hombros.
—¿Y si nunca hubo uno fijo? Tal vez esta isla no tiene mapa. O somos nosotros los que lo estamos haciendo.
Se hizo un silencio corto, tibio, como una tregua involuntaria.
Leo se palpó el bolsillo trasero del pantalón.
—Tenía una nota. Juraría que la escribí ayer por la tarde. Algo sobre la orientación del terreno. Ahora no está. Ni en el cuaderno, ni en el bolsillo. Y no arranco hojas.
—¿Estás seguro?
—Tan seguro como que no vine aquí por gusto —respondió Leo, con un tono neutro, casi resignado.
—¿Y entonces por qué viniste?
Leo clavó los ojos en Álvaro, y durante un momento pareció que iba a decir algo importante. Pero simplemente respondió:

—Porque a veces uno sigue a los demás... para escapar de uno mismo.
Álvaro no replicó. Esperó. Leo, sin embargo, continuó, como si las palabras se le escaparan sin permiso.
—Mi padre solía decir que quien no sabe a dónde va, acaba donde no quiere estar. —Soltó una risa corta, sin alegría—.
Supongo que tenía razón.
—¿Y él? —preguntó Álvaro.
—Murió hace tres años —respondió Leo sin dramatismo—. Cáncer. Pasó meses enfadado con todo: con los médicos, con el aire, conmigo.
Se agachó y tocó la tierra húmeda.
—Cuando murió, lo único que me quedó fue ese ruido en la cabeza… el de querer entender algo que no se puede entender. Así que empecé a estudiar mapas, rutas, caminos. Todo lo que tuviera un principio y un final claro.
Suspiró.
—Y acabé aquí, en un sitio que no tiene ninguno. —Levantó la mirada—. Supongo que eso es justicia poética.
Álvaro lo observó en silencio, reconociendo en esas palabras algo demasiado cercano.
—¿Y si no hay nada que entender? —dijo finalmente.
Leo sonrió, sin convicción.
—Entonces estamos jodidos —contestó—. Porque yo vine a entenderlo todo.
Volvieron sin hablar más. La huella seguía allí, a la sombra de las ramas, esperándolos.
La mañana se fue consumiendo en una extraña normalidad. Marta decidió barrer el porche con una rama seca, resoplando porque la arena volvía siempre, pareciendo que la isla quisiera mantener su propio desorden.
—Como vuelva a encontrar más arena dentro, monto guardia en la puerta y os ducho antes de entrar.
David se empeñó en buscar algo que escuchar en la radio antigua, girando el dial hasta convertir la estática en un murmullo de fondo que nadie pidió que apagara.

—Si encuentro una emisora de verdad, prometo poner música y bailar en la puerta para espantar a los bichos.
Leo, que había dejado el cuaderno a un lado y se sentaba en el escalón del porche, intervino:
—¿Bailar? Prefiero la estática. Pero si consigues sintonizar algo, hasta yo me animo.
Marta chasqueó la lengua, sonriendo:
—Eso quiero verlo. Igual hasta conseguimos que Diego cante. —
Clara, tendiendo las toallas húmedas al sol, miró al grupo y añadió:
—O que Álvaro cuente un chiste malo, para variar.
Por un instante, todo pareció normal, casi familiar. Hasta Diego, que cortaba algo de fruta bajo el porche, se permitió una pequeña sonrisa:
—A este paso, sobreviviremos porque la isla se aburrirá de nosotros antes.
Álvaro se dejó llevar por la rutina, ayudando a Marta a recoger ramas. No hablaba mucho, pero se sorprendía observando cómo sus amigos se movían en la cabaña, todos parecían intentar recordar una coreografía. Cada gesto, cada tarea, parecía un modo de espantar el desasosiego.
Más tarde, el grupo se reunió en la parte trasera de la cabaña, donde una pequeña explanada de tierra firme y piedras planas hacía de comedor improvisado. El cielo seguía encapotado, pero no amenazaba con lluvia. Marta cogió finalmente la radio y la utilizó como decoración central. David se puso a preparar una ensalada que no dejaba de probar "para asegurarse de que no estaba envenenada".
—¿Sabéis qué echo de menos? —dijo Clara, mirando al cielo—. El ruido de fondo de una ciudad. A veces es molesto, pero aquí... parece que alguien hubiera puesto el mundo en pausa.
—Echo de menos los memes —dijo David—. Y los gatos. Y los memes de gatos.
—¿Tú no eres alérgico a los gatos? —preguntó Marta.
—Sí. Por eso solo los veo en memes. ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

—A veces te observo dormir y pienso: ese chico seguro que ronca con subtítulos —bromeó Marta.
—¿Me estás diciendo que me espías por la noche? ¿Es eso una confesión o una amenaza?
Diego, que estaba pelando una naranja con precisión casi quirúrgica, intervino sin levantar la vista:
—Si alguien ronca aquí, soy yo. Lo admito. Pero eso no es espiar, es supervivencia.
Leo, hojeando su cuaderno sin escribir, levantó una ceja y, por primera vez en todo el día, se permitió bromear:
—Voy a empezar a registrar la cantidad de memes perdidos en la isla. Puede que sea un dato de interés científico. Además, ¿No se supone que estas vacaciones eran para desconectar? —añadió mientras jugaba con el bolígrafo entre los dedos.
—¿Y qué crees que estamos haciendo? —dijo Marta—. Esto es lo más desconectado que he estado desde 2007.
—¿Te refieres al año o al número de seguidores que tenías entonces? —ironizó David.
—Ambas —replicó ella, sonriendo con suficiencia.
Álvaro los escuchaba con media sonrisa, sin intervenir demasiado. De repente, al ver a sus amigos reír, recordó una tarde de verano en el patio de su casa, cuando de pequeños hacían "picnics" sobre una manta y todo parecía igual de sencillo. Durante un instante, pensó que ojalá pudiera volver a sentir aquella facilidad.
—¿Tú qué echas de menos, Álvaro? —preguntó Clara, de pronto.
Él se encogió de hombros.
—No lo sé… supongo que no echar nada de menos. Eso es lo que más echo de menos.
El silencio fue breve, pero lo suficiente como para que todos lo sintieran. Leo dibujó una carita triste en el margen del cuaderno y la enseñó de reojo a Álvaro, como para quitarle hierro al momento.
David levantó su tenedor para, a su manera, poder brindar.
—Por no echar de menos nada, entonces. Y por no envenenarnos hoy.
Rieron. Fue breve. Real. Como un paréntesis dentro de la tensión.

La comida continuó entre pequeñas bromas, bocados distraídos y miradas furtivas al cielo. Por un instante, el mundo pareció volver a girar con normalidad. Aunque solo fuera durante el almuerzo, todos se sintieron parte de algo seguro.

La tarde transcurrió suave, con la luz del sol filtrándose entre las nubes. Bajaron a la playa, los pies hundiéndose en la arena fresca. Marta apareció agitando una pelota hinchable que nadie recordaba haber metido en el equipaje, pero que todos aceptaron sin hacer preguntas.

—¿Seguro que esto es nuestra pelota? —preguntó Leo, inspeccionándola de forma que parecía una reliquia arqueológica.

—Si no es nuestra, lo es ahora —dijo Marta, dándole un toque para que rodara hasta David.

David intentó organizar un torneo de voleibol con reglas inventadas sobre la marcha, mezclando normas de tenis, fútbol y algún deporte que solo existía en su imaginación. El juego acabó con él y Diego chocando y cayendo al agua entre risas y protestas teatrales.

—Hay falta, árbitro invisible —gritó David desde el suelo, salpicando a Clara, que los miraba con esa ternura tranquila que a veces desarma.

Clara y Álvaro se tumbaron juntos a mirar el cielo. Entre las nubes, algún claro dejaba pasar ráfagas de azul, y Clara jugó a buscarle formas a las nubes como cuando era niña.

—Mira, esa parece un tren —susurró, señalando un cúmulo largo y alargado.

Álvaro sonrió, recordando vagamente tardes de infancia, tumbado en la hierba del patio de casa, inventando historias con su madre. Durante unos segundos, se permitió sentirse ligero, como si el pasado fuera solo una historia ajena y no un peso.

Marta, todavía empapada, se sentó cerca y empezó a contar una anécdota absurda de cuando intentó colarse en un concierto fingiendo ser parte del equipo técnico. Leo, a su lado, le siguió la corriente, inventando detalles técnicos, y por una vez dejó el cuaderno sobre la toalla y se sumó a la risa.

Diego, mientras tanto, enseñaba a David a hacer una trenza "de

supervivencia", aunque la víctima real fue el flequillo rebelde de Marta.
—Lo peor no fue que me pillaran, sino que mi padre vino a recogerme y fingió que yo *sí* trabajaba allí. Se puso a dar órdenes a los guardias, gritando: "¡Llévenla a montaje, no tenemos todo el día!".
Clara soltó una carcajada.
—¿Y coló?
—Por un minuto, sí —dijo Marta, sonriendo—. Hasta que le preguntaron de qué empresa éramos y él contestó "de la de mi hija". Se rieron los tres.
Luego, Marta bajó un poco la voz, casi como si hablara consigo misma:
—Mi padre siempre hacía eso. Armar un espectáculo para que nada pareciera un desastre. Aunque lo fuera.
Se quedó mirando el mar un momento, pensativa, y añadió con una media sonrisa:
—Supongo que aprendí de él. Fingir que todo va bien hasta que de verdad empieza a irlo.
Clara la observó con ternura, pero no dijo nada.
La brisa se llevó el silencio y, durante unos segundos, todo volvió a parecer sencillo.
Por unas horas, se olvidaron de la puerta cerrada y del barro. La isla parecía solo un lugar bonito y remoto, lleno de promesas y huecos en la memoria.
Esa noche, cenaron al aire libre, con el aire fresco envolviendo la pequeña mesa improvisada. Clara preparó arroz con verduras, Marta rescató un altavoz viejo que milagrosamente aún funcionaba, y de fondo sonó una playlist olvidada que supusieron haber hecho. Las conversaciones fueron ligeras: bromas, historias inventadas y recuerdos reales mezclados.
—¿Y si al final esta isla nos adopta y no nos deja ir? —bromeó David, sirviéndose otra cucharada de arroz.
—Tendría que soportarte para siempre. Prefiero que nos coman los cocodrilos —respondió Marta, lanzándole un grano de arroz.
—No hay cocodrilos —corrigió Leo, sin poder ocultar la sonrisa.

—Ese es exactamente el tipo de frase que dice alguien antes de ser atacado por un cocodrilo —replicó David, arrancando la carcajada de todos.
Diego, que normalmente era el primero en recoger, se quedó un rato más, mirando el mar, buscando en la oscuridad algo conocido. Luego se levantó y, con voz más suave que de costumbre, se despidió:
—Que descanséis. Mañana será un buen día.
Clara recogió los platos en silencio, y Marta hacía equilibrios con la pelota hinchable sobre la cabeza, provocando una última ronda de risas.
—Buenas noches, Álvaro —dijo Clara antes de perderse por el pasillo.
—Dulces sueños sin puertas extrañas —añadió Marta.
—Y sin barro —completó David, lanzándole una servilleta arrugada.
Álvaro rio, una risa real, limpia, parecía que por fin le hubieran quitado algo del pecho.
—Buenas noches a todos —respondió, mientras entraba en su habitación.
Cuando la casa quedó en silencio, Álvaro se tumbó en la cama, notando cómo el sueño empezaba a empujarle hacia abajo. De pronto, escuchó unos pasos quedos en el pasillo. Diego asomó la cabeza por la puerta, apoyándose en el marco con los brazos cruzados y la expresión seria de siempre, pero con un brillo cálido en los ojos.
—¿Puedo pasar o necesitas pedir audiencia? —bromeó en voz baja.
Álvaro se incorporó, frotándose los ojos, un poco sorprendido. Diego entró, cerrando la puerta a medias, y se sentó al borde de la cama.
—Sé que no hace falta que me cuentes nada —dijo Diego, rascándose la nuca—, pero… no hace falta ser detective para notar cuando alguien da más vueltas que una peonza en la cama.
Hizo una pausa y añadió con una media sonrisa:
—Si alguna vez tienes una noche chunga, o sueñas cosas raras… ya sabes dónde encontrarme. Para eso estoy. Te protegería, aunque tuviera que hacer guardia toda la noche y asustar a los monstruos a base de ronquidos. Y créeme, no hay bestia en esta isla que aguante eso.

Álvaro sonrió, entre agradecido y divertido.
—Gracias, Diego.
Diego se encogió de hombros, poniéndose de pie.
—Es mi trabajo. Bueno, más que trabajo, manía de hermano mayor. Ya me entiendes.
Se dirigió a la puerta, pero antes de salir se giró, guiñándole un ojo:
—Y si mañana ves que falta café, échale la culpa al monstruo de la cabaña.
Salió, dejándolo con una sonrisa más tranquila de lo que recordaba haber sentido en días.
Esa noche durmió del tirón. Mejor que en mucho tiempo. Sin sueños, sin sobresaltos. Solo oscuridad y el mar al fondo, como una canción lejana que lo mecía sin pedir explicaciones.

Recreo

El patio es una frontera invisible. Las voces saltan y rebotan contra los muros del colegio, suben, bajan, se disuelven en el aire frío de la mañana.

Álvaro se sienta en el borde del banco azul, los pies colgando, mirando el suelo cubierto de polvo y piedrecillas. Sus cordones están deshechos, pero no los ata; observa cómo el extremo de uno de ellos dibuja una línea torpe cuando mueve el pie, como si pudiera escribir algo secreto.

A su alrededor, el ruido parece otro idioma. Los otros niños forman círculos, saltan, se empujan, inventan juegos que él no entiende del todo. Cuando alguien pasa corriendo, una pelota rebota cerca de su zapato. Durante un segundo, piensa en lanzarla. Pero se queda quieto. Invisible. Nadie le dice nada.

El maestro vigila desde la sombra, con los brazos cruzados, mirando a todos y a nadie, y Álvaro siente que si no se mueve, si no hace ruido, puede pasar desapercibido.

A veces imagina que el banco es un barco a la deriva y que él es el único pasajero. Le gusta pensar que, si cierra los ojos, el mar lo mece y todo el patio se convierte en agua. En ese mundo inventado, nadie lo busca, nadie lo llama. Es solo un rumor de fondo, una vibración en los huesos. Algo que le dice que está ahí, pero que podría no estarlo, y nada cambiaría.

El timbre suena, metálico, y los niños corren en estampida hacia la fila. Álvaro tarda unos segundos en levantarse. Cuando pasa junto a la puerta, una niña le roza el hombro con el abrigo. No dice nada, ni lo mira, pero ese roce se queda pegado a su camiseta todo el día, como una huella tibia, como si por un momento hubiera existido de verdad.

En el pasillo, el suelo cruje con las pisadas de los demás. Álvaro camina al final del grupo. Nadie lo empuja, nadie lo espera.

En clase, los pupitres están alineados, todos tienen dueño. El suyo también. Se sienta sin hacer ruido. La profesora reparte unas hojas, da indicaciones. A su alrededor, las voces no paran del todo: se oye un susurro, un papel que se desliza, una risa contenida.

Nadie le habla.
Y eso, en cierto modo, le tranquiliza.
Mira por la ventana un momento, aunque no ve nada en particular.
Solo el reflejo de la luz. Solo el silencio dentro del ruido.
Años después, Álvaro seguiría recordando ese roce.
No por lo que fue,
sino por todo lo que no fue después.

Capítulo 6: El intruso (Día 5)

Álvaro despertó con una extraña ligereza. Por primera vez desde que habían llegado, había dormido de un tirón, profundo, sin sueños. Durante unos segundos, simplemente disfrutó de esa calma, del rumor lejano del mar y de la tibieza del colchón bajo el cuerpo. Era como si una capa de inquietud se hubiera levantado por fin de su pecho.

Se desperezó, estirando los brazos, y notó algo distinto en la mesita junto a la cama. Allí, doblada con cuidado junto al vaso de agua —que no recordaba haber dejado la noche anterior—, había una nota. La caligrafía era inconfundible: la de Leo.

En el papel, solo una frase: "No abras la puerta otra vez."

No había firma, ni más explicación. Solo esa advertencia escueta, flotando en el aire como un secreto compartido. Álvaro la sostuvo un momento entre los dedos, notando cómo el leve temblor de sus manos delataba una inquietud que no quería admitir. Se guardó la nota en el bolsillo, como si esconderla pudiera suavizar la sensación de amenaza latente. Durante unos segundos se quedó sentado, repasando mentalmente la caligrafía: ¿era la de Leo? Parecía igual de precisa, aunque quizá demasiado ordenada. ¿Podría haber sido Diego, siempre tan protector? O incluso Clara, con esa calma inquietante de las últimas noches. ¿O tal vez Marta, jugando una broma rara para quitarle hierro a todo? Cada opción le pesaba de una forma distinta. Lo que más le dolía era darse cuenta de que, por primera vez, dudaba de sus amigos. De todos.

Se vistió con movimientos lentos y salió al comedor, donde el resto ya empezaba a reunirse. Miró uno a uno sus rostros, buscando un gesto cómplice, una mirada que lo delatara, algo. Nadie parecía diferente: Diego preparaba café, Clara leía distraída un papel, Leo hojeaba su cuaderno y Marta revolvía una bolsa en busca de algo. Se sentó a la mesa, apretando la nota en el bolsillo. Dudó si mencionarla. ¿Y si era solo una broma tonta? ¿Y si en realidad sí necesitaba que le avisaran? ¿O, peor, si nadie había escrito nada y era todo producto de su cabeza cansada? La duda le quemaba por dentro. Decidió callar, al menos hasta entender algo más.

En ese momento, Marta irrumpió en el comedor, desparramando sobre la mesa un puñado de fotos recién reveladas.
—¡Mirad esto! —dijo con la voz cargada de energía—. He conseguido imprimir algunas de las fotos que he ido haciendo. La del porche es brutal. Y me encanta que algunas salgan mal, Es como si la cámara tuviera personalidad.
La atención del grupo se desplazó enseguida, y Álvaro, por un momento, se sintió aliviado. La nota ardía en su bolsillo, pero la conversación giró y la duda quedó suspendida, solo para él.
David, que masticaba pan seco, se acercó con curiosidad.
—A ver si salgo guapo por una vez en mi vida —bromeó.
Marta se inclinó sobre la mesa; Clara sonreía levemente, aún medio dormida. Diego permanecía algo alejado, observando en silencio. Leo no se había presentado todavía.
—Eh, mirad esta —exclamó David, levantando una de las fotos—. ¡Qué bien me cae este tipo! Aunque no tenga ni idea de quién es.
Todos se agruparon en torno a la imagen. En la foto, se veían sentados en la playa: Marta y David sonreían abiertamente, Diego y Leo parecían más distantes, Álvaro tenía un gesto serio, mientras que Clara tenía una expresión indefinida, y en el centro de la imagen, rodeado de todos, había alguien más, un hombre. Alto, pelo oscuro, su cara apenas reconocible, borroneada como si la foto estuviera viva y se negara a fijar sus límites. Llamaba la atención una pulsera de color rojo en su mano izquierda.
—¿Esto es una broma? —preguntó Diego, con tono cortante.
—No es ningún montaje —respondió Marta, confusa—. Esa foto la hice la primera tarde, con la instantánea. No hay filtros. No hay edición.
—¿Quién coño es este? — murmuró Leo, acercándose sin que nadie notara desde cuándo estaba allí.
Álvaro se inclinó para mirar mejor. Algo en ese rostro distorsionado le resultaba inquietantemente familiar. Sentía un hormigueo en la base del cráneo. ¿Lo había visto en sueños? ¿En algún lugar antes?
—No será alguien del embarcadero… o un guía —dijo Clara, sin demasiada convicción.

—¿Y por qué estamos tan tranquilos con él? Mirad. Hasta Marta parece reírse de algo que ha dicho —observó David.
Diego le arrancó la foto a Marta con brusquedad.
—Esto no tiene sentido. No recuerdo a nadie más con nosotros, este hombre no existe.
Clara dudó antes de hablar.
—Yo… he soñado con él —confesó al fin.
Todos se volvieron hacia ella.
—¿Cómo que has soñado con él? — dijo Marta con un tono más serio.
—Era él, pero… era como si me conociera desde siempre. No hablaba, pero estaba allí, en la cabaña. Me miraba. Y yo sentía… calma, pero también un miedo raro.
Hubo un silencio. Álvaro notó que la nuca se le erizaba. Por un instante, pensó que él también lo conocía… pero no, no podía ser. ¿O sí?
—¿Y por qué no lo dijiste antes? —dijo Diego con desconfianza—. ¿Lo has visto en otro sitio?
—No... solo en el sueño —insistió Clara—. Pero no fue uno cualquiera. Fue... distinto. Me desperté con la sensación de que había estado realmente con él hablando sobre alguien.
Un silencio tenso recorrió la sala.
—Tenemos que irnos —dijo Diego de pronto, tajante—. ¿Y si esa persona está en la isla? No pienso quedarme otra noche.
—¿Y cómo, exactamente? —replicó Marta—. ¿Nadas hasta el continente?
—Podemos intentar contactar con la agencia. Está el teléfono de emergencias del que nos habló la mujer de la agencia.
—¿Y si es una broma? —dijo Leo, casi con desprecio—. ¿Una cámara con efectos, fotos manipuladas... una especie de juego raro de marketing?
—¿Eso justificaría lo que sentimos? —dijo Clara, todavía pálida.
—Podría —dijo Marta, pero su voz no sonaba convencida—. He visto campañas más absurdas.
—Todo esto es muy raro —susurró Álvaro—. Pero no por eso deja de ser real.

Un zumbido comenzó a llenar el ambiente. Nadie supo decir cuándo empezó. Era un sonido bajo, grave, continuo. Como un lamento eléctrico, vibrando en las paredes y en los huesos. David se llevó la mano al oído.
—¿Oís eso?
—¿Qué? —preguntó Marta.
—Ese... ruido. ¿No lo oís?
Leo sacó la brújula del bolsillo. Todos la observaron en silencio. La aguja giraba sin detenerse, temblorosa, como si algo invisible la arrastrara. Después se detuvo... apuntando hacia el mar.
—No —susurró Leo—. Esto está mal.
Nadie respondió. Durante unos segundos, todos quedaron quietos, como si el aire se hubiera espesado de golpe. El zumbido seguía ahí, pegado a la piel, pero nadie se atrevía a nombrarlo.
Poco a poco, Marta comenzó a recoger las fotos, con la delicadeza de quien maneja algo peligroso. Los demás la imitaron en silencio, como si fueran cartas marcadas de una partida que nadie quiere terminar.
—Dejemos esto —dijo Diego, con la voz más baja de lo habitual—. Decidamos qué hacer. Hoy.
Álvaro, aún con la fotografía en la mano, la miró fijamente: la cara desenfocada, la sonrisa tensa de los demás. Algo, en esa imagen, no quería ser recordado.
El caos contenido que generó la aparición de la fotografía dejó el desayuno deslavado, incompleto. Nadie volvió a tocar las tostadas, y el café se enfrió en las tazas. El grupo se dispersó por la casa, cada uno buscando una manera de procesar lo que había visto. El zumbido tardó en irse, dejando una huella invisible en el ambiente.
Álvaro salió al porche y se sentó en la escalera de madera, con los codos apoyados en las rodillas. El bosque, inmóvil, parecía vigilarlos desde la distancia. Marta lo siguió, cruzada de brazos, con la barbilla alta y el ceño fruncido, y se dejó caer a su lado.
—¿Tú crees que es real? —preguntó Marta, directa, sin perder el tiempo en rodeos.
Álvaro tardó en responder. Miró sus propias manos, notando cómo le temblaban un poco, y luego alzó la vista hacia el horizonte, donde el

verde del bosque se confundía con el gris del cielo.
—No lo sé. Hay momentos en los que pienso que sí. Pero luego me parece imposible —admitió—. Lo que no puedo quitarme de la cabeza es esa sensación de que… esto no es solo una casualidad. Como si todo estuviera montado para nosotros, pero sin sentido.
Marta apoyó los codos en sus rodillas, imitando la postura de Álvaro.
—A mí no me asusta que sea real —confesó, con voz baja—. Me asusta no saber qué significa. Me pone de los nervios no poder controlar nada aquí, ni una explicación. Es como vivir dentro de un sueño en el que no mandas tú.
—¿Y si lo que pasa aquí depende de nosotros? —dijo Álvaro, buscando su mirada—. ¿Y si somos los que… estamos trayendo todo esto? El tipo de la foto, la puerta, las huellas…
Marta negó con la cabeza, pero sonrió con tristeza.
—No sé. Lo único que tengo claro es que, si esto es una broma, es de muy mal gusto. Y si no lo es… pues estamos jodidos.
Desde dentro, llegó un portazo apagado y luego el rumor de voces en el altillo: Clara y Leo discutían en voz baja, demasiado lejos para entender las palabras, pero el tono era tenso, urgente.
En la cocina, David daba vueltas distraído. Sus hombros caían hacia delante. Diego, apoyado en la encimera con los brazos cruzados, miraba fijamente un punto en la pared, sin moverse, intentando decidir si levantarse o quedarse allí para siempre.
David, al escuchar el leve murmullo desde el porche, salió al exterior, frotándose los ojos.
—¿Se puede uno apuntar a la reunión de los existencialistas o hay que traer carnet? —dijo, intentando sonar ligero, pero su voz sonaba hueca.
Marta se rio, apenas un suspiro.
—Vente, aquí solo damos vueltas a las cosas —le contestó—. Y a las cabezas.
David se sentó a su lado, lanzando una mirada breve a Álvaro.
—Por un momento pensé que Diego iba a empezar a filosofar con las ollas —dijo, en voz baja, como si temiera que Diego pudiera oírlo.
Álvaro se permitió una pequeña sonrisa, pero en su interior solo sentía que todo era cada vez menos real. Los tres se quedaron en

silencio, mirando el bosque esperando una señal.

Un par de horas después, Marta propuso salir a dar una vuelta.
—Vamos al acantilado. Aire fresco, vista al mar, y así dejamos de mirarnos como si fuésemos sospechosos —dijo, tratando de sonar ligera.
—No quiero quedarme encerrada —añadió Clara—. Me está empezando a doler la cabeza con tanta tensión.
Leo cerró su cuaderno. Diego tomó su cantimplora. David bromeó con que al menos esperaba no cruzarse otra vez con "el tipo simpático de la foto".
Salieron todos juntos, aunque ya no con la misma ligereza. El paso era menos sincronizado, más disperso. Como si la unidad invisible que los unía hubiera empezado a deshilacharse.
Caminaron hacia el acantilado por el mismo sendero de días anteriores. Pero esta vez, el silencio del entorno no parecía calma, sino vigilancia. El bosque no susurraba. Escuchaba.
En mitad del sendero, Clara se detuvo en seco. Miraba hacia un punto lejano entre los árboles, con el rostro pálido, los labios entreabiertos.
—¿Qué pasa? —le preguntó Álvaro, acercándose a ella.
Clara tardó un instante en responder. Mantuvo la mirada clavada en el bosque, los músculos tensos, como si estuviera conteniendo el aliento. Por un segundo, Álvaro creyó que iba a decir algo importante, pero Clara forzó una sonrisa y negó despacio.
—Creí… no importa —susurró, apartando la vista.
Pero antes de volver a andar, su mano buscó el brazo de Álvaro, apenas un roce, como si necesitara asegurarse de que era real.
Volvió a caminar con el grupo, un poco más cerca de él, y aunque mantuvo la compostura, sus ojos se movían inquietos, pendientes de cada sombra.
Cuando llegaron al acantilado, el mar estaba calmo, pero no sereno. Parecía un espejo inmenso que reflejara algo invisible. Sentados sobre las rocas, intentaron charlar.
—¿Y si todo esto lo ha montado la agencia de viajes? —preguntó David, medio en broma—. Un tipo de experiencia inmersiva rara. ¿Os

imagináis?
—Sí, claro. Nos meten a un extraño en las fotos y nos dan una brújula rota como souvenir —respondió Marta.
—Yo solo digo que no tenemos que descartar lo ridículo —añadió David—. Es más fácil que creer que estamos perdiendo la cabeza.
—¿Y si son las dos cosas? —dijo Leo desde el suelo, donde estaba recostado.
Álvaro no dijo nada. Miraba el horizonte con los ojos entrecerrados. La brisa traía un olor distinto. No era marino. Era metálico. Entonces, sin pensar, metió la mano en el bolsillo.
La nota seguía ahí.
No abras la puerta otra vez.
Mientras la rozaba con los dedos, volvió a preguntarse—¿quién la habría escrito? ¿Habría sido él mismo y no lo recordaba? La duda le latía en la yema de los dedos, tan incómoda como la advertencia de la nota.
Cuando regresaron a la casa, el ambiente seguía raro. No había gritos, ni peleas. Pero tampoco risas. Solo un esfuerzo conjunto, inconsciente, por fingir que el mundo seguía siendo el mismo.
Esa noche, nadie lo propuso directamente, pero de algún modo todos entendieron que necesitaban una tregua. David apareció con un manojo de leña, Marta con una linterna entre los dientes y Clara cargando una caja con restos de galletas y frutos secos. Diego fue el primero en encender el fuego, sin decir una palabra. Leo se sentó a cierta distancia, observando las llamas con el ceño fruncido.
—Vale, no quiero parecer hippie —dijo David, rompiendo el silencio —, pero no sé si esto es una fogata o un ritual de protección.
—Si es lo segundo, que funcione —respondió Marta, llevándose las manos al calor.
—A mí me sirve con que no haya más fotos extrañas —añadió Clara, con la voz baja pero firme.
Álvaro no hablaba. Se limitaba a mirar las chispas elevarse al cielo como si intentaran escapar de la gravedad.
—¿Recordáis la primera noche? —dijo Marta de pronto—. Todo parecía una aventura entonces.
—Lo sigue siendo —respondió David, aunque sin convicción.

—Sí —dijo Leo, por primera vez en un rato—. Pero ahora no sabemos si somos los exploradores… o los explorados.
La frase quedó flotando. Nadie la discutió. Nadie la confirmó.
Durante un rato, el grupo se dejó envolver por el fuego. Las sombras jugaban en sus rostros. El zumbido, que durante el día se había hecho más nítido, parecía ahora oculto entre el crepitar de la madera. Una falsa calma, pero calma al fin y al cabo.
Marta, abrazando las rodillas, rompió el silencio:
—¿Sabéis qué? Cuando era pequeña, mi abuela decía que las fogatas espantaban a los malos sueños. Pero yo creo que solo los entretienen.
David se rió bajito, lanzando una ramita al fuego.
—Lo que está claro es que aquí nadie se va a morir de frío ni de aburrimiento.
—No estaría mal aburrirse un poco —añadió Leo, con voz tranquila —. Un día entero de solo comer y dormir, sin fotos extrañas ni puertas misteriosas.
Clara sonrió con suavidad.
—Yo firmo por un día así. Y si hay bizcocho, mejor.
—O café —apuntó Diego—. Un café de verdad, no el agua oscura que tenemos aquí.
—Y que alguien me explique por qué el arroz siempre se pega en esta isla —añadió Marta, riendo—. No puede ser casualidad.
—Seguro que es cosa de la agencia de viajes —bromeó David—. "Viva la experiencia de arroz imposible."
Las risas —ligeras, cómplices— llenaron el aire por un instante. No duraron mucho, pero bastaron para recordarles que seguían siendo, de algún modo, amigos en medio de lo extraño.
El fuego crepitó más alto, y Marta, aún sonriendo, se quedó mirándolo unos segundos.
—Mi abuela decía otra cosa del fuego —añadió de pronto, en tono más bajo—. Que si lo miras demasiado, te enseña lo que no quieres ver.
Leo levantó la vista, curioso.
—¿Y tú lo creías?
—No lo sé —respondió ella—. Cuando era niña, pensaba que lo decía

para que no me acercara demasiado. Pero con los años… creo que entendí lo que quería decir.
Se quedó mirando las llamas, pensativa.
—Decía que el fuego guarda memoria. Que todo lo que se quema sigue ahí, convertido en otra cosa.
Soltó una pequeña risa, aunque sin alegría.
—Supongo que por eso me gusta tanto mirarlo. Hay cosas que solo se pueden recordar así, sin palabras.
Álvaro la observó de reojo. No dijo nada, pero en su interior algo se tensó, una cuerda familiar.
Las palabras de Marta resonaron con una verdad que no era del todo suya, como si hablase por él sin saberlo.
El grupo guardó silencio unos segundos, solo roto por el chisporroteo del fuego.
David, para aliviar la quietud, tomó una rama y la agitó como si fuera una antorcha.
—Bueno, pues si el fuego guarda memoria, que se quede con mi turno de limpieza.
Las risas volvieron, más breves pero sinceras.
Cuando el fuego fue decayendo, Marta se levantó, sacudiéndose la tierra del pantalón.
—Yo me voy antes de que empiecen las historias de miedo. Mañana más.
Leo cerró el cuaderno, por fin, y añadió:
—A dormir, que hoy todos lo necesitamos.
Diego se estiró, casi paternal:
—Nada de salir de la cabaña esta noche, ¿eh? Orden del jefe de seguridad.
—A tus órdenes, capitán —respondió David, haciendo una teatral reverencia.
Clara y Álvaro se quedaron un poco más, en silencio, hasta que la brasa del fuego quedó pequeña y roja.
Fue entonces cuando Clara, en voz baja, compartió su inquietud sobre el hombre del sueño
—Álvaro —dijo ella entonces, sin mirarlo—. Lo que soñé… No fue un sueño normal.

Él giró apenas la cabeza.
—¿A qué te refieres?
—Él... —Clara vaciló—. Ese hombre. No era solo alguien en un sueño. Sabía cosas. Me habló de mí... de algo que nunca le he contado a nadie. Algo que ni siquiera yo había pensado con palabras. Lo dijo como si lo supiera desde siempre.
Álvaro sintió un nudo subirle por el pecho.
—¿Qué cosas?
—No importa —dijo, pero su voz temblaba—. Lo importante es que no era un sueño. No fue mi mente. No fue una invención.
Él la miró, pero Clara seguía con la vista fija en el fuego.
—Me miraba —añadió— como si me hubiera visto crecer. Como si hubiera estado conmigo antes, sin que yo lo supiera.
La brisa apagó una chispa que danzaba demasiado alto.
—No sé qué está pasando —susurró Álvaro—. Pero tengo la sensación de que ya ha pasado antes. O de que todo esto… nos estaba esperando.
Clara asintió con los ojos bajos.
—Y ahora nos está mirando.
No se dijeron nada más. Cuando se levantaron y entraron en la cabaña, el fuego seguía vivo, pero pequeño. Como una luciérnaga que se resiste a extinguirse.
Esa noche, mientras todos dormían, Álvaro volvió a sacar la foto del bolsillo. Y aunque sabía que no debía hacerlo… volvió a mirar la puerta.
Esa noche, Álvaro durmió profundamente.
Sin sueños.
Sin imágenes.
Sin ruido.
Y, de algún modo, eso fue lo más inquietante de todo.

Diario de Álvaro, 9 años

A veces me pasa que me acuerdo de alguien, pero no sé si lo he conocido o lo he soñado.

Es como una cara borrosa en mi cabeza. Sé que me daba miedo, pero no sé por qué. Ni cómo se llamaba.

Mamá decía que los sueños son mentirosos. Pero hay cosas que no sueñas. Cosas que se quedan.

Como esa mirada que no puedo ver, pero que sé que está ahí.

Capítulo 7: El juego (Día 6)

El sol se colaba por las rendijas de las ventanas con una luz blanquecina, deslucida. Álvaro fue el primero en salir de la habitación. Apenas había dormido. No soñó, pero tampoco descansó. Tenía la sensación de haber estado en vela incluso cuando sus ojos estaban cerrados.

En la cocina encontró a Marta removiendo un café tibio con un palo de madera. Había más ojeras que de costumbre bajo sus ojos, pero sonrió al verlo.

—Hoy tiene pinta de ser uno de esos días que duran semanas, ¿verdad? —dijo, con una sonrisa.

Álvaro asintió, sin humor.

—¿Y los demás?

—Desparramados. Diego ha salido al bosque, David duerme como si no hubiese pasado nada, Clara... no ha dicho ni una palabra, y Leo está escribiendo sin parar desde hace una hora.

Álvaro cogió una taza vacía, la sostuvo entre las manos. No la llenó.

—¿Tú crees que nos estamos volviendo locos?

—Creo que estamos cansados. Y que pensar demasiado es como rascarse una herida: parece que alivia, pero solo la haces sangrar.

Se quedaron en silencio. Marta dio un sorbo a su café ya frío y bajó la mirada. Luego, con los demás ya con ellos dos en el salón, como sacudiéndose la tensión de encima, propuso:

—¿Y si jugamos a "Yo nunca"? Como cuando éramos críos —dijo, sonriendo más a la idea de distraerse que por entusiasmo real.

—¿Tú eras cría en la Edad Media? —bromeó David, alzando la taza de café.

—Venga, puede estar bien —aceptó Clara—. Pero sin pasarse. Estamos muy susceptibles.

Se sentaron en círculo. El viento afuera susurraba entre las hojas, pero por dentro todo era cálido y denso. Álvaro se colocó entre Clara y Leo, aún medio desconectado.

—Empiezo yo —dijo Marta—. Yo nunca he hecho trampas en un examen.

David y Clara bebieron. Marta también.

—¿Tú también? —dijo Clara entre risas.
—Si copiar en mates para no repetir cuenta como trampa, sí.
Las primeras rondas fueron ligeras.
Rieron. Se burlaron de tonterías pasadas. Hasta que Leo habló.
—Yo nunca he fingido no recordar algo importante.
Álvaro alzó la mirada. Leo lo observaba con calma, sin ironía. Como si estuviera hablando con alguien más.
Nadie bebió.
—¿Y esa? —preguntó David—. ¿Va con nombre y apellidos?
Leo encogió los hombros.
—Solo es un juego.
Siguió Marta.
—Yo nunca he tenido miedo de quedarme dormida.
Esta vez solo Clara bebió. Luego, después de un silencio breve, también Álvaro.
Clara lo miró de reojo.
—No es por las pesadillas, ¿verdad?
Álvaro no respondió.
David, con una sonrisa forzada, trató de aliviar el ambiente, pero en su voz había un matiz inesperado, casi vulnerable:
—Yo nunca me he sentido suficiente para la gente que me importa.
El grupo se quedó callado un instante, más de lo que esperaba.
Marta le sonrió con complicidad y chocó su taza con la suya, como si entendiera.
—Eso sí que es un "yo nunca" de verdad —murmuró, casi en broma.
Diego, que hasta entonces había estado en segundo plano, habló después de un trago largo:
—Yo nunca he reconocido que no sé cuidar de los demás tanto como creo.
Su tono era más bajo, casi confesional. Nadie dijo nada, pero la frase quedó flotando en el aire.
Clara intentó retomar el juego:
—Yo nunca me he sentido observado cuando estoy solo.
Todos bebieron, menos Álvaro.
—¿Tú no? —preguntó Marta—. ¿Ni una vez?
—Es diferente —respondió él.

Silencio.
—Yo nunca he visto a alguien en mis sueños que también he visto aquí —dijo Clara de pronto.
Las risas se detuvieron.
Nadie bebió.
Clara giró lentamente el rostro hacia Álvaro, que sintió la presión invisible de esa mirada atravesarlo.
—¿Cómo que aquí? —dijo Marta, incómoda.
—Es solo una forma de hablar —respondió Clara, sin dejar de mirar a Álvaro.
David, como huyendo de su propio "yo nunca", forzó una carcajada.
—Vale, mi turno. Yo nunca he sentido que este lugar me conociera más de lo que yo lo conozco a él.
Leo bebió.
Clara también.
Álvaro vaciló, pero no lo hizo.
—¿Qué significa eso? —preguntó serio, sin tono de juego, y mirándole fijamente.
—Es tu turno —le dijo Diego, como si no lo hubiera oído.
—No quiero seguir —dijo Álvaro haciendo el amago de levantarse.
—Vamos —insistió Marta—. Solo una más. Luego paramos.
Álvaro tragó saliva. Sintió que el juego ya no era un juego. Que él no estaba entendiendo algo que los demás sí. O que ellos ya no eran los mismos.
—Yo nunca he sentido que los demás saben algo que yo no sé.
El silencio fue tan frío que dolía. Entonces, Clara se giró hacia él. Le sostuvo la mirada unos segundos, no parecía ella.
—Tú también sabes algo. Solo que aún no lo recuerdas.
Sintió que Clara lo miró con una especie de compasión que dolía.
Leo bajó la mirada.
Diego tensó la mandíbula.
David jugaba con el borde de su taza, los ojos algo húmedos, como si quisiera estar en otro sitio.
Marta miraba al suelo.
Álvaro se levantó de golpe.
—¿Qué coño estáis diciendo? ¿Esto sigue siendo un juego?

—Depende, ¿tú estás jugando? — dijo Leo alzando la mirada al aire, sin mirar a Álvaro.
—Álvaro… —intentó calmar Clara.
—i¿Qué más sabéis?! i¿Qué más se supone que tengo que recordar?!
—Ey, tranquilo —dijo David, sonriendo raro, casi suplicante—. Era solo una broma. Un poco de tensión dramática. Nos hemos pasado, vale.
—¿Una broma? —escupió Álvaro—. ¿A esto le llamáis una broma?
Ninguno respondió directamente. Pero sus miradas... no eran las de alguien que se hubiera pasado de gracioso. Eran las de alguien que oculta algo con cuidado.
Álvaro los miró uno a uno. Pensó que ninguno de ellos era real. Esos no eran sus amigos.
El silencio que siguió estaba cargado, como el vapor que sale de una olla a presión. Nadie se movía. Nadie hablaba. Solo el zumbido leve del viento entre las ramas y el parpadeo lento de Álvaro, todavía de pie, con la respiración agitada y el rostro encendido.
Clara fue la primera en romper la quietud.
—Era una broma —dijo, bajando la mirada, como si se disculpara por algo que no sabía explicar—. Solo estábamos jugando. No era para tanto.
David se rascó la nuca y forzó una sonrisa que no le llegó a los ojos.
—Tío… te estás rayando. Relájate un poco, ¿vale?
—Lo estáis haciendo a propósito —insistió Álvaro, la voz más baja ahora, pero vibrante de algo que no sabía si era rabia o miedo—. Dijisteis cosas que no tienen sentido. Como si supierais más de lo que yo sé.
—Estás cansado —añadió Marta—. Todos lo estamos.
Diego no dijo nada. Solo lo observó un instante más, luego se levantó sin una palabra y comenzó a recoger las botellas vacías. El resto lo imitó poco a poco, como si la escena anterior se hubiera disuelto en una niebla densa que no permitía recordarla del todo.
Y de pronto, todo era normal. Fingieron que era normal.
Marta comenzó a preparar algo para comer, removiendo con torpeza una sartén en el hornillo portátil. David se ofreció a cortar fruta,

aunque se equivocó varias veces de cuchillo. Clara se puso a limpiar los platos sin necesidad. Leo no escribió. No dijo nada. Ni siquiera parecía escuchar.
Álvaro se sentó en el porche, con la cabeza baja, los brazos colgando a los lados. Oía los cubiertos, el leve murmullo de las conversaciones. Pero todo era un eco falso.
Cuando se acercó al comedor, el ambiente era casi festivo. Risas suaves, chistes flojos, frases como "¿te acuerdas cuando…?", incluso una canción tarareada sin ganas. Pero todos evitaban su mirada. Como si fuera el único en color en una película en blanco y negro.
—He hecho tortilla —anunció Marta, sonriendo. Tenía las manos manchadas de huevo y una mirada que no coincidía con su boca—. Te va a gustar.
—Gracias —respondió Álvaro, sin saber por qué.
Comieron en círculo, con los platos sobre las rodillas. Nadie mencionó el juego. Ni el grito. Ni la foto. Era como si hubieran firmado un pacto invisible: aquí no ha pasado nada. Lo peor ya ha pasado. Y si no lo nombramos, no existe.
Después, cada uno se fue dispersando.
Clara se sentó bajo un árbol y se puso a dibujar con una ramita sobre la tierra.
Diego afilaba su navaja en silencio.
David dormía sobre una toalla extendida al sol.
Leo seguía sin escribir. Solo miraba el horizonte.
Álvaro volvió a la habitación. No encendió la luz. Se tumbó sobre la cama, con los ojos abiertos, clavados en el techo. Escuchó una risa apagada desde la cocina. Luego pasos. Luego silencio. Al girarse, le pareció que la ventana temblaba levemente, como si el cristal respirara.
Afuera, la isla dormía. Dentro, él no podía. Sentía que todo estaba al borde de romperse.

Parque

El sol era suave y el aire olía a pan caliente.
Álvaro estaba sentado en la arena, rodeado de palas, coches pequeños y piedras que había ordenado como si fueran soldados.
Jugaba solo, como siempre.
Su madre lo miraba desde el banco, con las piernas cruzadas y una revista cerrada sobre las rodillas.
A lo lejos, se oía el silbido de un tren.
Álvaro no lo miró.
Dos niños llegaron corriendo. Uno de ellos llevaba una pelota. Se detuvieron frente a él y lo observaron, curiosos. Álvaro pensó que se burlarían o que se irían enseguida, pero no. El de la pelota le preguntó si quería jugar. El otro se sentó en la arena, sin decir nada, y empezó a construir una muralla alrededor de sus piedras.
Álvaro dudó. Miró a su madre.
Ella no dijo nada. Solo levantó la mano con una sonrisa pequeña.
Entonces Álvaro asintió. Se incorporó, torpe, y por un rato —solo un rato— se sintió dentro de algo.
Se rieron. Se empujaron. El de la pelota se cayó a propósito y el otro fingió ser un dinosaurio. Álvaro no supo qué decir, pero les siguió el juego.
No recordaba la última vez que se había sentido así.
Tal vez nunca le había pasado.
Entonces el padre llegó.
Se acercó al banco, le dijo algo a su madre en voz baja. Ella asintió sin mirarlo.
Él se marchó tan rápido como había llegado.
La madre se levantó despacio. Caminó hasta la arena, se agachó y le rozó el hombro.
—Vámonos, Álvaro.
—¿Pero por qué?
—Es tarde. Ya es hora.
La sonrisa de antes ya no estaba.
Su voz era firme, pero suave. Como cuando no quería asustarlo.
Álvaro miró a los otros niños. Uno levantó la mano, el otro volvió a tumbarse en la arena. Nadie preguntó nada. De camino al coche, su

madre no dijo una palabra.

Capítulo 8: La sonrisa

La noche llegó de golpe, y la oscuridad se instaló en la isla. Álvaro, desde su cama, abrió los ojos sin saber muy bien por qué. Todo estaba en silencio, pero no en calma. Había algo en el aire, una vibración mínima, casi eléctrica, que lo hacía sentirse observado. Se incorporó con lentitud, frotándose los ojos. La garganta le ardía, seca. Decidió ir a por agua.

El suelo crujió bajo sus pies descalzos mientras cruzaba el pasillo en penumbra. No se oía nada más allá de sus propios pasos. En la cocina, se sirvió un vaso de agua en silencio, con el cuidado de no despertar a nadie. Bebió despacio. La humedad del líquido no calmó del todo su ansiedad. Entonces lo escuchó.

Un ruido leve, como pasos que se alejan. No sabría decir si venían del exterior o del interior de la casa. El tipo de sonido que uno duda si ha escuchado de verdad. Esperó. Nada. Solo su respiración, acelerada. Decidió volver a su habitación. Al pasar por el pasillo, echó una mirada rápida a las puertas entreabiertas.

Clara, dormida de lado, abrazada a la manta.

David, roncando levemente, un brazo colgando.

Diego, inmóvil como una estatua.

Leo, encogido como un animal asustado.

Marta, con la boca entreabierta y el ceño fruncido.

Todos dormían. Todos. Cuando ya estaba a punto de convencerse de que había sido su imaginación, lo vio. A lo lejos, en el extremo del pasillo, alguien avanzaba.

…Era él. Una versión exacta de sí mismo. Misma ropa, misma forma de andar. Álvaro se quedó paralizado. El otro se detuvo también. Luego giró lentamente la cabeza y lo miró directamente.

Le sonrió.

No era una sonrisa amable. Era algo más oscuro, una mueca apenas curvada que no terminaba nunca de formarse, como si la boca recordara cómo sonreír, pero hubiera olvidado por qué. No había calor en esa expresión, solo un retorcido conocimiento.

Pero lo peor eran los ojos. Fijos, abiertos, brillaban con una inteligencia extraña, como si estuvieran viendo a través de él,

desnudando todos sus secretos. Era una mirada imposible, demasiado profunda y antigua para caber en su propio rostro.
Y lo más perturbador: parecía venir de fuera. Como si esa sonrisa no naciera en el pasillo, sino más allá de la casa. Como si hubiese vuelto de hacer algo. El barro seco en sus botas, la humedad en su ropa, ese aire levemente jadeante. No era un reflejo. Era alguien que acababa de llegar.
Álvaro sintió un frío agudo en el estómago, una punzada que le subió por la columna. El corazón le martilleaba en las sienes. Quiso moverse. No pudo. Ni un músculo. Entonces, un destello de luz blanca parpadeó en medio del pasillo. No venía de ninguna parte. No duró ni un segundo. Pero bastó. El otro Álvaro ya no estaba, solo quedaba el pasillo vacío.

Sabía en el fondo que no era la primera vez que se veía desde fuera. Aunque nunca lo había contado, a veces se observaba a sí mismo haciendo cosas. Cosas que no recordaba después.
Con las piernas temblorosas, Álvaro regresó a su habitación. Cerró la puerta con un gesto lento, como si fuera de cristal. Al girarse hacia la cama, algo le detuvo. La cama no estaba como la había dejado. El edredón tirado en el suelo, la almohada desplazada. Las sábanas tenían la forma de un cuerpo que acababa de estar allí.
Como si alguien hubiese estado acostado en su lugar. Y hubiese salido segundos antes.
Álvaro retrocedió un paso. Luego otro. Contuvo el aliento.
No sabía qué hacer, todo le parecía tan irreal que en cualquier momento esperaba despertar, pero en el fondo sabía que ese momento lo estaba viviendo, de que acababa de verse a sí mismo, eso le aterraba. Un miedo que jamás había sentido.
Se sentó al borde del colchón, sin quitarse la ropa. Las manos le temblaban sobre las rodillas. Cerró los ojos sin querer cerrarlos del todo.
No quería dormir. No quería soñar. Solo quería que algo le dijera que seguía siendo él. Pero el eco de esa sonrisa le acompañó toda la noche. Y lo que más le inquietaba no era haberlo visto. Era no saber si él mismo había sido esa figura… o si esa figura había sido él.

La noche siguió. Parecía hecha de una tela más densa. Álvaro no lograba dormir. Había cerrado los ojos muchas veces, cambiado de postura, contado sus propias respiraciones al revés, pero nada funcionaba.
Sus pensamientos eran una maraña: imágenes del juego, la figura de su "otro yo" en el pasillo, la foto del desconocido... Y luego, un vacío. Una sospecha que no sabía nombrar, pero que no se le despegaba del cuerpo.
Se levantó sin hacer ruido. Cruzar el cuarto fue sencillo, pero abrir la puerta... le pesó. Como si no debiera. Como si cada vez que cruzaba un umbral, algo se modificara levemente.
El pasillo estaba en penumbra. No había luz eléctrica en la isla, pero esa noche parecía aún más oscura. Caminó lentamente, pegado a la pared. Pasó por las habitaciones cerradas. En cada una, podía imaginar las respiraciones dormidas de los demás, pero no se atrevía a comprobarlo.
Cuando por fin empujó la puerta principal y salió al exterior, el aire fresco le golpeó la cara como una bocanada de realidad. La oscuridad de la playa era tan absoluta que parecía un refugio. El cielo estaba tachonado de estrellas, sin luna. Caminó hasta la arena y se dejó caer junto a una roca. Cerró los ojos. No para dormir, sino para dejar de pensar.
No sabía cuánto tiempo pasó, pero el sonido suave de pasos en la arena lo hizo girar la cabeza.
—¿No puedes dormir? —preguntó Clara. Llevaba una sudadera fina, el pelo suelto, y algo en su voz era distinto: más bajo, más íntimo.
—No —respondió Álvaro sin moverse—. ¿Y tú?
—Te vi salir. Esperé un rato, pero al final... —se encogió de hombros y se sentó a su lado—. El silencio a veces hace más ruido que los pensamientos.
Permanecieron unos minutos sin hablar. Solo el sonido del mar, como una respiración antigua, lo envolvía todo.
—¿Estás bien? —preguntó ella por fin.
Álvaro dudó. Luego dijo:
—Siento que estoy empezando a ver cosas… o a no entender lo que veo.

—¿Por el juego? —susurró Clara.
—También. Todos empezasteis a decir frases raras. Cosas que parecían bromas, pero… no sé. En ciertos momentos, juraría que no erais vosotros.
Clara no respondió enseguida. Se quedó mirando la arena entre los dedos, pensativa, como si le costara encontrar las palabras.
—¿Sabes? Hay veces que no me reconozco a mí misma —dijo finalmente, muy bajo—. Como si todo aquí fuera un poco borroso, o como si estuviera mirando desde fuera… como si fuéramos parte de algo mucho más grande, pero imposible de entender.
Guardó silencio unos segundos.
—No sé si te pasa, pero a ratos siento que… nada de esto depende solo de nosotros. Que hay algo que nos arrastra, y que, por más que intente recordarme quién soy, me pierdo en medio de todo lo que está pasando.
Alzó la mirada y, aunque sonreía, sus ojos tenían una sombra de desconcierto.
—Supongo que solo quiero saber si tú también lo sientes. Si a veces tienes miedo de olvidarte de ti mismo.
Se quedó en silencio, el sonido del mar llenando el hueco entre los dos.
Entonces, con un hilo de voz, añadió:
—Y… lo del juego de antes. Siento si te hice sentir mal, o si dije algo raro. No era mi intención. A veces las palabras salen solas y ni siquiera sé si son mías.

—Clara… —dijo tras un silencio—. Tengo que contarte algo. Cuando me desperté hace un rato... vi algo. O a alguien.
Ella lo miró, sin interrumpirlo.
—Me levanté a beber agua. Y cuando volvía a mi habitación, lo vi. Era yo. En el pasillo. Caminando. Me miró. Sonrió. Y luego desapareció.
—¿Y sabes que no estabas soñando?
—No. Pero tampoco estoy seguro de estar despierto del todo desde que llegamos.
Clara extendió una mano y la apoyó sobre la de él.

—Tal vez la isla no nos está enseñando cosas nuevas. Tal vez solo nos está obligando a mirar de verdad. Y eso duele.
Él apretó los labios. El calor de su mano era real. Estaba allí.
—Si me estoy volviendo loco… —susurró—, ¿podrías avisarme?
Clara sonrió con una tristeza que no era del todo suya.
—Claro. Pero solo si yo no me vuelvo loca antes.
Ambos miraron el mar. El oleaje seguía rompiendo con una suavidad hipnótica. Nada parecía fuera de lugar. Y, sin embargo, todo estaba cambiando. Por dentro. Por debajo. Como si la isla, en su silencio, ya supiera lo que iba a ocurrir.
Cuando regresaron a la casa, la noche seguía pesando, pero la presencia de Clara a su lado le permitió, por fin, cerrar los ojos sin miedo a lo que pudiese ocurrir.

Diario de Álvaro. Edad: 8 años

Hoy mamá me ha dado un beso en la frente cuando me ha despertado. Me ha dicho "buenos días, mi amor" con esa voz suavecita que me gusta, como cuando me lee cuentos o me acaricia el pelo mientras ve la tele. Me he quedado quieto un rato, solo para que no se fuera. A veces pienso que si no respiro muy fuerte, no se rompe el momento.

Pero por la tarde estaba rara.

No me ha reñido ni nada, pero hablaba bajito y tenía los ojos tristes. Cuando le he enseñado el dibujo del dragón que hice, me ha dicho "muy bonito, Álvaro" pero sin mirarlo. Ha dejado los platos en la encimera y se ha quedado mirando por la ventana. No sé qué hay fuera de interesante. Yo miré también, pero solo había coches y la señora del tercero colgando la ropa.

Luego me ha dicho que me pusiera el pijama, pero eran solo las siete y media. No le he preguntado por qué, porque cuando está así parece que cualquier cosa que diga es una piedra que cae encima suya. No quiero tirarle piedras. Yo solo quiero que vuelva a ser la de esta mañana.

A veces me pregunto si soy yo el que hace que se ponga triste. Pero también pienso que, si me esfuerzo mucho en portarme bien, igual se le pasa.

Cuando está contenta, me canta canciones antiguas, me hace tostadas con forma de oso, y dice que soy el niño más bonito del mundo. Pero otras veces parece que no me ve. Y eso me duele más que cuando me regaña.

Me he dormido abrazando el cojín que huele a ella, aunque no me ha dado las buenas noches hoy. Bueno, no con palabras. Pero cuando he cerrado los ojos, he imaginado que sí, que me lo decía igual, con voz suavecita.

Y eso me ha servido.

Capítulo 9: Ecos sin respuesta (día 7)

La mañana llegó, pero nadie la notó.

Álvaro se despertó más tarde que de costumbre. Notó las sábanas revueltas y una humedad extraña en la nuca. Al mirar sus manos, las vio manchadas de tierra seca, como si hubiera escarbado o gateado entre ramas. Se sentó despacio. No recordaba haber salido. O quizá sí. Pero solo en sueños. Había barro bajo las uñas.

El sol estaba ahí, sí, al otro lado de las ventanas sucias, colándose con timidez entre las rendijas de la cabaña. Pero dentro, la luz no tenía fuerza. Los cuerpos se movían lentos.

Diego no estaba.

Fue Marta la primera en darse cuenta, mientras preparaba café con una lentitud casi ritual. Miró alrededor con el ceño fruncido, como si intentara contar mentalmente las presencias.

—¿Alguien ha visto a Diego esta mañana?

Los demás se detuvieron.

Leo levantó la vista de su cuaderno —donde ya no escribía tanto como antes—, y Álvaro sintió cómo se le tensaban los músculos del cuello sin razón aparente.

—Estaba anoche en su cuarto, ¿no? —preguntó Clara, pero su voz sonó como si ya supiera la respuesta.

Llamaron a su habitación. Nada.

Buscaron en el baño, en la cocina, en el porche. Nada.

La cama de Diego estaba hecha. Demasiado hecha. Ni una arruga, como si no la hubiera usado. Sobre la almohada, su navaja.

—No se va a ningún sitio sin esto —dijo Leo, con una seriedad seca.

—¿Y si salió a dar una vuelta? —intentó Marta, aunque su tono carecía de convicción.

—¿A dar una vuelta... antes del amanecer, y sin su navaja? —murmuró Álvaro.

No dijeron nada más. Se calzaron en silencio, cogieron linternas, botellas de agua, y salieron en grupo hacia el bosque.

Durante la primera media hora, nadie habló. Solo el crujido de las ramas, las hojas que se abrían a su paso, el zumbido lejano que aún parecía persistir, la isla parecía no querer callarse.

Los árboles se apretaban en torno a ellos, la luz era irregular, y el aire se sentía más denso con cada paso. Se gritó el nombre de Diego, primero con fuerza, luego con una inquietud creciente. El eco parecía burlarse, repitiendo su nombre desde rincones invisibles.
Álvaro caminaba detrás de Clara, con los pies pesados. A cada paso, una duda le crujía en el pecho. No sabía si le preocupaba más el no encontrar a Diego, o encontrarlo con pruebas de algo que él no recordaba haber hecho.
Había momentos en que todos sentían que los seguían, o que entre las ramas, a su espalda, alguien observaba.
Un ruido —no más fuerte que un roce— hizo que se detuvieran en seco. Marta se adelantó, la linterna temblando en su mano. Leo la siguió de cerca, los demás tras ellos, formando un grupo compacto.
Fue Leo quien lo vio primero. A unos metros del claro del pozo. Sentado junto a un tronco, con la espalda apoyada en la corteza, las manos cubiertas de arañazos y los ojos abiertos de par en par, fijos en nada.
—¡Diego! —corrió hacia él, seguido de los demás.
Estaba consciente, pero ausente. Jadeaba, la mirada perdida en un punto imposible. Tenía la ropa manchada de barro y las manos crispadas. Pareció mirarlos a todos sin reconocer a nadie. Luego, sus ojos encontraron a Álvaro.
Cuando Álvaro se acercó y le tocó el brazo, Diego se encogió instintivamente, retirándose, como si el contacto le hiciera daño.
—No... no... —murmuró, la voz temblorosa, casi de niño—. No soy... yo. No era yo.
Una lágrima le resbaló por la mejilla. Intentó levantarse, pero las piernas no le respondían. Marta intentó tranquilizarlo, David buscó agua en la mochila, Clara se agachó a su lado y le acarició el pelo.
—Tranquilo, Diego. Estamos aquí —susurró Clara.
Pero Diego apenas parecía oírlos. Miraba a Álvaro como si lo viera por primera vez, como si buscara algo en su rostro, alguna señal de que todo aquello era real.
—Vi... vi a alguien —balbuceó—. Fui tras él. No podía... no podía dejarlo marchar.
—¿A quién viste? —preguntó Marta.

Diego negó con la cabeza, sin poder explicarse. Sus palabras salían sueltas, a ráfagas, como si le costara unirlas.
—Era un hombre. No lo vi bien. Solo... sabía que tenía que seguirle. Sentía que... si no lo alcanzaba, algo malo iba a pasar.
Se estremeció.
—No era yo quien corría. Era como... si alguien más me empujara.
—Tranquilo —insistió Leo—, no pasa nada. Vamos a llevarte a la cabaña.
Lo ayudaron a incorporarse, pero Diego se dejó hacer como un muñeco. El trayecto de vuelta fue más largo de lo que recordaban. Cada rama que crujía bajo sus pies sonaba más fuerte, más cercana, como si alguien —o algo— los siguiera en silencio. Nadie hablaba, solo se miraban de reojo, pendientes de Diego y del bosque a su alrededor.
Al llegar a la cabaña, el sol brillaba alto, pero no parecía calentar. Tendieron a Diego en el sofá. Le humedecieron los labios, le limpiaron la frente y lo cubrieron con una manta. Leo le tomó el pulso con el ceño fruncido.
—Está estable, pero no debería estar así —murmuró.
Álvaro se llevó una mano al bolsillo, un gesto automático, casi reflejo. El papel no estaba. Revisó con disimulo, buscando entre los pliegues de la chaqueta. Nada.
Por un instante sintió alivio, pero enseguida una punzada distinta le atravesó el pecho: si él no la tenía, ¿quién la había cogido? Miró a su alrededor. Nadie parecía haber notado nada.
Se obligó a apartar la mano y respirar hondo, como si aquel gesto bastara para enterrar la inquietud.
—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó David, con la voz ronca—. Pedimos ayuda, ¿no? Hay que hacer algo.
—El teléfono satélite —dijo Marta, levantándose de un salto—. Voy a por él.
—Y los móviles, por probar —añadió Leo.
Marta rebuscó hasta encontrar la caja fuerte y sacó el teléfono satélite. Lo encendió, marcó el número de la agencia y lo puso en altavoz. Nada. Ni un tono, ni una voz. Solo el vacío.

—¿Por qué no suena? —preguntó, la voz crispada—. ¿Se ha roto ahora?
Leo intentó con el móvil. Miró la pantalla.
—Sin cobertura. Ni un asomo de señal.
David probó con el suyo, casi de manera compulsiva.
—Nada. Ni siquiera sale el icono. Es como si estuviéramos…
—¿Aislados? —le interrumpió Marta, bajando el teléfono con un golpe seco sobre la mesa—. No puede ser. Esto no puede estar pasando.
El silencio se apoderó de todos durante unos segundos. Marta respiraba rápido. Clara miraba a su alrededor, esperando que de algún rincón surgiera una explicación lógica.
—¿Pero esto qué es, una broma? —saltó David, con una risa nerviosa—. No puede fallar todo a la vez. Seguro que es un corte de luz o de señal, o…
—¿Y si no lo es? —replicó Leo, más pálido de lo habitual—. ¿Y si de verdad estamos… incomunicados? ¿Y si no hay manera de avisar a nadie?
—¡Esto es absurdo! —explotó Marta, alzando la voz—. No puedo estar atrapada aquí, con alguien perdido en el bosque y sin poder pedir ayuda. ¡No puede ser!
—¡Cálmate! —saltó Clara—. Si perdemos la cabeza, solo será peor.
—¿Peor? ¿Y cómo se supone que podemos estar tranquilos? —Marta tenía lágrimas en los ojos, aunque su tono era desafiante—. Nadie nos va a encontrar si nos pasa algo.
Leo dejó caer el móvil sobre la mesa, cerrando los ojos un instante.
—A lo mejor alguien viene a buscarnos cuando pase el tiempo, cuando vean que no hemos vuelto.
—¿Y si para entonces ya es tarde? —preguntó David, apretando los dientes—. Todo esto es culpa nuestra. Por venir aquí, por quedarnos más días. ¡Por no insistir en volver cuando vimos cosas raras!
—¿Ahora vamos a empezar a echar culpas? —Leo lo miró con rabia contenida—. ¿Tú no decías que era todo paranoia? ¿Que no había que exagerar?
—¡Basta ya! —gritó Álvaro, la voz más fuerte de lo que esperaba—. No sirve de nada pelearnos. No ahora. Diego sigue ahí tirado, y

puede que le pase algo grave. Lo único que importa es que estamos juntos. Hay que pensar.
Marta se sentó, cubriéndose la cara con las manos, respirando hondo. Clara se acercó y le pasó un brazo por los hombros. Nadie más habló en un momento.
El grupo quedó en silencio, roto solo por las respiraciones entrecortadas y el lejano rumor del mar. Cuando Marta por fin bajó las manos, parecía más tranquila.
—Perdón… —dijo, con voz más baja—. Me he puesto histérica.
—Todos lo estamos —susurró Clara, sonriendo débilmente—. Pero no pasa nada.
David suspiró, encogiéndose de hombros.
—Supongo que nos toca esperar… y cuidar de Diego. No podemos hacer mucho más.
Leo se sentó al lado de Álvaro, apoyando los codos en las rodillas.
—¿Recordáis aquella vez que nos perdimos en la sierra y pasamos la noche haciendo chistes para no asustarnos?
Marta sonrió con nostalgia.
—Nunca me sentí tan cerca de vosotros como entonces.
Clara asintió. La tensión cedió, aunque solo fuera un poco.
El grupo se fue relajando poco a poco, aunque el aire seguía denso. Marta se disculpó en voz baja.
—Perdón por antes. Me he pasado.
—Todos lo hemos hecho —respondió Clara, con una sonrisa cansada —. No pasa nada.
Un silencio largo se instaló, casi cómodo.
David, sentado en el suelo con la espalda contra la pared, empezó a jugar con la tapa de una botella vacía.
—Cuando era crío —dijo de pronto—, mi casa siempre estaba llena de ruido. La tele, la radio, los vecinos… lo que fuera.
Se encogió de hombros, con media sonrisa.
—Yo pensaba que a mi madre le encantaba el jaleo, pero con el tiempo entendí que solo intentaba tapar el silencio.
Leo levantó la mirada.
—¿Qué silencio?
—Ese que se mete en los sitios cuando ya no queda nadie que

conteste —dijo David, más serio de lo habitual—. Supongo que por eso hago tantas bromas. Por si acaso.
Nadie dijo nada durante un momento.
Hasta que Marta soltó un suspiro teatral.
—Bueno, pues ya sabes lo que te toca: si el silencio vuelve, cuenta un chiste.
—¿Un chiste? —David arqueó una ceja—. ¿Quieres que te recuerde el del loro que hablaba francés?
—Por favor, no —pidió Leo—. Ese cuento fue el motivo por el que dejé de confiar en la especie humana.
Clara sonrió, la primera sonrisa de verdad en horas.
—Va, déjalo contar, a lo mejor ahora mejora el final.
—El final no era malo —protestó David—, lo malo era vuestro gusto.
—Si era tan bueno, ¿por qué nadie se rió? —insistió Marta.
—Porque estábais todos muertos por dentro.
Las risas llegaron despacio, primero tímidas, luego más abiertas, llenando la cabaña con un calor que ya no venía del fuego.
Incluso Leo acabó sonriendo, anotando algo en su cuaderno.
—"Diagnóstico: grupo en franca degeneración cómica" —leyó en voz alta.
—Más bien supervivencia emocional —corrigió Clara.
David levantó la botella vacía como si brindara.
—Por la supervivencia, entonces. Y por los chistes malos.
—Y por no perder la cabeza —añadió Marta, riendo.
—Eso ya lo veremos mañana —murmuró Leo.
Durante unos minutos, el miedo pareció quedarse fuera de la cabaña, escuchando desde la lluvia que empezaba a golpear los cristales.
El grupo siguió bromeando entre murmullos, cansados pero juntos, aferrados a lo único que aún podían compartir: el ruido de sus voces en medio del silencio.

Pasillo

El pasillo medía exactamente doce pasos.

Doce pasos hasta la habitación de sus padres, doce hasta el baño, doce hasta el salón si corría muy rápido. Álvaro los había contado mil veces. De día, era solo un pasillo más, con cuadros torcidos, una alfombra que siempre se arrugaba en la esquina y la lámpara del techo que parpadeaba si alguien enchufaba el microondas.

Pero por la noche, el pasillo se alargaba.

No sabía cómo explicarlo. Había algo en el silencio de la casa, después de las diez, que lo estiraba. Los pasos ya no eran doce, eran infinitos. Y cada vez que pasaba por ahí con el pijama de dinosaurios y la linterna en la mano, sentía que algo lo miraba desde la pared. No desde el fondo. Desde dentro de la propia pared.

A veces, cuando se despertaba con ganas de hacer pis, se aguantaba hasta que dolía el estómago. O hasta que escuchaba el portazo. Ese sonido seco, distante, que significaba que su padre había salido de casa. A fumar. A gritar por teléfono. A enfadarse con alguien. Con todos.

Y entonces Álvaro se levantaba y corría. Corría como si el pasillo fuera de lava, como si algo pudiera atraparlo si no pisaba bien la alfombra. Cerraba la puerta del baño y encendía la luz como si eso bastara. A veces sí bastaba. Otras veces no.

Aquella noche no corrió.

Se quedó en la cama con la manta hasta las orejas, escuchando. Primero fue el chirrido de la puerta principal. Después las llaves lanzadas al mueble de la entrada. Luego, los pasos. Lentos. Irregulares. Su padre venía despacio. Siempre venía despacio cuando había bebido. Como si estuviera calculando algo. Como si el pasillo fuera también para él una prueba.

Álvaro contuvo la respiración. Intentó hacerse pequeño. Invisible. Imaginó que era uno de esos bichos palo que había visto en el cole, que podían quedarse quieto horas y nadie los notaba.

Pero su padre se detuvo frente a su puerta.

No la abrió. Solo se quedó allí.

Álvaro lo sabía porque la rendija de luz que venía del pasillo se había oscurecido. Una sombra ocupaba el espacio justo debajo. Y el aire

había cambiado. Se volvió más denso, más caliente, como si la casa estuviera conteniendo el aliento igual que él.
—¿Estás despierto?
La voz era baja, casi amable.
Álvaro no respondió.
Un segundo de silencio.
—¿Eh? ¡Te he hecho una pregunta!
El tono cambió. Subió como una ola y rompió contra la puerta.
Álvaro se encogió aún más. Sabía que si no respondía, su padre podía irse... o podía ponerse peor. Era una moneda al aire. Una que giraba muy lento.
—¿Quién te crees que eres para encerrarte?
El pestillo tembló bajo la presión de una mano impaciente.
—¿Te crees que eres mejor que yo? ¡Contéstame!
Un golpe. No muy fuerte, pero lo bastante para hacer temblar el pomo. Luego otro, más seco. El tercero retumbó en el pecho de Álvaro como si se lo hubieran dado a él.
Entonces su padre se rio.
No una risa feliz. Era como una tos mezclada con rabia. Una risa que no tenía nada que ver con la que hacía cuando veían dibujos juntos, cuando aún lo llevaba a hombros por la calle y le decía que era su campeón.
—Eres igualito que ella… —murmuró, ya más lejos.
Los pasos retrocedieron. Uno, dos, tres… y de pronto silencio.
Álvaro no se movió. Ni siquiera lloró. Solo mantuvo los ojos abiertos hasta que le escocieron. Le dolía la mandíbula de apretar los dientes. Pensó en contar otra vez los doce pasos, pero esta vez hacia adentro. Como si pudiera medir la distancia hasta desaparecer por dentro de la cama, del suelo, de sí mismo.
Cuando por fin se durmió, soñó que caminaba por un pasillo que no acababa nunca.
Y que en el otro extremo había una puerta entreabierta.
Pero al empujarla, no encontró una habitación.
Solo otro pasillo más.

Capítulo 10: Juntos

Por la tarde, la luz en la cabaña había cambiado. Se colaba en haces suaves, filtrada entre las ramas del bosque que ahora parecía guardar silencio.

Diego seguía acostado en el sofá, cubierto con una manta y con la cabeza apoyada en un cojín improvisado. Su respiración era más pausada. El resto del grupo se había quedado cerca, ocupando sillones, el suelo o apoyados contra las paredes. Nadie quería alejarse. No del todo.

Cuando Diego abrió los ojos por fin, parpadeó varias veces. Le costó enfocar. Luego, sin incorporarse del todo, susurró:

—¿Dónde estoy?

—En la cabaña —respondió Clara, con suavidad—. Estás a salvo. Te encontramos esta mañana. Te desmayaste.

Diego tragó saliva. Intentó moverse, pero un gesto de dolor lo hizo retroceder. David se acercó con un vaso de agua, que él aceptó con las manos temblorosas.

—¿Recuerdas algo? —preguntó Marta.

Él asintió, aunque tardó en hablar.

—Me desperté en mitad de la noche. Sentía que no podía dormir más. Salí, y vi a alguien entre los árboles. No estoy seguro de quién era, solo que era un hombre. Caminaba junto al bosque, casi flotando, y sentí que tenía que seguirle.

Hizo una pausa, se frotó los ojos.

—Salí sin pensar, solo... no quería perderlo de vista. Caminé detrás de él y, de pronto, estaba corriendo. El bosque se cerraba alrededor, como si todo cambiara de sitio. Perdí la noción del tiempo. Hubo un momento en el que... no sabía si era yo mismo quien corría, o si era otro.

Su voz se quebró.

—Había voces. Voces que reconocía, pero que no podía entender. Como si fueran recuerdos que se colaban en el momento. Creí escucharme a mí mismo de niño, gritando que tenía miedo. También pensé que escuchaba a mi padre. O tal vez era yo, ahora, queriendo proteger a alguien. No lo sé.

—Pero… hubo un instante en que creí escuchar también a Álvaro. No

solo su voz… sino que estaba cerca. Muy cerca. Aunque… no sé si fue real. O si era solo mi cabeza.
Se frotó la cara, las manos aún temblorosas.
—Quise volver, pero no encontraba el camino. De pronto, sentí que alguien me empujaba. Caí, y cuando levanté la cabeza, estaba solo.
—Lo siento —susurró Diego, la voz apagada—. De verdad que lo siento. No pude hacer nada.
Nadie supo qué decir. Solo Clara se acercó y le apretó la mano.
—No pasa nada, Diego. Ya está, estás aquí con nosotros. No tienes que decir nada si no quieres.
Leo asintió, con los ojos preocupados.
—Lo importante es que has vuelto. Ya está, ¿vale?
David se arrodilló a su lado, mirándolo con una media sonrisa forzada.
—Tío, nos has pegado un buen susto, pero ya pasó. A todos nos puede pasar algo así aquí. Estamos juntos en esto.
Marta le puso una manta por encima de los hombros y le apartó un poco el pelo de la frente.
—No tienes que protegernos todo el tiempo. A veces sólo toca esperar y apoyarse en los demás.
Diego, con la voz aún rota, sacudió la cabeza:
—No era yo. No pude… no pude hacer nada.
Clara apretó más su mano.
—No era tu culpa. Fuera quien fuera ese hombre, aquí estamos para cuidarnos todos.
Álvaro, un poco más tranquilo, preguntó en voz baja:
—¿Recuerdas algo más? ¿Quién era ese hombre? ¿Llegaste a verle bien?
Diego cerró los ojos, intentando aferrarse a los recuerdos.
—Era alto… y había algo en su forma de andar… No sé. Me recordó a ti, Álvaro. Solo que… más lento.
Por un momento, todos miraron a Álvaro. Él parpadeó, desconcertado, y bajó la vista hacia sus manos. Sus uñas tenían una fina línea de barro oscuro que no había notado antes.
Leo rompió la tensión con un suspiro.
—¿Crees que era alguien de la isla? ¿O solo… una sombra?

David, con el ceño fruncido:
—¿Y si era alguien de verdad? ¿Si hay otra persona aquí? Porque si es así, quiero saberlo.
Marta miró a los demás, nerviosa:
—Hemos intentado llamar por el teléfono de la agencia. No responde nadie. Los móviles siguen sin cobertura.
Clara añadió:
—Lo hemos probado varias veces, Diego. Nadie contesta. Ni siquiera hay tono.
Diego tragó saliva, mirando al techo.
—No sé… Solo sé que me sentí muy solo allí fuera.
Clara le acarició la mano, suave.
—No lo estás. Estamos contigo, Diego. Pase lo que pase, aquí estamos.
Álvaro intentó sonreírle:
—Lo que haya ahí fuera, lo enfrentamos juntos. Ninguno tiene que cargar con esto solo.
Se quedaron todos en silencio unos segundos. El miedo seguía en el aire, pero también una sensación cálida, aunque frágil, de pertenencia y apoyo mutuo.

Más tarde, la cabaña estaba más silenciosa que nunca. El sol se filtraba débil entre las hojas, tiñendo las paredes de un dorado sucio, casi apagado. Nadie hablaba. Diego dormía otra vez, profundamente, con la respiración más acompasada.
Álvaro se sentó solo en el porche, con una manta sobre los hombros. Desde allí, podía ver el mar.
Al cruzar las piernas, notó un ligero dolor en los gemelos, como si hubiera caminado más de lo que recordaba. No recordaba haber salido en todo el día.
Clara salió un momento y se sentó a su lado, en silencio, sin tocarle. Le ofreció un trozo de fruta que él no aceptó. Permanecieron así un rato, sin mirarse siquiera.
—¿Tú crees que todo esto tiene sentido? —susurró Clara finalmente, rompiendo el silencio.

Álvaro tardó en responder. Se frotó las manos, buscando algo de calor, o tal vez un poco de valentía.
—No lo sé —dijo al fin, con la voz áspera—. A veces pienso que sí, que todo esto pasa por algo. Pero otras… es como si la isla jugara con nosotros y nada tuviera sentido.
Clara lo miró de reojo, con un gesto leve, casi imperceptible.
—Creo que si lo tiene... todavía no es el momento de entenderlo —añadió.
En ese momento, la puerta trasera chirrió y David apareció, con una lata en la mano y el pelo revuelto. Se apoyó en la barandilla, sin decir nada al principio. Luego, con un gesto cansado, preguntó:
—¿Interrumpo la sesión filosófica, o puedo sentarme?
Clara le hizo un hueco, sonriendo con suavidad.
—Ven, siéntate. Nos hace falta un poco de humor ahora.
David se sentó con ellos, estirando las piernas.
—¿De qué habláis?
Álvaro encogió los hombros.
—De si todo esto tiene sentido. De si hay una razón, o sólo estamos aquí atrapados por pura mala suerte.
David agitó la lata, mirando las burbujas formarse en el interior.
—¿Sabéis qué creo? Que a veces buscamos sentido porque no soportamos la idea de que no lo haya. Nos aferramos a cualquier cosa. Pero igual sólo estamos… sobreviviendo.
Clara asintió, con una tristeza tranquila.
—Yo también pienso eso a ratos. Pero no quiero dejar de buscarle sentido. No podría soportar que nada importe.
David se giró hacia ellos, esbozando una media sonrisa.
—Importa que estemos aquí ahora. Importa que estemos juntos, aunque estemos hechos polvo. Ya es algo.
Álvaro sonrió, por primera vez en mucho tiempo.
—Supongo que sí. A veces es lo único que queda: no estar solo.
La puerta volvió a sonar y Marta apareció, envuelta en una chaqueta demasiado grande para ella, el pelo recogido de cualquier manera. Detrás, Leo, con el cuaderno cerrado bajo el brazo, los siguió al exterior.

Cuando Álvaro vio el cuaderno, sintió un breve impulso de pedirlo… pero no lo hizo. Bajó la vista y se mordió el interior de la mejilla.
—¿Se puede? —preguntó Marta—. Hace más frío dentro que fuera.
Leo asintió con una leve inclinación de cabeza y se sentó en el escalón más bajo del porche, abrazándose las rodillas.
—¿Qué os traéis entre manos? —preguntó Marta, sentándose junto a David.
David hizo un gesto vago con la mano.
—Psicoanálisis de estar por casa. Intentando decidir si estamos aquí por destino, por mala suerte, o por ser idiotas.
—Yo apuesto por la tercera —intervino Leo, con media sonrisa—. Pero tampoco descartaría el azar absoluto.
Marta se rio bajito, la voz algo quebrada.
—No sé. Igual nos tocaba vivir algo así para recordar que seguimos vivos. O para dejar de darlo todo por hecho. Yo qué sé.
Clara la miró y le rozó la mano, buscando consuelo.
—Al menos estamos juntos. Aunque haya días que parezca que todo va a romperse.
—¿Os acordáis de cuando pasamos un par de noches en una calita justo hace un año? —dijo David, de repente—. Intentasteis montar la tienda de campaña y casi se va volando al mar.
Marta levantó una ceja, ofendida en broma.
—Eso fue culpa de Leo. Nadie dijo que había que clavar las piquetas.
Leo levantó las manos en señal de inocencia.
—Yo solo sigo instrucciones. Si las instrucciones son malas…
—Y luego Diego intentó arreglarlo con cinta americana y acabamos todos metidos en la tienda como sardinas, muertos de risa —añadió Clara.
Álvaro esbozó, por fin, una sonrisa real.
—Y alguien —mirando a David— se quedó dormido sobre la mochila de la comida y tuvimos que cenar galletas de desayuno porque nadie quería despertarte.
David fingió indignación.
—Lo hice por seguridad. Proteger los víveres es lo primero.
Las risas, al principio flojas, fueron contagiando al grupo. Durante un instante, la tensión se disipó un poco, y hasta Leo dejó escapar una

carcajada.
—¿Veis? —dijo Marta, sacudiéndose la melancolía—. Puede que no sepamos lo que hacemos aquí, pero al menos tenemos historias para contar cuando salgamos de esta.
Clara asintió.
—Eso, si salimos —añadió con una media sonrisa, y todos asintieron, más tranquilos.
Por un instante, la isla fue solo un fondo lejano. El miedo se retiró a sus escondites y el frío se hizo llevadero, como si la memoria compartida los cubriera con otra manta. Y aunque sabían que pronto volvería la inquietud, por ese rato pudieron recordar quiénes eran antes de todo esto.
Entonces, un pájaro voló sobre la copa de los árboles, rompiendo brevemente el silencio. Pero nadie levantó la vista.

Capítulo 11: La visita

Cuando cayó la noche, se reunieron alrededor del fuego. Esta vez no hubo bromas, ni juegos, ni historias. Solo el crepitar de la leña y el crujido de la madera. Y la sensación, compartida aunque no dicha, de que algo se había roto en la isla. O dentro de ellos.

Leo, con el rostro más serio que de costumbre, mantuvo la vista fija en las llamas. Clara no se separó de Álvaro en toda la cena. Marta apenas probó bocado. Y Diego, despierto pero ausente, no pronunció una sola palabra.

Álvaro fue el último en levantarse. Antes de entrar a la cabaña, miró al mar. Durante un instante, creyó distinguir una figura inmóvil en la orilla. Parpadeó, y ya no estaba.

En su habitación, la manta estaba fría. Se tumbó de lado, cerrando los ojos con la intención de dejar la mente en blanco. Pero el sueño llegó rápido, sin pedir permiso.

Corría por el bosque. Las ramas se inclinaban como si quisieran atraparlo. Entre los árboles, vio a Diego, a pocos metros, con el rostro pálido y los labios moviéndose en un murmullo que no entendía. Álvaro intentó alcanzarlo, pero cada paso hacía que la distancia aumentara.

—Espera —gritó—. Ya voy.

El bosque se estrechó más, y Diego desapareció entre las sombras. Cuando volvió a verlo, estaba en el suelo, inmóvil. Álvaro se arrodilló junto a él, pero no había nada que pudiera hacer.

Unas voces, lejanas y rotas, comenzaron a mezclarse: la de Diego, la suya propia de niño, y una tercera que no reconocía del todo. Todas repetían lo mismo: "Llegaste tarde… otra vez".

Se despertó sobresaltado, con la garganta seca y un sabor metálico en la boca. El aire de la habitación estaba frío, como si alguien hubiera abierto una ventana. Se incorporó despacio; el colchón crujió con un sonido que pareció resonar en toda la cabaña.

Se puso en pie. El suelo de madera estaba helado, y cada paso descalzo dejaba un pequeño eco. Al abrir la puerta, el pasillo lo recibió con un silencio tan pesado que podía escucharse el latido de su propio corazón.

Avanzó despacio, sintiendo cómo la penumbra parecía estrecharse a

su alrededor. El olor a leña apagada se mezclaba con algo más sutil, como tierra recién removida.
A mitad de camino hacia la cocina, se detuvo. Un cosquilleo subió por su nuca. No escuchó nada, pero supo —con esa certeza instintiva que no necesita pruebas— que no estaba solo.
Se giró lentamente…y la vio.
Una figura alta avanzaba hacia el salón, los hombros anchos recortados contra la penumbra. Su andar era firme, como si conociera cada rincón de la cabaña. El pelo oscuro, corto, y un tatuaje apenas visible que asomaba por el cuello de la camisa.
Álvaro no podía verle bien el rostro, pero algo en su silueta le golpeó el estómago con una sensación antigua y desagradable, como un eco que no quería reconocer.
Se quedó inmóvil, observando cómo la figura desaparecía en el salón. El silencio se volvió insoportable. Dio unos pasos lentos hasta asomarse, y la vio junto a la puerta principal, empujándola para salir al exterior.
Una parte de él le gritaba que no siguiera; otra, que necesitaba saber quién era. Con cautela, como si temiera que el suelo delatara su presencia, la siguió.
Cruzó la puerta, el frío de la noche mordiéndole la piel.
A lo lejos, sobre el camino que conducía al bosque, la figura avanzaba sin prisa. La luz pálida de la luna iluminó apenas un perfil… y en ese instante, Álvaro se confió, pisó una pequeña rama que hizo el suficiente ruido para que la figura lo escuchara.
La figura se detuvo y giró la cabeza hacia él. Lo escuchó.
Los ojos lo atravesaron como cuchillas.
La mueca seria se tensó. Y echó a correr hacia él.
Álvaro sintió el corazón explotar en el pecho. Giró en redondo y corrió todo lo rápido que pudo, escuchando el crujido de la grava cada vez más cerca. Entró de golpe, cerró la puerta y echó el pestillo con manos temblorosas. Apoyó la espalda contra la madera… y entonces empezaron los golpes. Fuertes, secos, repetidos. El marco de la puerta vibraba con cada impacto.
—¡Diego! —gritó con la voz rota, despertando a su amigo.

En segundos, Diego apareció en el pasillo, despeinado, todavía con la manta sobre los hombros. Se frotó los ojos, desconcertado.
—¿Qué pasa?
—Hay alguien ahí fuera —balbuceó Álvaro, pálido—. Lo vi dentro de la casa… lo seguí hasta la puerta… y ahora está golpeando para entrar.
Los golpes cesaron de repente. El silencio se volvió aún más pesado. Diego apretó los labios, fue hasta su mochila y sacó una navaja y una linterna.
—Tú quédate aquí. Si escuchas algo más, despierta a los demás. —Su tono era firme, como el de alguien acostumbrado a tomar decisiones rápidas.
Álvaro quiso protestar, pero se quedó helado, incapaz de articular palabra. Diego abrió con cuidado la puerta y salió. El haz de la linterna se movió en círculos sobre la hierba húmeda, iluminando troncos y arbustos. Dio un par de vueltas a la cabaña. No había nada. Ningún rastro. Solo la respiración de Diego, cada vez más tranquila, y el crujido de sus pasos sobre la grava.
Cuando volvió a entrar, Álvaro estaba aún en el mismo sitio, los dedos hundidos en el marco de la puerta como si temiera que se abriera sola.
—No hay nadie —dijo Diego, cerrando de nuevo con el pestillo—. Puede que fuera un animal. O tu cabeza jugándote una mala pasada.
—Yo… lo vi —susurró Álvaro, incapaz de levantar la mirada.
Diego le puso una mano en el hombro, apretándolo con fuerza.
—Tranquilo. Ya pasó. Voy a volver a revisar que todas las ventanas y puertas estén bien cerradas, y si vuelve, no lo hará sin que yo me entere. ¿Vale?
Álvaro asintió, aunque la tensión seguía apretándole el pecho. Y mientras Diego se retiraba a su cuarto, él supo que, pasara lo que pasara, esa figura lo había mirado. Y que lo conocía.

Diario de Álvaro – 9 años

Hoy hicimos una actividad en clase en la que teníamos que construir un puente con pajitas y celo. Me tocó con Laura y con Sergio. Sergio se reía mucho porque decía que nuestro puente parecía una araña. La seño dijo que estaba bien, pero que si fuera un puente de verdad se caería todo. Yo creo que no, porque lo probé con mi goma de borrar encima y aguantó.

Cuando salimos al patio para irnos, todos ya estaban con sus padres y yo me quedé esperando. Miraba la puerta, pero mamá no estaba. La seño me dijo que no me preocupara, que a veces el tráfico es así. Esperé… la seño estaba muy seria.

Cuando papá llegó, no sonrió ni dijo hola. Solo le dijo a la seño que no se metiera en cómo organizamos las recogidas y que no era tan tarde. Yo bajé la mirada porque me dio vergüenza. La seño no dijo nada, pero me puso la mano en el hombro.

En el coche, papá puso la radio muy alta y no hablamos.

Capítulo 12: Signos que no queremos ver (día 8)

El día amaneció sin sol. Una niebla baja se enroscaba entre los troncos de la cabaña, y el sonido lejano del mar había perdido su ritmo tranquilo.

Uno a uno fueron despertando, sin prisas, sin palabras. La cabaña había perdido el calor de los primeros días. Marta fue la primera en encender la luz de la cocina para calentar algo de café. Clara la ayudó en silencio. David salió al porche con una manta sobre los hombros y se quedó mirando el bosque, que ahora parecía más lejano y hostil.

Diego estaba despierto también, en el mismo sofá donde se había quedado la noche anterior. Su rostro estaba más relajado, pero su mirada era otra. Una herida que no sangra, pero no deja de doler. Había algo en él que no volvería a estar completo.

—Tenemos que hablar de lo de anoche —dijo Diego, con la voz áspera, mientras dejaba la taza de café sobre la mesa.

El grupo levantó la vista hacia él.

—¿Qué de anoche? —preguntó Marta, tensa.

—Álvaro vio a alguien —respondió Diego, sin rodeos—. Estaba dentro de la casa. Lo siguió hasta la puerta y después… empezaron golpes. Yo salí, pero no había nada.

Un silencio breve. Clara lo miró, incrédula.

—¿Golpes?

—Sí. En la puerta. Fuertes.

Marta negó con la cabeza, insegura.

—Yo no escuché nada.

—Ni yo —añadió David, frotándose el cuello—. Dormí fatal, pero no oí nada raro.

Diego respiró hondo y los miró uno a uno.

—Escuchad. No sé qué pensaréis, pero ya no es solo Álvaro. Lo que pasó anoche me recordó demasiado a lo que me ocurrió en el bosque.

Marta frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo también vi algo. Antes del amanecer. Una sombra. Creí que era uno de vosotros, pero cuando intenté alcanzarla… se esfumó.

Después me encontrasteis hecho polvo. —Diego bajó la voz—. No quiero sonar paranoico, pero no podemos seguir fingiendo que aquí no pasa nada.
David tragó saliva, incómodo.
—¿Estás diciendo que hay alguien más en la isla?
—Eso estoy diciendo. Y nos guste o no, tenemos que aceptarlo. No sé si juega con nosotros, si quiere asustarnos o algo peor, pero está ahí. —Diego se inclinó hacia adelante, con gesto firme—. A partir de ahora nadie se mueve solo. Ni para ir al baño. Ni para mirar por la ventana. Siempre en pareja o en grupo.
Marta se abrazó las rodillas, nerviosa.
—Esto se nos está yendo de las manos…
—No —replicó Diego con dureza—. Lo que se nos iría de las manos sería ignorarlo. Eso es lo que esa cosa —escupió la palabra— quiere. Que pensemos que son imaginaciones. Pero no lo son.
Todas las miradas se giraron entonces hacia Álvaro.
Él tragó saliva, el peso de las sospechas sobre los hombros.
—Yo… sé lo que vi. No era un sueño. Estaba ahí.
David lo miró de reojo.
—Siempre dices que no era un sueño. Pero nadie más oye nada.
Clara intervino, suave pero firme:
—Diego también lo ha oído. Y yo… yo lo sentí. El frío. Esa sensación de que alguien estaba muy cerca.
El grupo cayó en silencio durante un rato, asumiendo que no estaban solos, que estar allí era peligroso, y que no podían comunicarse con nadie.
Durante el desayuno, entre tostadas frías y sorbos de café aguado, las ideas se lanzaban al aire como bengalas sin rumbo. Marta volvió a proponer buscar cobertura en una zona más alta. Clara, que intentaba aferrarse a lo práctico, planteó también de nuevo contactar con la agencia que les alquiló la cabaña. David fue más directo:
— ¿Y si salimos a buscar a alguien? Si hay alguien más en la isla, no podemos seguir esperando.
—¿Y si el tipo de la foto vuelve? Si estuvo una vez, puede aparecer otra vez. Pero igual si intentamos encontrarlo juntos… —añadió

Marta, intentando sonar razonable.
—Vale, pero antes probemos el teléfono —dijo Leo, cansado, apoyando el cuaderno sobre la mesa.
—Y los móviles. Aunque sigo sin cobertura —añadió David, consultando el suyo. —Me desespera ver las barras siempre a cero, como si estuviéramos fuera del mapa.
Leo se levantó y fue a buscar la caja fuerte donde guardaban el teléfono satélite. Marta lo siguió. Al rato, regresaron con el aparato. Probaron varias veces, siguiendo las instrucciones. Marcaron el número de la agencia. Solo daba señal de llamada, pero nadie contestaba. Intentaron el de emergencias; tampoco hubo respuesta.
Marta apretó los dientes, se le notaba miedo en su voz:
—¿Por qué no responde nadie? Esto no puede estar pasando. No puede ser que no funcione ningún canal, ni satélite, ni móvil, nada…
David resopló, golpeando la mesa.
—Genial. Así que estamos atrapados aquí sin forma de avisar a nadie. —Se pasó una mano por la cara y bajó la voz—. Odio admitirlo, pero empiezo a estar asustado
Clara intentó sonar lógica.
—Puede ser una tormenta, o que la antena de la isla esté caída. No tiene por qué ser algo raro. Pero… sí que asusta.
Leo apoyó el teléfono sobre la mesa, la mandíbula apretada. Todos compartían esa mezcla de pánico y frustración.
—No podemos hacer nada más por ahora —dijo, al fin—. Solo esperar y vigilar.
Nadie tenía fuerzas para repetir lo obvio: que no había señales, que no había bote para salir de la isla, que las instrucciones eran claras: no salir, no tocar, no intentar conectar, salvo emergencia.
Pero si esto no era una emergencia… ¿qué era?
Leo, que había estado callado más de lo habitual, habló con calma:
—Debemos ser sinceros con nosotros mismos y con los demás sobre lo que pensamos y sentimos respecto a lo que está pasando.
Puso su cuaderno sobre la mesa.
—Escribamos. Lo que pensamos. Lo que sentimos. Lo que creemos que está pasando. Y también qué deberíamos hacer. Sin nombres. Luego lo leemos. Sin juzgar.

—¿Un juego de terapia grupal? —bufó David, aunque sin verdadera resistencia. —Vale, pero aviso: nunca se me ha dado bien escribir lo que siento.
—Me parece bien —dijo Clara, mirando a Álvaro—. A veces uno no puede decir lo que piensa en voz alta. Pero escribirlo ayuda.
Álvaro no dijo nada. Le pareció una idea extraña, pero asintió.
Leo repartió hojas, recortadas de su cuaderno, y unos bolígrafos. Hubo silencio mientras todos escribían. Algún que otro crujido del bosque, la lluvia leve en el tejado, la respiración contenida. Álvaro se quedó un instante con la hoja en blanco, mirando el borde dentado del papel con una fijeza rara. Cuando por fin escribió, lo hizo rápido y dobló la nota sin mirarla dos veces.
Luego, una a una, las notas se doblaron y se metieron en una caja de galletas vacía. David fue el primero en leer en voz alta:
—"Estamos dentro de algo que no controlamos. No creo que sea un sueño. Creo que es una versión de nosotros donde se borran los bordes." —David frunció el ceño—. Joder. Estamos peor de lo que pensaba.
Dejó escapar una risa nerviosa, casi infantil
Clara cogió otra y leyó:
—"Tal vez estábamos rotos antes de llegar. Y esto solo nos lo está mostrando."
Marta siguió:
—"No quiero volver a ver al hombre de la foto. Si aparece otra vez, me iré nadando si hace falta."
Leo tomó otra hoja y leyó, con voz neutra:
—"Él sabe quién soy. Lo supo antes que yo."
Un silencio se alargó. Nadie dijo nada. Nadie reclamó esa frase. Clara se inclinó apenas para mirar a Álvaro, como si supiera que fue él quien escribió esa frase.
Álvaro parpadeó, sorprendido, como si lo hubieran pillado en algo sin nombre.
—No es mía —dijo, demasiado deprisa—. Yo he escrito otra cosa.
Leo se encogió de hombros y dejó la nota a un lado, pero el comentario quedó en el aire, incómodo para todos.

Álvaro se inclinó hacia la caja, y sacó la última nota. La abrió, lentamente. Su voz tembló al leer:
—"Ya ha empezado. No hay vuelta atrás. Lo sabíamos."
El ambiente en la cabaña pareció volverse de repente más turbio.
—¿Eso también lo escribió alguien de aquí? —murmuró Marta.
Nadie respondió. Nadie quiso hacerlo. Todos se miraban sin saber qué decir.
Diego no escribió. Tenía el papel en la mano, pero no lo miraba. Estaba sentado, envuelto en una manta, con la espalda curvada hacia adelante como si algo pesara sobre sus hombros. Su mirada estaba perdida, vacía, como si aún estuviera viendo lo que nadie más podía ver. No hablaba. Apenas respondía con leves gestos. En otro tiempo, habría liderado, habría protegido, habría tomado decisiones. Ahora, simplemente... estaba. Y eso ya era un esfuerzo.
Leo se levantó y comenzó a recoger las hojas sin decir nada.
El ambiente en la cabaña era ahora de estancamiento. Como si los minutos pasaran arrastrándose entre los tablones del suelo. El olor a desinfectante apareció y desapareció con la misma rapidez de un recuerdo. Nadie comentó nada, pero Clara alzó la cabeza, como si le hubiera pasado una sombra por la nariz.
—De verdad, siento hacer hincapié en lo mismo, pero no me puedo creer que el teléfono no funcione —protestó enfadada Marta.
—A mí lo que me cuesta creer es que no vayan ni los móviles —resopló David, hundido en el sofá—. Y como tú dices, ese teléfono satélite de emergencia de la agencia es una mierda inútil. Aunque no debemos dejar de intentarlo todos los días.
—Nos lo vendieron como "aventura sin distracciones, doce días de aislamiento con todo controlado". Pues aquí está el aislamiento —dijo Clara, con ironía seca.
—Y lo controlado también, supongo —añadió Leo, desde la mesa, sin levantar la vista de su cuaderno.
—No entiendo por qué no nos dejaron ningún otro medio. Ni cobertura, ni radio, ni una barca en la orilla... ¿Quién hace eso?
—Gente que confía en que nadie se rompa en dos semanas —susurró Diego, sin apartar los ojos del suelo.

Clara lo miró. Era la primera frase completa que decía en todo el día. Su voz estaba hueca.

Domingo

Los domingos siempre olían distinto.

Pan con mantequilla, café recién hecho, el sonido lejano de la radio con canciones que parecían de fondo desde siempre. Álvaro se sentaba en el suelo del salón, rodeado de coches pequeños y soldados de plástico. Hacía carreras en silencio, marcando el recorrido con la alfombra que tenía manchas que parecían carreteras.

Su madre pasaba con una taza en la mano, despeinada, sonriendo con ese cansancio que él nunca entendía. A veces se agachaba para acariciarle la cabeza, para decirle que desayunara algo antes de seguir jugando. Álvaro asentía, pero no se movía: los domingos no tenían prisa.

Entonces llegaba él.

El aire cambiaba un poco, como si la casa se encogiera. La puerta del pasillo se cerraba con un golpe seco, aunque no fuerte, y la radio parecía bajar de volumen sola. Álvaro no levantaba la vista, solo empujaba un coche azul hasta la esquina de la alfombra.

—¿Otra vez lo mismo? —la voz de su padre, áspera, sonó desde la cocina—. Siempre igual, siempre tarde, siempre cansada.

Su madre contestó algo que Álvaro no escuchó bien. Fingió que no lo había oído, aunque las palabras se colaban igual, como humo bajo la puerta.

—No pongas esa cara. Que te crees muy lista, pero no lo eres.

El coche azul se chocó contra la pata de la mesa. Álvaro lo recogió y empezó a contar los dibujos del mantel: uno, dos, tres… hasta perderse. Intentaba que los números fueran un escudo.

Hubo un silencio tenso, y entonces la voz cambió.

Más baja. Más dulce.

—Venga, no te lo tomes tan en serio… sabes que te quiero.

El niño levantó la vista de reojo. Su padre sonreía con esa sonrisa que no terminaba de ser amable. Su madre también sonrió, apenas, con los labios, pero sus ojos no lo hicieron del todo.

Álvaro se encogió de hombros y volvió a su alfombra. Colocó todos los coches en fila, como si esperaran algo que nunca llegaba.

No quería escuchar.
No quería ver.
Pero los domingos siempre dejaban algo detrás, aunque intentara esconderlo entre sus juguetes.

Capítulo 13: La cuerda invisible

La mañana avanzó como si el tiempo se hubiera congelado en una misma hora gris. Afuera llovía, pero ya nadie miraba por la ventana. En la sala, Clara hojeaba un libro sin leerlo. Marta había dejado de limpiar. Leo escribía. Diego dormitaba con los ojos entreabiertos. David intentaba mantener la compostura jugando con una pelota de tenis contra la pared. Un golpe cada tres segundos.

Golpe…1, 2, 3, golpe…1, 2, 3, golpe…

—Son las diez —anunció David, mirando su reloj.

—Son casi las doce —corrigió Marta, sin levantar la vista del suelo.

Se miraron, confundidos. En la pared, el viejo reloj marcaba las once menos cuarto. Álvaro se frotó la sien, como si intentara ordenar varias horas a la vez.

Hasta que Álvaro dejó de mirarse las manos y se incorporó.

—¿Lo oís? —dijo Álvaro en voz baja, mirando hacia el pasillo, pero sus ojos parecían ver algo más allá de las paredes.

David detuvo la pelota.

—¿El qué?

—Está detrás de la puerta otra vez.

—¿Qué puerta? —preguntó Clara, ya alerta.

—La de mamá… —susurró él, como si no estuviera hablando con nadie presente—. No abras, mamá. Ya no soy yo. Te vas a asustar.

Leo se levantó, sin hacer ruido. Clara también.

—Álvaro, estás cansado —dijo Marta, acercándose.

—No. No. No lo estáis viendo. Nadie lo está viendo. El cuarto de la cuerda... no estaba antes. Nadie lo recuerda porque si lo recuerdas... entonces ya no puedes salir.

—¿Qué cuerda? —dijo David, ya de pie, y esta vez su voz sonó quebrada, más frágil que irónica.

—Está ahí. Siempre ha estado ahí. ¿No veis cómo tira de nosotros?

—Álvaro, por favor, siéntate —pidió Clara, que se acercaba con las palmas abiertas.

Pero Álvaro retrocedió. Sus ojos no enfocaban bien. Murmuraba como si hablara consigo mismo. Entonces, la lluvia golpeó más fuerte sobre el techo, y Álvaro sintió que cada gota le caía dentro de la cabeza, una presión sorda y creciente.

Un destello fugaz: el goteo insistente de un grifo mal cerrado, una toalla húmeda colgada de la puerta, y una mujer sentada al borde de la bañera, con los codos apoyados en las rodillas, la mirada perdida. Llevaba el albornoz manchado de lejía, y entre las manos apretaba una pastilla de jabón hasta deformarla.
—No pongas esa cara, hijo… Ya bastante tengo —dijo con voz débil.
Y de nuevo, la cuerda invisible, tirando de su pecho hacia un pozo sin fondo.
Tropezó con una silla y salió corriendo hacia el pasillo. La puerta del baño se cerró de golpe. Se oyó el pestillo.
—¡Álvaro! —gritó Leo, golpeando la puerta.
—¿Está bien? ¿Qué pasa? —dijo David, acercándose con una mezcla de susto y rabia.
—¡Álvaro, abre! —insistió Clara, dando golpes suaves.
Del otro lado, primero fue el agua. Luego, una voz. La suya… y otra.
—No entres… —murmuró Álvaro—. No entres, por favor.
Un intervalo. Después, un susurro ronco, casi un hilo—: No, no soy yo. No soy yo, mamá.
Clara dio un paso atrás, helada.
—¿Con quién habla? —preguntó Marta, en un susurro.
David, nervioso, se pasó las manos por el pelo mojado de sudor.
—Ya le pasó en otro viaje —dijo David, casi sin darse cuenta de que lo decía—. Una noche, en el hostal, se encerró y estuvo horas… como si estuviera peleando con alguien.
Leo lo miró, incrédulo.
—¿Y no lo dijiste antes?
David apretó la mandíbula.
—Pensé que estaba mejor.
Del otro lado, se oyó el agua correr. Después, un golpe contra la porcelana, y luego… silencio. Algo raspó el suelo. Como metal.
—¡Joder! —murmuró Marta—. Esto no es normal.
—No forcemos —dijo Leo, conteniéndose—. Podría hacerse daño.
—O ya se lo ha hecho —dijo David.
Clara apoyó la frente contra la puerta.
—Álvaro... soy Clara. Estás aquí. Estás a salvo. Nadie va a hacerte daño. Solo abre, por favor.

Unos segundos después, el pestillo se soltó con un leve clic.
Álvaro se sentó en el suelo, apoyado contra la bañera, con la camiseta empapada en sudor. Respiraba como si acabara de correr kilómetros. Tenía las manos mojadas y, en los nudillos, un rastro oscuro, diluido por el agua.
—No recuerdo... —murmuró—. No recuerdo si fue real. Solo... las voces. Y la cuerda. Y mamá. Ella me miraba como si yo fuera otro, como si no me reconociera.
Clara le sujetó las muñecas.
—Te has hecho daño.
—No —dijo él, apartando la mirada—. Me golpeé con… con el grifo.
Leo, al agacharse para ayudarle, vio cómo Álvaro escondía algo en el bolsillo. Un gesto rápido, demasiado consciente para ser accidental.
—¿Qué es eso?
—Nada —respondió Álvaro, demasiado veloz—. Nada.
Clara se arrodilló a su lado y le sostuvo la mano. Marta y Leo ayudaron a Álvaro a levantarse y lo acompañaron despacio hasta su habitación, donde lo arroparon y lo animaron a descansar. Clara se quedó unos minutos más, en silencio, hasta que la respiración de Álvaro se hizo más lenta.
Cuando Clara salió al pasillo, los demás la esperaban en la sala. Se sentaron juntos, exhaustos, compartiendo ese tipo de cansancio que solo llega después del miedo.
—¿Está bien? —preguntó David.
—Creo que solo necesita dormir —respondió Clara—. Está agotado. Todo esto… nos está superando.
Leo habló con voz triste:
—No deberíamos dejarle solo mucho rato.
—¿Habéis visto cómo estaba? —susurró Marta, nerviosa—. No es solo el cansancio. Es como si estuviera en otro sitio, o en otro tiempo. Y lo del baño… no estaba solo.
David se frotó la cara.
—Yo solo quiero entender qué le pasa. No hemos hecho nada, no hemos visto nada… y, de pronto, Álvaro se rompe. Así, sin más.
Clara suspiró.
—Quizá todos estamos más cerca de rompernos de lo que

pensamos.
Leo asintió, pensativo.
—Estamos aquí, aislados. Sin nadie a quien llamar. Ni la agencia, ni emergencias, ni nada. Eso afecta, y lo sabemos.
Marta abrazó sus piernas.
—No quiero que esto se nos vaya de las manos. De verdad. Al menos… seguimos juntos.
David forzó una sonrisa.
—¿Recordáis la noche del primer día, cuando decidimos encender la barbacoa y casi prendemos la cabaña entera?
Clara rió, aunque fuese una risa pequeña y forzada.
—Y Leo, grabándolo todo en vídeo para chantajear en el futuro.
Incluso Leo sonrió, apenas un gesto.
—Eso sí era supervivencia —dijo—. Pero esto…
Hubo una pausa. Por un instante, la tensión se alivió, como si compartir recuerdos pudiera devolverles algo de control.
—Tenemos que intentar cuidarnos, aunque no entendamos nada — concluyó Marta.
—Sí —añadió Clara, bajando la voz—. Nadie puede quedarse solo del todo. Ni aunque lo pida.
—Mañana probaremos de nuevo con el teléfono —dijo Leo—. Y con los móviles. Algo tiene que funcionar.
—Y si no —añadió David—, saldremos en grupo a buscar cobertura. Pero no podemos separarnos. No otra vez.
—Nos turnaremos para estar atentos esta noche —dijo Marta, firme —. Por si Álvaro se despierta. Por si… pasa algo.
Nadie preguntó a qué se refería exactamente con "algo". Pero todos entendieron.
—¿Os dais cuenta de que no tenemos ni idea de qué día es hoy? — murmuró Clara—. Jurarías que es jueves, ¿verdad?
—Para mí, es domingo desde hace tres días —dijo David, con una risa seca.
—Es como si el tiempo aquí se estirara… o se deshiciera.
—Lo único que sé —dijo Leo— es que cada día parece más lejos del anterior. Como si estuviéramos bajando una escalera y no recordáramos desde cuándo.

Se hizo una pausa larga. Desde la ventana, Marta fijó la vista: en el borde del claro, entre los helechos, una figura delgada se recortó un segundo contra la niebla. Muy quieta, con la cabeza ladeada, como si escuchara. Parpadeó, y ya no estaba.
—Creo que hay alguien ahí fuera que nos vigila —murmuró—. El hombre de la foto.
Diego apretó la manta.
—Fue él quien me siguió. El que me tocó el hombro… o quizá lo soñé. Ya no lo sé.
Leo negó, incómodo.
—Está jugando con nosotros. Debemos descansar. Y que no nos pase como a Álvaro, que se le ha ido de las manos, aunque no es de extrañar, siempre se ha visto que es una persona muy… peculiar.
—Álvaro no está bien —dijo Clara al fin—. Lo que ha dicho… lo de la cuerda, lo del cuarto... Sé que suena absurdo, pero había algo en su forma de decirlo que… no sé. Como si fuera verdad para él. Y eso da miedo.
—Tal vez no se trata de si es verdad o no —respondió Leo, en voz muy baja—. Tal vez se trata de qué parte de nosotros empieza a creerlo.
Permanecieron juntos un rato más, sin hablar, escuchando la lluvia contra el techo. Nadie quería ser el primero en levantarse. Pero, uno a uno, fueron marchándose a sus habitaciones. Clara, antes de entrar en la suya, volvió a ver cómo estaba Álvaro, le dio un beso en la frente con una ternura especial, y se fue a dormir.
—No sé por qué, pero, aunque suene raro, esta noche tengo la sensación de que voy a dormir mejor que nunca —dijo David, con media sonrisa mientras apagaba la luz de su habitación.
Clara se quedó pensativa un segundo antes de entrar en su cuarto.
—Solo espero no soñar —dijo—. A estas alturas, prefiero no ver nada.
Cuando la casa quedó a oscuras, Leo recogió del suelo la hoja con la frase "Él sabe quién soy". La acercó a la lámpara, la comparó con el trazo de otra de Álvaro que había visto por la mañana. No dijo nada. La dejó sobre la mesa, boca abajo. En el reverso, sin que nadie lo

hubiera notado, había una mancha minúscula, marrón, alargada, como una huella borrada por el agua.
La lluvia seguía, insistente, golpeando el techo y arrastrando consigo los restos de un olor imposible: yodo, alcohol, tela estéril. Afuera, todo era agua. Dentro, todo eran grietas.

Diario de Álvaro, 9 años

Hoy me he mirado en el espejo del baño y he sentido algo raro.
Era yo, pero no del todo. Como si mi cara estuviera un poco cambiada. No sé cómo explicarlo.
Los ojos sí eran míos, pero también parecían de otra persona.
Me he mirado mucho rato, sin moverme. Al final me ha dado miedo.
He pensado: "¿Y si mamá entra y no sabe que soy yo?"
Y entonces he cerrado la puerta rápido y he apagado la luz.
No quiero que mamá piense que soy otro.
No quiero pensar que, a veces, yo también lo pienso.

Capítulo 14: La isla responde (día 9)

El día amaneció insultantemente soleado, como si la isla intentara ocultar todo lo que había ocurrido, y lo que aún quedaba, bajo un manto de luz y calor falso. El cielo era tan azul y limpio que resultaba casi ofensivo. Pero en el aire flotaba un cansancio nuevo, una pesadez que no se iba con el desayuno. El calor pegaba distinto: no como verano, sino como lámpara blanca sobre una cama fría. Álvaro lo notó y, por un instante, se llevó la mano a la sien, como si escuchara un pitido tenue que no venía de ninguna parte.

Al principio, nadie lo notó. Estaban demasiado ocupados arrastrando los pies, calentando el café, intercambiando miradas que no terminaban de encontrarse. Fue Marta quien lo verbalizó, señalando la taza intacta sobre la mesa:

—¿Y David?

Nadie supo responder.

La respuesta fue una oleada de nerviosismo. Lo llamaron por toda la cabaña, alzando la voz más de lo habitual, abriendo puertas con manos temblorosas. El cuarto de David estaba hecho un pequeño desastre, como siempre, pero su mochila seguía allí. El baño vacío. El porche, sin señales. La puerta principal seguía cerrada por dentro. El detalle caló lentamente, como una gota que acaba taladrando la piedra.

—¿Y si salió anoche? —preguntó Leo, aunque lo veía absurdo.

—No hay huellas —respondió Diego, seco, mirando por la ventana—. Con la lluvia de anoche, debería haber marcas.

El grupo comenzó a buscar con una urgencia que se sentía cada vez más frenética. Salieron al bosque, primero juntos, luego desperdigados en un intento inútil de abarcar más terreno. El nombre de David retumbaba en la isla, cada vez más ronco y menos esperanzado. Clara tropezó varias veces con raíces ocultas bajo el barro. Marta gritaba el nombre, a veces con rabia, y otras casi sollozando. Leo inspeccionaba cada rincón, cada arbusto, como si esperara encontrar una pista milagrosa. Diego, más callado que nunca, marcaba el paso con una seriedad de autómata. Álvaro, en cambio, se quedaba atrás con frecuencia; al alcanzarlo, apretaba algo en el bolsillo y decía que nada, que era “solo el mechero”.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Marta en una de esas—.
—Nada —dijo él, demasiado rápido. Metió más la mano en el bolsillo y cambió de tema.
Pasaron horas. El sol ascendió y descendió entre nubes. Nadie comió. Nadie bebió. Nadie habló, salvo para llamar a David. Las discusiones empezaron a surgir, primero en susurros: "¿Seguro que miraste ahí?", "No puede haber ido tan lejos", "Esto no tiene sentido". El miedo empezó a tornarse en rabia. A Álvaro, por momentos, el sendero le parecía pasillo; la tierra, baldosa gastada; el rumor del mar, un zumbido eléctrico que subía y bajaba con ritmo de máquina. Parpadeaba y se le pasaba. O lo fingía.
Leo, cerca del mediodía, se agachó bajo un árbol caído. Entre las raíces embarradas, algo brilló. Medio enterrado y cubierto de fango, estaba el móvil de David. No parecía recién caído. Estaba tan húmedo, tan sucio, como si hubiera estado allí desde hacía días.
Lo recogió con dedos entumecidos y volvió corriendo hacia los demás.
—¡Aquí! ¡He encontrado algo!
Se arremolinaron a su alrededor, resbalando sobre el barro, tropezando entre raíces. Marta cayó de rodillas, Clara se abrazaba los codos, Diego lo miraba como si esperara que de aquel objeto saliera una respuesta. Álvaro llegó el último; tenía las manos más manchadas de barro que nadie, como si hubiera estado hurgando en otra parte.
El móvil funcionaba. Apenas. La pantalla temblaba con líneas de humedad, y la galería de vídeos estaba abierta.
Tres vídeos.
El primero: una noche junto al fuego. Risas. Chistes. Alguien cantando. Marta, probablemente. Leo grababa a escondidas. Clara sonreía. Diego lanzaba una rama al fuego. David estaba allí, bromeando con todos. Como si aún fueran un grupo. Cuando la cámara pasó por Álvaro, éste apartó la mirada con torpeza, como si le pesara sostener el foco más de un segundo.
El segundo: David grabando la cabaña por fuera. El vídeo temblaba levemente. No hablaba al principio, solo enfocaba puertas, ventanas, el tejado. Luego, su voz:

—Algo está mal. No sé si lo sienten… pero esto… esto no es solo agotamiento.
La cámara se detuvo un instante en el pomo de la puerta principal. David hizo, sin querer, un pequeño gesto con los dedos, el mismo con el que tantas veces llamaba a Álvaro para que saliera a fumar con él. Marta lo notó y tragó saliva.
Y el tercero.
El grupo contuvo el aliento. El tercer vídeo comenzó borroso, moviéndose entre árboles. Se escuchaban los pasos de David, la respiración entrecortada, ramas chocando contra el micrófono. El móvil temblaba como si lo llevara en una mano sudorosa y temblorosa. Un jadeo se convirtió en un gemido contenido. Y luego:
—Me está siguiendo… No lo veo, pero lo siento. Está detrás. No dejéis que os coja solos.
Una súbita sacudida. Se escuchó un golpe seco. El móvil se cayó al suelo, y la imagen quedó fija en un primer plano de barro y hojas mojadas. David ya no hablaba. Solo se oía su respiración, cada vez más lejana, más débil.
Y entonces… algo apareció.
Una figura entró en cuadro por el lateral. Alta, delgada, con un andar inquietantemente pausado. Iba vestida con algo largo, oscuro, que se arrastraba por la tierra. No se le veía el rostro, como si la cámara no lograra enfocarlo nunca del todo. Solo una forma vaga, desdibujada, inhumana.
Pero lo extraño no fue su aspecto, sino su actitud. No se abalanzó, no se movió con violencia. Se inclinó despacio, con un gesto casi meticuloso, y permaneció allí, junto al cuerpo de David. Como si observara. Como si evaluara. Por un instante, la mano que entró en el encuadre no parecía agresiva, sino expectante, como quien tantea antes de ayudar a alguien a incorporarse. Pero nunca llegó a hacerlo. Se detuvo a centímetros, inmóvil. Y después, con la misma calma con la que había llegado, la figura desapareció, deslizándose fuera del plano como si nunca hubiera estado allí.
Y justo antes de que la grabación se cortara, cuando parecía que ya no quedaba nada por ver, una voz apenas audible se coló entre la

estática:
—Eres tú…
Era la voz de David. Un susurro débil, entre el reconocimiento y la resignación.
El vídeo se apagó. La pantalla quedó en negro.
Nadie se movió. Nadie respiró. Diego rebobinó y volvió a ver el paso de la figura, muy atento al ritmo del andar; no dijo nada, pero frunció el ceño y miró a Álvaro, que se había vuelto hacia los árboles.
Marta seguía de rodillas. Clara tenía la cara hundida en los brazos. Leo apretaba los labios hasta hacerse daño. Diego volvió a darle al botón de reproducción, como si no lo creyera. Pero era real. Estaba allí. O lo que fuera que habían visto.
—No se lo llevó a la fuerza… —susurró Marta, sin levantar la cabeza —. ¿Lo visteis? No… no parecía atacarle.
—Pero estaba allí —murmuró Leo—. Se acercó a él. Hizo… algo.
—¿Ayudarle? —aventuró Clara, con una voz que era apenas un soplo —. ¿Eso era ayudar?
—No lo sé —dijo Diego, sacudiendo la cabeza—. No sé lo que era. Pero no parecía tener prisa. Como si… supiera que él ya no iba a moverse.
—Camina como… —empezó Marta, y se calló.
—¿Como quién? —preguntó Leo.
Marta tardó en decirlo—: Como alguien que ya conocemos. No sé quién. Es la cadencia.
Diego volvió a mirar a Álvaro. No acusaba. Solo medía.
—¿Y si eso es lo que hace? —interrumpió Marta, con un hilo de voz —. ¿Y si viene cuando estamos solos? ¿Y si no es que nos lleva… sino que nos… espera?
La situación volvió a hacerse, más incómoda que antes.
Y en esa pausa, en ese no querer hablar más, todos pensaron lo mismo, aunque ninguno se atrevió a decirlo:
David ya no estaba. Y lo que fuera que se lo había llevado, podía estar esperando a cualquiera de ellos.
—No… —susurró Clara, negando con la cabeza—. No puede ser. No puede ser posible…

Marta rompió a llorar sin fuerza para contener los sollozos. Leo bajó la cabeza, los puños apretados sobre el barro. Diego masculló algo ininteligible y se frotó la cara. Álvaro, muy quieto, parecía escuchar otra cosa; levantó la cabeza un segundo, como si en el bosque hubiera una respiración más, más gruesa, conocida, que no encajaba con pájaros ni ramas.

Nadie supo cuánto tiempo permanecieron así. No había palabras, solo miradas huidizas y gestos mecánicos: alguien se puso en pie, otro volvió a agacharse. El frío se coló por los huecos de la ropa, aunque el sol aún brillaba.

Finalmente, cuando el cielo empezó a perder color y la luz se tornó ceniza, se pusieron en marcha de regreso a la cabaña. Caminaban en fila, sin hablar, cada uno solo con sus pensamientos. La tensión era un hilo tenso entre todos, invisible pero cortante. Las miradas esquivas, el paso torpe, la rabia en los hombros caídos. En mitad del trayecto, Álvaro se paró en seco y dijo: "¿Escucháis el timbre?", y nadie escuchaba nada. Él se llevó la mano al pecho y siguió andando, avergonzado.

Solo al llegar al refugio, con la oscuridad ya instalada y el cansancio derrumbándolos, la contención se rompió.

Marta cerró la puerta de un golpe, dejando fuera el último suspiro de la tarde, y se volvió hacia Leo, los ojos rojos, el rostro encendido por la rabia.

—¡Esto es culpa tuya, Leo! —explotó—. ¡Tú fuiste el que insistió en venir aquí! ¡El que nos trajo a esta maldita isla!

Leo ni siquiera se movió al principio. Solo parpadeó, como si el grito no le hubiera llegado del todo. Luego, su mandíbula se tensó.

—¿De verdad crees que esto es culpa mía? —dijo, con la voz ronca, más fría que enfadada—. ¡Nadie podía imaginar que…!

—¡Pues alguien tiene que ser el culpable! —interrumpió Marta, dando un paso adelante—. ¡Tú, yo, cualquiera! ¿Quién más va a desaparecer mañana? ¿Eh? ¿Tú, Clara? ¿Diego?

—¡Basta! —Clara se adelantó, su voz temblorosa, pero firme. Se aferraba al respaldo de una silla como si de él dependiera no caer al suelo—. ¡No sigáis…!

—¿Y si el culpable está aquí dentro? —soltó Marta, sin mirar a Clara,

clavando la mirada en Diego y luego en Álvaro—. ¿Y si uno de nosotros está haciendo esto?
La frase cayó como un cubo de agua helada. Leo entrecerró los ojos, incrédulo.
—Eso… eso es absurdo —dijo, casi sin aire—. ¡¿Escuchas lo que estás diciendo?!
—¿Y si no lo es? —insistió Marta—. ¿Y si alguien está perdiendo la cabeza? ¿Y si alguien cree que está haciendo algo… pero en realidad…?
—¿Y si no está loco? —añadió de pronto Clara, con un hilo de voz—. ¿Y si simplemente… lo conoce?
Todos la miraron. Clara bajó la vista un segundo, luego alzó la mirada, seria.
—En el vídeo. Lo último que dice David es "Eres tú". Debió reconocer a quien se lo llevó. ¿Y si era alguien más cercano de lo que pensamos?
Leo dio un paso hacia atrás, como si esas palabras hubieran empujado algo dentro de él.
—Podía estar delirando. No sabemos en qué estado estaba.
—¿Y si no lo estaba? —insistió Marta—. ¿Y si esa figura es… alguien de nosotros?
—La forma de agacharse… —murmuró, y apuntó sin querer hacia Álvaro.
—¡Estamos asustados, Marta! —gritó Leo, avanzando hacia ella—. ¡Eso no significa que seamos asesinos!
—¡Pues igual la locura se nos ha metido dentro! —espetó ella, girando sobre sí misma como una fiera enjaulada—. ¡O lo que sea que hay en esta isla!
Diego, hasta entonces apoyado contra la pared, murmuró apenas:
—A lo mejor eso es lo que quiere la isla. Que nos destrocemos entre nosotros. Que dejemos de confiar.
Nadie respondió de inmediato. Solo se escuchaba la respiración agitada del grupo. Álvaro se había quedado apartado, con la mirada fija en el suelo. Parecía no estar del todo allí. Tenía los nudillos rozados, con una línea fina de sangre seca que nadie recordaba haberle visto por la mañana.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Marta, girándose bruscamente hacia él—. ¡Dilo! ¡Tú también has estado callado todo el día!
Álvaro levantó la vista, pero no habló. Solo sacudió la cabeza muy despacio. Marta bufó, frustrada.
Leo dio un paso atrás. Se frotó la cara con ambas manos y luego clavó los ojos en Diego.
—¿Dónde estabas tú cuando desapareció David?
—¿Qué estás insinuando? —preguntó Diego, con la voz baja pero peligrosa.
—Nada —replicó Leo—. Pero si vamos a empezar con las acusaciones, al menos juguemos todos, ¿no?
Diego se irguió, cruzado de brazos. Su mirada era pura decepción.
—¿Me estás acusando de algo?
—Estoy diciendo —Leo se acercó un poco más, el rostro crispado— que ninguno de nosotros sabe realmente lo que está pasando. Que cualquiera podría…
—Y que alguien aquí podría saber más de lo que dice —añadió Marta, en un tono seco—. David reconoció a alguien. Lo dijo. "Eres tú".
Volvió a mirar a Álvaro, casi sin parpadear.
—¿Y si se refería a ti? Tú eras el más cercano a él. Siempre ibais juntos.
Álvaro tragó saliva. Parecía más confuso que indignado.
—Yo… no lo entiendo tampoco. No sé qué quiso decir.
—Y hoy ibas… raro —añadió Marta—. Te has quedado atrás tres veces. Y llevas algo en el bolsillo desde primera hora.
Álvaro bajó la mano del bolsillo con torpeza.
—¡Se acabó! —gritó Clara, y su voz resonó por encima de todas las demás—. ¡Nadie de aquí haría daño a los demás! ¡Estamos asustados, sí, pero no somos enemigos!
El silencio fue inmediato. Tan tenso que crujía.
—No podemos empezar a mirarnos como si fuéramos monstruos —añadió ella, la voz aún agitada—. Porque si lo hacemos… entonces ya hemos perdido.
Nadie se atrevió a responderle.

Leo se apartó de Diego y se dejó caer en la silla más cercana, agotado. Marta se desplomó junto a la ventana, dándole la espalda al grupo. Diego caminó hasta la mesa y se quedó allí, de pie, los puños cerrados.
Álvaro se levantó. Caminó hasta la puerta y la abrió de golpe, dejando que el aire frío se colara como una bofetada. Por un momento, pareció que iba a marcharse, pero solo se quedó allí, inmóvil, mirando hacia la oscuridad. No dijo nada. Ni siquiera respiraba con fuerza. Solo miraba. En el marco de la puerta, sin saber por qué, se apoyó como si esperara que alguien al otro lado empujara desde fuera: la misma postura que se adopta cuando un pomo vibra y no quieres que se abra. Le tembló el antebrazo y se apartó.
Detrás de él, la tensión se agrietaba por dentro. Marta se echó a llorar en silencio, con las manos cubriéndose la cara. Leo se frotó las sienes. Clara respiró hondo, intentando mantenerse firme.
Finalmente, fue Clara quien habló otra vez. Su voz era suave, pero decidida:
—No podemos estar solos esta noche. Organizamos turnos. Nadie duerme sin alguien cerca. Nadie.
Diego asintió sin levantar la cabeza. Leo no dijo nada, pero se levantó para buscar una manta. Marta asintió despacio, mordiéndose el labio inferior.
Hubo un murmullo de aprobación, pero el silencio que siguió no trajo alivio. Diego, que hasta entonces había permanecido con la mirada clavada en el suelo, levantó la vista.
—¿Y David? —dijo, con la voz rasgada—. ¿De verdad vamos a quedarnos aquí… mientras él sigue ahí fuera?
Nadie contestó de inmediato. Marta se mordía las uñas. Clara fruncía el ceño, atrapada entre dos miedos.
—Diego… —empezó Leo, cansado—. Ya es de noche. No vemos nada ahí fuera. No sabemos ni hacia dónde fue. Si salimos ahora, puede que acabemos perdidos también.
—¡Pero está solo! —replicó Diego—. ¡Herido, tal vez! ¿Y si aún está vivo? ¿Y si está esperando que alguien le busque?
—¿Y si salimos… y no volvemos ninguno? —dijo Leo, en voz baja,

pero con firmeza.
Clara entrelazó los dedos, angustiada.
—No sé… me parte el alma dejarlo ahí. Pero salir ahora… me da miedo.
—No es justo —añadió Marta, sin mirar a nadie—. No es justo para nadie.
Álvaro habló desde su rincón, sin levantar la cabeza:
—Aunque salgamos… siento que no vamos a encontrar a David. Es como si… como si ya se hubiera ido.
Ese "ido" quedó flotando en el aire. Nadie lo corrigió. Nadie quiso preguntarle qué significaba exactamente.
Entonces, acordaron horarios, mal repartidos y sin confianza, para pasar la noche. Nadie quería dormir, nadie quería cerrar los ojos. Pero tampoco querían hablar más. Cada uno se refugió en su rincón, con una manta o simplemente con los brazos cruzados sobre las rodillas, mirando un punto fijo.
Esa noche, Álvaro no durmió enseguida. Cuando por fin cerró los ojos, el sueño fue aún más cruel.
Se vio a sí mismo de niño, caminando por un pasillo interminable. Las paredes eran las de su casa, pero algo en la luz no era real. La puerta de la cocina estaba entreabierta, y su madre —o alguien que parecía su madre— removía una cazuela. Cuando se giró, no era ella: era David, con su misma bata, con sus mismos ojos. Le habló con una voz hueca:
—No te olvides esta vez.
Quiso correr, pero sus pies no respondían. Miró sus manos y vio que eran viejas, arrugadas, manchadas de barro. El suelo comenzó a desmoronarse bajo sus pies, a abrirse en grietas oscuras. Sintió que caía, que caía para siempre.
Y antes de despertar, escuchó la voz de David, ya no de madre, ya no de amigo:
—Ahora eres tú quien no está.
Se incorporó de golpe, empapado en sudor, el corazón desbocado. Un clic lejano —como de interruptor— y un latido en el oído derecho, acompasado, que se desvaneció en segundos.
Afuera, la Luna apenas despuntaba tras los árboles. Todo parecía

igual que antes, pero algo había cambiado. Nadie hablaba. Nadie se miraba. La cabaña era solo un refugio de cuerpos agotados, consumidos por el miedo y el duelo. En la mesa, el móvil de David, cubierto de barro seco, tenía ahora una línea de hojas pegadas que nadie recordaba haber dejado ahí.

David seguía sin aparecer. Pero la isla, por fin, había conseguido deshacerlos. Y, aunque nadie lo dijo, más de uno pensó lo mismo al ver a Álvaro apartarse con la mano en el bolsillo: si David había reconocido a alguien, quizá la respuesta no estaba tan lejos.

La puerta invisible

Era un domingo cualquiera, o eso parecía. La radio sonaba en la cocina, un programa aburrido de noticias que al padre de Álvaro le gustaba tener de fondo. La madre preparaba tranquila, casi alegre, la comida en silencio, cortando verduras con una calma casi ritual, como si con cada corte quisiera mantener la paz de la casa. Álvaro estaba en el salón con sus lápices, dibujando un coche que nunca terminaba de parecerse a un coche, pero que sabía que a mamá les encantaba.

Todo iba bien hasta que un comentario insignificante encendió la chispa. El padre comentó lo sosa que estaba la comida, y preguntó por la sal. La madre, distraída, tardó un segundo en responder. Fue apenas un segundo, pero él ya había fruncido el ceño.

—Siempre igual de verdad, en tu puñetero mundo. No escuchas. Nunca escuchas.

El tono fue seco y cortante. Álvaro levantó la cabeza del papel, inmóvil. La madre intentó sonreír, suave, conciliadora.

—Lo siento, cariño. Estaba concentrada en cortar esto.

—No es eso joder —replicó el padre, alzando la voz un poco más—. Es que no me haces caso. Es como si hablara con la pared.

El cuchillo se quedó suspendido en el aire. La madre bajó la mirada, asintiendo.

—Tienes razón. No quise…

—¡Pues claro que tengo razón! —interrumpió él, golpeando con la mano abierta la mesa varias veces. El estruendo hizo que los vasos tintinearan y que Álvaro soltara el lápiz de golpe.

Por un segundo, el silencio atravesó el salón de golpe, el mundo se paró. Álvaro sintió que algo se había roto. No era un insulto, ni un grito como los de otras veces: fue la violencia del sonido, del cuerpo de su padre desbordándose. La puerta invisible entre "enfado" y "otra cosa peor" acababa de abrirse.

La madre, con voz temblorosa, intentó cerrar la grieta.

—No te lo tomes así, por favor. Ya está. Vamos a comer tranquilos. ¿Quieres que prepare la carne como a ti te gusta?

Él resopló, dio un paso atrás y, sin mirarla, salió de la cocina.

Álvaro, desde el salón, no apartaba los ojos de su madre. Ella respiró hondo, dejó el cuchillo a un lado y forzó una sonrisa.
—¿Has terminado tu dibujo, campeón?
Campeón. Esa palabra que antes lo hacía sentir muy grande, ahora se le clavó como una mentira. Miró su papel: el coche seguía torcido, pero lo único que veía era la mano de su padre cayendo sobre la mesa.
Y en su pecho, por primera vez, no sintió orgullo hacia él, sino miedo. El miedo de saber que, en cualquier momento, esa mano podía no caer sobre la mesa, sino en otro lugar.

Capítulo 15: Donde el miedo respira (día 10)

La casa parecía más pequeña de noche, el miedo la encogía por dentro. Nadie dormía, aunque todos fingían hacerlo. Los turnos de vigilancia se acordaron sin discutir, solo con miradas cansadas y asintiendo en silencio, como si organizar turnos bastara para mantener el miedo a raya.

Álvaro fue el primero en sentarse junto a la ventana, la linterna apoyada sobre las rodillas, los ojos fijos en la negrura del exterior. A su alrededor, los demás se acomodaban como podían: Leo tumbado boca arriba, los ojos abiertos, Marta abrazada a las rodillas, Clara con la mirada perdida, más allá del techo, como si escuchara una música muy lejana. Diego paseaba por la casa, incapaz de estarse quieto más de dos minutos, murmurando frases ininteligibles, palabras sueltas que se disolvían en la penumbra. El aire estaba cargado. Eléctrico. Lleno de cosas que no se decían. Nadie recordaba la última vez que alguien había dormido de verdad. Nadie quería cerrar los ojos por completo. El tic-tac invisible de un reloj imaginario marcaba el ritmo de la noche, y cada uno sentía cómo la paciencia se les deshacía por dentro.

Afuera, el viento y el mar eran el único fondo: un murmullo constante que por momentos parecía el eco de una respiración. La noche avanzaba, pero en la casa el tiempo estaba quieto. Solo el miedo parecía ir creciendo, despacio, metiéndose en las grietas de la cabaña, en cada poro de la piel de los invitados.

A veces, Álvaro notaba un pitido lejano, como si viniera de otra habitación que no estaba allí. Parpadeaba, y desaparecía. Nadie más parecía oírlo.

Poco después de las tres de la mañana, le tocó el turno a Diego. Se colocó junto a la puerta, con la espalda recta y los hombros tensos, como si esperara una señal que nunca llegaba. Leo, Marta y Clara se mantenían cerca, despiertos, aunque sin palabras, con la misma sensación de asedio en el pecho.

Fue entonces cuando un crujido, seco y claro, sonó afuera. Un paso sobre la grava, tal vez. El silencio se volvió absoluto, era tan intenso que apagaba cualquier amago de esperanza. Leo apagó la linterna por puro instinto, Marta dejó de respirar al instante, Clara apretó los

puños sobre las piernas. Diego, de pie junto a la ventana, se asomó sin atreverse a apartar la cortina del todo, pero siendo el único que aún sentía que podía enfrentarse a cualquier cosa. En el límite del claro, justo donde la maleza empezaba a tragarse la luz de la casa, una figura se recortaba en la oscuridad. Alta, delgada, y completamente inmóvil. La cabeza ladeada, como si los escuchara a todos. No proyectaba sombra alguna. Ninguno de ellos supo decir cuánto tiempo pasó. La tensión se volvió insoportable cuando Diego susurró, con la voz rota, que había alguien fuera. El resto, sin querer oír lo inevitable, se acercó despacio, conteniendo el aliento, sin atreverse a moverse demasiado. La figura seguía ahí, quieta. No se distinguía el rostro, solo una silueta que los observaba, que esperaba ver qué harían ante su propia presencia. Costaba creer que esa figura inmóvil fuera David. Costaba incluso creer que todo aquello estaba pasando de verdad.

Marta se tapó la boca con la mano para no sollozar. Leo susurró que podía ser David, aunque en el fondo no lo creía. Nadie se atrevía a pronunciar el nombre del hombre de la foto, pero todos pensaron en él. Diego hizo el amago de abrir la puerta, pero Álvaro y Leo lo sujetaron. Nadie quería que ninguno saliera, nadie quería comprobar quién —o qué— era aquello. La figura seguía sin moverse en absoluto. Solo seguía permaneciendo ahí, observando, hasta que, tras un largo instante, retrocedió un paso. Fue un paso leve, dado como a cámara lenta por alguien que no quería irse, que simplemente quería estar ahí, con ellos. Entonces, la figura se perdió entre la maleza sin hacer ruido. No fue una despedida, parecía más bien un ‘’hasta luego”, o ‘’hasta pronto”.

La casa quedó sumida en un silencio doloroso, el tipo de silencio que deja un sobresalto cuando el miedo sigue sin encontrar la salida. Aunque la figura se había desvanecido en la noche, su sombra seguía flotando dentro de la casa, se palpaba cómo en el ambiente dentro de la cabaña flotaba algo que los hacía estar más incómodos aún. Nadie se movía. Durante unos minutos, solo se escuchaba el goteo sordo de la lluvia en la terraza y la respiración contenida de todos.

El hechizo se rompió de golpe cuando Diego, aún tenso, sacudió el brazo de Álvaro, casi de forma violenta, y fue hacia la puerta.
—No podemos quedarnos aquí sin hacer nada —dijo, casi en un gruñido.
—¿Y qué propones? ¿Salir a buscarlos, con eso ahí fuera? —saltó Leo, arrastrando una mezcla de miedo y enfado.
Marta fue la primera en moverse, abriéndose paso hasta quedar entre Diego y la puerta. —No vamos a abrir —su voz, aunque temblorosa, sonó definitiva—. No esta noche. Si algo quiere entrar, que lo intente. Nos quedamos juntos y nadie sale, ¿está claro? Miró a los demás buscando apoyo, los ojos vidriosos, los puños cerrados. El silencio era la única respuesta.
—¿Y si era David…? —susurró Clara, sin mirar a nadie, como si hablara consigo misma. Su voz era tan frágil que pareció colarse entre los tablones de la casa.
—¿Y si nos necesitaba? Nadie contestó. Marta bajó la mirada, dudando solo un segundo, y luego la volvió a alzar, más firme.
—Si era David, volverá —respondió, como si se obligara a creerlo.
Leo se apartó de la ventana y se dejó caer sobre una silla. Se frotó la cara, agotado. —No sabemos ni siquiera qué estamos viendo ya —murmuró—. A lo mejor solo estamos perdiendo la cabeza.
Clara permanecía de pie, encogida sobre sí misma. Tenía la mirada clavada en la puerta, los labios entreabiertos. —No es solo miedo —dijo, y su voz apenas fue un hilo—. Hay algo… como si alguien estuviera esperando, pero no fuera… no fuera malo del todo.
Diego soltó una carcajada amarga. —¿Ahora resulta que lo de fuera nos va a ayudar?
Clara negó despacio, sin apartar la vista de la puerta. —No lo sé. Solo siento que, si abrimos ahora, no podremos volver a cerrarla.
El grupo se quedó en silencio, atrapado entre la necesidad de actuar y el miedo a moverse. Afuera, el viento volvió a soplar con fuerza, y por un momento todos imaginaron —o creyeron escuchar— el roce de unos dedos claramente sobre la madera.

Diario de Álvaro – 9 años

Hoy papá se enfadó otra vez. No sé muy bien por qué, creo que porque la comida estaba fría o algo así. Mamá no dijo nada, solo bajó la cabeza y puso otra vez el plato en el microondas. Yo pensé que era una tontería, pero papá levantó mucho la voz. Cuando grita parece otra persona, como si se pusiera una máscara fea.

Antes él me decía "mi campeón" y me subía a sus hombros para que viera el mundo más alto. Eso pasó, ahora, cuando me mira, a veces me da miedo. Es como si buscara algo que yo estoy haciendo mal. Yo intento portarme bien, no hacer ruido, no molestar, pero igual se enfada.

Hoy, después de gritarle a mamá, me miró a mí. No dijo nada, solo me miró mucho rato, y yo sentí que me quedaba sin aire. Luego se fue de la habitación y cerró la puerta fuerte.

Mamá me acarició el pelo y me dijo que no pasaba nada, que papá me quiere mucho, que está cansado. Yo asentí, pero no estoy seguro. Si de verdad me quiere, ¿por qué da tanto miedo?

Quiero volver a los días en que jugábamos en el parque y me decía que era el mejor portero del mundo. No entiendo cómo puede ser la misma persona.

A veces pienso que tengo dos papás: el de antes y el de ahora. Y no sé cuál es el de verdad.

Capítulo 16: La voz conocida

No habían terminado de asimilar la discusión cuando un nuevo ruido desgarró el silencio. Un pequeño roce de dedos, seguido de un golpe seco, seguido de otros, insistentes, como si algo —o alguien— empujara desde el otro lado de la puerta cerrada.

El grupo se quedó inmóvil, mirando el pomo que vibraba levemente… hasta que giró apenas un centímetro. Un clic seco, como si algo intentara abrir desde fuera. El corazón de todos se detuvo cuando, tras los golpes, llegó una voz:

—Álvaro… —era un susurro quebrado, familiar y a la vez extraño, como si alguien imitara la voz de David desde demasiado cerca del otro lado.

—¿No vas a abrirme…?

El lamento se filtró como una corriente de aire frío por toda la casa. Por un segundo, pareció la voz de David; en otro, podía ser la de cualquiera de ellos. El acento, el ritmo, algo era familiar, pero había algo debajo de la voz, algo arrastrado y artificial.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Marta, en un hilo de voz.

Diego, temblando de rabia y angustia, se acercó a la puerta.

—¡David! —gritó, apretando los puños—. ¡¿Eres tú?!

Un silencio angustioso respondió. Después, otra vez la súplica:

—Por favor… abre…

La frase sonó exactamente igual que antes. La misma entonación. La misma pausa. Como si no fuera una súplica totalmente real, sino una grabación mal reproducida.

Leo se apartó hacia la pared, con la cara pálida. Clara dio un paso atrás, como si el suelo se moviera bajo sus pies.

La tensión se volvió insoportable.

—¿Y si es él? —dijo Leo, casi en un sollozo—. ¿Y si está herido?

Diego apoyó la mano en el pomo, decidido.

—No podemos dejarlo ahí. Si es David, tenemos que abrir.

—¡No! —La voz de Álvaro fue más firme de lo que esperaba. Se interpuso entre Diego y la puerta, los dos forcejeando brevemente en silencio.

—¿Y si no es él? —insistió Álvaro, sintiendo el pulso en las sienes—. No podemos arriesgarnos.

Los golpes volvieron, ahora más suaves.
—No me dejéis aquí… no me dejéis aquí… no me dejéis aquí… —la misma frase, repetida tres veces. La misma voz. El mismo tono. Como si la cosa del otro lado no supiera decir otra cosa.
Clara se llevó las manos a la cabeza.
—No es David —susurró—. Hay alguien ahí fuera que no es David… lo siento.
Diego, fuera de sí, intentó girar el pomo. Álvaro le sujetó el brazo con fuerza, casi desesperado.
—¡No! —dijo Álvaro, con un temblor en la voz que no era solo miedo —. ¡No lo hagas!
Diego miró a los demás, buscando apoyo. Marta y Leo retrocedieron, Clara temblaba, sus ojos fijos en la puerta como si pudiera ver a través de ella.
Entonces llegó el último golpe. Esta vez no fue un susurro, ni un roce. Fue un puñetazo seco, brutal, que hizo vibrar la madera y resonó como un disparo en el pecho de todos. Hizo retroceder de un plumazo a Diego y Álvaro, los más cercanos a la puerta en ese momento. El pomo se movió con fuerza, temblando. La voz que llegó después ya no era una súplica: era una orden.
—¡ÁBREME, JODER! ¡TE HE DICHO QUE ABRAS!
Ya no era la voz de David. Era otra cosa, tomada por la rabia, por algo oscuro y cruel. Y, sin embargo, Álvaro la reconoció al instante. No por el tono. Sino por el veneno que llevaba dentro.
—¡¿QUIÉN TE CREES QUE ERES PARA CERRARME LA PUERTA EN LA CARA?! —bramó la voz—. ¡NO ERES NADIE! ¡ERES UNA MIERDA, IGUAL QUE SIEMPRE!
Álvaro retrocedió varios pasos, como si la voz lo empujara, llevado por el miedo más absoluto. Los ojos abiertos, los labios entreabiertos.
—No… —murmuró.
Clara lo miró, confundida. Leo se pegó contra la pared. Marta se llevó las manos a la boca.
—¡ABRE AHORA MISMO, PEDAZO DE COBARDE! ¡NO ERES MÁS QUE UN NIÑATO DE MIERDA! ¡SAL DE AHÍ Y DIME A LA CARA LO QUE PIENSAS!

El pomo giró apenas un centímetro, lento, arrastrado, como si alguien lo acariciara. Pero no entraba. Solo giraba y volvía. Una y otra vez. Era un juego sádico.
—¿A que nunca has tenido cojones? ¿Eh, Alvarito? Siempre escondido, siempre lloriqueando… ¿Vas a llorar otra vez? ¿Eh? ¿VAS A LLORAR?
Álvaro no podía moverse. El pecho le ardía. El sudor le corría por la espalda como un hilo de terror helado. Y lo peor no era el miedo. Lo peor era que sabía exactamente qué frase vendría después. Y no se equivocó.
—¡ABRE O TUMBO ESTA PUTA PUERTA, COMO LA OTRA VEZ!
Ese golpe, el último, fue el más fuerte. No solo retumbó en la madera. Retumbó en su cabeza, en sus recuerdos más profundos. Álvaro cayó de rodillas, las manos en la cabeza, jadeando. El ataque lo golpeó de lleno: sudor frío, los recuerdos desbordándose, imágenes de otra puerta, otro encierro.
Clara intentó sujetarlo, pero él apenas podía respirar. El pomo dejó de moverse.
Y entonces todo se detuvo. Como si lo que estaba fuera se hubiera cansado de gritar. O de jugar. O de fingir.
Volvió el silencio atronador, que ahora era algo que se agradecía. El pomo se detuvo. La lluvia volvió a sonar, como si no hubiera pasado nada. El mundo, su mundo, se paró unos instantes, y ahora volvían a esa realidad.
Nadie se atrevía a respirar. Clara temblaba. Diego tenía los puños sangrando de apretarlos. Marta lloraba sin hacer ruido. Leo no parpadeaba.
Álvaro seguía frente a la puerta, el más alejado, inmóvil. Su sombra temblaba bajo la rendija.
El grupo se quedó allí, atrapado entre la culpa y el alivio, preguntándose si acababan de salvarse… o de condenar a alguien.
El miedo comenzó a pudrirse en otra cosa, muy poco a poco: en agotamiento, en confusión, en pena.
Nadie se movía, hasta que Clara, temblando, se acercó lentamente a Álvaro. Le rozó el brazo con cuidado, como si fuera de cristal.
—Álvaro… —susurró—. ¿Estás bien?

Él no respondió al principio. Seguía mirando la puerta, como si esperara otro golpe, otra frase, otro recuerdo.
Leo se acercó también. Luego Marta. Diego tardó más, pero se acercó al fin.
—¿Por qué… te llamaba a ti? —preguntó Leo, con la voz quebrada.
—Esa cosa sabía tu nombre —añadió Marta—. No decía "ayudadme" …Decía "Álvaro".
Álvaro tragó saliva, con los labios agrietados. Seguía mirando la puerta, pero en su mente, durante un segundo, creyó ver otro marco distinto: blanco, metálico, con un pequeño ventanuco de cristal. Parpadeó y volvió a ver la puerta de madera. No dijo nada, pero un frío distinto, de hospital, le recorrió la espalda.
—No era David —dijo al fin, con voz baja pero firme—. No… no podía serlo.
—¿Entonces quién era? —preguntó Diego, casi en un suspiro.
Álvaro bajó la cabeza. Le costaba respirar. Se pasó las manos por el rostro como si quisiera quitarse una máscara invisible.
—Era… él. Mi padre. – Dijo él, y su voz se quebró. - Me gritaba eso cuando era niño. Cuando me encerraba en mi cuarto. Cuando echaba el pestillo. -
Las palabras quedaron suspendidas en el aire.
—¿Tu padre? —repitió Marta, con incredulidad.
—Sí… —Álvaro tragó saliva, incapaz de alzar la vista—.
—¿Qué hace aquí? —preguntó Leo, aterrado.
Álvaro negó despacio, con los ojos vidriosos.
—No lo sé. No debería estar aquí… no puede estar aquí.
Un sollozo se le escapó. Clara le apretó la mano.
—No estás solo —dijo, firme.
Marta y Leo se acercaron. Incluso Diego, endurecido, murmuró:
—Sea quien sea, no le abriremos. Aquí estás con nosotros.
Álvaro cerró los ojos, intentando contener la respiración, mientras un pensamiento le atravesaba como una aguja helada:
Si mi padre está aquí… entonces quizá nunca logremos salir.
—Gracias… —murmuró—. No sabéis cuánto os necesito.
El grupo permaneció allí, sentados en el suelo, como si sólo juntos pudieran resistir la sombra que acechaba más allá de las paredes.

Clara, sin apartar la vista de Álvaro, pensó —sin atreverse a decirlo— que a veces el peligro no estaba solo al otro lado de la puerta.

Explosión

El olor a café llenaba la cocina, era un olor agrio, como si hubiera hervido demasiado. Álvaro, sentado en la silla alta pegado a la mesa, jugaba con una cuchara dentro del tazón de leche. Movía los cereales en círculos, sin probarlos.

Su madre, Elena, estaba de pie junto a la encimera, con la bata mal abrochada y el pelo recogido deprisa. Tenía los ojos enrojecidos, como si no hubiera dormido bien. Cada vez que se inclinaba hacia la cafetera, intentaba sonreír, pero la sonrisa apenas le rozaba los labios.

—¿Quieres más leche, cariño? —preguntó, con voz suave.

Él negó con la cabeza. Quería preguntar por qué había llorado, pero no se atrevió. En casa, había palabras que parecían estar prohibidas, aunque nadie lo hubiera dicho en voz alta.

Su padre, Rafael, entró en la cocina silbando, ajustándose el cinturón. Parecía otra persona: la camisa recién planchada, el pelo engominado y peinado hacia atrás, la expresión relajada. Ni un rastro de lo que había pasado la noche anterior, del tono cortante, de los golpes secos en la mesa.

—¿Qué pasa, campeón? —dijo, dándole una palmadita en el hombro a Álvaro antes de servirse café—. ¿Listo para el cole?

Álvaro asintió sin mirarlo.

De pronto, sonó el teléfono móvil sobre la encimera. Rafael lo cogió enseguida y, al contestar, la transformación fue inmediata. La voz se volvió cálida, jovial.

—¡Hombre, Juan! ¡Cómo estás! —rio—. Sí, sí, claro que me acuerdo… No, no te preocupes, todo perfecto por aquí. Nos vemos en la reunión.

Álvaro observaba fascinado, confundido. Era como si su padre tuviera dos caras: la que usaba en casa, áspera y llena de sombras, y la que enseñaba al mundo, limpia, amable, casi luminosa.

Elena bajó la mirada, apretando la taza de café con las dos manos. Álvaro pensó que su madre parecía más pequeña de lo normal, como si se encogiera un poco cada vez que su padre cambiaba de voz.

Cuando Rafael colgó, dejó el teléfono sobre la mesa y bebió un sorbo de café, esta vez sin sonreír.
—Vamos, que se hace tarde —dijo, con un tono seco que borró de golpe la calidez de la llamada.
Álvaro sintió un nudo en el estómago. No entendía cómo alguien podía ser dos personas al mismo tiempo. Pero lo que siempre le inquietaba y le causaba más incertidumbre era no saber cuál de esas dos caras era la verdadera.
Rafael salió de la cocina ajustándose la corbata y salió de la casa con un golpe seco.
Su madre se movió despacio, recogiendo los platos de la mesa. Tarareaba una melodía que no acababa nunca, como si cantar bajito pudiera tapar el vacío que había quedado. Luego desapareció en el dormitorio.
Álvaro, con el abrigo puesto y la mochila en la espalda, se quedó en el pasillo. La puerta estaba entreabierta y, sin querer, miró hacia dentro. Su madre estaba cambiándose la blusa frente al espejo. Cuando levantó los brazos, la tela dejó ver un moratón en el costado, grande, violáceo, como una mancha oscura que no debería estar ahí.
El niño contuvo la respiración. No se movió.
No sabía qué pensar. Una parte de él quería entrar y preguntarle qué había pasado. Otra, más fuerte, lo empujaba a callar. A hacerse el tonto, como si no hubiera visto nada. Porque quizá, si no lo decía en voz alta, dejaría de ser real.
Elena bajó los brazos y, al darse la vuelta, ya tenía otra sonrisa puesta, una sonrisa débil pero esforzada. Al verlo en el pasillo, se acercó enseguida y le acomodó la bufanda.
—¿Tienes frío, cariño? Hoy parece que hace un poco.
Álvaro asintió. No dijo nada del moratón. No dijo nada de nada. Caminaron juntos hasta la escuela. Elena le hablaba con entusiasmo de cosas pequeñas: de un gato que había visto en la esquina, del olor a pan recién hecho que salía de la panadería, de lo rápido que estaba creciendo. Sus palabras eran como parches apresurados, intentos de cubrir con colores el gris que los acompañaba.

Álvaro la escuchaba, pero lo que no podía quitarse de la cabeza era la imagen del moratón. Cada vez que parpadeaba, lo veía otra vez. Y aunque quería creer en la voz dulce de su madre, en sus gestos alegres, había algo en su interior que le decía que aquel día —como muchos otros— su madre estaba fingiendo para que él no se preocupara.

Cuando llegaron a la puerta del colegio, lo acompañó hasta donde se encontraba la fila de su clase. Elena se agachó para mirarlo a los ojos. Le apartó un mechón de pelo de la frente y le dio un beso en la mejilla.

—Pásalo bien, ¿sí? Aprende mucho.

Álvaro intentó sonreír. No estaba seguro de si lo había conseguido. Mientras la veía alejarse, pensó que su madre caminaba siempre como si llevara algo muy pesado encima, pero nunca lo dejara caer.

Álvaro caminaba por el pasillo del colegio junto con la fila de compañeros, con la mochila colgando de un hombro, mirando el suelo como si las baldosas pudieran tragarlo.

Una vez dentro, la clase bullía con los ruidos normales de una mañana cualquiera: niños riendo, intercambiando cromos, el arrastre de sillas. Para Álvaro, sin embargo, todo sonaba demasiado alto, demasiado cerca. Se sentó en su mesa, sacó un cuaderno y fingió escribir, aunque lo único que hacía era dibujar círculos apretados, uno dentro del otro, como si quisiera encerrar un secreto.

Fue entonces cuando escuchó la voz de Jorge, el compañero de atrás, burlón como siempre:

—Eh, ¿y tu madre? ¿Hoy también viene con cara rara?

La frase cayó como una piedra en el agua. Algunos rieron bajito. Otros solo miraron. Álvaro sintió cómo se le encogía el estómago, como si alguien hubiera descubierto el moratón que él mismo había visto esa mañana en casa.

El aire en sus pulmones se transformó en un nudo, en un rugido que no pudo contener. Giró de golpe la cabeza, con los ojos abiertos de par en par, y gritó:

—¡Cállate idiota!

La silla se arrastró con violencia cuando se levantó de un salto. Con la mano golpeó la mesa, y luego dio un empujón al respaldo de la

silla de Jorge, que estuvo a punto de caer. Todo el aula se quedó en silencio. El golpe resonó más fuerte que cualquier palabra.
Jorge lo miró asustado, sorprendido de que el niño callado, ese que siempre parecía ausente, hubiera estallado así.
La maestra, que acababa de entrar, corrió hacia ellos.
—¡Álvaro! —dijo, sujetándole del brazo. Su voz mezclaba alarma y desconcierto—. ¡Basta ya!
Álvaro respiraba agitado, con el corazón golpeándole en el pecho. Por un momento creyó que iba a llorar, pero no lo hizo. Se quedó quieto, inmóvil, como si toda la rabia hubiera salido de golpe y lo hubiera dejado vacío.
El silencio duró unos segundos más, hasta que comenzaron los murmullos. Los ojos de todos estaban puestos en él. Ya no era invisible. Ahora era el niño que había perdido el control.
Y mientras la maestra intentaba recomponer la calma, Álvaro solo pensaba en una cosa: Ojalá nadie le diga nada a mi padre.

Capítulo 17: El amanecer extraño (día 10)

El amanecer llegó con una belleza insultante. El cielo estaba limpio, teñido de naranjas y violetas, y el bosque parecía respirar con calma después de la tormenta de la noche. Las ramas goteaban a cámara lenta, y hasta el mar brillaba como si nada hubiera ocurrido. Era un paraíso.

Pero dentro, no había colores. Había pesadez, cansancio, miedo, y una incertidumbre que se aferraba a la piel de todos.

Álvaro permanecía sentado en un rincón, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada perdida en el suelo. No había dormido ni un segundo. Tenía las manos heladas y la garganta seca, como si se hubiera tragado arena durante la noche. Había intentado decir algo varias veces, pero cada palabra se le quedaba atrapada en la boca. La voz de anoche seguía taladrándole el pecho: ese tono inconfundible, el golpe en la puerta, el eco de un nombre que solo él reconocía.

Clara se había sentado cerca de él, lo bastante para que supiera que estaba allí, pero sin tocarlo. Sus ojos estaban cansados, enrojecidos, y aun así buscaban el suyo cada tanto, con una ternura frágil que parecía sostenerlo en pie cuando nada más podía hacerlo.

Diego, en cambio, no lo miraba directamente. Daba vueltas por la sala como un animal enjaulado, frotándose las manos, respirando fuerte. A veces lanzaba una mirada rápida a Álvaro, no de rabia, era una mezcla de pena y a la vez desconfianza.

Marta se mantenía junto a la ventana. Con los brazos cruzados y el ceño fruncido, observaba cómo el sol trepaba por el horizonte. Había algo duro en su postura, como si quisiera distanciarse de todo, incluso de él. Aun así, de vez en cuando, su mirada volvía hacia Álvaro, demasiado larga, demasiado inquisitiva, como si buscara en su rostro una respuesta que no estaba preparada para escuchar.

Leo estaba apartado, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos hundidos en sombras. No había dicho palabra desde que amaneció. Había un campo de fuerzas que mantenía a todos en posiciones fijas. Afuera, los pájaros cantaban con un entusiasmo cruel, ajenos a lo que les esperaba por delante a los miembros de la cabaña.

Al fin, Diego decidió alzar la voz. Se detuvo en mitad de la sala, los puños cerrados, y habló como si las palabras le pesaran en la boca:
—Tenemos que hablar de lo de anoche.
Todos se tensionaron un poco más. Marta giró la cabeza hacia él sin moverse de la ventana. Álvaro siguió mirando el suelo.
—¿Qué hay que hablar? —preguntó Marta, con un tono seco, casi defensivo.
Diego inspiró hondo.
—No podemos fingir que no pasó. Yo lo escuché. Álvaro lo vio. Alguien… *algo*… estaba golpeando esa puerta.
El nombre no se dijo, pero todos lo pensaron.
Marta se giró al fin, clavando los ojos en Álvaro.
—¿Y qué coño hace tu padre aquí?
La pregunta se clavó como un cuchillo. Álvaro levantó la vista de golpe, desarmado.
—Yo… no lo sé. —Su voz era apenas un hilo—. Yo no…
—¿Estás seguro de que era él? —interrumpió Leo, desde su rincón. Su voz sonaba apagada, pero contenía una lógica helada—. Podría haber sido cualquiera. Podría ser que *creíste* verlo. Ya sabes… como las otras veces.
Álvaro lo miró, herido.
—No era como antes. Era él. Estoy seguro.
Leo entrecerró los ojos.
—Álvaro… ¿te das cuenta de que cada vez que pasa algo raro, tú estás en medio? —El tono no era acusador, pero tampoco inocente —. No digo que lo hagas a propósito, pero… ¿y si es tu cabeza la que lo está creando? ¿Y si lo que ves acaba arrastrándonos a todos?
Diego se pasó la mano por la frente, como si las palabras de Leo resonaran demasiado…
Clara fue la única que reaccionó distinto.
—Él no miente —dijo, con una suavidad a medias, casi suplicante—. Anoche lo vi… lo sentí. No estaba inventando nada.
Los ojos de Clara decían algo más que no podía pronunciar.
Diego resopló.
—Sea lo que sea, real o no, tenemos un problema: David sigue desaparecido. Y no pienso dejarlo tirado.

Las palabras abrieron otra grieta en la sala. Nadie se atrevió a decir en voz alta lo que todos temían: que quizá ya era demasiado tarde.
Marta abrazó sus propios brazos, mirando al suelo.
—No podemos darnos por vencidos todavía. No sin verlo con nuestros propios ojos.
Leo levantó la cabeza, con un gesto cansado.
—Si está vivo, tenemos que encontrarlo. Y si no… —hizo una pausa, evitando terminar la frase—. Si no, al menos sabremos la verdad.
Álvaro sintió que todo se le apretaba en el pecho. La imagen de David sonriendo, con la música alta y las bromas torpes, se le vino de golpe a la cabeza. Quiso decir que no estaba muerto, que no podía estarlo, pero la voz le tembló demasiado como para salir.
Diego fue el que cerró la discusión, con un tono firme, casi militar:
—Entonces está decidido. No más esperas. Buscamos a David.
Nadie respondió, pero el acuerdo quedó sellado en el aire.
Marta, abrazándose los brazos, lo miró con un gesto que mezclaba miedo y determinación.
—¿Y si no lo encontramos? ¿Y si es otra trampa?
—Peor sería no hacer nada —replicó Diego, firme.
El grupo se quedó pensativo. La palabra "trampa" flotaba como un veneno. Clara fue la primera en apartar los ojos del suelo.
—Yo… no quiero que se quede solo en el bosque. Sea como sea, tenemos que intentarlo.
Leo, recostado contra la pared, parecía ausente, como si todo le pasara por encima. Sin embargo, de pronto habló con un tono extraño, bajo pero firme:
—Yo iré delante. Si hay algo… prefiero que me pase a mí primero.
Marta lo miró, desconcertada. Diego frunció el ceño. Álvaro sintió un nudo en la garganta; la voz de Leo no era la del compañero seguro de otros días, sino la de alguien cansado de huir.
—No, iremos juntos —cortó Diego—. Nadie se adelanta. Nadie se queda atrás.
Álvaro abrió la boca para decir algo, pero Marta lo interrumpió, lanzándole una mirada cargada de sospecha:
—Si ese hombre… tu padre… está aquí, ¿no es a ti a quien viene a buscar?

El estómago de Álvaro se encogió. Notó todas las miradas sobre él, esperando una respuesta que no tenía.
—No lo sabemos —dijo Clara, rompiendo la tensión, aunque su voz temblaba—. No podemos culpar a Álvaro por… por cosas que nadie entiende.
Diego resopló, serio, aunque sin quitarle los ojos de encima a Álvaro.
—Lo que sí sabemos es que no salimos desarmados.
Abrió un cajón y sacó un cuchillo de cocina, dejándolo sobre la mesa. El objeto brilló con un filo tosco pero suficiente para helar la sangre de todos.
—No pienso ir a ciegas otra vez.
Marta frunció el ceño.
—¿De verdad vamos a convertir esto en… en una cacería?
—En sobrevivir —corrigió Diego.
Clara apartó la mirada del cuchillo.
—No quiero violencia. Si vamos con miedo en las manos, lo único que haremos será traer más miedo.
Leo se adelantó, cogiendo el cuchillo con un gesto que sorprendió a todos. Lo sostuvo un instante, luego lo dejó de nuevo sobre la mesa, como si pesara demasiado.
—No importa lo que llevemos —dijo, con un hilo de voz—. Si alguien ahí fuera quiere que desaparezcamos… lo hará igual.
Nadie supo qué contestar.
Al final, Diego resumió lo que todos temían y necesitaban a la vez:
—Reglas claras. Nadie se separa. Si escuchamos algo raro, no corremos cada uno por su lado. Si alguien se pierde, nos reunimos aquí, en la cabaña. Y si lo que vimos anoche vuelve… —se quedó callado, midiendo el peso de lo que iba a decir—, no abrimos la puerta.
Marta tragó saliva y asintió. Clara murmuró un "de acuerdo" casi inaudible. Leo no respondió, solo se pasó una mano por el rostro, exhausto.
Álvaro, en cambio, sintió que la garganta se le cerraba. El recuerdo lo golpeó sin aviso. Un eco infantil que no sabía si era un recuerdo real o una sombra de su mente. Cerró los ojos un instante,

intentando borrar la sensación, pero lo único que logró fue aumentar la presión en el pecho.
Cuando los volvió a abrir, todos lo miraban de reojo. Como si esperaran que él dijera algo, que admitiera o negara lo que aún no comprendía.
—Prometo… no separarme —dijo al fin, con un hilo de voz.
Nadie respondió, pero en el silencio se selló un pacto frágil.
El grupo empezó a moverse lentamente, recogiendo lo poco que necesitaban: linternas, botellas de agua, chaquetas. Cada gesto sonaba demasiado alto en la cabaña muda. Marta comprobó la puerta dos veces antes de apartarse de ella. Diego se ajustó el cuchillo en el cinturón, sin mirar a nadie. Leo parecía un espectro, moviéndose mecánicamente. Clara llevaba entre las manos una pulsera, girándola una y otra vez, como un amuleto.
Cuando estuvieron listos, Marta los reunió cerca de la puerta.
—Si entramos en el bosque… entramos juntos. Y salimos juntos.
—Aunque el bosque no quiera —añadió Clara, con un destello extraño en la mirada.
El pomo de la puerta crujió. Salieron.
El contraste les golpeó nada más salir: el bosque estaba vestido de un verde limpio, el cielo despejado y la brisa arrastraba olor a tierra húmeda. Cualquier otro día, aquello sería un paisaje hermoso, casi acogedor. Pero ellos caminaban con los hombros encogidos, los ojos muy abiertos, escuchando el silencio como si fuese un idioma extraño.
El bosque parecía tener vida propia: un crujido lejano, el vuelo brusco de un pájaro que nadie llegó a ver, ramas que se mecían sin viento. Todo era errático, como si la naturaleza respirase fuera de compás.
Fue Marta la primera en verlo. Se detuvo en seco, levantó el brazo.
—Allí… —susurró.
A lo lejos, entre los troncos de los árboles, había una figura inmóvil, de espaldas. No avanzaba ni retrocedía. Simplemente estaba de pie, como esperándolos.
—¡David! —gritó Marta, con una energía que llamó la atención.

La figura no respondió. Ni un gesto, ni un movimiento. Solo seguía allí, en pie, tan estática que casi parecía formar parte del bosque.
El grupo se miró con dudas. Nadie quería dar el primer paso, pero la espera era peor que el miedo. Poco a poco, intentaron avanzar, despacio, como si se acercaran a una presa que podía huir en cualquier momento. Cada paso parecía resonar demasiado alto en el suelo.
De repente, la figura se giró hacia ellos. El corazón de Álvaro dio un salto.
No era su padre.
La figura los miró, y entonces sonrió. No era una mueca de amenaza, ni un gesto torcido. Era casi una sonrisa cálida, de esas que se dan al reconocer a alguien. Pero en la distancia, en medio del bosque y del silencio, aquella calidez resultó insoportable. Era una sonrisa que no debía estar ahí.
Marta dio un paso atrás. Clara murmuró algo inaudible, como una oración.
Álvaro, sin pensarlo, dijo:
—No es mi padre.
Su voz sonó firme, pero tembló por dentro.
Diego lo miró de reojo, desconfiado. Marta también. El pensamiento no dicho flotaba en el aire: *¿Lo dices para convencernos… o para convencerte?*
Antes de que nadie pudiera añadir nada, la figura se dio la vuelta y se adentró entre los árboles. El movimiento fue tan natural como extraño: ni lento ni rápido, como si supiera exactamente hacia dónde iba.
Leo, tenso como una cuerda a punto de romperse, explotó.
—¡No podemos dejarlo escapar! —gritó, y salió corriendo en dirección al lugar donde habían visto desaparecer la sombra.
—¡Leo! —rugió Diego, lanzándose tras él. El instinto de protegerlo, de no dejar a nadie solo, fue más fuerte que el miedo.
Marta se quedó paralizada un instante, con el corazón desbocado, hasta que notó que Clara y Álvaro habían comenzado a avanzar también. Entonces, mordiendo sus labios, corrió tras ellos.

El bosque, de pronto, pareció cerrar filas alrededor del grupo, los árboles esperaran a ver quién llegaría primero al lugar donde la figura había estado.
Leo iba por delante, desbocado, mientras Diego le seguía con el ceño fruncido y los demás intentaban no quedarse atrás.
Llegaron al claro donde, unos segundos antes, había estado la figura. La hierba seguía moviéndose como si algo hubiera pasado corriendo por allí. Pero ahora solo quedaba la naturaleza.
—Aquí estaba… justo aquí —dijo Marta en un susurro, mirando alrededor como si todavía pudiera encontrar una silueta escondida.
Leo giraba sobre sí mismo, respirando agitado, buscando en cada rincón del claro.
—No puede haber desaparecido tan rápido… no puede.
Diego levantó la mano, pidiendo silencio. Caminó despacio hacia un arbusto que parecía aplastado, como si alguien lo hubiera pisado con fuerza. Se agachó y apartó las ramas. Su expresión cambió de inmediato: la mandíbula apretada, los ojos oscuros.
—¿Qué es? —preguntó Clara, temiendo la respuesta.
Diego sacó algo del arbusto y lo sostuvo en el aire. Una camiseta. La camiseta gris que David llevaba el día que desapareció. Estaba manchada de barro, rota en un lateral, como si se hubiera enganchado en una rama o… como si algo la hubiera desgarrado.
Marta se tapó la boca con ambas manos.
—Dios mío…
Álvaro dio un paso hacia atrás, sintiendo el vértigo en el estómago.
Diego, sosteniéndola con las dos manos, tragó saliva.
—Esto… esto no se lo arranca uno solo en medio del bosque.
Su voz sonaba más a sentencia que a suposición.
Clara dio un paso al frente y negó con la cabeza.
—Eso no prueba nada. Podría habérsela quitado, o haberla perdido.
Su tono era frágil, casi una súplica.
Leo se acercó despacio, los ojos brillando con una mezcla de cansancio y terquedad.
—David no está muerto. No lo está —repitió, como si el eco bastara para hacerlo real.

Marta, todavía encogida sobre sí, estalló de repente:
—¡Y si lo está? ¿Qué hacemos? ¿Vamos a seguir jugando a que todo es un misterio bonito, a que alguien va a aparecer de repente con una sonrisa?
Clara apretó los labios, conteniendo el llanto.
—No hables así. No puedes saberlo.
—¡Y tú tampoco! —respondió Marta, girándose hacia ella con los ojos llenos de rabia—. Siempre tan segura de que todo va a salir bien, como si con tu fe bastara.
El silencio posterior fue peor que el grito.
Diego respiraba hondo, la camiseta aún en la mano, sin saber si dejarla caer o guardarla como prueba.
Entonces, como si todos hubieran pensado lo mismo, las miradas se dirigieron a Álvaro.
Él estaba un paso atrás, rígido, con las manos en los bolsillos. Sintió cómo el aire se espesaba sobre él, el peso de los ojos, la sospecha flotando como humo invisible.
—¿Qué crees tú? —preguntó Diego.
A Álvaro le costaba mantener la mirada en la camiseta.
—Solo sé… que no deberíamos decidir nada ahora. Ni enterrarlo en nuestra cabeza, ni darlo por perdido.
Intentó sonar firme, pero hasta él se escuchó ambiguo.
Marta lo miró como si no le creyera.
—Siempre dices lo justo para no mojarte —susurró.
Leo, sin embargo, dio un paso hacia Álvaro, como si encontrara en él un aliado invisible.
—Tiene razón. Mientras no tengamos un cuerpo, David está vivo.
El grupo quedó dividido en dos mitades invisibles. Mientras, la camiseta parecía un estandarte roto.

Diario de Álvaro – 9 años

Hoy no fue un buen día. Vi a mamá cambiarse y tenía un moratón en la barriga. Me dijo que no era nada, que se había dado un golpe con la mesa. Se rió, pero no era de verdad. Yo lo noté. Y no le pregunté nada más.

En el cole estaba mal. Sentía algo raro en la cabeza, como un ruido muy fuerte. Y un niño dijo algo feo de mamá, algo que me dolió mucho. No me acuerdo.

Grité, le empujé la mesa y casi le pego. Me sujetaron, pero yo no podía parar. Tenía ganas de que se callaran todos. Quería romperlo todo. Luego me dolía la garganta y me temblaban las manos.

La profe estaba muy enfadada. Me mandaron a dirección y todos me miraban como si fuera un bicho raro. Yo solo quería desaparecer. No soy malo. Solo quería que nadie hablara de mamá.

Cuando volví a casa pensé que mamá me iba a regañar. Pero no lo hizo. Solo me acarició la cabeza y dijo que no pasaba nada. Eso fue peor, porque sabía que sí pasaba.

Papá llegó tarde. No dije nada. Pero él me miró como si lo supiera todo.

Capítulo 18: La chispa y la ceniza

El hallazgo de la camiseta había dejado al grupo inmóvil, anclado a las raíces del bosque. Nadie quería ser el primero en decir algo, porque hacerlo significaba aceptar lo que aquella prenda implicaba.

—No podemos quedarnos aquí para siempre —dijo finalmente Diego, la voz ronca—. Pero tampoco podemos volver con las manos vacías.

Clara abrazaba la camiseta contra el pecho, con un gesto casi maternal, como si apretarla con fuerza pudiera invocar a David de vuelta. Marta la observó, con los ojos cansados, y luego se volvió hacia los demás:

—Sea lo que sea, está claro que ya no podemos ignorarlo. Algo… alguien está jugando con nosotros.

Leo, encorvado y con la respiración irregular, levantó la cabeza:

—Por eso tenemos que seguir. No podemos abandonar a David. Si está vivo, lo necesita.

Diego apretó la mandíbula. Sus ojos buscaron a Álvaro, que permanecía unos pasos atrás, en silencio, con la vista fija en el suelo.

—¿Y si ya no lo está? —preguntó Diego, más duro de lo que pretendía.

Clara reaccionó de inmediato:

—¿Otra vez? No digas eso. No podemos darnos por vencidos.

Marta levantó las manos, como mediando entre dos fuegos.

—Podemos pensar distinto, pero si empezamos a pelearnos, ya estamos perdidos. Nos guste o no, necesitamos estar unidos.

El grupo pareció asimilar aquellas palabras. La tensión no desapareció, pero quedó suspendida, como si el bosque mismo esperara la decisión final.

Leo habló de nuevo, más bajo, con un tono casi febril:

—Busquemos hasta que caiga el sol. Después volvemos a la cabaña. No más.

Diego, cansado, suspiró, rindiéndose a medias.

—De acuerdo. Pero a la mínima señal rara, nos vamos todos juntos. Sin excepciones.

Clara asintió, y sus ojos se posaron en Álvaro, que todavía no había dicho nada. Él levantó la vista por fin, tragó saliva y murmuró:

—Sí… juntos.
Esa decisión, frágil pero necesaria, quedó sellada bajo la penumbra de los árboles.
El grupo avanzaba entre los árboles. La luz se filtraba en haces dorados. Nadie parecía notarlo. La camiseta encontrada seguía pesando en la memoria de todos, como si llevaran encima una losa invisible. Cada paso parecía más lento, más torpe.
De pronto, Marta dejó escapar una risa breve, casi nerviosa. Los demás se giraron hacia ella, sorprendidos.
—Perdón… —murmuró, bajando la mirada—. No sé por qué pero se me ha venido a la cabeza… cuando David se puso a imitar a aquel camarero de la taberna. ¿Os acordáis? Con la bandeja invisible en la mano…
Intentó gesticular, pero se cubrió el rostro antes de terminar. Aun así, Leo sonrió.
—Sí… —dijo, con un brillo nostálgico en los ojos—. Y se le cayó la "bandeja" encima y se tiró al suelo como si lo hubieran disparado.
Se escuchó una carcajada contenida, que esta vez vino de Clara. Pero en cuanto salió de su boca, se quebró en un temblor de voz.
—Y luego se levantó diciendo que el vino era "demasiado caro para desperdiciarlo" —añadió, pero tuvo que detenerse para tragarse un sollozo.
Por un instante, todos rieron. Fue un alivio. Una chispa de vida en medio del bosque apagado. Incluso Álvaro, que llevaba todo el camino ensimismado, se permitió una sonrisa. La calidez del recuerdo los rodeó como un manto, casi podía sentirse la voz de David burlándose de todo, de todos, con esa chispa tan suya que transformaba la incomodidad en complicidad.
Pero la risa se apagó pronto. La chispa se convirtió en ceniza. Los rostros cambiaron. Como si cada uno hubiera comprendido, al mismo tiempo, la ironía cruel de la situación: estaban riendo con alguien que ya no estaba allí.
Marta se mordió el labio con fuerza y apartó la vista. Clara dejó escapar un sollozo ahogado, tapándose la boca con la mano. Leo se giró hacia un lado, carraspeando, como si pudiera tragarse las lágrimas. Álvaro bajó la cabeza, apretando los puños dentro de los

bolsillos, sintiendo ese dolor antiguo que se confundía con la pérdida presente.
Todos caminaban de forma automática, sin mirarse.
Finalmente, al rato, fue Diego quien se detuvo en seco. El resto lo imitó, mirándolo. Tenía los ojos rojos, húmedos, pero su mandíbula permanecía firme, como si se negara a dejar caer las lágrimas que ya estaban allí. Respiró hondo, una vez, dos, hasta que pudo hablar.
—Ya está —dijo, con una voz ronca que parecía salirle del fondo del pecho—. Basta.
Sus palabras no eran un reproche, ni una orden. Eran un lamento disfrazado de firmeza.
Marta intentó decir algo, pero se quedó sin voz, Leo apretó los labios, como si quisiera protestar, pero terminó asintiendo, y Clara inclinó la cabeza y se limpió las mejillas con la manga.
Diego se pasó la mano por la cara, secándose rápido, y añadió:
—Si seguimos alimentando esto, nos vamos a romper del todo. Y no podemos. No ahora.
Su mirada recorrió a cada uno, deteniéndose al final en Álvaro, que lo observaba con un peso indescriptible en el rostro.
El grupo volvió a caminar, esta vez más juntos, más callados. La complicidad de hace unos minutos se había transformado en algo distinto: un duelo silencioso, una aceptación amarga. David estaba allí, en cada recuerdo, en cada sonrisa que les arrancaba incluso en la ausencia. Pero también estaba la certeza que nadie quería poner en palabras: ese eco podía ser lo último que les quedaba de él.

La ventana (Álvaro, 15 años)

La habitación olía a humedad y libros sin abrir. Afuera, el barrio estaba en silencio, apenas roto por el ladrido de un perro y el zumbido lejano de una moto que se perdía entre las calles.

Álvaro se apoyó en el alféizar de la ventana, descalzo, con la frente húmeda de sudor. Miró abajo. La caída no era mucha, apenas un segundo de aire antes del suelo de cemento. No estaba seguro de si dolería, o si sería suficiente.

Respiró hondo, tan fuerte que el pecho le dolió. Se subió a la madera, las rodillas temblando, el corazón golpeando más de lo que recordaba.

Durante unos segundos, se quedó quieto, con los brazos extendidos como si buscara equilibrio. Lo único que deseaba era que todo se apagara.

Entonces alguien gritó su nombre desde la calle: un compañero que pasaba en bici, agitando la mano. Álvaro bajó los brazos de golpe, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás dentro de la habitación. Se golpeó la espalda contra la cama y se quedó allí tumbado, jadeando, con la vista clavada en el techo.

El eco de su nombre aún vibraba en sus oídos. Se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar, sin saber si era de alivio o de rabia.

Capítulo 19: Un aliado en la sombra

Después del momento de complicidad que habían compartido, recordando a David, ninguno se atrevía a hablar en voz alta. La risa breve, nerviosa, que habían tenido al evocar alguna broma suya se había deshecho pronto, dejándoles un sabor amargo.

El sendero hacia la cabaña parecía más largo que nunca. Las sombras de las ramas les alcanzaban como dedos que se estiraban desde la maleza, pero ninguno reparaba en ello. Cada uno avanzaba encerrado en sus propios pensamientos, repasando la imagen de David en su memoria, como si al hacerlo consiguieran sostenerlo un poco más.

Diego abría la marcha, rígido, la mirada fija en el suelo. Su respiración era rápida, pero contenida, como alguien que hace un esfuerzo por no quebrarse. Los demás lo seguían de cerca.

Álvaro estaba entre ellos, pero era como si no lo estuviera. Su paso era errático, ni delante ni detrás, perdido en un punto intermedio. Sus ojos no parecían ver el camino, sino algo más allá, algo que ninguno de los otros podía intuir.

El bosque, extraño cómplice, los dejaba pasar sin oponer resistencia. Por primera vez en días, no había ruido alguno: ni pájaros, ni crujidos, ni siquiera el viento. Solo el roce de sus propios pasos y el murmullo áspero de sus respiraciones. La isla parecía observarlos en silencio, aguardando.

Nadie lo dijo en voz alta, pero todos lo sintieron: volver a la cabaña era como volver a un refugio frágil, a un lugar que ya no podía protegerlos de nada, aunque fingieran lo contrario.

Cada paso resonaba como un golpe. Fue entonces cuando Álvaro se detuvo en seco, ladeó la cabeza como si hubiera escuchado algo imperceptible para los demás, y sin decir palabra echó a correr.

—¡Álvaro! —gritó Marta, sorprendida.

Pero él no miró atrás. La carrera era ciega, feroz, como si algo dentro de él le arrastrara con la certeza de un instinto que ninguno de sus amigos comprendía. Corría con una determinación que no parecía suya, esquivando ramas y raíces como si el bosque lo guiara.

—¡Espera, joder! —vociferó Diego, lanzándose tras él, decidido a alcanzarlo.

Los demás siguieron, más torpes, entrechocando con la maleza, llamándolo con voces entrecortadas por el miedo.
Álvaro no se detenía. Era como si huyera de algo o corriera hacia un destino inevitable. El corazón le golpeaba en las sienes, y sin embargo sentía que tenía que llegar, que si no lo hacía perdería algo más que a David, perdería una parte de sí mismo.
Cuando irrumpió en un claro, el aire se le heló en el pecho. No tuvo tiempo de reaccionar. Una sombra se movió a una velocidad imposible y, de pronto, unas manos ásperas y frías lo sujetaron del cuello.
El padre.
La fuerza fue brutal, seca. Álvaro apenas pudo inhalar un hilo de aire antes de que lo levantara del suelo y lo empujara contra un tronco. La corteza le arañó la espalda. Sus pies pataleaban en el vacío, las manos desesperadas intentando apartar aquellos dedos que parecían garras.
—Siempre huyendo… —la voz del padre era un gruñido grave, espeso, que vibraba en los huesos—. Siempre creyendo que puedes escapar de todo.
Los demás irrumpieron en el claro segundos después y se quedaron paralizados. Diego fue el primero en dar un paso adelante, pero se detuvo al escuchar la amenaza.
—Un paso más, y lo mato.
El padre hablaba sin levantar la voz, pero la sentencia era tan clara que ninguno dudó de su veracidad. Marta se tapó la boca, horrorizada; Clara retrocedió un paso como si el aire mismo le quemara.
Álvaro apenas podía respirar. Sus ojos, desorbitados, buscaban algo más allá, y entonces lo vio.
En el borde del claro, entre los árboles, había otra figura. Silenciosa, inmóvil. No era el padre. Su presencia no era la de un depredador, sino la de alguien que observa, que espera. El corazón de Álvaro se desbocó de una manera distinta: aquello lo aterraba más que las manos de su padre.
El padre también lo vio. Su rostro, deformado por la ira, se tensó en una sonrisa que no tenía nada de alegría.

—Ya veo… —murmuró, acercando su cara a la de Álvaro—. Te has buscado otro aliado.
La presión en el cuello cedió de golpe. Álvaro cayó al suelo, tosiendo con violencia, llevándose una mano al pecho, tratando de recuperar el aire. El padre lo miró desde arriba, erguido como una sombra imposible de vencer.
—No importa. Lo encontraré. A él… y a ti.
Sus pasos se alejaron hacia la maleza, y la oscuridad del bosque lo devoró.
El grupo corrió hacia Álvaro de inmediato. Marta cayó de rodillas a su lado, acariciándole el hombro con desesperación. Diego buscaba con la mirada entre los árboles, como si aún pudiera seguirlo. Clara estaba lívida, temblando, y Leo no dejaba de repetir su nombre en voz baja, como un mantra:
—Álvaro… Álvaro…
Él no respondió. Solo levantó la vista hacia donde había visto la otra figura. Pero no dijo nada.
El aire en el claro seguía cargado, los árboles no habían terminado de tragar lo que acababa de ocurrir. Álvaro se mantenía arrodillado, con la respiración entrecortada, la marca rojiza del agarre de su padre visible en su cuello. Nadie se movía. Solo se escuchaba el jadeo irregular de Álvaro y el golpeteo desbocado de sus corazones.
Fue Diego el primero en reaccionar. Dio un paso adelante y, con un movimiento brusco pero sincero, lo ayudó a incorporarse. Tenía los ojos rojos, húmedos, y aun así su voz salió firme:
—Ya está, ya pasó. Estamos contigo.
Marta, que hasta hacía apenas horas lo había mirado con una mezcla de recelo y miedo, se acercó también, colocándole una mano temblorosa en el hombro. No dijo nada, pero la presión de sus dedos era la confirmación de que lo veía, por fin, como uno de los suyos. Clara, en cambio, no contuvo el impulso: lo abrazó con fuerza, como si quisiera arrancar con ese gesto el miedo que lo atravesaba.
Álvaro cerró los ojos un segundo. El contacto de su amiga era cálido. Pero detrás de los párpados, aún estaba la otra silueta. La había visto, no podía negarlo. Esa presencia quieta, observando desde más

allá del límite del claro. Y lo más inquietante: su padre también la había visto.
Leo se dejó caer de rodillas frente a él, estudiando su rostro con intensidad. —Lo vimos, Álvaro. Todos lo vimos. No tienes que demostrar nada. Él… él está aquí. No eres tú. ¿Entiendes? No eres tú.
Álvaro asintió despacio, apenas un gesto de la cabeza. Tenía la garganta seca, cada palabra le costaba como si aún sintiera la presión de aquellos dedos clavados en su piel. Sus amigos esperaban algo de él: un gesto, una palabra, una explicación.
—Estoy bien —murmuró al fin. Su voz era un hilo que apenas se sostenía.
Diego lo sujetó con firmeza para que pudiera caminar. El grupo comenzó a moverse en bloque, buscando regresar a la cabaña antes de que la noche los atrapara por completo. Iban más juntos que nunca, hombro con hombro, como si el miedo pudiera disiparse a través de la unión.
Pero mientras avanzaban, Álvaro levantó la vista hacia los árboles. Sus ojos se clavaron en el punto exacto donde había visto a la otra figura. No dijo nada. Su silencio pesaba, incluso sobre él mismo. Sentía que si lo confesaba en voz alta, si contaba lo que también había estado allí, algo en el frágil equilibrio del grupo se rompería. Diego lo interpretó como un reflejo del trauma, Marta como cansancio y miedo a la vez.
Cuando por fin se internaron de nuevo en el bosque, Clara apretó la mano de Álvaro como si quisiera recordarle que no estaba solo. Él le devolvió el gesto con torpeza, incapaz de apartar de su mente la última mirada de su padre y aquella sonrisa lejana, cálida y extraña, de la otra figura.
No podía decirlo. No todavía.
El camino de regreso se hizo eterno. Cada crujido bajo sus botas parecía multiplicar el miedo. Nadie hablaba. Solo algún pájaro rezagado rompía la calma inquietante del bosque.
Diego iba en cabeza, firme, vigilante. Marta lo seguía de cerca, apretando los labios para no soltar ni una palabra. Leo caminaba más atrás, con los ojos muy abiertos, como si intentara atrapar cada

sombra que se movía entre los troncos. Clara permanecía junto a Álvaro, sin soltarle la mano ni un segundo, como si con ese gesto pudiera anclarlo al presente.

Cuando por fin vislumbraron la silueta oscura de la cabaña, la tensión no se disipó: al contrario, pareció concentrarse en el pecho de cada uno. La casa no los recibía como un refugio, sino como otra boca abierta, expectante.

Álvaro se detuvo unos pasos antes de la puerta. Miró hacia atrás, al bosque, al claro que ya había quedado muy lejos. Juraría que algo lo observaba todavía desde allí. Un cosquilleo en la nuca, una certeza irracional de que la otra figura seguía atenta, esperando.

No dijo nada. Solo bajó la vista y siguió a los demás hacia el interior. Al cerrar la puerta tras ellos, el ruido seco del cerrojo resonó demasiado fuerte, como un disparo en mitad del silencio. Durante un instante, todos respiraron con alivio. Pero el aire dentro estaba tan cargado como fuera, y seguía la misma verdad por encima de todo: nada había terminado.

La tarde partida

Los muebles de la casa contenían la respiración, era un ambiente esquivo. Álvaro estaba sentado en el suelo del salón, con un cuaderno abierto sobre las rodillas. Dibujaba sin mucho cuidado, apenas trazos que no parecían nada pero que le servían para no escuchar demasiado.

Su madre, Elena, recogía la mesa de la comida. Movía los platos con lentitud. Había un leve temblor en sus manos, que intentaba ocultar apilando los vasos con una delicadeza innecesaria.

La puerta se abrió de golpe. El padre entró, con los pasos firmes que llenaban el pasillo antes incluso de que apareciera. Tenía la chaqueta aún puesta y el gesto rígido, como si arrastrara algo que no pertenecía a esa casa pero que siempre terminaba depositando en ella.

—¿Otra vez pan duro? —su voz no era un grito, pero tenía el filo de una navaja.

Elena no respondió. Se limitó a dejar los platos en la pila, con un ruido más fuerte de lo que quería. Eso bastó. El aire cambió de densidad, se volvió espeso. Álvaro levantó la vista del cuaderno y sintió cómo el estómago se le encogía. Ya había visto ese gesto antes: el modo en que su padre ladeaba la cabeza, como si buscara un motivo para descargar su cansancio en alguien.

Se acercó a su madre. Le dijo algo entre dientes, en un tono que Álvaro no entendió del todo, pero supo que no era bueno. Elena intentó apartarse, rodearlo, continuar con la pila, pero el padre la detuvo de un manotazo en el brazo. No fue fuerte, pero la hizo retroceder un paso. El sonido de la vajilla tembló.

Álvaro cerró su cuaderno sin darse cuenta. Sus manos sudaban.

—No… —alcanzó a decir, con una voz que apenas salió.

El padre giró la cabeza hacia él. Solo un segundo. La mirada bastó para congelarlo en el sitio. Era una advertencia muda: no te metas.

Elena reaccionó rápido. Se acercó a Álvaro, lo tomó del hombro y lo atrajo hacia ella.

—Vete a tu cuarto —dijo en un susurro, casi con ternura, aunque su respiración estaba entrecortada.

Álvaro no se movió. El pasillo hacia su habitación se sentía demasiado largo, demasiado oscuro. Quiso quedarse allí, pero sus piernas lo empujaron despacio hacia la puerta del salón. Desde el umbral se giró y vio la escena: su padre había vuelto a encararse con su madre, y ella sostenía su mirada con una firmeza frágil, la misma que había usado otras veces para protegerlo a él.

No escuchó el golpe, si es que lo hubo. Solo el ruido de un vaso rompiéndose contra la pila. El sonido rebotó por toda la casa, llenándola de cristales invisibles.

Álvaro corrió a su cuarto. Cerró la puerta y se sentó en la cama con el cuaderno apretado contra el pecho. No lloró. No podía. Solo sintió cómo el eco del vaso seguía sonando dentro de él, una y otra vez, como si no fuera a apagarse nunca.

Y mientras trataba de taparse los oídos, un pensamiento fugaz, imposible de contener, lo atravesó: si no me hubiera ido, quizá mamá no estaría sola.

Capítulo 20: Cuentas pendientes

Una vez en la cabaña, Marta, que se frotaba los brazos por el frío, no esperó para preguntar.

—No puedo dejar de pensarlo —dijo, mirando a Álvaro—. ¿Qué hace tu padre aquí, Álvaro?

Álvaro tardó en responder. Se pasó una mano por la cara, intentando ganar tiempo.

—No lo sé. Hace años que no sé nada de él. No debería… no debería estar aquí.

—Pues está —gruñó Diego—. Y no ha venido nadando.

Leo levantó la vista de su libreta. Su voz sonaba más analítica que nunca.

—Si descartamos lo imposible, quedan dos opciones: o se coló en el barco de la agencia, sin que lo viéramos, o estaba aquí desde antes de que llegáramos.

—¿Y por qué no lo vimos antes? —saltó Marta—. Llevamos días recorriendo la isla.

Clara frunció el ceño, con gesto de duda.

—Tal vez se escondía. Quizá no quería que lo encontráramos hasta ahora.

Álvaro negó con la cabeza.

—No tiene sentido. Mi padre no es de los que se esconden. Si está aquí… es porque quiere que yo lo vea.

La confesión los sorprendió a todos.

Diego se inclinó hacia él.

—¿Qué quieres decir?

Álvaro tragó saliva.

—Que esto no va de vosotros. Va de mí. Si ha venido, es por mí.

—Genial —murmuró Marta—. Justo lo que necesitábamos: un loco con cuentas pendientes.

Diego, con gesto serio, añadió:

—Sea como sea, alguien lo trajo. Nadie se materializa en medio del mar.

Leo se irguió, con una chispa de lucidez que hacía tiempo no mostraba. Sus ojos brillaban con un destello de convicción mientras hablaba con firmeza:

—Exacto. No vino solo. Y no apareció de la nada. Hay formas de llegar hasta aquí, y no son tantas.
Todos lo miraron, sorprendidos por su repentino tono. Leo hablaba rápido, con la seguridad de quien por fin ata cabos.
—Podría haberse escondido en el barco sin que ella lo supiera. Aunque lo dudo. Esa mujer… ¿la recordáis? Alta, pelo recogido en una trenza demasiado tensa, las manos firmes sujetando una carpeta plastificada. Parecía más pendiente de nosotros que de su propio trabajo. —Hizo una pausa, clavando la mirada en el vacío—. Puede que lo subiera ella. O que el propio barquero lo dejara pasar. Pero no fue casualidad.
Clara ladeó la cabeza, inquieta.
—¿Insinúas que estaban compinchados?
—O los obligaron —replicó Leo—. No lo sé. Lo que sí sé es que no fue al azar. —Respiró hondo, y continuó—. Además, pensadlo: entre estancia y estancia, alguien viene aquí. Un equipo de la agencia que limpia, que revisa, que asegura que todo esté en orden. Es la única manera de mantener este lugar en pie. Quizá vino con ellos. Quizá lleva más tiempo de lo que creemos, esperando.
Marta negó con la cabeza, aunque ya no tan convencida.
—Suena a paranoia.
Leo la fulminó con la mirada.
—No. Suena a lógica. Y lo peor es que ninguna de esas opciones nos deja en buen lugar.
Hizo una pausa. Sus ojos recorrieron el grupo hasta detenerse en Álvaro. Lo observó con una intensidad que lo obligó a bajar la vista.
—Dime una cosa, Álvaro. ¿Tú crees que tu padre sería capaz de hacer todo esto… solo por encontrarte?
La pregunta se quedó en el aire, más pesada que el humo de la chimenea. Álvaro abrió la boca, pero las palabras no llegaron, o nunca las hubo.
Diego entrelazó las manos, mirando a Álvaro con cautela.
—Pero… si vino por ti, ¿qué quiere? ¿Qué razones puede tener?
Marta ladeó la cabeza, la voz cargada de escepticismo.
—Sí, eso. ¿Qué cuentas pendientes tiene contigo después de tantos años?

Álvaro se quedó inmóvil, con la vista clavada en el fuego. El chisporroteo llenó el hueco de su silencio. Parecía dudar si hablar o seguir guardando aquello que le quemaba por dentro.

—De pequeño… lo veía perder el control. Con mi madre, conmigo. No hacía falta gran cosa. Una palabra, un gesto, y todo se torcía.
Clara se tensó, pero no apartó la mirada. Diego, que solía interrumpir, se quedó callado.
—Yo aprendí a moverme en casa como si caminara sobre cristales —continuó Álvaro—. Nunca sabías cuándo iba a estallar. Y cuando lo hacía, no importaba quién estuviera delante.
—Por eso creo que está aquí. Porque su forma de existir siempre fue esa: aparecer donde menos lo esperas, hacerte sentir que no tienes escapatoria. No está en esta isla por casualidad. Él necesita que yo lo vea, que sepa que sigue teniendo poder sobre mí. Aunque pasen los años, aunque todo cambie… él siempre encuentra la manera de volver.
El silencio de los demás fue distinto. Marta apretó las manos sobre las rodillas. Leo lo observaba con el ceño fruncido, queriendo descifrar cada palabra.
Diego, con gesto serio, dijo:
—Entonces no es solo que esté aquí. Es que ha venido a terminar lo que empezó.
Nadie lo discutió.
Marta, cuyo tono ya no sonaba cortante, sino sorprendido.
—Nunca nos contaste eso, Álvaro. Todos pensábamos que tu padre simplemente… desapareció. Que se fue y ya está.
Álvaro cerró los ojos un instante, apretando los dedos contra las sienes.
—Lo sé. Siento no habéroslo dicho antes. Sois mis amigos, lo sé… pero nunca supe cómo ponerlo en palabras. Ni siquiera quería recordarlo.
Diego se inclinó hacia él, menos duro que de costumbre.
—¿Y nadie más lo sabe?
Álvaro bajó la voz.
—Solo Clara. Y… alguien más, fuera de aquí. Nadie más en el

mundo.
Clara lo miró en silencio. No dijo nada, pero en sus ojos había algo entre dolor y comprensión.
El grupo no dijo nada más, cada uno tenía su propia maraña de pensamientos. El fuego se había consumido hasta quedar en brasas anaranjadas que apenas iluminaban la sala.
Diego suspiró.
—Mañana pensaremos qué hacer. Ahora lo único que podemos hacer es descansar.
Marta se levantó despacio, las piernas le pesaban más de la cuenta.
—Sí. Si seguimos dándole vueltas, acabaremos volviéndonos locos.
Se acomodaron todos en el salón como pudieron, cada uno abrazando a su propia sombra. La cabaña se fue apagando poco a poco entre mantas arrastradas y suspiros cansados. El fuego había quedado reducido a brasas débiles. Álvaro intentaba dormir, pero no encontraba postura. En la penumbra, Leo se incorporó un poco, sentado en el colchón junto a él.
—Oye —susurró, apenas un hilo de voz—. ¿Puedo decirte algo?
Álvaro lo miró, desconcertado por el tono.
—Claro.
Leo bajó la vista, buscando las palabras más adecuadas.
—Cuando tu padre te agarró del cuello… yo lo oí. Susurró algo. "Te encontraré a ti, y a él". —Hizo una pausa, estudiando el rostro de Álvaro—. ¿Qué quería decir con eso? ¿Quién es "él"?
Álvaro sintió un frío extraño recorrerle la espalda. La imagen de la sombra le atravesó de golpe, parecía que el nombre prohibido hubiera regresado en un eco. Se obligó a tragar saliva, pero no pudo responder.
Leo, sin reproche, añadió:
—Mira… yo sé que hay algo que no nos estás contando. Lo llevas guardado desde el principio. Y no te lo digo para juzgarte, Álvaro. Solo… me preocupa.
Álvaro lo observó en silencio, incapaz de fingir indiferencia.
Leo se inclinó un poco más, bajando aún la voz, casi con ternura.
—Solo espero que eso que te callas no termine haciéndonos daño a los demás.

Álvaro quiso contestar, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Leo le dedicó una media sonrisa cansada, de forma que le hacía ver que ya no esperaba una respuesta. Luego se recostó de nuevo, cerrando los ojos.
Álvaro permaneció despierto un rato más, con aquella frase retumbando en su mente, tan fuerte como el recuerdo de la sombra: *"Te encontraré a ti, y a él"*.

La silla

Álvaro estaba en el pasillo, sentado en el suelo con un cuaderno sobre las rodillas. Fingía dibujar, pero en realidad estaba esperando a que su padre se calmara.

Desde el salón llegaban las voces. Primero la de su madre, baja, intentando explicar algo. Después la de él, cada vez más fuerte, cada vez más cerca de romperse.

Álvaro apretó el lápiz tan fuerte que la mina se partió.

El golpe de la silla contra el suelo lo hizo levantar la cabeza de golpe. No quiso mirar, pero lo hizo. Desde la rendija de la puerta abierta vio a su madre caer de rodillas, las manos en alto, los ojos buscando una salida que no estaba allí. Su padre estaba delante, rojo, con los puños cerrados.

Álvaro no entendía las palabras, solo el ruido. Y el ruido siempre lo llenaba todo: los muebles, el aire, hasta su propio pecho.

Se quedó quieto, con las piernas agarrotadas, sin saber si entrar o correr. Pero no hizo nada. No movió un músculo.

Su madre levantó los ojos un instante y lo vio. No gritó su nombre, no le pidió ayuda. Solo movió la cabeza despacio, como diciendo que se quedara donde estaba.

Él obedeció. Cerró el cuaderno con manos torpes y se lo apretó contra el pecho.

Aquella noche, mientras intentaba dormir, Álvaro se juró que algún día tendría que haber hecho algo. Ese pensamiento le pesaría mucho más que el ruido de los golpes.

Capítulo 21: Un día sin colmillos (día 11)

El amanecer llegó con una suavidad inesperada. Hoy la isla parecía no tener colmillos. La brisa era fresca, limpia, y el aire traía un olor leve a sal que parecía casi agradable. Entre las ramas, un gorjeo claro rompió la costumbre del silencio: un pájaro, pequeño, invisible entre las copas, cantaba.

Clara, al escucharlo, levantó la cabeza y sonrió sin pensarlo. Sus ojos se iluminaron un instante, esa nota sencilla pudo por un momento con la costra de miedo que llevaba encima. —¿Lo habéis oído? —dijo con cuidado de no espantar al pájaro.

Marta, sin embargo, soltó un bufido. —Perfecto… —dijo, cruzándose de brazos—. Ahora resulta que la isla también sabe cantar. ¿Nos quiere hacer creer que todo está bien ahora?

- ¿Os dais cuenta? Hasta el matiz del canto de un pájaro nos parece una amenaza. – Dijo Leo.

Álvaro permanecía sentado en el suelo, con las rodillas recogidas, mirando hacia el mar. No dijo nada. La luz del amanecer le bañaba la cara, pero en sus ojos no había reflejo alguno de alivio.

El contraste con las noches anteriores era demasiado violento: el miedo aún seguía ahí, y sin embargo la isla jugaba a disfrazarse de normalidad.

El desayuno fue sencillo: pan duro, fruta algo pasada y agua. Pero, por primera vez en días, no hubo reproches ni discusiones sobre quién debía hacerlo. Marta encendió la leña con manos firmes; Clara cortó la fruta en trozos pequeños; Diego se encargó de preparar el café aguado con una solemnidad casi cómica; y Leo, desde la mesa, hizo bromas mientras intentaba repartir los platos como si fueran tesoros valiosos.

—¿Quién diría que aún sabemos organizarnos? —ironizó, mientras colocaba un trozo de pan en cada plato—. La próxima será montar una democracia.

Marta levantó los ojos apenas, pero en lugar de discutir, sonrió. Clara le devolvió la sonrisa, ligera, como si ambas compartieran un secreto.

Incluso Diego se permitió una broma seca: —Eso sí, yo presido el comité de seguridad.

Las risas fueron breves, pero auténticas. Un instante robado al miedo.
Álvaro, sentado en el borde de la mesa, observaba cómo se movían sus amigos, cómo las tareas más mínimas podían convertirse en un engranaje extraño, casi familiar. Sintió, que aquello era lo más parecido a un hogar que había tenido en mucho tiempo.
Durante el desayuno, el silencio se alargó un poco más de la cuenta. El pan duro crujía demasiado fuerte en la boca, la fruta estaba pasada y el café apenas tenía sabor, pero aquel instante parecía un festín comparado con lo vivido en los últimos días.
—Si pudiéramos quedarnos siempre así… —dijo Álvaro, sorprendido de escuchar su propia voz.
—¿Aquí? —rió Leo, casi atragantándose—. Fundamos la república de la miseria.
—No es tan mala idea —intervino Clara, con suavidad—. Al menos aquí estamos juntos.
Diego bufó.
—Sí, hasta que volvamos a oír golpes en las puertas.
Cuando terminaron de desayunar, nadie se apresuró a levantarse. Si seguían juntos, aunque fuera para repartir migas, el peso era más llevadero.
Después, cada uno buscó un rincón donde respirar. No fue un acuerdo, sino una necesidad.
Clara se acercó a Marta en la cocina, mientras intentaba limpiar las migas de pan de la mesa con gestos repetitivos. —No puedes llevar todo tú —le dijo, con voz baja.
Marta sonrió sin convicción. —Claro que puedo. Siempre lo he hecho.
Clara ladeó la cabeza, buscando sus ojos. —Eso no es verdad. Y aunque lo fuera, no tendrías por qué.
El gesto de Marta se quebró apenas. Se mordió el labio y, después de un largo silencio, admitió: —Tengo miedo, Clara. Tengo miedo de que no salgamos de aquí. De que esto no acabe nunca.
Clara le apretó la mano.
—Yo también lo pienso a veces. Pero si lo digo en alto, me da más miedo todavía.

Marta la miró sorprendida, no esperaba esas palabras de ella. Permanecieron un instante calladas, hasta que Marta dijo, con una media sonrisa.
—Es raro… siempre he sentido que nos conocíamos desde antes de venir aquí.
Clara asintió despacio.
—Sí. La primera vez que te vi fue en el patio del colegio. Estabas discutiendo con un crío que se había metido contigo. Recuerdo cómo saltaste, con esa furia que no dejaba espacio para dudas. Pensé: "esta chica guarda dentro un volcán que casi nadie ve".
Marta ladeó la cabeza, con un gesto que parecía orgullo.
—Supongo que era cuestión de tiempo que saliera.
Clara dejó escapar una risa breve.
—Ahí entendí que no hacía falta que te defendieran. Que tú podrías hacerlo perfectamente. Eso me gustó mucho.
Por un instante compartieron una mirada cómplice, ambas habían entendido algo que no hacía falta poner en palabras.
Mientras, en el salón, Diego se acercó a Álvaro, que seguía encogido sobre sí mismo. Se detuvo frente a él, con la mandíbula apretada, y al final lo rodeó con los brazos en un gesto brusco, casi torpe. Álvaro se quedó rígido, sorprendido.
—No tienes que cargarlo tú solo —murmuró Diego mientras lo abrazaba.
Álvaro cerró los ojos, dejando que el abrazo lo sostuviera más de lo que estaba dispuesto a reconocer. *Yo también querría abrazarlo de vuelta —pensó—, pero no sé cómo.*
Diego se apartó un poco, carraspeó.
—¿Sabes? El café de esta mañana era un crimen. Ni en una cárcel lo sirven tan malo.
Álvaro soltó una risa breve, agradecido por la banalidad.
—Pues lo preparaste tú.
—Exacto. —dijo Diego con una media sonrisa—. Soy un desastre hasta para eso.
El silencio volvió a instalarse entre los dos. Diego se pasó una mano por la nuca, incómodo.

—Estoy… muy cansado, ¿sabes? Pero bueno supongo que todos lo estamos.
Álvaro lo miró, notando que había algo más detrás de esas palabras.
—Pero tú siempre sabes tirar de nosotros.
Diego negó con la cabeza, despacio.
—Me alegra que digas eso, aunque eso es lo que creéis. La verdad es que… a veces siento que me hundo, cada vez más. Como si una corriente invisible me arrastrara. Todo esto me supera.
Se quedó callado un instante, con la vista fija en el fuego.
—Cuando tu padre te cogió del cuello… —añadió de pronto, en voz baja—.
Álvaro se tensó, como si esas palabras lo apretaran otra vez.
—¿Qué?
Diego lo miró por fin.
—Yo siempre pensé que, pasara lo que pasara, yo podría con todo. Que si hacía falta, me interpondría. Pero cuando lo vi apretándote así… pensé que no llegaba. Que te iba a perder delante de mí. Y eso me heló.
Álvaro tragó saliva, sin poder sostenerle la mirada.
—Yo también pensé que no salía de ahí.
Diego se inclinó un poco hacia él.
—Desde entonces me prometí que si alguna vez volvías a estar en peligro, no dejaría que se repitiera. Pero… —suspiró— también me asusta que llegue el momento y no estar a la altura.
Álvaro lo miró por fin, con un brillo de gratitud en los ojos.
—Tú estuviste…Y estás siempre a la altura. No sé qué habríamos hecho sin ti.
Diego arqueó una ceja, como si quisiera disimular la emoción con algo más ligero.
—Bueno, probablemente habrías incendiado otra vez la cabaña intentando encender la chimenea.
Se detuvo, tragó saliva, y entonces clavó los ojos en Álvaro.
—Aún así, si en algún momento notas que flaqueo, tú solo, no me sueltes ¿vale?
Álvaro se tensó, con un nudo en la garganta.
—No te voy a soltar Diego. Pase lo que pase.

Una media sonrisa cansada se dibujó en el rostro de Diego.
—Podremos con esto…¿verdad?
Mientras tanto, Leo se había apartado con su libreta, garabateando líneas rápidas, tachando, volviendo a escribir. Cuando Clara y Marta regresaron al salón, lo oyeron murmurar en voz baja, como si pensara en voz alta:
—El padre no está aquí por casualidad.
Clara se detuvo, extrañada.
—¿Qué has dicho?
Leo levantó la cabeza, con la mirada fija en algún punto invisible.
—Digo que nadie aparece en medio de esta isla de la nada. Alguien lo trajo. Y si alguien lo trajo… todo esto estaba preparado desde el principio, o es que estamos en algo más grande de lo que podemos entender.
Se quedó en silencio un instante antes de añadir, con voz más baja:
—Y hay algo más… ¿por qué David? Si el padre de Álvaro vino a por alguien, ¿qué sentido tiene que fuera él el primero en desaparecer?
Marta se cruzó de brazos, la rabia endureciendo su voz.
—Porque está loco, Leo. Álvaro ya nos lo dijo. No necesita un motivo. Con gente así nunca lo hay.
Leo negó despacio, arrastrando las palabras.
—No lo sé. Yo no creo en golpes de suerte ni en casualidades. Si fue a por David, quizá fue porque era el más fácil. El que siempre hacía ruido, el que menos desconfiaba. O… —se detuvo, como si midiera cada palabra— porque quitar a David era como quitar la risa del grupo. Y sin la risa, todo se rompe más rápido.
Marta chasqueó la lengua, crispada.
—¿Ahora resulta que hasta el dolor tiene estrategia?
Leo se encogió de hombros, con una media sonrisa amarga.
—Todo lo que duele demasiado suele tenerla. Solo que no la vemos hasta que ya es tarde.
Clara le miró, inquieta.
—Leo…
Él no la dejó continuar.
—Lo cómodo es llamarlo coincidencia, fingir que no hay nada detrás.

Pero yo creo que hay un plan. Y si hay un plan… entonces aún no hemos visto lo peor.
Clara quiso añadir algo, pero al ver su expresión se mordió la lengua.
El sol ya estaba alto y entraba a raudales por la ventana del salón, llenando la estancia de una claridad casi insultante. Afuera, los pájaros cantaban con insistencia, parecía que no hubiera nada roto en el mundo.
Marta apartó la cortina con desgana y bufó.
—Esto es ridículo. Parece que la isla se burla de nosotros.
Clara, sentada en el suelo con las rodillas recogidas, levantó la vista y cerró los ojos un instante.
—Yo diría que… hasta parece bonito.
Diego, junto a la mesa, no apartaba la mirada del ventanal.
—La verdad es que sí. Pero me cuesta creer que hoy no pase nada.
Álvaro se removió en su asiento, incómodo.
—Quizá hoy sea distinto. Quizá… podamos simplemente estar aquí. Sin más.
Nadie contestó de inmediato. Se quedaron mirando la luz que entraba, los reflejos en el suelo de madera, no sabían si agradecer aquella normalidad o desconfiar de ella.
El día transcurrió con una normalidad inquietante. No hubo golpes en las puertas, ni figuras en la maleza, ni voces entre los árboles. A veces, alguien respiraba más hondo de lo normal, intentando convencerse de que seguían vivos.
Por la tarde, Leo fue el primero en romper el tema que todos tenían en la cabeza.
—Mañana vendrá el barco de la agencia. —Lo dijo con un tono extraño, entre alivio y temor—. Se acabó.
Las palabras quedaron suspendidas un instante, hasta que Marta las atrapó con un asentimiento rápido.
—Sí. Mañana volvemos a casa.
La idea les devolvió algo de alivio. El cuerpo parecía recordar cómo era sentirse a salvo, aunque fuera una ilusión. Pero el alivio duró poco. Clara, con la voz baja, añadió:
—¿Y qué hacemos cuando lleguemos? Quiero decir…David…

Una losa pesada cayó sobre ellos. Nadie quería mirarse. Álvaro bajó la vista al suelo, con la garganta cerrada.
—Habrá que llamar a la policía —dijo Diego finalmente, tajante—. En cuanto tengamos cobertura.
Leo, con su libreta en la mano, escribió algo antes de hablar:
—¿Y qué les decimos? Que se perdió en el bosque, que desapareció en una isla sin nombre… ¿Y lo de las voces, y lo que vimos? Nadie lo va a creer.
—No importa —replicó Marta, tensa—. Lo único que importa es que sepan que falta alguien. Que no lo dimos por muerto sin buscarlo.
El peso de la culpa se extendió como una sombra entre ellos. El silencio volvió, pero esta vez estaba lleno de imágenes de David riendo, molestando, improvisando chistes. Nadie lo dijo en voz alta, pero todos pensaban lo mismo: si mañana subían a esa barca, ¿lo harían sin él?
La tarde ya se doblaba en tonos anaranjados. La decisión se tomó casi sola, sin discusión: esa noche volverían a dormir todos juntos en el salón.
—Guardias de dos en dos —dictó Diego, con tono firme—. Nadie se queda solo.
Arrastraron colchones y mantas, improvisaron un pequeño campamento en el centro del salón. Cuando todos se acomodaron en el salón, arrastrando mantas y colchones, Clara se sentó cerca de Álvaro. El fuego crepitaba bajo, lanzando destellos anaranjados que recortaban sus siluetas. Durante un rato no hablaron; solo se escuchaban los movimientos lentos de los demás buscando postura.
Clara miró de reojo a Álvaro, con la voz más baja de lo habitual.
—¿Sabes qué es lo que más miedo me da?
Álvaro levantó las cejas.
—¿Qué?
—Que mañana llegue el barco y… todo esto termine. Y que no llegue, y no sepa cómo seguir.
Álvaro asintió despacio, sin encontrar palabras.
—Yo tampoco lo sé —admitió al fin.
Clara suspiró, con un intento de sonrisa.
—Bueno, pues mientras no lo sepamos… nos aguantamos el uno al

otro, ¿vale?
—Vale.
Hubo un silencio breve. Clara se acomodó en la manta y, con un tono ligero, casi infantil, dijo:
—Buenas noches, Álvaro.
Él le devolvió la sonrisa, torpe pero sincera.
—Buenas noches, Clara.
Por un momento, parecía que estaban solos en aquella cabaña.
Se quedaron así, mirándose apenas unos segundos más, como dos viejos amigos que habían sobrevivido a demasiado, antes de cerrar los ojos con el peso del cansancio. Por un momento, parecía que estuvieran ellos dos solos en aquella cabaña.
Esa noche, antes de dormir, todos tenían la misma sensación clavada en el pecho: el día había sido tan tranquilo, tan "normal", que resultaba insoportable. Como si la isla estuviera conteniendo el aliento para algo mucho peor.

El ruido detrás de la pared

La tarde caía lenta, con ese color anaranjado que teñía las cortinas como si la casa quisiera imitar un incendio. Álvaro estaba sentado en el suelo de su habitación, con los cuadernos abiertos, pero el lápiz quieto entre los dedos. Sabía que su padre estaba en el salón: el sonido del televisor, demasiado alto, marcaba la frontera de seguridad que nunca debía cruzar.

La puerta se abrió de golpe.

—¿Otra vez sin hacer nada? —rugió la voz áspera.

Álvaro se encogió, el lápiz tembló en su mano. Intentó articular una respuesta, pero solo salió un murmullo.

—Mírame cuando te hablo.

Lo intentó, de verdad que lo intentó, pero los ojos se le clavaban en el suelo, como si allí hubiera una salida que todavía no encontraba. El padre dio un paso, y el aire se volvió más denso. Álvaro retrocedió hasta la pared, con la espalda fría contra la pintura desconchada. Podía sentir el peso de la mano a punto de caerle encima, como tantas veces había imaginado.

Entonces la voz de su madre atravesó el pasillo.

—¡Basta, ya!

Entró sin dudar, con el pelo aún húmedo de la cocina y el delantal torcido. Se interpuso entre los dos, levantando un brazo como si su cuerpo frágil bastara para detener la tormenta.

—Con el niño no —dijo, firme, aunque su voz temblaba.

Por un segundo, todo quedó suspendido. Álvaro vio el perfil de su madre, los labios apretados, los ojos ardiendo de miedo y decisión. Fue solo un segundo.

El ruido llegó después: un golpe seco, un quejido ahogado, el sonido del cuerpo de ella contra la pared.

Álvaro parpadeó y lo primero que vio fue el delantal, arrugado contra el suelo. Su madre se incorporaba despacio, con la mejilla encendida, y aún así lo miró a él primero, no a su marido.

—Está bien —susurró, apenas audible, como si quisiera calmarlo. Pero no lo estaba.

El padre se giró hacia el televisor, murmurando algo que Álvaro no alcanzó a entender, y salió del cuarto como si nada hubiera pasado.

La pantalla volvió a escupir voces extrañas, indiferente a todo.
Álvaro corrió hacia su madre. Ella le acarició el cabello con la mano que no temblaba, intentando sonreír.
—No pasa nada, cariño. No pasa nada.
Él asentía, pero en su interior algo se quebraba. Había querido gritar, había querido empujar, hacer algo. En cambio, se había quedado quieto, clavado al suelo, observando cómo la herida caía sobre ella y no sobre él.
Esa noche, cuando cerró los ojos, escuchó otra vez el golpe. Y pensó, con una certeza que no pudo borrar jamás:
"Si yo hubiera dicho algo, si me hubiera movido… ella no habría recibido ese golpe. Fue por mi culpa."

Capítulo 22: Hasta aquí (día 12)

El día comenzaba radiante.

Álvaro abrió los ojos, se olvidó de todo lo vivido. El olor de pan recién tostado llegaba a su habitación; en la mesa estaban todos, incluso David, riendo a carcajadas con un trozo de fruta en la mano. Marta protestaba porque Leo había dejado migas por el suelo; Clara canturreaba algo mientras servía agua en los vasos. Todo parecía posible, el viaje no se había torcido.

Álvaro se sentó en la mesa y sonrió. El gesto le salió fácil, natural, como si siempre hubiera pertenecido a aquel momento.

—Menos mal que estás despierto —bromeó David, dándole un golpe en el hombro—. Íbamos a mandarte a buscar leña por dormilón.

Todos rieron. El sonido llenó la sala de un calor que le erizó la piel. Pero, al mirar mejor, algo chirrió. David seguía riendo, pero lo hacía sin abrir la boca, como un eco hueco. Marta repetía el mismo movimiento una y otra vez, recogiendo migas invisibles de la mesa. Clara no levantaba la vista, y sus labios se movían, pero no se escuchaba ninguna melodía.

Álvaro intentó hablar, preguntar qué pasaba, pero de su garganta no salió sonido.

Entonces lo oyó: una respiración al otro lado de la puerta del pasillo. La misma puerta de siempre, entornada, aguardando. El pomo brillaba con un destello metálico que le resultaba insoportable. Se levantó a trompicones, sin entender por qué nadie lo seguía con la mirada, y se acercó.

La respiración se volvió más fuerte, áspera, como si alguien aguardara para ser descubierto. Álvaro alargó la mano, temblorosa, y empujó la puerta. Dentro no había nadie, solo un espejo viejo colgado en la pared.

El reflejo no mostraba a Álvaro. Mostraba a sus amigos sentados a la mesa, en silencio esta vez, mirándolo directamente a él. Sus rostros se habían vuelto inexpresivos, los ojos demasiado abiertos. Nadie parpadeaba.

Álvaro dio un paso atrás, tropezó y cayó al suelo. Cuando volvió a levantar la vista, el reflejo había cambiado: la mesa estaba vacía, y

en la silla de David quedaba solo una camisa colgada, agitándose como si una brisa invisible la meciera.
Despertó sobresaltado, empapado en sudor.
El fuego de la chimenea aún lanzaba brasas débiles. Todos dormían alrededor, respirando con calma.
Álvaro se llevó una mano al pecho, el corazón desbocado. El eco de esas palabras seguía golpeándole por dentro, y supo, con una certeza amarga, que aquel día no sería distinto.
El amanecer llegó despacio, arrastrando los cuerpos con la luz.
En el día de hoy, nadie tuvo miedo de abrir la puerta del salón. La claridad era tan nítida que hasta el polvo en suspensión parecía limpio.
Marta fue la primera en levantarse. Encendió la cafetera, rebuscó galletas y pan duro. Diego se sentó en la mesa, frotándose los ojos con manos temblorosas. Clara estaba en pijama, en silencio, con la mirada perdida en algún punto más allá de la ventana.
Álvaro se sentó junto a Leo, que ni siquiera había dormido del todo.
El desayuno fue silencioso. Cada uno cogía lo que podía, como si no quisieran gastar fuerzas en palabras.
De vez en cuando, alguien miraba el reloj. Faltaban más de dos horas para que llegara el barco de la agencia.
Nadie hablaba del tema, pero la esperanza flotaba en el aire, tensa, agrietada. Fue Marta la que, al romper un trozo de pan, se atrevió a decir en voz baja:
—No me puedo creer que vayamos a irnos y que David no esté con nosotros.
Se detuvo, incapaz de decir una palabra más.
Clara dejó la taza sobre la mesa, el sonido seco resonó en la madera.
—Ojalá estuviera aquí —susurró—.
No sé si voy a poder irme sin él.
Diego bajó la mirada, hundido.
—Yo lo busqué toda la noche en sueños —dijo—. Pero no aparecía, y cuando creía verle, se iba por la orilla, siempre demasiado lejos.
Álvaro carraspeó, la voz débil, como si tuviera que arrancarla de dentro.

—Yo también lo vi anoche. Estaba riendo, como siempre. Estábamos desayunando, como si nada de esto hubiera pasado. Y me desperté con la sensación de que me estaba diciendo adiós.
Marta lo miró entonces, con los ojos brillantes.
—Yo no quiero que sea un adiós. No puedo. —Sacudió la cabeza con fuerza, como si intentara borrar la idea—. Era insoportable cuando estaba vivo, pero… ahora que no está, siento que nos falta algo. Como si hubieran arrancado una parte de nosotros que no sabíamos que teníamos.
Clara le puso una mano en el brazo.
—Marta…
—No, déjame —la interrumpió ella, con la voz rota—. Siempre me peleaba con él, siempre. Y ahora daría lo que fuera por volver a discutir una vez más. Una sola.
Diego cerró los ojos, como si esas palabras fueran también suyas.
Álvaro bajó la mirada al trozo de pan que apretaba en la mano, convertido ya en migas.
—Yo… tampoco dejo de pensar en él. Todo lo que hacíamos, cada paso que dimos desde que llegamos… siempre estaba ahí. Y ahora no sé cómo vamos a poder subir al barco y dejarlo atrás.
Marta se limpió las lágrimas con brusquedad, respirando hondo.
—No quiero que cuando crucemos esa maldita orilla, David sea solo un recuerdo. No me lo perdonaría.
Nadie se atrevió a decir nada más. Aunque en el fondo sabían que eso era, por desgracia, justo lo que iba a pasar.
Cuando terminaron, recogieron la mesa en silencio. Marta y Diego prepararon las mochilas. Clara dobló mantas y guardó los objetos que aún conservaba.
Leo se quedó sentado, inmóvil, mirando la luz que entraba por la ventana.
Faltaban diez minutos para las doce.
El grupo se reunió en el salón, todos con el equipaje junto a los pies, las mochilas listas, como si fueran niños esperando que alguien los llamara para volver a casa.
La esperanza y el miedo sguían igual.

Álvaro, con los ojos enrojecidos, y una media sonrisa:
—En cuanto llegue el barco, nos iremos.
Marta asintió y le apretó la mano, sin decir nada.
La cabaña, por primera vez, olía a despedida.
A las doce en punto, Marta fue la primera en ponerse en pie.
—No puedo esperar más —dijo, agarrando su mochila—. Si nos quedamos aquí dentro, me asfixio.
Los demás asintieron, recogieron lo poco que tenían y salieron en fila, en silencio, hacia la orilla. El sol caía sin piedad y el horizonte brillaba, imperturbable, como si nada estuviera a punto de suceder.
Se sentaron en la arena, cada uno con los ojos clavados en el mar. El reloj marcaba las doce y cinco.
Las doce y diez.
Clara, nerviosa:
—En cuanto lleguen los de la agencia, deberíamos pedir que avisen a la policía. Hay que buscar a David.
Su voz tembló, como si temiera que nombrarle impidiera su regreso.
Diego asintió, sin perder de vista el horizonte con rabia.
—Lo primero que voy a hacer es pedir un teléfono. Y después quiero irme de aquí y no mirar atrás nunca más.
Álvaro intentó sonreír, pero no le salió.
—Cuando todo esto acabe… quiero dormir un mes entero.
El tiempo se alargaba.
A las doce y cuarto, aún no había señal de ningún barco.
A las doce y veinte, Marta comenzó a andar de un lado a otro, cada vez más inquieta.
—Seguro que se han retrasado —dijo Diego, sin mucha convicción—. O igual han tenido que dar un rodeo por el viento.
El calor apretaba. Las mochilas parecían más pesadas cada minuto.
A la una, Clara sugirió volver a la cabaña.
—Desde la ventana se ve la playa. Si llegan, no vamos a tardar en salir corriendo.
Álvaro y Marta estuvieron de acuerdo.
Entraron despacio, pero Leo se quedó fuera, sentado en la arena, los codos apoyados en las rodillas, la mirada perdida.

El tiempo siguió pasando.
En la cabaña, nadie se atrevía a deshacer las mochilas.
Cada poco, alguien miraba por la ventana, buscando una silueta en el mar.
A las dos y cuarto, el pánico comenzó a colarse en las voces.
—¿Y si nos han olvidado? —murmuró Marta, con los ojos muy abiertos—.
¿Y si nadie viene porque no saben que estamos aquí?
Diego negó con la cabeza, pero le costó.
—No pueden habernos olvidado. Había una reserva, una lista, sabían nuestros nombres…
Clara, abrazada a sí misma, balbuceó:
—¿Y si es un experimento? ¿Y si todo esto es una prueba… o una broma pesada?
Álvaro, mirando a Leo desde la ventana, sintió de repente un nudo en el pecho.
—O puede que nunca pensaran venir a por nosotros.
La tarde avanzaba y el miedo era ya un animal en la casa, mordiéndoles los talones.
Solo Leo permanecía fuera, inmóvil, esperando algo que no llegaría.
Finalmente, acabó entrando a la cabaña, con una actitud que iba un paso más allá del derrotismo y del cansancio. Llevaba los hombros caídos y la mirada hundida en el suelo. Se sentó en el borde del sofá sin decir nada, sin quitarse siquiera los zapatos. Álvaro lo observó un instante, notando algo distinto en él. Había una quietud rara, como si no estuviera del todo allí.
Clara encendió una lámpara pequeña. Su luz amarilla apenas tocaba los bordes del salón. Se sentó en el suelo, arropada con una manta que olía a polvo y sal, y apoyó la cabeza contra la pared.
—Igual se han confundido de día —murmuró, casi como un niño que quiere que le digan que tiene razón—. Igual no era hoy. Igual… era mañana.
Nadie respondió al principio. Luego Marta, con una voz que no parecía suya, dijo:
—O puede que no puedan llegar. Que haya tormenta en otra parte. O que se hayan retrasado.

Diego rió, pero sin alegría.
—¿Y si nos han dejado aquí a propósito? ¿Y si esto va de ver quién aguanta más? Como una prueba estúpida de resistencia.
Álvaro apretó los labios. Quiso decir que eso no tenía sentido, pero la lógica hacía días que se había rendido. Solo dijo:
—Podríamos intentar usar el móvil de alguna forma. Aunque sea para dejar un mensaje. Algo. No podemos seguir así.
Diego sacó su teléfono del bolsillo como si fuera un gesto automático. Lo encendió, esperó. Nada. La pantalla seguía sin señal, sin cobertura, sin respuesta. Solo un fondo negro con una hora que parecía burlarse de ellos.
—Nada —resopló—. Como siempre.
La frase se perdió en el salón como un suspiro roto.
Leo seguía en el sofá, encorvado, frotándose las sienes con los pulgares. Sus ojos parecían más hundidos que nunca. Marta lo miró de reojo y, por un segundo, pareció querer decirle algo. Pero no lo hizo.
Clara habló sin levantar la vista.
—Siento que la isla decide por nosotros. Como si estuviéramos en pausa, esperando que algo nos deje seguir.
Nadie se rió. Nadie lo negó.
Álvaro sintió una punzada familiar, como un eco. Había vivido antes esa sensación de impotencia. De estar encerrado en un lugar donde no mandaban ni los relojes ni la voluntad. Como en casa, cuando era niño. Cuando todo dependía de un estado de ánimo ajeno, de una puerta cerrada, de un susurro tras la pared.
Marta se levantó y fue hasta la cocina. Abrió un armario, sacó una lata de comida, luego otra. No dijo nada, pero su forma de colocarlas sobre la encimera tenía algo de desesperado. De querer hacer algo útil. Algo que le devolviera el control.
Volvió al salón con una manta doblada. La dejó sobre una silla y se pasó una mano por la cara.
—No podemos quedarnos aquí sentados esperando —dijo Diego entonces, frotándose las manos. Su voz sonaba más tensa que antes, como si llevara un buen rato conteniéndola.
—Esta isla no es tan grande. Podríamos rodearla entera, buscar otro

sitio, alguna cabaña, alguna señal de que alguien ha estado aquí antes.
Marta negó con la cabeza, sin mucha fuerza.
—¿Y si al irnos, llega la lancha y no estamos? O peor, ¿y si nos perdemos y ni siquiera podemos volver aquí?
Clara miró a los dos, después bajó la vista.
—Yo no quiero que pase otro día así. No… no podría soportarlo.
Su voz temblaba, contenía todas las lágrimas de los últimos días.
Fue entonces cuando Leo se levantó sin decir palabra.
Su sombra cruzó el salón ligera, casi despegada del suelo, como si el aire lo guiara. Sus pasos eran lentos, arrastrados, pero con un rumbo claro. Nadie lo detuvo.
—Voy a ducharme —murmuró, apenas audible.
No miró a nadie.
Clara abrió los ojos y lo siguió con la mirada, inquieta. Una frase breve le rozó los labios, pero no salió. Álvaro lo observó alejarse, y en esa figura hundida en penumbras sintió algo extraño: no era un gesto rutinario.
La puerta del baño se cerró con un clic que resonó demasiado fuerte en la cabaña silenciosa.

Capítulo 23: La caída de la razón

El agua comenzó a caer segundos después, primero un goteo, luego un torrente constante que llenó los pasillos de un rumor incesante. Pasaron los minutos. Uno. Dos. Cinco. El tiempo se volvió viscoso, insoportable. Nadie decía nada, pero el ambiente estaba cargado de presentimientos.

—Está tardando mucho — dijo Marta, sin mirarlos.

—No me gusta… — susurró Clara.

Álvaro se levantó de golpe, como empujado por un instinto antiguo que le apretaba el pecho.

—¿Leo? —llamó, con la voz entrecortada.

Nada.

Corrió hasta la puerta del baño y la golpeó, una vez, dos, tres.

—¡Leo, contesta!

Diego apareció a su lado en cuestión de segundos, como si hubiera estado esperando ese momento.

—Aparta.

Empujó con el hombro, pero la puerta resistió. Volvió a intentarlo con más fuerza. Nada.

—¡Leo! —rugió.

El eco se ahogó entre el vapor que escapaba por las rendijas.

—Traeré algo para abrirla —propuso Marta, a punto de salir corriendo, pero Diego la detuvo con la mano.

—No hay tiempo.

Golpeó otra vez. El marco crujió. El agua seguía cayendo sin tregua.

—¡Leo, joder, dime algo!

El silencio era una respuesta más cruel que cualquier palabra.

Diego retrocedió un paso, tomó aire y embistió con todo el cuerpo. La cerradura cedió al tercer intento, con un chasquido metálico.

El vapor les golpeó el rostro. El calor, el ruido del agua. Y el cuerpo.

Leo yacía en el suelo, los azulejos húmedos pegados a su piel. De lado, la cabeza ladeada, los labios entreabiertos.

A su lado, un frasco de pastillas vacío rodaba todavía, golpeando suavemente contra una baldosa, como un corazón que se resiste a detenerse.

—¡Leo! —gritó Marta, desgarrada, irrumpiendo en el baño.

Diego cayó de rodillas junto al cuerpo. Sus manos expertas, firmes, lo giraron, palpando el cuello, el pecho. Su rostro se tensó, pero no dudó. Comenzó las compresiones con fuerza brutal, como si a cada golpe contra el esternón pudiera arrancarle la vida de vuelta.
—¡Vamos, Leo! ¡Respira!
El cuerpo de Leo se agitaba con cada presión, pero no respondía. El agua de la ducha empapaba a todos, mezclándose con sudor, lágrimas y gritos.
Clara lloraba contra la pared, la mano sobre la boca, como si no pudiera soportar el sonido de las costillas cediendo bajo la fuerza de Diego.
—¡No te vayas, por favor! —suplicaba entre sollozos—. ¡No por favor, no!
Marta estaba en el suelo, de rodillas, los dedos clavados en el pelo, balanceándose hacia adelante y hacia atrás.
—No, no, no, no —repetía, como una plegaria rota.
Álvaro permanecía de pie, helado. La escena lo atravesaba como una pesadilla que ya había visto antes. Sintió que se desdoblaba, que una parte de él estaba allí, empapada, mirando; y otra huía muy lejos, incapaz de soportar la idea de perder a alguien más.
Diego rugió, sudando, jadeando, mientras golpeaba el pecho con sus manos.
—¡Respira, joder! ¡Respira!
El vapor lo envolvía todo, los cristales empañados, el suelo convertido en un charco que se extendía más allá del baño. El ruido del agua era un martilleo constante, un recordatorio cruel de lo inútil que era todo.
Diego se detuvo un instante, inclinó la cabeza sobre el pecho de Leo, buscando un suspiro, un latido, cualquier señal. Nada. Reanudó las compresiones con furia renovada, como si pudiera vencer a la muerte por pura fuerza de voluntad.
—¡No me hagas esto, Leo! —gritaba—. ¡Por favor!
El cuerpo seguía mudo. Los ojos cerrados, el rostro tranquilo, como si al fin hubiera encontrado la coherencia que buscaba en la nada.
Después de una última serie de presiones, Diego se quedó quieto. Sus manos aún temblaban sobre el pecho inmóvil. Cerró los ojos,

bajó la cabeza. Y lo supo.
No hubo palabras. Ninguno necesitaba escucharlas.
Clara estalló en un llanto que le arrancó la garganta. Marta se encogió contra el suelo, sollozando sin aire. Álvaro, con pasos temblorosos, se arrodilló al otro lado del cuerpo. Apartó con cuidado un mechón mojado de la frente de Leo. Un gesto inútil, pero necesario, casi reverencial.
El agua seguía cayendo, arrastrando con ella todo calor, toda esperanza. El baño, que siempre había sido refugio, se había transformado en una tumba blanca, saturada de vapor y derrota.
Leo se había ido. En ese instante, algo dentro de todos ellos se rompió para siempre.
Nadie respiraba, el mundo mismo se había detenido con Leo. Solo el agua seguía cayendo, empapando sus ropas, arrastrando lágrimas y sudor hacia un charco turbio que se extendía por el suelo.
Fue Clara quien reaccionó primero, con las manos temblorosas, girando el grifo hasta que el ruido cesó de golpe. El silencio que dejó fue aún más insoportable.
Diego permaneció de rodillas, con la cabeza gacha, respirando entrecortado. Cuando por fin se levantó, parecía un hombre envejecido de repente.
—Lo… lo intenté —murmuró, sin mirar a nadie.
Nadie respondió. Marta se apoyó en la pared, con la piel blanca y los ojos perdidos.
—No puede ser —repetía, una y otra vez, como un mantra.
Álvaro pasó los dedos por el mechón húmedo de la frente de Leo y luego se obligó a apartarse. Notaba un peso en el pecho que no sabía si era dolor o vacío.
Salieron del baño casi a tropiezos, arrastrando consigo el vapor, como si no pudieran dejarlo atrás. El salón los recibió con la luz entrando por las ventanas como si nada hubiera ocurrido. Esa normalidad fue lo más cruel de todo.
Se sentaron donde pudieron, hundidos.
Nadie sabía qué decir. Ninguno quería pronunciar la palabra "muerto".

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Clara al fin, con un hilo de voz.
La pregunta quedó sin respuesta. Porque en realidad todos sabían que no había nada que hacer.

Diario de Álvaro – 16 años

Hoy lo vi.

Dicen que ya no debería acercarse, que lo controlan, que hay papeles que lo obligan a mantenerse lejos de mí. Pero estaban equivocados.

Estaba en la puerta del instituto, quieto, esperándome. La misma forma de apoyarse contra la verja, los hombros tensos, la cabeza ladeada. Me miró, fijamente. Fue como volver a tener diez años otra vez.

No sé qué quiere de mí ahora. Quizá recordarme que nunca se fue. Quizá hacerme pagar por lo de mamá. Siempre creyó que la culpa era mía.

Lo peor es que nadie entiende lo que significa que aparezca ahí, delante de todos, como si nada hubiera pasado.

A veces pienso en qué ocurriría si un día se lanzara sobre mí en plena calle, si intentara terminar lo que empezó.

Me descubro imaginando cosas que no debería: que la policía me encontrara con mis manos alrededor de su cuello, o con su cuerpo en el suelo. Y me pregunto… ¿me culparían a mí? ¿O entenderían que solo me estaba defendiendo, después de todo lo que pasó?

Es una locura escribir esto. Lo sé. Pero es peor guardarlo.

Capítulo 24: Sin fuerzas (día 13)

El amanecer no trajo alivio, solo un cansancio más hondo y una enorme bruma sobre la isla. Durante mucho rato, nadie se movió del salón, aunque estaban todos despiertos. El agua de la ducha seguía goteando, marcando el paso del tiempo como un reloj roto.

Marta fue la primera en levantarse. Caminó despacio hasta la cocina, preparó café que nadie pidió y lo dejó sobre la mesa. No lloraba, pero cada gesto suyo era más pequeño, más apagado.

Álvaro miraba el baño cerrado. Sentía las piernas de plomo, el estómago vacío, la cabeza llena de ruido. No podía dejar de pensar en la noche anterior, en el grito que se le quedó pegado en la garganta.

Cuando por fin se atrevieron a mirarse a los ojos, nadie supo qué decir. Fue Marta quien, con la voz ronca, propuso lo inevitable:

—No podemos dejarle ahí.

—¿Dónde propones? —preguntó Diego, apenas un hilo de voz.

Marta tragó saliva, se frotó la cara.

—En la playa. Donde empieza el bosque. Al menos… así podremos despedirnos.

Prepararon a Leo con el cuidado de quien aún cree que nada está del todo perdido. Usaron mantas, ropas, la poca dignidad que les quedaba. Salieron en fila, en silencio, arrastrando los pies. La arena estaba fría y el cielo, gris. Diego tomó la pala improvisada que habían hecho con una tabla rota y comenzó a cavar. Cada golpe contra la tierra era brusco, casi violento, como si pudiera descargarse en cada palada todo lo que no se atrevía a gritar. Marta, a su lado, apartaba con las manos la arena húmeda que se iba acumulando, con las uñas llenas de barro. Clara, temblando, sostenía una manta contra su pecho como si fuera un escudo. Álvaro se quedó unos segundos atrás, mirando el mar, antes de obligarse a ayudar, usando sus propias manos para ahondar en la fosa.

No dijeron nada mientras cavaban. Solo el jadeo de Diego, el roce de la arena, y la respiración contenida de todos.

Al final, colocaron el cuerpo junto a una roca, en un lugar donde ni el mar alcanzaba ni el sol ardía demasiado. Clara, de rodillas, dejó sobre el pecho de Leo una concha blanca. La acarició unos segundos

antes de retirarse. Marta se inclinó y le apretó la mano envuelta en la manta, como si todavía esperara sentir calor. Diego se mantuvo de pie, los puños cerrados, la mirada clavada en el horizonte, incapaz de mirar el cuerpo directamente.
Álvaro fue el último en agacharse, sin saber si pedir perdón o permiso. Apartó un mechón de arena húmeda que se le había pegado a la frente. No hubo palabras grandes. Solo susurros, la brisa, y el sonido sordo de la arena cayendo sobre la manta.
Cuando la fosa quedó cerrada, los cuatro se quedaron allí, de pie, con la brisa salada golpeándoles la cara. Nadie se atrevía a moverse primero, como si abandonar el lugar fuese una traición.
—Lo siento —susurró Álvaro, y no supo si hablaba con Leo, consigo mismo, o con alguien que llevaba mucho tiempo sin escucharle.
El mar seguía igual, pero la isla era ya otro lugar.

Regresaron de la playa como si llevaran el mundo entero sobre los hombros. Dentro de la cabaña, esta había cambiado, era como si aquel lugar hubiera cambiado de forma tras la despedida de Leo. Marta se sentó a la mesa y no volvió a moverse.
Pasaron horas —o parecieron pasar— y no abrió la boca, no alzó la vista, ni siquiera cuando Diego empezó a dar vueltas por la casa, arrastrando sillas, rebuscando entre mochilas, planeando lo imposible.
La casa estaba en silencio, como si temiera hacer ruido.
Fue Diego quien, de pronto, arrastró una silla hasta la mesa y se dejó caer en ella con un suspiro.
—¿Alguien… alguien sabe si Leo tenía familia cerca? —preguntó, la voz pastosa, sin mirar a nadie.
Marta tardó en reaccionar.
—Creo que vivía con su madre, ¿no? O… no sé si seguía allí. Apenas hablaba de eso —dijo, frotándose los ojos.
Clara apartó la vista del cristal.
—¿Y cómo vamos a avisarles? Si ni siquiera tenemos cobertura, ni radio, ni nada…
Diego apretó los puños sobre la mesa.
—En cuanto vengan a buscarnos, lo primero es avisar. No sé, dejar

una nota en la agencia. Algo habrá que hacer.
—¿Y si no vienen? —murmuró Marta. Su voz era hueca.
Una especie de vacío se instaló entre ellos.
Álvaro sentía el peso de todas las miradas, aunque nadie lo miraba de verdad.
—¿Vosotros notasteis… algo raro? —preguntó entonces Diego—. No sé. Últimamente.
—A veces parecía más callado —admitió Clara—. Pero Leo siempre era así, ¿no? O quizá no supimos verlo.
—Yo tampoco —añadió Marta—. Si le pasaba algo, nunca lo decía. O no lo suficiente.
Cerró los ojos, exhalando despacio.
—Quizá debería haber insistido más… No sé. Todo parece fácil cuando ya es tarde.
Diego se pasó las manos por la cara, agotado.
—No podemos empezar a culparnos. Nadie lo vio venir. Nadie. No es justo.
Marta sollozó, por primera vez.
—No entiendo nada.
—Yo tampoco —admitió Clara.
Durante un buen rato no se dijo nada más. El mar, detrás de las paredes, parecía latir más despacio.
Cada uno tenía la mirada perdida en su propio rincón, atrapado en preguntas imposibles, en el miedo a quedarse solo o a descubrir que nunca habían estado realmente juntos.
Diego rompió el silencio, con la voz ya ronca y apagada:
—Tenemos que aguantar. Hasta que vengan.
Se apoyó en la mesa, la cabeza entre las manos.
—Lo prometimos. Hasta el final.
Y aunque nadie respondió, en ese instante, todos supieron que el grupo estaba roto, como un trozo de hielo bajo los pies, y que era imposible de arreglar, ya solo quedaba esperar.
—Mañana tenemos que rodear la isla —dijo Diego, con los ojos enrojecidos—. Hay que buscar algo, una barca, un bote, lo que sea.
Nadie contestó.

—Podemos pescar, intentar encender una hoguera en la colina, hacer señales de humo… Algo tiene que funcionar.
La voz de Diego era más brusca que de costumbre, con un filo casi violento. De vez en cuando, golpeaba la mesa, o soltaba algún insulto a media voz, como si la rabia fuera el único lenguaje que le quedaba.
Álvaro miraba a sus amigos sin reconocerlos. El tiempo se curvaba y todo le parecía ajeno: el color de las paredes, el ruido de la madera, incluso sus propias manos.
En algún momento, se quedó mirando la puerta del pasillo, esa que había jurado no volver a abrir.
Sintió un escalofrío, un tirón antiguo en el pecho.
Volvió a recordar cosas: la noche que creyó oír su nombre, el hombre de la foto, la silueta de sí mismo por el pasillo sonriéndole, la respiración tras la puerta, la desaparición de David, los rostros cansados y los silencios largos.
¿De verdad había pasado todo eso?
¿O la isla se inventaba cada día un nuevo miedo?
Se frotó los ojos, apretó los dientes, trató de decirse que aún quedaba algo por hacer. Pero el cansancio era otro animal, uno que le masticaba la mente.
Marta seguía muda, Diego organizaba planes imposibles, Clara intentaba cuidar de todos con gestos pequeños.
Y Álvaro, por primera vez, dudó de lo que veía, de lo que recordaba, incluso de sí mismo. El día parecía haberse hecho eterno. De repente, sin que nadie lo esperase, el teléfono de emergencia retumbó en la casa.
Fue un sonido breve y agudo, tan fuera de lugar que todos se miraron a la vez, como si una tormenta hubiera irrumpido en la calma. Ninguno se movió. Después, Diego fue el primero en levantarse de un salto, arrastrando la silla con violencia. Marta y Álvaro lo siguieron a toda prisa;
Diego descolgó el auricular con manos temblorosas.
—¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?
Un crujido metálico respondió, seguido de un murmullo. No era estática: era una voz, baja y firme, como si alguien hablara desde

detrás de un cristal.
—Debéis calmaros.
Marta se acercó de un salto.
—¿Quién es? ¡Diga quién es!
La voz volvió, más nítida.
—Todo esto está en vuestras manos. Escuchaos. No estáis solos.
Diego apretó el auricular contra su oreja.
—¡¿Qué diablos significa eso?! ¡¿Quién eres?!
El susurro se repitió, como un eco que se apagaba en el aire:
—No estáis solos.
Y después, silencio. Ni siquiera estática. El aparato muerto en las manos de Diego.
Marta lo arrancó de un tirón y gritó al auricular:
—¡Ayúdenos! ¡Diga dónde están! ¡No podemos más!
Pero no hubo respuesta.
Álvaro se apartó un paso, sintiendo que aquella voz se dirigía a él más que a nadie. Una parte de sí mismo había querido creer que era la agencia, otra temblaba con la certeza de que lo estaban observando por dentro.
El teléfono permaneció mudo, colgado en su sitio.
Nadie se atrevió a hablar.
—¿Quién era? —susurró Clara, temblando—. Esa voz… ¿cómo sabía lo que nos pasa?
Marta negó con la cabeza, todavía con el auricular colgando de la mano.
—No lo sé. Pero hablaba como si nos conociera.
Diego, con la mandíbula apretada, golpeó la mesa con el puño.
—Esto no tiene sentido. Nadie sabe lo que ocurre aquí. Nadie joder.
—Quizá sí Diego —murmuró Clara, apenas audible—. Quizá nos estaban escuchando todo el tiempo.
Marta, con el teléfono en la mano aún:
—Sea quien sea —dijo, con voz áspera—, no pienso quedarme sentada esperando que vuelva a llamar.

Marta arrojó el teléfono sobre la mesa con un golpe seco.

—¡Esto es una locura! ¡No podemos seguir así, esperando que todo se arregle solo! —gritó, su voz por fin rota—. ¡Quizá si tú —mirando a Diego— no hubieras insistido en esos malditos planes, Leo…!
Diego se giró bruscamente hacia ella, los ojos inyectados en sangre.
—¿Ahora es mi culpa? ¿Por intentar mantenernos vivos?
—¡Por pretender que nada iba a romperse, aunque todos lo sabíamos! —escupió Marta, avanzando un paso.
Diego golpeó la mesa con el puño, haciendo vibrar los vasos. Marta no retrocedió. Por un instante, parecía que iba a abalanzarse sobre él.
Clara se interpuso, con los brazos extendidos.
—¡Basta, por favor! ¡No es el momento!
Pero Diego la apartó de un manotazo sin hacerle daño, solo desesperado.
—¡No me digas cuándo parar! —rugió, y dio un paso más hacia Marta.
Álvaro, sin pensarlo, se metió en medio. Notó el pecho de Diego contra el suyo, la tensión en sus músculos, el aliento agitado.
—¡Ya basta! —susurró, aunque la voz apenas le salió.
Durante un instante, todos quedaron congelados: Diego respirando como un animal acorralado, Marta con lágrimas de rabia en los ojos, Clara detrás, temblando.
Fue entonces cuando el teléfono volvió a sonar. Una sola vez, como un latido, parecía la confirmación de que los estaban escuchando.
Nadie se movió. Nadie se atrevió a contestar. El miedo había cambiado de sitio.

El nuevo

—Ha llegado esta mañana —dijo la mujer, dejando unos papeles sobre la mesa—. No ha querido probar el desayuno.

—¿Y cómo se ha comportado?

—Callado. No se ha separado de la mochila en todo el día. Los otros niños lo miran, pero él parece no verlos.

El hombre asintió, tomando nota sin levantar la vista.

—Tímido. Reservado. Es normal.

Ella dudó un momento antes de añadir:

—No es solo eso. Se le ve… como si estuviera lejos. Triste, pero sin lágrimas. Taciturno, diría yo.

Finalmente, él habló de nuevo, con voz baja:

—Necesitará tiempo. Y alguien que sepa escuchar. Ha pasado por más de lo que cualquiera a su edad debería.

La mujer asintió, sin preguntar más. Afuera, en el pasillo, se oía un murmullo de voces infantiles. Entre ellas, ninguna se parecía a la suya.

Capítulo 25: La voz al otro lado

El silencio volvió de golpe cuando el teléfono dejó de sonar. Nadie se atrevió a moverse, como si el más mínimo gesto pudiera hacer que el mundo se derrumbara sobre ellos. Afuera, la lluvia martilleaba el techo con una furia inmensa, arrastrada por ráfagas de viento que hacían crujir las paredes de la cabaña; dentro, tenián su propia tormenta.

El tercer timbrazo fue aún más fuerte, sonó como un trueno dentro de aquel encierro que los despertó del letargo. Esta vez, Diego no esperó a que nadie reaccionara: se levantó de golpe, tirando la silla al suelo. Marta lo siguió, los ojos abiertos como platos. Clara tardó un poco más en moverse; a Álvaro le costó levantarse, sintiendo el peso del cansancio pegado a la piel.

El teléfono parecía reirse de ellos. Uno, dos, tres tonos. Luego, el silencio.

El teléfono sonó de nuevo, agudo, vibrando en los huesos más que en el aire. Afuera, la tormenta rugía con violencia; el viento golpeaba los cristales como si quisiera arrancarlos de cuajo.

Diego se abalanzó sobre el auricular, lo descolgó con manos temblorosas.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Un zumbido grave llenó la línea, seguido de un crujido eléctrico. La voz llegó después, arrastrada, metálica, como si hablara desde lo profundo de un pozo:

—No estáis… solos.

Las sílabas se arrastraron, deformadas, pero inconfundibles.

Clara palideció.

—¿Lo… lo habéis oído? —susurró, temblando—. Ha dicho que no estamos solos.

Diego apretó el auricular contra la oreja.

—¡¿Quién coño eres?! ¡Habla claro!

El auricular chirrió, como si alguien lo rozara desde el otro lado. La tercera frase llegó rota en dos mitades, como si alguien hablara demasiado cerca del micrófono:

—Volved… —se escuchó un golpe contra la línea—. Os están… esperando.

Un pitido plano cortó de raíz la voz, llenando la sala como un cuchillo de silencio. El auricular quedó colgando, balanceándose lentamente, y el cable chirrió contra la madera como un péndulo macabro. Ninguno se atrevió a hablar. Afuera, el viento golpeó la cabaña con un estruendo que hizo vibrar los vasos sobre la mesa.
Nadie sabía qué hacer. Nadie quiso decirlo en voz alta, pero todos supieron que, aunque el teléfono sonara mil veces, nadie vendría a buscarles.
—¿Quién coño era? —soltó Diego, todavía con el pecho agitado.
—Sonaba… —Clara dudó, apretándose los brazos contra el pecho—. Sonaba como alguien que nos conocía.
Marta negó con la cabeza, con los labios temblando.
—No. Era un truco. Una broma cruel.
—¿La mujer de la agencia, tal vez? —dijo enseguida, como si necesitara aferrarse a esa idea—. Tiene que serlo. ¿Quién más iba a saber que estábamos aquí?
Marta volvió a negar.
—Era… no sé. Era demasiado cercano.
Clara apretó los brazos contra su pecho, temblando.
—Parecía que nos conocía —susurró.
Un silencio incómodo se extendió. Álvaro tragó saliva y habló apenas en un hilo de voz.
—No sé por qué… pero a mí también me ha parecido alguien muy cercano.
Clara giró hacia él, con los ojos muy abiertos.
—¿Quién crees que puede ser entonces?
—No lo sé —se apresuró a decir Álvaro, bajando la mirada—. Solo… me dio la impresión de que quería ayudarnos, de que sabía más de lo que nosotros sabemos.
Diego golpeó la mesa con el puño.
—¡Basta! —rugió—. No vamos a volvernos locos con esto. Era alguien de la agencia, punto. Y si no lo era… entonces no importa. Lo que importa es que no podemos seguir esperando.
Diego golpeó la mesa con el puño y la silla chirrió en el suelo. El ruido fue tan seco que todos lo miraron como si de pronto hubiese gritado.

—Basta de esperar —dijo, con la respiración agitada—. Si el teléfono no funciona, si nadie viene… salimos de aquí por nuestra cuenta. No pienso quedarme a ver quién es el siguiente.
Marta lo observó con los ojos enrojecidos. Su voz sonó hueca, como si no quedara nada de fuerza en ella.
—¿Salir… cómo?
—Cuando llegamos, la costa no estaba tan lejos —insistió Diego, paseándose por la sala como un animal enjaulado—. Fueron unos pocos kilómetros en el barco. Si conseguimos madera, cuerda… lo que sea que flote, podríamos intentarlo. Mejor arriesgar que pudrirnos aquí.
Álvaro tragó saliva. El plan le parecía imposible, pero al mismo tiempo, la sola idea de movimiento lo sostuvo por un instante. Necesitaba creer que había algo que hacer.
—¿Y si la corriente… o si no conseguimos llegar? —preguntó, sin terminar la frase.
Clara tenía los ojos fijos en el mar, más allá del cristal empañado. Su voz salió baja, casi un suspiro.
—Peor sería quedarnos esperando.
Las palabras de Clara dieron un respiro breve, pero Marta se frotó los ojos con rabia.
—No tenemos herramientas, ni fuerza, ni nada. La madera de esta cabaña se hundirá antes de salir. ¿Y si nadie nos encuentra? ¿Y si morimos ahí fuera, más rápido aún?
Diego ya rebuscaba entre mochilas, arrastrando objetos, con una energía que rozaba la desesperación.
—Mejor eso que esto —dijo, señalando la mesa a medio recoger, las sillas vacías, el hueco invisible que había dejado Leo.
La realidad se clavó en todos como un clavo frío. La ausencia pesaba más que las paredes, más que el viento afuera. Álvaro sintió que la isla escuchaba, como si se alimentara de cada palabra, de cada miedo.
Clara se levantó despacio, dejó la taza sobre la mesa y miró la puerta. Nadie más se movió. El mar golpeaba a lo lejos, inabarcable y mudo.

Todos entendieron que había una posibilidad. Pero no sabían si era un camino hacia la salvación… o hacia un final más cruel.

Luego

La madre estaba en la mesa, con los codos apoyados y las manos sosteniéndose la frente. El humo del café se había enfriado ya en la taza, sin que ella le hubiera dado un solo sorbo.

—Ven, siéntate conmigo un rato —dijo, sin mirarlo.

Álvaro dudó en el umbral. Tenía los deberes a medio hacer y un lápiz en la mano, pero lo que en realidad quería era volver al cuarto, cerrar la puerta y leer un cómic que había escondido bajo la almohada.

—Luego, mamá —respondió, fingiendo que el cuaderno pesaba más que sus pies.

Ella asintió apenas, como si entendiera. Sus dedos se enredaron en el borde de la taza, quietos, demasiado quietos.

Álvaro dio un paso atrás, y otro más, hasta perderla de vista. Cuando cerró la puerta de su cuarto, apoyó la espalda en ella y respiró hondo, como si hubiera esquivado algo que le dolía demasiado mirar de frente.

Capítulo 26: El último plan (día 14)

El salón olía a humedad y a ropa mojada. Nadie quería moverse, pero era Diego quien, al final, se puso en pie con los nudillos blancos de tanto apretar los puños. Miró a los demás, con los ojos enrojecidos, y arrastró una silla con brusquedad.

—No podemos seguir aquí esperando. No más. Si nadie va a venir… —Su voz temblaba, pero seguía adelante—. Hay que hacer algo. Aunque sea una locura.

Nadie contestó al principio. Marta, con la mirada fija en un punto invisible del mantel, fue la primera en atreverse a preguntar:

—¿Qué tienes en mente?

Diego se pasó la mano por la cara, tragó saliva.

—Una balsa. O lo que salga. Antes de venir nos dijeron que la costa no está tan lejos. Si el mar está tranquilo, podemos llegar remando.

—¿Con qué? —intervino Marta, casi con una risa incrédula—. ¿Con los remos de la imaginación?

—Podemos usar lo que haya en la cabaña. Madera, cuerdas, todo lo que flote —replicó Diego, casi molesto—. Y buscar en el bosque. Seguro que encontramos troncos, ramas grandes. Algún bidón, lo que sea.

Álvaro, sentado en la esquina, rompió su silencio:

—¿Y si la isla no quiere…?

Calló, sabiendo que no era momento de hablar de supersticiones. Diego lo miró, duro.

—Prefiero morir intentando escapar que quedarme aquí sentado a esperar nada.

Entonces, Clara se levantó despacio, sin decir palabra, y fue a por una vieja caja de herramientas en la cocina. Marta la siguió, arrastrando los pies.

Pronto, el grupo entero andaba rebuscando entre cajones, trastero, y rincones oscuros de la cabaña. Salieron al porche: Diego desmontaba la barandilla, probando la resistencia de las tablas. Marta buscaba sábanas, mantas, cualquier cosa que sirviera de cuerda. Clara revisaba los cajones en busca de clavos, tornillos, algo de cinta aislante.

Álvaro salió al bosque y, entre helechos húmedos, encontró un

tronco ligero, casi podrido, pero que aún aguantaba peso. Se lo echó al hombro, sintiendo que hacía algo útil.
De vez en cuando, se oían pequeñas discusiones:
—Eso no sirve, se va a romper en cuanto toque el agua —protestaba Marta.
—Lo atamos doble —contestaba Diego, sin paciencia.
El sol empezaba a asomarse entre las nubes cuando, poco a poco, los materiales se amontonaron en la playa: maderas, palos, trozos de muebles, una mesa rota, hasta un par de viejas garrafas que encontraron bajo la casa.
Clara, sentada en la arena, anudaba con fuerza una cuerda improvisada mientras tarareaba una melodía sin nombre. Marta, cubierta de polvo, dejó caer una viga y miró el mar.
—Por lo menos así parece que hacemos algo —susurró.
Álvaro se sentó a su lado, las manos llenas de astillas.
—Quizá es lo único que queda —dijo, sin mirar a nadie.
Diego, de pie, los observaba con el ceño fruncido, como si quisiera retener esa imagen: todos juntos, aunque fuera por última vez.
El aire de la playa olía a sal y a madera húmeda. El montón de materiales improvisados crecía sobre la arena: listones, ramas, trozos de muebles, cuerdas hechas de sábanas retorcidas. Los cuatro se movían en silencio, ocupados en una coreografía lenta y torpe.
Diego se agachó junto a los palos más gruesos y, con un hacha pequeña, empezó a igualar los extremos. Cada golpe era una descarga de rabia contenida. Clara le seguía el ritmo, atando con firmeza las cuerdas improvisadas, anudando y desanudando cuando algo se aflojaba.
—Asegúrate de que estén bien tensas —decía Diego, sin levantar la vista—. Si falla una, nos vamos al fondo.
Marta, empapada de sudor y tierra, trataba de encajar las piezas de madera como si armara un rompecabezas. De vez en cuando, maldecía en voz baja cuando alguna tabla se resquebrajaba en sus manos.
—¿Esto cuenta como bricolaje avanzado? Porque me veo fatal en la portada del catálogo de náutica —intentó bromear, pero la voz le

salió ronca, sin chispa.
Álvaro, por su parte, cortaba con el cuchillo trozos de tela y los iba atando a las juntas, apretando hasta que le dolían los dedos. Cada nudo era una excusa para no pensar. Se fijó en la forma de la balsa, en cómo se sostenía sobre la arena: tosca, inestable, pero real.
—¿Creéis que flotará? —preguntó, sin mirar a nadie.
Clara se encogió de hombros, con una sonrisa leve y triste.
—Tiene que hacerlo. Ya hemos apostado demasiado por este plan.
El trabajo continuó bajo un sol que iba y venía tras las nubes. De vez en cuando, Marta buscaba más cuerda en la cabaña. Diego probaba el peso de la estructura empujando con el pie y ajustando los amarres. Clara se encargaba de fijar las garrafas y los bidones vacíos a los extremos, para darles más flotabilidad.
Se les iban las horas entre nudos, pruebas y pequeños ajustes. Se escuchaba solo el rumor del mar y el crujir de la madera. A ratos, una gaviota pasaba cerca y Marta alzaba la cabeza, como si buscara alguna señal de tierra firme.
Fue entonces cuando Álvaro se detuvo. El cuchillo quedó suspendido en su mano.
—¿Habéis oído eso?
Clara levantó la vista. Diego siguió trabajando, pero su gesto se endureció.
—¿El qué?
Del bosque, a espaldas de la playa, llegó un ruido apagado, como pasos que hundían hojas húmedas. Luego, silencio.
Marta dejó caer la cuerda y giró hacia los árboles.
—No hay nadie ahí… —dijo, pero la frase no sonaba a certeza.
Otro crujido, más cercano. No era viento. No era animal.
Por un instante, los cuatro se quedaron quietos, mirándose sin saber qué hacer.
Diego fue el primero en romper el hechizo: alzó el hacha y la descargó con fuerza contra una tabla, como si el golpe mismo pudiera tapar el miedo.
—Da igual —gruñó—. No vamos a perder tiempo con fantasmas.
El ruido no volvió. Solo el mar y el sol que caía a trompicones entre nubes.

Volvieron al trabajo, más tensos, como si cada nudo, cada clavo, fuera también un conjuro contra lo que se escondía en el bosque.
Al atardecer, la balsa estaba lista. No era bonita. Pero era suya.
Clara se sentó sobre las tablas, con las rodillas al pecho.
—Ojalá esto nos lleve a casa —susurró.
Marta, de pie en la arena, se frotó los brazos como si tuviera frío.
—Aunque solo sea… lejos de aquí —añadió, casi en un murmullo.
Álvaro observaba el horizonte.
—Lo conseguiremos —dijo, sin apartar la vista del mar.
Diego se quedó callado un instante, mirando la línea gris del agua. El silencio era tan grande como la distancia que les quedaba por recorrer.
—Mañana —repitió al fin.
Nadie se atrevió a decir nada más.

Capítulo 27: El precio del mar (día 15)

El amanecer llegó sin apenas avisar, gris y opaco, cubriendo la playa de una luz fría. El grupo se reunió junto a la balsa, con las mochilas preparadas y los ojos hinchados de insomnio. Nadie desayunó. Nadie dijo nada que no fuera necesario.

Diego fue el primero en empujar la balsa al agua. El esfuerzo les arrancó las últimas fuerzas, pero la adrenalina lo disimuló. Una vez que la estructura flotó, todos se miraron, buscando un último asentimiento, una señal de que era ahora o nunca.

—Vamos, antes de que el viento cambie —apremió Diego, serio, sin alzar la voz.

Uno a uno, subieron a la balsa. Las tablas crujieron, pero aguantaron. Marta se sentó junto a Clara, sus manos heladas, aferradas a los bordes. Álvaro se acomodó junto a Diego, que sostenía una vara a modo de remo improvisado.

El mar estaba en calma, como si la isla quisiera despedirlos sin oponer resistencia. Cada remada los alejaba un poco más.

Durante los primeros minutos, todo pareció posible. El rumor de las olas era suave, y hasta el aire olía a promesa. A la isla la vieron hacerse pequeña poco a poco; el bosque, la cabaña, la roca del entierro de Leo… todo quedaba atrás, difuminándose en la niebla del recuerdo.

—No lo estamos haciendo tan mal —susurró Marta, con una sonrisa temblorosa, como si temiera romper el hechizo.

Clara asintió, apretando la mano de su amiga.

—Nos lo debemos —dijo—. Al menos intentarlo.

Diego remaba, concentrado, respirando hondo para no mirar atrás. Álvaro ayudaba, aunque el cansancio le atenazaba los brazos.

Por unos minutos, la esperanza fue más grande que el miedo.

Y entonces, el viento cambió.

Unos nubarrones comenzaron a crecer en el horizonte, lentos y amenazantes. El mar, al principio dócil, empezó a agitarse bajo la balsa, como si algo se hubiera despertado al verlos alejarse.

Pero eso aún está por llegar.

El cielo, hasta hacía un instante solo gris, se cerró de pronto. Una ráfaga de viento helado azotó la balsa, haciendo que todos se

aferraran a lo que pudieron. Las primeras gotas de lluvia cayeron pesadas, casi con rencor.
—¡Remad! —gritó Diego, su voz firme sobre el rugido del viento—. ¡No dejéis de remar!
El mar se transformó en cuestión de minutos. Las olas, antes dóciles, se elevaron como animales furiosos. La balsa crujía y oscilaba. Marta lloraba en silencio, los nudillos blancos de tanto apretar el borde; Clara intentaba ayudar a remar, pero las manos le temblaban, y el agua le cegaba los ojos.
Álvaro sentía los músculos entumecidos, la garganta seca de tanto tragar sal y miedo. La orilla había desaparecido tras un muro de espuma.
Otra ola se estrelló contra ellos. La balsa giró bruscamente, y uno de los tablones cedió por un costado, haciendo que Clara casi resbalara hacia el agua. Diego reaccionó como una bestia acorralada: la sujetó por el hombro con una mano, mientras con la otra se aferraba al mástil improvisado que mantenía el equilibrio. Gritó sin voz, solo con la fuerza del cuerpo.
—¡No sueltes nada! ¡Aguanta! —escupió, con la cara empapada.
Clara, temblando, asintió mientras se aferraba a la madera.
La siguiente ola arrancó una de las garrafas que les daba flotabilidad, dejándolos aún más a merced del mar. Diego se lanzó a cuatro patas por la balsa, mojado, exhausto, y sujetó una cuerda a una de las vigas centrales, rehaciendo el nudo bajo un chaparrón salvaje que parecía desdibujar el mundo.
Álvaro intentó ayudar, pero Diego le gritó:
—¡Quédate firme! ¡No se puede perder más peso por ese lado!
Cada nudo que apretaba era un latido más arrancado al agotamiento. Su camisa estaba hecha jirones, las manos ensangrentadas por los arañazos de la madera y la soga. Pero sus ojos seguían claros, determinados, como si no se permitiera flaquear mientras los demás dependieran de él.
Y entonces vino la ola que lo cambió todo.
Una ola, más alta que las demás, golpeó la balsa de costado. Todo pareció volcarse. Los gritos, el agua, el frío. Diego se levantó en un

movimiento seco, empujando a Marta y Clara hacia el centro de la balsa, asegurándose de que no cayeran.
—¡Agarraos! —bramó, y su mano se cerró en torno a la muñeca de Álvaro justo a tiempo, ayudándole antes de que otra ola lo barriera de la cubierta.
Pero la siguiente embestida no perdonó. La balsa se ladeó, y Diego, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se arrojó hacia el lado contrario, equilibrando el peso para que la embarcación no volcase. Por un segundo, pareció que lo conseguía.
Pero entonces, sus pies resbalaron. Diego cayó al agua con un golpe sordo. Apenas hubo tiempo para un grito, para un brazo extendido. Se le vio bracear entre la espuma, luchando contra la corriente como una bestia herida, empeñado en mantenerse cerca de la balsa por volver. Pero la corriente era demasiado fuerte. La espuma se lo tragaba. Sus ojos se cruzaron un instante con los de Álvaro, y en esa mirada, todo quedó dicho: sabía que no saldría de allí.
—¡Diego! —clamó Marta, pero su voz se perdió entre el estruendo del mar.
La balsa dio un último bandazo. Clara y Marta, mojadas y ateridas, apenas pudieron aferrarse a la madera. Álvaro, con la garganta rota de gritar su nombre, miró al agua esperando verlo aparecer. Pero solo las olas respondieron, tragándose la figura de Diego en un remolino ciego.
El temporal, de repente, empezó a remitir, como si la isla, satisfecha, se hubiera cobrado su precio. La balsa, maltrecha pero aún a flote, fue arrastrada de nuevo hacia la costa.
Cuando la arena helada tocó sus pies, Álvaro, Marta y Clara estaban de rodillas, empapados y exhaustos. Ninguno habló. No sabían si dar las gracias por seguir vivos, o si pedir perdón por no haberlo conseguido todos.
Sobre el mar, las nubes se abrían, pero nada era igual. La isla, muda, los esperaba de nuevo.
Durante un instante, ninguno se atrevió a moverse. El silencio era tan absoluto que solo se oía el agua resbalando por la madera y los sollozos contenidos de Marta.

Álvaro fue el primero en incorporarse. Se levantó tambaleante, los pies descalzos hundiéndose en la arena fría. Ayudó a Clara, que parecía aún en trance, a bajar de la balsa. Marta, con el rostro hundido entre las manos, tardó en reaccionar. Cuando por fin lo hizo, se dejó caer sobre la playa, llorando sin voz.

Clara, al tocar tierra, se derrumbó contra el hombro de Álvaro, como si todo su cuerpo hubiera perdido la fuerza. Murmuraba algo entrecortado, frases sin sentido, como si intentara convencer al mar de que lo devolviera.
Marta golpeó la arena con el puño, una y otra vez, hasta dejar los nudillos rojos. Cada golpe era un reproche, un castigo, un "¿por qué?" que no podía pronunciar.
Álvaro permaneció quieto, abrazando a Clara. Sentía la sal pegada en la piel, pero lo que lo abrasaba era otra cosa: el recuerdo de la mirada de Diego, clavada en él. Sabía que nunca se borraría.
Ninguno se atrevió a mirar el mar. Ninguno se atrevió a mencionar su nombre, pero la sombra de lo ocurrido pesaba sobre los tres, haciéndolos sentir más solos, más perdidos.
Cruzaron la playa en silencio, avanzando hacia la cabaña como autómatas. Cada paso sobre la arena les recordaba la fragilidad de lo que quedaba. Cuando por fin llegaron a la casa, se sentaron en el porche, sin decir palabra.
Clara se abrazó las piernas, la mirada perdida en algún punto donde el mar y el cielo se confundían. Marta se tapó el rostro con las manos y se balanceó levemente, como si buscara consuelo en ese movimiento. Álvaro, sentado a un lado, sólo podía escuchar el eco del mar, preguntándose cuántas veces más podrían soportar esa sensación de pérdida.
La isla parecía más pequeña que nunca, y la noche que caía no traía promesa alguna de alivio.
El miedo dejó de ser algo externo. Ahora era íntimo, pegajoso, como una segunda piel. Y mientras la oscuridad lo llenaba todo, supieron que la isla no los dejaría ir. Era una realidad que pesaba más que el recuerdo de quienes ya no estaban.

Diario de Álvaro – 10 años
Hoy mamá estaba en la cama.
Me dijo que le dolía la espalda.
Creo que papá la empujó ayer, pero no lo dijo.
Me pidió que me quedara un rato.
Yo dije que estaba cansado y que quería dormir en mi cuarto.
No era verdad.
Solo no quería mirar su cara triste otra vez.
Cuando cerré la puerta escuché la tele encendida.
Sonaba muy bajito.
No sé si se quedó dormida o si estaba llorando.
No quise mirar.

Capítulo 28: Tregua (día 16)

La luz del amanecer entraba sin entusiasmo por las rendijas de las contraventanas. Era una claridad pálida, tímida, que apenas se atrevía a tocar los rincones de la cabaña. Nadie se había levantado de verdad. Simplemente dejaron de fingir que dormían.

Álvaro estaba tumbado boca arriba en el colchón, con los ojos abiertos desde hacía horas. No pensaba en nada concreto, y aun así la mente no encontraba descanso. A su lado, Clara seguía inmóvil, con el rostro vuelto hacia la pared. No sabía si dormía o si, como él, se limitaba a sobrevivir al paso del tiempo.

Alguien caminaba por la casa. El crujido irregular del suelo delataba a Marta. Una vuelta, otra. Abriendo y cerrando armarios sin rumbo. A veces se detenía frente a la puerta, a veces ante la ventana. Cada paso parecía marcar un intento fallido de huir de sí misma.

Nadie había dicho una palabra desde que regresaron de la playa. Álvaro se levantó despacio, sin hacer ruido, aunque no había nada que interrumpir. Se calzó las zapatillas con torpeza y salió al porche. El aire era frío, cargado de sal y humedad. El mar estaba ahí, manso por fuera, pero con esa vibración tensa que Álvaro ya había aprendido a identificar como amenaza.

Se sentó en el escalón más bajo. Apoyó los codos en las rodillas y dejó que la cabeza colgara, como si su cuerpo estuviera demasiado cansado incluso para sostener el cuello. Escuchaba el roce de sus propios latidos en las sienes. El mar, más allá, rompía con una cadencia indiferente, como si nada hubiera ocurrido el día anterior. Como si no faltara alguien.

Desde dentro llegó el sonido apagado de algo cayendo: un cubierto contra el suelo, tal vez. No importaba. Clara seguía sin salir. Marta seguía sin parar de moverse.

En algún momento, alguien colocó una taza sobre la mesa. Nadie la tocó. Un par de galletas quedaron sobre un plato, reblandecidas por la humedad. El desayuno había pasado de ser una rutina vacía a un gesto puramente simbólico, como si seguir poniendo algo en la mesa significara que aún quedaban motivos.

Clara se levantó al cabo de un rato, con los ojos vidriosos, las mejillas enrojecidas por el roce de la almohada. No dijo nada.

Tampoco lo hizo cuando Marta la miró de reojo desde la cocina.
El aire estaba cargado de todo lo que no se decía. La tristeza no era ya una emoción concreta, sino una forma de estar. Lo impregnaba todo: las manos temblorosas, los pasos arrastrados, los gestos mínimos que antes hacían sin pensar.
Marta dejó caer una cuchara en el fregadero con más fuerza de la necesaria. Se apoyó en la encimera, dándole la espalda a las demás. Respiraba hondo, como si cada bocanada de aire doliera. Cuando se giró, tenía los ojos brillantes.
—No podemos seguir así —murmuró, apenas por encima del murmullo del mar.
Fue lo primero que dijo nadie en horas. No obtuvo respuesta, pero la frase quedó flotando en el ambiente, cargada de algo distinto. No era alivio ni esperanza. Más bien era una grieta.
Clara se sentó en una silla. No cruzó la mirada con Álvaro, que acababa de entrar. Nadie se atrevía a romper del todo ese frágil equilibrio en el que habían entrado. Una especie de tregua muda que nadie quería firmar pero todos respetaban por miedo a lo que pudiera pasar si dejaban de hacerlo.
Marta seguía de pie. No se movía, no comía, no hablaba más. Pero algo en su expresión había cambiado. Como si estuviera esperando una señal que no terminaba de llegar.
Marta se detuvo en seco en mitad del salón. Había estado rondando por la casa como un animal enjaulado, pero ahora su cuerpo entero parecía decidido. Sus ojos, enrojecidos por la falta de sueño, recorrían lentamente la estancia, hasta posarse en Clara y Álvaro con una mezcla de rabia y dolor.
—Esto no puede acabar así —dijo.
Su voz, aunque rota, sonó firme. Fue como un chasquido que atravesó la quietud forzada de la casa. Clara levantó la vista. Álvaro giró el rostro con lentitud, como si las palabras le hubieran llegado desde muy lejos.
Marta no esperó respuesta.
—No pienso ser la siguiente en desaparecer sin hacer nada.
Clara se incorporó un poco en el sillón, aún abrazada a sí misma. Tenía la expresión de quien teme que cualquier movimiento pueda

desencadenar una tormenta. Álvaro, sin moverse de su sitio, suspiró con los ojos fijos en el suelo.
—Salir sin rumbo es casi lo mismo que rendirse —murmuró él, con un tono apagado, como si hablara consigo mismo.
Marta dio un paso hacia él, no agresiva, pero sí cargada de una urgencia que ya no podía contener.
—¿Y quedarse aquí no lo es? ¿Eso es luchar para ti? Esperar otro milagro que no va a llegar. Diego se lanzó al mar por algo, ¿no? Porque creyó que aún quedaba una salida.
—Y ya no está —dijo Álvaro, sin levantar la voz, pero con un filo amargo que cruzó el ambiente como una navaja.
Clara se incorporó del todo, alzando una mano como si pudiera detener la dirección que tomaban las palabras.
—Si salimos, debe ser juntos —dijo—. Y con algo pensado. No podemos seguir improvisando. Cada vez que alguien actúa por su cuenta…
No terminó la frase.
Marta se rió, pero fue una carcajada hueca, rota, que no contenía alegría alguna.
—¿Y qué vas a pensar tú que no hayamos pensado ya? —espetó, mirándola con los ojos muy abiertos—. ¡No queda nada que pensar! ¡No hay más esquinas que no hayamos visto, ni caminos que no hayamos pisado!
Clara bajó la mirada. No por rendición, sino por agotamiento. Álvaro se puso en pie con lentitud, como si cada músculo del cuerpo pesara una tonelada. Caminó hacia ellas, sin decidir de qué lado estaba.
—No podemos seguir rompiéndonos entre nosotros —dijo—. Si salimos, salimos. Pero salimos todos. Y lo que pase, pasa con los tres.
Marta apretó los dientes, tragando una respuesta que se le quemaba en la garganta. Pero al final, asintió. Una vez. Rápido.
—Vale.
Clara se levantó también. Sus piernas flaquearon un instante, pero no se permitió titubear.
—Necesitamos agua. Algo de comida. Y decidir qué dirección tomar.

—Podéis traer lo que queráis —dijo Marta—. Pero yo no pienso quedarme aquí un minuto más del necesario.
Nadie discutió más. El acuerdo era casi fingido, pero lo suficiente para ponerlos en marcha. Una especie de pacto mudo entre tres personas que no sabían si se estaban salvando… o perdiendo juntas.

Puños cerrados

Tenía once años y el recreo era el lugar donde más ruido hacía el mundo.

Los demás corrían, se empujaban, reían tan fuerte que dolía en los oídos. Álvaro se sentaba siempre en el mismo banco, la mochila contra el muslo, mirando el suelo.

—¿Por qué siempre estás solo? —preguntó una voz.

Alzó la mirada. Era un niño de su clase, uno de los que siempre estaba rodeado de otros. Tenía el pelo revuelto y una sonrisa que parecía no gastarse nunca.

—No estoy solo —dijo Álvaro—. Estoy bien aquí.

El niño botó un balón de goma en el suelo y rió, esa risa clara que hacía que otros dos o tres se volvieran a mirar.

—Pues parece que te castigan todos los días.

Era una broma.

Solo una broma.

Pero algo se encendió en Álvaro.

—No me castigaron —respondió, la voz seca, dura.

El niño alzó las cejas.

—Era broma, tío.

El balón rodó hasta los pies de Álvaro. Lo recogió despacio. Podría haberlo devuelto con una sonrisa, podría haberle dicho algo para unirse al juego.

Pero en su cabeza resonaba la palabra castigo.

La risa de aquel niño, tan fácil, tan ligera.

Cómo todos lo seguían siempre.

Tiró el balón con fuerza hacia la valla.

El golpe seco resonó en todo el patio.

—¡Eh! —protestó el niño, corriendo tras él.

Álvaro se levantó del banco, el corazón golpeándole el pecho. Se quedó quieto, los puños cerrados, sintiendo el calor subiéndole por la cara.

Cuando el niño volvió, no dijo nada. Solo lo miró con una mezcla de burla y desconcierto antes de alejarse con el balón bajo el brazo.

Álvaro volvió a sentarse. No se sintió mejor.

Se miró las manos. Estaban rojas de tanto apretar.

Capítulo 29: El lazo

El bosque no parecía el mismo. Tal vez lo era, pero algo había cambiado. Las ramas se curvaban cerrándose sobre ellos. Cada paso levantaba el susurro de hojas mojadas, de ramas partidas tiempo atrás.

Marta iba por delante, casi sin mirar atrás. Su andar era firme, resuelto, cada pisada era un acto de desafío. Avanzaba con los brazos tensos, en alerta por si el bosque pudiera morderla en cualquier momento y ella no pensara dejarse.

Álvaro iba en medio, girando la cabeza de tanto en tanto. Observaba el vaivén de los hombros de Marta, y detrás, los pasos cautelosos de Clara, que se aferraba a una rama, que hacía de bastón. Su expresión era de pura inquietud. Cada crujido le hacía tensarse, esperando que de entre los árboles pudiera salir algo —o alguien— a tragárselos.

Ninguno hablaba. Habían salido con la promesa de mantenerse juntos, pero la tensión se filtraba entre ellos como una neblina peligrosa. Álvaro sentía que cada uno estaba solo, en su propia isla interior, caminando juntos solo por apariencia.

El bosque era ahora un lugar más oscuro del que recordaban. Las copas de los árboles parecían más cerradas, el cielo se hubiera encogido sobre ellos. No había pájaros. No había insectos. Solo ellos y sus propias respiraciones.

El tiempo se había vuelto extraño. A Álvaro le daba la impresión de que llevaban horas caminando, pero su reloj —si es que aún marcaba algo coherente— decía que apenas habían pasado treinta minutos.

—¿Alguien recuerda este sendero? —preguntó Clara, con un hilo de voz.

Nadie respondió.

Avanzaron un poco más, hasta que Marta, sin previo aviso, se detuvo en seco.

—¿Qué es eso? —murmuró.

Álvaro dio un paso al frente, y entonces la vio.

Colgando de una rama gruesa, a la altura de la cabeza, pendía una cuerda vieja. No una cuerda cualquiera: gruesa, raída, ennegrecida

por la humedad y el tiempo. El nudo que la coronaba era inconfundible.
Un lazo.
Ninguno se movió durante largos segundos.
—Parece antigua —dijo Álvaro al fin—. Muy antigua. Puede llevar años aquí.
—O no —susurró Clara, con los ojos clavados en el lazo como si éste pudiera mirarla también—. O no tanto.
Marta no decía nada. Se acercó unos pasos, con los brazos cruzados. No parecía asustada, sino algo peor: completamente vacía. Miró la cuerda durante tanto tiempo que Clara le puso una mano en el hombro.
—Vamos Marta —le dijo.
—Alguien ya pensó en rendirse aquí —dijo Marta, sin moverse—. En este sitio exacto.
Clara la miró, confundida.
—Y nosotros no lo haremos… ¿Vale?
Marta no contestó. Se dio la vuelta lentamente, sin apartar la mirada hasta el último segundo. El grupo siguió andando, pero algo de ellos se había quedado allí. La imagen de esa cuerda les colgaba ahora también de la nuca, balanceándose con cada paso. Y el bosque, tras ellos, volvió a cerrar el paso.
No habían avanzado ni veinte pasos cuando se dieron cuenta de que Marta ya no iba con ellos. Clara fue la primera en darse la vuelta. Su voz, pequeña, rompió el silencio.
—¿Marta?
Álvaro giró sobre sus talones. Marta no los había seguido. Estaba de nuevo junto a la cuerda, con una mano alzada, tocándola como si comprobara su textura, como si el tiempo no existiera.
—¡Marta! —llamó él, avanzando un paso.
Ella no se inmutó. La soga se balanceaba muy despacio, pero el viento no soplaba.
Álvaro miró a Clara, que negaba con la cabeza. Su rostro había perdido color.
—No… no debería tocar eso.

Un crujido leve se oyó detrás de los árboles. No parecía animal. Ni ramas rotas. Era otra cosa, más profunda. Como un aliento contenido entre hojas. Luego, otro sonido: un susurro apenas audible, una sílaba que se coló entre las copas, deslizándose como una idea que uno no quiere recordar.
—¿Lo oís? —preguntó ella entonces, con voz extrañamente serena. Ni sorprendida ni asustada. Como si llevara todo el camino esperando ese momento—. Es él.
—¡Marta, aléjate! —gritó Álvaro, dando un paso más. La tensión en su garganta lo hizo sonar más alto de lo que pretendía.
Pero Marta no se movió. Acariciaba la cuerda como si fuera parte de algo sagrado. O prohibido.
Clara ni siquiera podía hablar. Tenía las manos juntas frente al pecho y una expresión que bordeaba el pánico y la súplica.
Marta les dio la espalda, pero no del todo. Su rostro seguía ligeramente girado hacia ellos, lo suficiente como para que vieran la extraña calma en sus ojos.
—Él no quiere hacer daño —susurró—. Solo que entendamos.
—¿Qué estás diciendo? —Álvaro ya estaba a pocos metros. El aire entre ellos se había vuelto más frío.
Marta esbozó algo que parecía una sonrisa. Triste. Agradecida. Como quien por fin entiende una pregunta que llevaba años sin saber formular.
—Yo voy a ir con él.
Y echó a correr. No hacia el sendero, no hacia la cabaña. Sino hacia el interior del bosque, hacia donde la maleza era más espesa, hacia donde ni siquiera los sonidos se atrevían a entrar.
Álvaro corrió tras ella, pero las ramas se cerraban como dedos de una mano que no quiere soltar lo que atrapa. Cada paso era más difícil. Marta desapareció entre los árboles, tragada por la espesura.
—¡Marta! —gritó él, desgarrando su voz.
Nada respondió.
Sólo se escuchaba algún susurro. Como si el bosque respirara muy cerca de su oído. Pero la frase no terminaba. Parecía que incluso el bosque tuviera miedo de alzar la voz.

Los árboles seguían cerrándose como barrotes a cada paso. Álvaro corría, apartando ramas que le arañaban la cara, el pecho, los brazos. Clara iba detrás, tropezando, jadeando, llamando a Marta una y otra vez con una voz que se rompía en cada grito.
—¡Marta! ¡Marta, por favor!
Pero el bosque parecía tragarse cada palabra. No había respuesta. Solo el crujir de hojas secas, el zumbido de insectos invisibles, y la angustia creciendo en el pecho.
—¡MARTA!
Álvaro giró sobre sí mismo. Todo parecía igual. Troncos altos, raíces serpenteantes, luz filtrándose a jirones entre las copas. El camino ya no era camino, si es que alguna vez lo fue. Habían corrido sin pensar, sin marcar dirección, sin dejar rastro.
—¿Por dónde ha ido? —preguntó, sin esperar respuesta.
Clara negó con la cabeza, los ojos desorbitados. Tenía un arañazo en la mejilla y una rodilla ensangrentada, pero no parecía notarlo.
—Estaba justo… delante… —balbuceó—. No puede haber desaparecido así.
Álvaro avanzó otros metros, apartando matorrales con las manos desnudas. La piel le ardía, pero no se detenía. Su respiración era un animal salvaje atrapado en la garganta sin escapatoria.
Y entonces, lo vio. Una zapatilla.
Negra, sucia, con el cordón deshecho. En medio del claro. Tan colocada que parecía puesta a propósito.
Se agachó de golpe, la alzó, la giró. Era de Marta. Sin duda. La tela estaba húmeda, fría.
—¡Clara! ¡Aquí!
Ella llegó unos segundos después, tambaleante. Vio la zapatilla, y luego a Álvaro.
—¿Está cerca?
—Tiene que estarlo —dijo él, ya moviéndose de nuevo, como si ese hallazgo reabriera un sendero invisible—. ¡Marta!
Pero no había rastro. Ni una huella. Ni ramas rotas. Solo silencio.
Clara se detuvo. No por agotamiento, sino por algo más hondo. Por un presentimiento seco, brutal. Como si el bosque le hablara sin palabras.

—Álvaro —murmuró.
Él no la escuchó. Estaba arrancando hojas, buscando señales en la tierra húmeda. Su desesperación era un temblor en todo el cuerpo que no lo abandonaba.
—¡Marta! ¡Contesta, joder!
—Álvaro… —repitió Clara, más fuerte esta vez.
Él se giró, con los ojos inyectados en rabia y miedo.
—¿Qué?
Clara no respondió enseguida. Caminó despacio hasta él, puso una mano en su brazo, temblorosa.
—No está.
—¿Cómo que no está? —la voz de Álvaro temblaba de ira contenida.
El silencio se estiró como un hilo a punto de romperse. Entonces, un sonido. Débil. Apenas un gemido.
Álvaro y Clara se miraron y corrieron hacia el origen del ruido. A pocos metros, entre un grupo de helechos aplastados, encontraron a Marta. Estaba tendida de lado, con el cabello pegado a la cara y la ropa cubierta de barro. Sus manos estaban abiertas, la piel rasgada por los arañazos.
Clara cayó de rodillas junto a ella.
—Marta… —susurró, apartándole el pelo de la frente.
La respiración de Marta era débil, irregular. Sus labios se movieron, pero no salió sonido.
—Ayúdame —dijo Álvaro, y juntos la incorporaron. Marta estaba consciente a ratos, los párpados abriéndose y cerrándose como si luchara contra un sueño demasiado pesado.
Con esfuerzo, la cargaron entre los dos, avanzando de vuelta hacia la cabaña. Cada paso era un suplicio, el bosque se alargaba a propósito, era una realidad que no quería dejarlos salir de allí.
Cuando por fin cruzaron la puerta, dejaron a Marta sobre el colchón del salón. Clara buscó agua y limpió sus manos, mientras Álvaro encendía la lámpara de aceite.
Marta abrió los ojos por un instante. Los miró a los dos con una extraña calma.
—¿Dónde estoy? —susurró, apenas audible.

—Estás con nosotros Marta, estás en la cabaña. —dijo Clara, con un hilo de voz.
Pero Marta volvió a cerrar los ojos de nuevo.

Informe

—¿Has notado lo que está pasando con él? —preguntó la maestra, bajando la voz.

El psicólogo asintió, pasando las hojas de un expediente demasiado delgado.

—No quiere contacto con nadie. Ni con los compañeros, ni con los adultos. Dice que está bien, pero no responde a preguntas básicas.

—Antes era tímido —añadió ella—, pero ahora… Es diferente. Se levanta en mitad de clase, se va sin avisar. Ha empujado a un niño la semana pasada. Con fuerza.

El psicólogo anotó algo con letra rápida.

—No es raro después de lo que ha pasado. Pero lo que me preocupa es que no parece sentir nada después.

—¿A qué te refieres?

—A que cuando le pregunto por el incidente, no se justifica. No se defiende. Solo se encoge de hombros. Ni siquiera parece enfadado.

La maestra entrelazó las manos sobre la mesa.

—A veces tengo la sensación de que nos observa. Como si estuviera analizando todo lo que hacemos.

Hubo un silencio breve, pesado.

—Lo que necesitamos —dijo el psicólogo al final— es tiempo. Y que no se quede solo con esa rabia.

—¿Y si no es rabia? —preguntó ella, en voz más baja.

Él levantó la vista, arqueando una ceja.

—¿Entonces qué es?

La maestra tardó en responder.

—No lo sé. Pero algo se está rompiendo ahí dentro. Y me da miedo que no sepamos cómo pegarlo de nuevo.

Capítulo 30: Despertar

A Marta le costó regresar del lugar en el que había estado. Despertó despacio, sus párpados parpadearon varias veces antes de fijar la mirada en el techo. Clara, que no se había apartado de su lado, se inclinó inmediatamente hacia ella.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con una voz suave.

Marta se incorporó despacio, apoyando las manos en el colchón. El cabello se le pegaba a las sienes, y tenía un poco de barro seco en la cara.

—Cansada —respondió al fin.

Álvaro se acercó desde la ventana, donde llevaba un rato de pie, observando la línea oscura de los árboles. Se agachó a su altura.

—Nos has asustado. De repente comenzaste a correr y te encontramos en medio del bosque.

Marta bajó la mirada.

—No sé qué me pasó. Solo… sentí algo. Era como si alguien me empujara por dentro. Y eché a correr. No pensaba. No decidía. Simplemente corría.

Clara frunció el ceño, apoyando un brazo sobre sus rodillas.

—¿Recuerdas algo más?

Marta negó con la cabeza.

—Imágenes sueltas. La cuerda… el bosque… el sonido de mis propios pasos. Después nada. Cuando abrí los ojos ya estaba aquí.

Nadie habló durante unos minutos. Solo el crepitar de la lámpara de aceite, el goteo insistente del grifo y el rumor lejano del mar llenaban el espacio.

Al cabo de un rato, Marta habló.

—Gracias — Su voz sonaba ronca, pero decidida.

—Por traerme de vuelta. No sé qué me pasó, ni por qué salí corriendo así… Solo sé que, si no me hubierais encontrado, no estaría aquí.

Clara esbozó una sonrisa triste.

—No íbamos a dejarte allí.

Álvaro se apartó de la ventana y se agachó junto a ellas.

—Nos asustaste mucho.

Marta suspiró y se cubrió el rostro un momento, como si le pesara todo lo vivido en las últimas horas.
—También quería deciros que, he estado muy tensa estos días. Grité más de lo que debía, me enfadé más de lo que tocaba… Y no es justo para vosotros.
Clara le puso una mano en el brazo.
—Todos hemos estado muy tensos, es normal —dijo—. Nadie sabía cómo manejar lo de Leo, y lo de Diego fue lo último que nos esperábamos.
—Sigo sin entender lo de Leo —confesó Marta en voz baja—. No sé si fue algo que dijimos, algo que no vimos… —sus ojos se llenaron de lágrimas—. No puedo dejar de pensar que podríamos haberle parado.
Álvaro cerró los ojos un segundo.
—Yo también lo pienso —admitió—. Y también siento que me enfadé contigo injustamente, creo que necesitaba culpar a alguien. Lo siento mucho.
Marta lo miró, sorprendida por la confesión. Luego asintió.
—Estamos perdiendo demasiado tiempo peleando entre nosotros.
—A veces sueño que siguen aquí —dijo Clara de pronto —. Que si salgo fuera los veré en la playa. David contando chistes malos, Leo haciéndole callar, Diego vigilando que nadie se meta en líos.
Marta sonrió, con una tristeza luminosa.
—Diego estaría montando un horario de turnos para pescar y traer leña.
Álvaro rió suavemente, breve pero sincero.
—Sí. David estaría protestando porque tiene sueño. Y Leo estaría riéndose de todo esto, diciendo que la isla es una metáfora de algo que solo él entiende.
Por un momento, los tres sonrieron. Era un instante minúsculo de vida, habían recuperado algo, solo un poco, de lo que habían perdido.
—Tenemos que salir de aquí —dijo Marta, al cabo de un rato. Su tono no era impulsivo esta vez, sino sereno—. No quiero que nadie más falte.

Clara asintió.
—Pero esta vez tiene que ser bien. No podemos improvisar. Si encontramos la forma de llegar a casa, debe ser segura, o al menos prepararla bien.
—Podemos recorrer el lado del acantilado por la mañana —propuso Álvaro—. Quizá haya otra cala, o restos de alguna lancha.
Marta enderezó la espalda.
—Lo hacemos juntos. Y si encontramos algo… lo intentamos.
Álvaro alargó la mano y la dejó sobre la madera del suelo. Clara la cubrió con la suya. Después, Marta puso la suya encima.
No hubo discursos ni planes grandilocuentes. Solo ese gesto silencioso, pequeño, que por un instante les devolvió la sensación de ser un grupo, de ser algo más que tres supervivientes.
Esa noche durmieron cerca unos de otros, haciéndoles sentir seguros desde hace mucho tiempo.

La cuerda (Álvaro, 20 años)

Álvaro encontró un pedazo de cuerda olvidado en el trastero. No recordaba de dónde había salido, quizá de alguna mudanza, quizá de su padre, y ese detalle le revolvía aún más el estómago.

La llevó a su cuarto sin pensarlo demasiado. Cerró la puerta, bajó la persiana a medias y se quedó a oscuras, con el aire denso, cargado de polvo. La cuerda en sus manos parecía más pesada de lo que era.

Pasó un buen rato sentado en la cama, en silencio, jugando a hacer nudos, como si aún fuera un niño que aprendía en los campamentos. Pero no era un juego. Cada nudo que apretaba le daba la sensación de que todo lo demás se aflojaba: el miedo, la culpa, el recuerdo de su madre en la bañera.

Se levantó al fin, temblando. Enganchó la cuerda al marco del armario y la miró como si no fuera real, como si no pudiera ser él quien había hecho aquello. Probó a meter la cabeza en el lazo. Le faltó el aire, no por la cuerda, sino por el vértigo de pensar que quizá era lo único que tenía sentido.

No llegó más lejos. Sus piernas se doblaron y cayó de rodillas, arrancándose el lazo de golpe. El armario crujió, como si fuera a venirse abajo. Álvaro se quedó en el suelo, con la cuerda apretada entre los dedos y la garganta ardiendo.

Cuando al fin pudo respirar, no sintió alivio, solo vergüenza. Ató la cuerda en una bolsa de plástico y la tiró en un contenedor, lejos de su casa. Caminó varias calles con los nudillos aún marcados y una idea fija en la cabeza: no volver a intentarlo.

*Esa noche no durmió. Y al amanecer, mientras el sol entraba por la persiana medio rota, se sorprendió al descubrir que la cuerda seguía allí, aunque ya no estuviera***.**

Capítulo 31: El reflejo

La casa estaba en silencio. Álvaro abrió los ojos sin saber qué lo había despertado. No había viento, ni lluvia, ni crujidos de madera. Solo un silencio que se colaba hasta en los pulmones.

Se levantó despacio, sin encender la lámpara, y cruzó el salón. El aire estaba frío, pero no sentía miedo. Solo una inquietud que lo empujaba hacia el pasillo.

Allí estaba.

La figura lo esperaba, de pie, en el mismo lugar en el cual ya la había visto aquella otra noche. Su silueta se dibujaba nítida, más sólida que por aquel entonces, como si con esta nueva aparición hubiera ganado consistencia.

Álvaro no retrocedió esta vez.

—No eres real —dijo, con la voz ronca.

La figura sonrió, ese gesto torcido que ya conocía.

—Claro que soy real. Tanto como tú.

Álvaro dio un paso más, quedando a pocos metros.

—¿Qué quieres?

—Lo mismo que tú —respondió la sombra—. Que esto termine.

El corazón de Álvaro se aceleró, pero no se movió.

—No eres yo.

—Soy lo que no te dejas decir en voz alta —replicó la figura, inclinando la cabeza—. Soy lo que piensas cuando no hay nadie mirando.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Álvaro.

—Para recordarte lo que hiciste.

—No hice nada.

La sonrisa se ensanchó.

—¿Seguro?

Un silencio se extendió entre ambos. Cada vez costaba más respirar.

—Leo —susurró la figura—. ¿Crees que fue casualidad? ¿Que no lo viste venir?

Álvaro apretó los puños.

—Intenté detenerlo.

—O lo empujaste un poco más. —La voz era casi un susurro venenoso—. Nadie sabía que tenía esas pastillas. Nadie, excepto tú.

Álvaro sintió el estómago encogerse.
—No.
—¿Estás seguro de que no las tocaste? —preguntó la sombra, avanzando un paso—. ¿De que no las cambiaste, no las moviste, no las miraste demasiado tiempo pensando en cómo sería si él…?
—¡Basta! —gritó Álvaro, el sonido rebotando contra las paredes de la cabaña.
La figura no se inmutó. Avanzó otro paso.
—Lo quisieras o no, lo hiciste posible. Lo sabes.
Álvaro respiraba rápido, con la garganta ardiendo.
—Vete.
Pero el reflejo no se movió.
—¿Y Diego? —preguntó, con voz suave.
Álvaro lo miró, helado.
—No lo dejaste caer —continuó la figura—. Pero no te importó tanto como crees. Una parte de ti sintió alivio cuando desapareció.
La sonrisa se torció apenas.
—Después de todo, ¿no era eso lo que querías aquella noche cuando lo viste en el bosque?
Álvaro sintió un frío que le heló la nuca.
—Yo… no lo vi.
—Claro que lo viste —respondió la sombra, acercándose aún más—. Solo que prefieres pensar que fue un sueño, o que el barro que había en tus pies llegó por arte de magia. —
Álvaro no sabía qué decir.
—¿Sabes qué pienso? —dijo la figura, con los ojos brillando en la penumbra—. Que podías haberlo agarrado antes. Que viste cómo se resbalaba en la barca y esperaste ese segundo de más.
Álvaro apretó los puños.
—No es cierto.
—No hace falta que sea cierto —respondió la voz, sonriendo—. Hace falta que tú lo creas. Y lo crees.
Álvaro negó con la cabeza, pero las palabras se le clavaron en el pecho como espinas.
—Deja de hablar.

—No puedo —susurró la sombra—. Soy lo que tú no dejas salir. Y cada día me haces más fuerte.
El silencio volvió a llenar el pasillo. Álvaro pensó que la figura iba a avanzar, a tocarlo. Pero en lugar de eso, sonrió una última vez.
—Mañana tendrás que decidir. Y lo harás.
La figura se desvaneció, absorbida por la oscuridad.
Álvaro se quedó solo, el corazón golpeando como un tambor. No volvió a su cama. Se sentó en el suelo del pasillo, con la espalda contra la pared, y permaneció allí hasta que la luz gris del amanecer se coló por la ventana.

Capítulo 32: Sin vuelta atrás (día 17)

Álvaro fue el primero en levantarse. La madera crujió bajo sus pies mientras andaba hacia el salón, un sonido que despertó a Clara.

—¿De verdad vamos a ir hoy? —preguntó ella, con la voz pastosa del sueño.

Álvaro no respondió, pero su gesto bastó. Marta, que ya estaba despierta, asintió en silencio. Prepararon sus cosas sin hablar demasiado: un par de cuerdas, una linterna, un trozo de pan duro que quedaba de la cena. Cuando Clara intentó llenar la cantimplora, descubrió que apenas quedaba agua. Nadie lo comentó.

—Tenemos que mirar el pozo —dijo Marta, leyendo el pensamiento de todos—. Si sigue seco, no podremos aguantar mucho más.

Álvaro abrió la puerta y el aire húmedo los recibió de golpe. No hubo discusión. Salieron.

Avanzaron hasta el claro donde se alzaba el pozo. La cuerda de los primeros días seguía allí, colgando, rígida por la humedad. Marta fue la primera en asomarse.

—Nada —dijo tras unos segundos, su voz hueca.

Álvaro se inclinó sobre la boca oscura y permaneció allí un momento más, escuchando. Juraría que algo resonó en el fondo. No era agua. Era un sonido débil, como un murmullo.

Se enderezó de golpe mirando a Clara y a Marta, pero no dijo nada.

—Vámonos —dijo Marta, y el grupo retomó el camino.

Iban en fila, pero no juntos. Marta al frente, con un ritmo rápido que obligaba a los otros a apurar el paso; Clara en medio, con los ojos en todas direcciones, respirando de forma entrecortada; Álvaro al final, caminando con calma, casi con una extraña serenidad que no encajaba con el momento.

Clara fue la primera en decir algo.

—¿Y si no encontramos nada? —preguntó en voz baja, como si temiera que el bosque la oyera.

Marta no contestó.

—Igual sería mejor volver después de comer —insistió Clara—. No hemos descansado bien.

—No vamos a volver con las manos vacías —dijo Marta sin mirar atrás. Su voz sonaba firme, sin espacio para réplica.

Álvaro no dijo nada. Observaba el bosque como si fuera la primera vez que lo veía: la forma en que la luz se colaba a jirones entre las copas, el olor a sal que llegaba desde el acantilado, el crujido de algo muy lejos. No había miedo en sus ojos, solo una especie de calma que incomodaba a Clara cada vez que lo miraba de reojo.
Cuando por fin llegaron al borde del acantilado, el mar rugía con fuerza contra las rocas. El aire era frío y salpicaba gotas en la cara. Allí, enganchado en una grieta de la piedra, algo brillaba entre la humedad. Marta fue la primera en verlo.
Era el reloj de Diego. Reconocible. De esfera metálica, el cristal rayado, la correa de cuero empapada.
Marta se agachó, con el corazón en la garganta. Álvaro se inclinó también, observando en silencio el lugar exacto donde estaba, el camino que habría que hacer para bajarlo.
—Puedo hacerlo —dijo Marta, de repente.
Clara se giró hacia ella.
—Marta… es peligroso, y no es necesario.
—Más peligroso es seguir aquí fingiendo que nada pasa. —La voz de Marta sonó como un golpe seco—. Si el reloj está ahí, significa que Diego llegó hasta aquí. Que luchó. No podemos dejarlo ahí. Es todo lo que queda de Diego. Si lo dejo, es como si dijera que él no importa.
Clara frunció el ceño, nerviosa.
—Marta, puede que la marea lo traiga hasta la playa algún día… Y no conseguirás nada con ello.
—O puede que se lo lleve para siempre. —Marta se irguió, el pelo pegado a la frente por la bruma—. Lo entendáis o no, necesito bajar.
Clara miró a Álvaro, buscando apoyo. Pero él no dijo nada. Solo la observó, y en su mirada no había ni aprobación ni rechazo, indiferencia absoluta.
—Está bien —dijo Clara al fin, exhalando despacio—. Pero despacio. Y si se pone peligroso, subes.
Marta no contestó. Ató la cuerda a una raíz sólida, comprobó el nudo y se pasó el extremo alrededor de la cintura. El nudo crujió, emitiendo un quejido áspero. Marta se quedó suspendida, el cuerpo balanceándose sobre el vacío.

Por un segundo, todo fue idéntico a aquella imagen que habían visto el día anterior en el bosque: el lazo colgando de la rama, la idea de la rendición.
Clara gritó y tiró de la cuerda con las manos enrojecidas.
—¡No! ¡No se sueltes!
La cuerda aguantó, pero el chirrido resonó en sus oídos como si la isla hubiera estado a punto de cumplir una promesa antigua.
Marta empezó a bajar, aferrándose a la cuerda con los dedos entumecidos. Cada piedra que pisaba estaba húmeda y resbaladiza; pequeños fragmentos se desprendían y caían, desapareciendo en el rugido del mar.
Clara se arrodilló junto al borde, siguiendo cada movimiento.
—Más despacio, Marta —gritó por encima del viento—. No corras.
Los hombros tensos de Marta y su respiración rápida eran lo único que se oía entre golpe y golpe de ola. Álvaro permanecía de pie, unos pasos más atrás. Sus ojos seguían el descenso, pero su expresión era difícil de leer. Sus manos colgaban a los lados, relajadas, su cuerpo parecía estar demasiado quieto para el caos que los rodeaba.
Un golpe de viento sacudió las ramas cercanas y Clara se echó hacia adelante para ver mejor. Su bota resbaló sobre una piedra suelta y, de pronto, perdió el equilibrio.
Gritó, intentando aferrarse a algo, pero la roca estaba mojada y sus dedos no encontraban apoyo.
Álvaro reaccionó de golpe. Se lanzó hacia el borde y la agarró del antebrazo, pero el impulso casi lo arrastra a él también. La fuerza del tirón lo hizo caer de rodillas, las uñas clavadas en la tierra para no deslizarse, haciendo una fuerza tan grande que parecía estar Diego ayudando.
—¡Sujétate! —gritó, apretando los dientes.
Clara pataleaba contra la roca, las piernas colgando en el vacío. Un trozo de piedra se desprendió y cayó, perdiéndose en el rugido del mar.
—¡Álvaro! —chilló Marta desde abajo, la voz deformada por el viento.

Él tiró con todas sus fuerzas, sintiendo que la cuerda de sus músculos ardía. Por un segundo, pensó que iba a perderla. Pero entonces Clara consiguió enganchar un pie en una grieta y empujó hacia arriba. Juntos, a trompicones, lograron devolverla al suelo. Clara se quedó de rodillas, jadeando, con las manos clavadas en la tierra.
—Gracias… —murmuró sin mirarlo.
Álvaro asintió, con el corazón golpeándole el pecho. Solo cuando se incorporó se dio cuenta de que las palmas de sus manos estaban llenas de tierra y sangre de tanto aferrarse a la roca.
Cuando volvió a mirar hacia abajo, Marta ya estaba cerca del reloj. Se agachó con cuidado, estirando el brazo hasta alcanzarlo. Lo arrancó de la grieta y lo sostuvo en alto, empapado y brillante.
—¡Lo tengo! —gritó, y por un instante, en sus labios asomó una sonrisa.
El reloj estaba en sus manos. Marta lo sostuvo unos segundos, empapado, con el agua resbalando por sus dedos.
Clara dejó escapar un sollozo breve, mezcla de alivio y de tristeza. Álvaro sintió cómo los músculos tensos de su espalda se aflojaban un poco.
—Bien —murmuró Clara—. Ahora vuelve.
Marta empezó el ascenso. Cada piedra mojada parecía resistirse a sus botas, cada músculo tensado era una batalla contra el vacío. Clara le daba indicaciones entrecortadas, su voz se perdía entre el rugido del mar.
Álvaro se agachó cuando Marta estuvo lo bastante cerca para estirar la mano. La isla entera contenía la respiración.
Marta extendió su mano hacia él.
—Vamos —dijo, con las gotas de sudor cayéndole por el rostro.
Álvaro la atrapó con firmeza. La sostuvo, sintió su peso, el tirón de la cuerda, el latido de ambos mezclándose en sus palmas unidas. Solo quedaba eso: el esfuerzo por subirla, la determinación de no soltarla.
Los ojos de Álvaro se oscurecieron. Marta lo notó, lo vio. La sonrisa cansada que aún tenía en los labios desapareció.
—Álvaro… —susurró ella con miedo.

Él no apartó la mirada. Sus dedos no temblaban. No era un accidente. Era una decisión. Se inclinó un poco más hacia ella, lo suficiente para que solo Marta pudiera escucharlo.
—Lo siento.
Sus dedos se abrieron despacio, uno a uno. La expresión de Marta fue lo último que vio antes de que el vacío la reclamara. No gritó. Solo lo miró, con temor, y sobre todo, con mucha incredulidad, mientras el vacío la recibía abajo con un golpe sordo.
El tiempo se rompió en mil pedazos. Su cuerpo golpeó la roca de lado antes de desaparecer en el mar. La ola la engulló como si hubiera estado esperándola. El sonido fue seco, cruel, como una puerta que se cierra.
Clara se lanzó hacia el borde, gritando sin control:
—¡MARTA! ¡MARTA!
Álvaro seguía agachado, con la mano abierta, la piel enrojecida por el contacto. No reaccionó de inmediato. Solo miraba el vacío, el lugar donde un segundo antes estaba Marta.
—¡Ayúdame! —gritó Clara, tirando de la cuerda.
Entonces Álvaro se movió. No habló, no explicó. Se incorporó lentamente y empezó a buscar con la mirada el cuerpo en el agua. Marta no volvió a aparecer. Solo el reloj, que brillaba a unos metros de la orilla, arrastrado por las olas hasta encajarse en una roca.
Clara cayó de rodillas, el rostro cubierto de lágrimas, los dedos sangrando de tanto aferrarse a la cuerda.
—No… no puede ser…
Álvaro permanecía de pie, inmóvil. La bruma le enmarcaba el rostro, y su sombra parecía más larga, más oscura que nunca.
Clara alzó la vista hacia él, temblando.
—¿Se te ha… resbalado? —preguntó, con la voz rota.
Álvaro no respondió. El mar rugía, indiferente.
Bajaron por el sendero hasta donde pudieron. Las rocas estaban resbaladizas y el mar golpeaba con fuerza, lanzando espuma hasta la altura de sus rodillas. Clara gritaba el nombre de Marta una y otra vez, la voz cada vez más rota. Pero el mar se tragaba sus palabras.
Álvaro no gritaba. Solo avanzaba con pasos pesados, mirando el agua como si esperara que en cualquier momento ella emergiera

entre las olas. La cuerda que aún colgaba del acantilado se balanceaba sobre sus cabezas, como una burla.
El tiempo pasó sin que pudieran medirlo. Minutos, quizá más. Clara terminó de rodillas, las manos apoyadas en las piedras, empapada y temblando. Sus sollozos se mezclaban con el rumor del mar.
Álvaro permanecía de pie, inmóvil, con la mano derecha aún temblorosa. Sentía el eco del contacto de los dedos de Marta en su palma, como si todavía estuvieran allí.
De repente, un nuevo sonido se coló entre las olas. No era el viento. Era una voz.
—Vaya… —dijo alguien, con una calma viscosa—. Por fin te has deshecho de ella. Ya era hora, joder.
Clara se quedó helada. Álvaro sintió cómo la sangre le huía del rostro. Reconocería esa voz aunque pasaran mil años.
—No… —susurró, poniéndose de pie con torpeza.
Clara se giró, sus ojos se abrieron de golpe, el terror estampado en su rostro.
—No… —dijo ella, retrocediendo—. No puede ser…
El hombre emergió tan real que por un segundo todo pareció detenerse. La silueta era grande, oscura, con los hombros anchos y las manos sucias. Sonreía.
—Vamos, hijo —dijo el padre—. Ahora lo tienes fácil. Solo falta que acabes lo que dejaste a medias.
Clara buscó la mirada de Álvaro, pero no encontró en ella nada que la tranquilizara. El miedo no era solo hacia el hombre que tenía frente a ella.
—Álvaro… —susurró, como si dijera su nombre para recordarle quién era.
Álvaro no contestó.
El padre avanzó otro paso.
—Lo tienes delante. El final perfecto.
Y entonces, una voz conocida retumbó detrás de ellos.
—¡Aléjate!
Álvaro se giró.
Diego estaba allí. Pálido, empapado, herido, con el pelo pegado a la

frente, pero de pie. Sus ojos ardían de una furia que no le había visto nunca.
—Esta vez no vas a tocarlo —dijo, la mandíbula apretada.
El padre sonrió, sin perder su calma.
—Ah, el soldadito. Aún vivo. Qué sorpresa.
Diego no sonrió. Dio un paso al frente, interponiéndose entre Álvaro y el hombre.
—Idos —le dijo a Álvaro y a Clara, sin apartar la vista del padre—. Ahora.
Clara dudó, paralizada.
Diego bajó la voz, sin mirarlos:
—Corred.
El mar rugió detrás de ellos, y la isla, de repente, parecía demasiado pequeña para los que quedaban.

Capítulo 33: Dualidad (noche 6)

La cama estaba vacía, pero tibia. El cuerpo de Álvaro se incorporó despacio, cada movimiento seguía un plan que no necesitaba recordar. No había urgencia, no había miedo. Solo esa paz que llenaba el cuarto al completo.

Se puso de pie sin encender la luz. El suelo estaba frío y pegajoso bajo sus pies. La puerta crujió al abrirse, pero el sonido no le hizo detenerse. Salió al pasillo.

La cabaña dormía. Álvaro avanzó sin mirar las habitaciones. No necesitaba comprobar nada: sabía que los demás seguían allí. O que pronto lo estarían.

Al llegar a la puerta principal, la abrió sin vacilar. El aire de la madrugada le golpeó la cara, mezclando olor a sal con el aroma metálico de la tierra mojada. Inspiró hondo y comenzó a caminar.

No pensaba. Solo avanzaba. Sus pies se hundían en el barro blando con un chasquido húmedo, dejando huellas que el agua iba borrando de inmediato, como si el bosque quisiera ocultar su paso.

Había algo adelante, algo que no podía ver pero que tiraba de él con suavidad, como si un hilo invisible le sujetara del pecho.

Entonces lo oyó. Pasos, respiración agitada, el crujir de ramas que no eran las suyas. Álvaro se detuvo. Una sonrisa mínima, involuntaria, le rozó la cara. No estaba solo.

El ruido se hizo más nítido.

No era el viento.

No era un animal.

Era Diego.

Emergió de entre los árboles con la respiración entrecortada, cubierto de barro, los ojos desorbitados. Caminaba como si siguiera algo invisible, con los puños cerrados y los hombros tensos. Cuando vio a Álvaro, se detuvo en seco.

Durante un instante ninguno habló. Álvaro fue el primero en romper el silencio.

—¿Dónde estabas? —dijo. La voz le salió baja, grave, como si hubiera estado ensayándola toda la vida.

Diego parpadeó, confundido.

—¿De qué hablas?

Álvaro dio un paso adelante.
—¿Dónde estabas cuando todo se rompió? —Su voz se endureció—. No solo no la salvaste. Nos empujaste al abismo.
Diego dio un paso atrás, como si le hubieran golpeado.
—¡No! —rugió—. ¡Yo no fui!
—Sí que fuiste. —Álvaro sonrió, una sonrisa rota, sin alegría—. Se supone que proteges, pero solo sabes destruir lo que tocas.
Diego apretó los dientes y cargó contra él. Lo embistió con tal fuerza que rodaron por el barro, las ramas quebrándose bajo sus cuerpos. El barro les salpicó la cara, mezclándose con el sudor. Diego lo golpeaba con los puños, gritándole una y otra vez:
—¡No fui yo! ¡No fui yo!
Álvaro no se defendía, pero sus ojos brillaban, fijos en Diego, como si cada golpe confirmara algo que él ya sabía. Entonces, en un movimiento seco, lo inmovilizó, clavándole el antebrazo en el cuello y la rodilla en el pecho. El barro le subía hasta las uñas.
Diego se agitó, arañando el suelo, intentando zafarse, pero era inútil.
—Mírame —susurró Álvaro, inclinándose hasta que sus rostros quedaron a centímetros—. Siempre has sido tú.
Por un instante, el bosque pareció callar. Diego dejó de forcejear, el rostro desencajado, la respiración entrecortada. Miró sus propias manos, como si dudara de lo que eran capaces.
Entonces Álvaro lo soltó. Diego cayó de lado, jadeando, llorando, cubierto de sudor y tierra, con los ojos abiertos.
—No fui yo... —murmuró de nuevo, pero mucho más débil, con lágrimas mezcladas con barro.
Álvaro se levantó y comenzó a andar sin mirar atrás. El barro le cubría las palmas. Caminó despacio, el bosque se abría para dejarle pasar a cada paso que daba. Dio media vuelta y se internó de nuevo en la oscuridad.
El regreso fue distinto. El que volvía no era exactamente el mismo que había salido. Sus pasos eran más firmes. Subió los escalones de la cabaña sin hacer ruido y empujó la puerta.
Dentro, el pasillo estaba en penumbra. Al fondo, alguien lo esperaba. De pie, con un vaso de agua en la mano, inmóvil. No

había diferencia entre el que estaba fuera y el que estaba dentro: solo un hilo invisible que los unía, tensado en medio del silencio, irrompible.
El que venía del bosque sonrió. No era una sonrisa amable, sino algo más hondo, más antiguo. Parecía una marca en la cara, algo que no podía borrarse.
Avanzó despacio. No hubo palabras. Solo un parpadeo, y el pasillo quedó vacío. El vaso tembló entre los dedos del que se había quedado en pie. El agua se derramó un poco sobre el suelo, como una ofrenda involuntaria. Pudo sentir cómo corazón le golpeaba las costillas, sin saber si era de miedo o de alivio.
Volvió a la habitación casi sin darse cuenta. La sonrisa seguía allí, detrás de sus párpados, acompañándole, incluso cuando los cerró.

No es un problema si ganas

Álvaro estaba sentado en un rincón del patio con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo. No quería jugar. No quería hablar. Alguien, muy cerca de él, le dijo en voz baja:

—Te han quitado la mochila otra vez.

Álvaro no contestó.

—¿Vas a dejar que lo hagan?

—No importa.

—Sí importa. Si no haces nada, van a seguir y no van a parar nunca.

Álvaro alzó la vista. Uno de los chicos reía a carcajadas, con su mochila en la mano, vaciando los libros en el suelo. El golpe seco de los cuadernos contra el cemento le hizo apretar la mandíbula.

—Devuélvemela —le dijo Álvaro, con un tono de voz bajo.

—No te ha oído.

—Déjame, hoy no quiero problemas.

—No es un problema si ganas.

Álvaro frunció el ceño pensativo, y entonces se levantó, despacio. Caminó hasta el chico que reía, sintiendo un calor en el pecho, una fuerza que no solía estar ahí. Cuando el otro volvió a burlarse, Álvaro le golpeó. No muy fuerte, pero lo suficiente como para que dejara de reír.

El patio enmudeció. Álvaro no pidió perdón. Solo lo observaba, con frialdad. Álvaro se apartó entonces del chico con el corazón acelerado. No sintió miedo. No sintió pena. Sintió algo parecido a orgullo. Volvió tranquilamente a su rincón.

—Bien, ahora saben que no eres débil. La próxima vez no tendrías que esperar a que se rían.

—Puede que tengas razón.

Capítulo 34: Donde cae el miedo

El padre no se movió al principio. Solo ladeó la cabeza, como si el regreso de Diego le resultara divertido.

—No sabes lo que ha hecho —dijo el padre, despacio, saboreando cada palabra, acercándose a Diego—. No tienes ni idea de a quién estás defendiendo.

Diego no parpadeó.

—Lo conozco desde hace años y sé perfectamente a quién estoy defendiendo.

—¿Ah, sí? —la sonrisa del padre se ensanchó, parándose en seco—. Pregúntale qué pasó con tu otra amiguita en el acantilado hace un momento. Pregúntale si apretó de verdad esa mano.

Clara dio un paso atrás, temblorosa. Sus ojos buscaron los de Álvaro, pero él seguía sin hablar.

—Mientes —dijo Diego, con voz grave—.

—¿Mentir yo? —el padre soltó una carcajada breve—. Tú estabas ahí, Diego. Tú siempre estabas ahí. Y aun así… no pudiste evitarlo. Igual que entonces, ¿recuerdas? Sé que lo recuerdas.

Diego se tensó de golpe, esas palabras le atravesaron el pecho como puñales.

—Cállate.

El padre dio un paso hacia él.

—Siempre quisiste ser el héroe —susurró, inclinándose hacia su rostro—. El guardián. Y, aun así, cuando de verdad hizo falta, no estabas. No habías dado señales de vida, estabas escondido en lo más oscuro.

El golpe de Diego fue tan rápido que ni Clara ni Álvaro lo vieron venir. El puño chocó contra la mandíbula del padre, que retrocedió un paso, pero no cayó.

El padre sonrió, sin un solo atisbo de dolor.

—Ahí estás —dijo, casi satisfecho—. Por fin.

Diego no esperó. Se lanzó sobre él y lo empujó contra el tronco de un árbol. La madera crujió con el impacto.

—Idos —repitió Diego entre dientes—. ¡Ahora!

Pero nadie se movió. El padre se giró en un movimiento brusco y lo derribó. Los dos rodaron por el suelo, golpeando raíces y piedras. No

era una pelea limpia, sino algo crudo, primitivo, con golpes sordos que resonaban en el bosque.
Clara dio un paso hacia delante, pero Álvaro la sujetó del brazo.
—No —dijo, sin apartar la vista de la lucha.
Diego logró incorporarse primero y lo volvió a embestir, sujetándole por el cuello.
—¡Corred! —gritó, la voz ronca.
Álvaro no se movió.
El padre se revolvió como una sombra pesada y, en un movimiento seco, se zafó del agarre de Diego. La fuerza del empujón lo hizo perder el equilibrio y caer de espaldas contra el suelo húmedo.
Diego se incorporó a medias, pero el padre ya estaba sobre él. Lo sujetó por la camiseta y lo levantó solo para golpearlo de nuevo contra el tronco más cercano. El impacto resonó en el bosque como un disparo ahogado.
Clara dio un grito involuntario.
—¡Déjalo! —suplicó.
El padre ni la miró. Su puño descendió otra vez, directo al costado de Diego. El cuerpo de este se encogió por el dolor, pero aun así intentó incorporarse. Logró asestarle un golpe en el hombro, pero fue como golpear una roca.
—Siempre el mismo —escupió el padre—. Creías que podías protegerlo.
Otro golpe. Diego cayó de rodillas, le costaba respirar.
—¡Basta! —gritó Clara, dando un paso adelante.
Álvaro la detuvo de nuevo con el brazo, sin apartar la mirada de la escena. Su rostro estaba tenso, pero no dio un paso.
El padre levantó a Diego por el cuello de la camisa, obligándolo a mirarlo.
—No eres más que un niño jugando a soldado —dijo en voz baja. —Ni aunque hubieras llegado a tiempo.
Diego escupió sangre a un lado, la respiración entrecortada.
—No tienes… ni idea… de lo que puedo hacer —murmuró, mientras lo miraba fijamente.
El padre lo lanzó al suelo. Diego rodó hasta detenerse contra una raíz, el pecho agitándose, las manos temblorosas intentando

incorporarse.
Álvaro dio entonces un paso adelante. Su sombra se proyectó sobre el barro, más larga, más oscura.
Clara lo miró.
—Álvaro… —susurró, como pidiéndole que haga algo.
Diego se giró hacia él, la cara ensangrentada, los ojos brillando de rabia y de urgencia.
—¡Haz algo Álvaro! —gritó—. ¡No dejes que termine como entonces!
Álvaro sintió un escalofrío recorrerle la espalda. La escena era la misma que había intentado enterrar durante años: el padre erguido, vencedor; el protector, en el suelo, derrotado.
El padre sonrió, satisfecho.
—Vamos, hijo —dijo, extendiendo una mano hacia él—. Mira bien. Esto es lo que siempre fuiste: un espectador.
Diego se incorporó a duras penas, apoyándose en una rodilla. Su respiración era un silbido minúsculo, pero sus ojos seguían fijos en el padre. Había sangre en su labio, barro en su camisa, pero no se movía para limpiarse.
—No lo mires a él —dijo, volviéndose entonces para mirar a Álvaro —. Mírame a mí, Álvaro.
Álvaro parpadeó, confuso, pero dio un paso hacia él.
—Esto no va de él —continuó Diego, su voz grave, rota—. Va de ti. Puedes parar todo esto. No es él quien tiene la decisión, eres tú.
El padre soltó una carcajada áspera, casi divertida.
—Bonitas palabras para un perdedor.
Diego no lo escuchó. Sus ojos seguían clavados en Álvaro.
—No eres como él, nunca lo has sido —dijo, con una fuerza repentina, como si esas palabras fueran lo único que le quedaba—. Tú no tienes la culpa de nada, y puedes hacer que se vaya. Siento no haberlo hecho mejor, amigo.
Álvaro sintió un golpe en el pecho, como si esas palabras abrieran algo que había mantenido cerrado demasiado tiempo.
Diego entonces esbozó una sonrisa breve, orgullosa, y luego se giró de nuevo hacia el padre.
—Mi parte termina aquí. Ahora le toca a él. —Su voz se volvió dura,

como el rugido de alguien que ya no teme nada—. Así que aquí me tienes hijo de puta. ¿No querías tu final perfecto?
El padre se abalanzó sobre él antes de que pudiera decir algo más. Los dos forcejearon, sus cuerpos chocando contra las rocas. Diego trató de mantenerlo a raya, pero estaba exhausto, cada movimiento era más torpe que el anterior.
—¡Diego! —gritó Clara.
El padre lo empujó con una fuerza brutal, y Diego tropezó hacia el borde del acantilado. Sus manos encontraron una roca sobresaliente; podría haberse aferrado. Por un instante, sus dedos se tensaron sobre la piedra, luchando contra el instinto de soltarse. Entonces levantó la vista. Sus ojos encontraron a Álvaro, y en ellos no había miedo, sino una paz extraña y orgullosa. No eran los mismos ojos de cuando braceaba en el agua con el terror reflejado en el rostro. Ahora no había miedo ni súplica. Solo calma. Asintió despacio, le entregaba algo a Álvaro que ya no le pertenecía a él. Sus dedos se abrieron. No cayó: dejó de luchar. El sonido de su cuerpo contra las rocas fue seco. El mar rugió con violencia, tragándose la espuma teñida que dejó tras de sí.
Clara, horrorizada, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, buscó la mirada de Álvaro, y lo que vio en sus ojos le heló la sangre: no había pánico, no había llanto. Solo determinación.
—No… no, no, no…
Álvaro permanecía de pie, inmóvil, mirando el vacío. Algo en su expresión había cambiado: ya no era el mismo. Sus labios se movieron apenas, un gesto imperceptible, como si hubiera dicho "gracias".
El padre se volvió hacia él, sonriendo, como si acabara de ganar otra batalla.
—Tu turno —dijo con calma.
Álvaro dio un paso más hacia él. Esta vez, no retrocedió.

Capítulo 35: Lluvia pesada

La lluvia comenzó a caer en el mismo instante en que el cuerpo de Diego desapareció en el vacío. No fue un chaparrón violento, sino una llovizna gruesa, persistente, de esas que se cuelan en la ropa hasta dejarla pegada a la piel. El sonido era un murmullo constante, casi piadoso, la isla intentaba cubrir con su propia voz el silencio que había dejado la caída del protector.

Clara seguía de rodillas, el agua y las lágrimas se mezclaban en su rostro sin que se pudiera distinguir qué era cada cosa. No se movía. Solo miraba el borde del acantilado como si pudiera devolver el tiempo atrás y salvar a su amigo.

Álvaro seguía de pie, sin moverse, la mirada fija en el mismo punto. No temblaba, no lloraba. La lluvia le corría por el rostro y lo hacía parecer más sereno de lo que realmente estaba. Sentía algo en el pecho, algo nuevo: no era miedo ni parálisis, sino una calma extraña, casi peligrosa. Su cuerpo sabía que había llegado el momento de despedirse de algo que lo había acompañado toda su vida.

Clara lo miró, comprendiendo sin palabras que no debía detenerlo. Pero sí podía recordarle que no estaba solo, que ella estaba allí, con él. Se levantó despacio, se acercó y puso una mano en su brazo.

—Álvaro… estoy contigo, ¿vale? —susurró.

Él la escuchó, pero no apartó los ojos del padre, que avanzaba hacia él bajo la lluvia, aunque un escalofrío le recorrió el cuerpo al escuchar a Clara.

—Vamos, hijo —dijo el padre, su voz era grave y rompía el murmullo del agua—. Adelante. Demuéstrame que ya no tienes diez años.

Álvaro no respondió. Dio un paso al frente, con una lentitud que hizo que Clara contuviera el aire.

El padre sonrió, disfrutando de la tensión.

—Mírate. Empapado, cansado, hecho un desastre… pero de pie. Eso es nuevo.

La sonrisa se ensanchó.

—¿Por fin vas a hacer algo? ¿O te quedarás mirando, como siempre?

Álvaro inspiró hondo, y esta vez sí respondió, con voz firme:

—Sí. Voy a hacer algo.

El padre enarcó una ceja.
—¿Ah, sí? Sorpréndeme.
—Voy a decirte lo que nunca te dije —dijo Álvaro, avanzando otro paso—.
Clara apretó la mandíbula, queriéndole mandar fuerzas desde el otro extremo del mundo.
—Durante años me he preguntado qué te pasó —continuó él—. Alguna vez fuiste un buen padre. Alguna vez me llevaste al parque, me enseñaste a montar en bici, jugabas conmigo... —Hizo una pausa, respirando hondo—. Pero un día cambiaste. Un día decidiste que yo era parte del problema.
El padre lo observó en silencio, apenas sonriendo.
—Yo tenía ocho años. ¡Ocho! —su voz se quebró por un segundo, pero no se detuvo—. Dependía de ti. Eras lo único que tenía… eras mi padre… y me fallaste.
El padre ladeó la cabeza, casi divertido.
—No te fallé. Te enseñé lo que era el mundo. Solo que nunca aprendiste la lección.
Álvaro sintió un nudo en la garganta, pero no se apartó.
—La única lección que aprendí fue a callar. A esconderme. A hacerme pequeño para que no me vieras.
Álvaro dio un último paso y quedó a poca distancia de él.
—Nunca te perdonaré lo que le hiciste a ella —dijo, y en su voz había un filo que no había tenido antes—. Nunca.
El padre sonrió apenas, pero esta vez sin diversión.
—Ella se lo buscó.
La frase cayó como un golpe seco. Clara ahogó un sonido de rabia, pero no se movió. Álvaro sintió que el aire se le helaba en los pulmones.
—No digas eso —susurró, la voz temblando.
—¿Por qué no? —replicó el padre, dando un paso más cerca—. Siempre has temido que fuera cierto. Siempre has pensado que si hubieras gritado más fuerte, si hubieras corrido a pedir ayuda, si hubieras hecho algo… —sonrió— ella estaría viva.
Álvaro sintió que la rabia le subía por la garganta.
—¡Cállate! —rugió—.

Por primera vez, el padre dejó de sonreír.
—Y no soy como tú. Nunca lo he sido. Por mucho que hayas intentado convertirme en ti.
El padre inclinó la cabeza, como estudiándolo, pero no dijo nada.
Clara sentía que algo estaba cambiando. La lluvia, aunque seguía cayendo, parecía acompañar el momento, la isla entera escuchaba atenta a Álvaro hablar.
El padre no dejaba de mirarlo.
—¿Eso es todo? —dijo al fin—. ¿Crees que porque por fin abres la boca ya has ganado algo?
Álvaro no contestó. Sus manos estaban cerradas en puños, pero seguía sin moverse.
—Hablas como si yo me hubiera desvanecido de tu vida —continuó el hombre, con voz grave—, pero yo he estado siempre ahí. Cada vez que cerrabas los ojos. Cada vez que oías un golpe en la pared. Cada vez que te tapabas los oídos mientras ella lloraba.
Se echó a reír, una carcajada corta, rota por el sonido de la tormenta.
—Soy la única parte de ti que no has podido enterrar.
Dio un paso hacia él. Álvaro retrocedió medio paso, no por miedo, sino para preparar el cuerpo.
—Y ahora crees que puedes soltarlo todo, ¿eh? —prosiguió—. Crees que con decirlo en voz alta es suficiente.
Álvaro inspiró hondo.
—No es suficiente —respondió—. Pero es un comienzo.
El padre sonrió de lado, y entonces se abalanzó sobre él.
Álvaro lo recibió de frente, el golpe de ambos cuerpos resonando en medio de la lluvia. Los dos cayeron al barro, forcejeando. Álvaro no lanzó un puñetazo, solo intentó sujetarlo, inmovilizarlo.
—¿Vas a defenderte al fin? —escupió el padre, mientras trataba de zafarse—. ¡Demuestra que no eres el mismo niño asustado!
Álvaro gruñó, intentando mantenerlo en el suelo.
—No estoy aquí para hacerte daño.
El padre soltó una carcajada.
—¡Claro que lo estás! Has soñado con este momento. Has soñado con matarme más veces de las que puedes contar.

Álvaro lo empujó y rodó hacia un lado, poniéndose en pie.
—No quiero matarte —dijo entre jadeos—. No quiero convertirme en ti.
El hombre también se levantó, sonriendo de nuevo, la ropa pegada al cuerpo.
—Entonces, ¿para qué estoy aquí, Álvaro? ¿Para qué me has traído hasta este lugar?
La pregunta lo golpeó de lleno.
—Eso me pregunto yo —respondió, casi en un susurro—. ¿De verdad has venido hasta aquí solo para perseguirme? ¿Para arrastrarme de nuevo a esa noche?
Su voz se quebró un instante.
—¿O es que no eres real? —añadió, con los ojos fijos en él—. ¿Es que todo esto está solo en mi cabeza?
El padre sonrió, con esa calma cruel que lo había hecho sentir pequeño toda la vida.
—¿Y si lo está? —preguntó—. ¿Cambiaría algo? La culpa seguiría contigo.
Clara, empapada a unos metros, dio un paso hacia ellos.
—No le escuches —dijo, su voz clara incluso entre el estruendo de la tormenta—. No es la culpa quien habla, eres tú mismo.
Álvaro la miró un segundo, y por primera vez sintió que tenía razón: ese hombre no era solo su padre. Era su miedo, su odio, su culpa hecha carne.
El padre volvió a abalanzarse sobre él y esta vez Álvaro lo detuvo con los dos brazos, conteniéndolo, los pies hundidos en el barro.
—No me vas a arrastrar allí otra vez —dijo, con los dientes apretados.
—Ya estás allí —respondió el padre, y en su voz había un brillo de triunfo.
La lluvia seguía cayendo, cada vez más fuerte, como si el cielo quisiera arrasar con todo.
El barro se les pegaba a las piernas, la lluvia convertía el suelo en un lodazal traicionero. El padre intentaba derribarlo una y otra vez, pero Álvaro lo contenía, clavando los pies en el suelo. No era un combate limpio; era puro instinto, fuerza contra fuerza.

—¡Vamos! —gruñó el hombre, intentando zafarse—. Si de verdad no eres como yo, demuéstralo.
Álvaro lo sostuvo, jadeando, el corazón golpeándole el pecho.
—Te odio —escupió, y sus propias palabras le sorprendieron—. Te odio por lo que le hiciste a ella.
El padre sonrió, incluso atrapado en ese agarre.
—Ella se fue porque quiso.
Álvaro lo empujó con más fuerza, hasta que ambos cayeron al barro. El golpe los dejó sin aliento. Álvaro fue el primero en incorporarse, con la respiración entrecortada.
—¡No digas su nombre! —rugió—. No sabes las veces que he deseado poder hablar con ella una vez más, poder decirle que lo siento. Y tú… tú hiciste que cada recuerdo suyo doliera.
El padre se levantó despacio, clavándole la mirada.
—Sigues siendo el mismo niño llorón.
—¡Tenía ocho años! —la voz de Álvaro tronó entre los árboles—. Ocho. No podía hacer nada. ¡Dependía de ti!
Álvaro tragó saliva, el agua resbalándole por el rostro como lágrimas.
—Te he odiado por cada grito, por cada golpe, por cada vez que me obligaste a verla sufrir —dijo, el tono quebrándose—. Te he odiado por cada vez que me llamaste cobarde, por hacerme cargar con algo que no era mío.
El padre avanzó un paso, sonriendo.
—Pero lo cargaste. Y aquí estás.
—Sí —respondió Álvaro, enderezándose—. Y por eso ya no te necesito.
El hombre se lanzó contra él de nuevo y los dos rodaron por el barro, golpeando ramas, piedras, raíces. La fuerza del forcejeo los fue empujando colina abajo, hasta que el rugido del mar se hizo presente: estaban cerca del acantilado.
Clara corrió tras ellos, tropezando en la tierra húmeda.
—¡Álvaro! —gritó, y su voz era más desesperada que de miedo.
Los dos hombres se detuvieron un instante, respirando con dificultad. El padre sujetó a Álvaro por el cuello de la camisa y lo empujó contra el tronco de un árbol.

—Ni siquiera gritaste —dijo, el rostro a centímetros del suyo—. Ni siquiera cuando viste el vaso en su mano. No quisiste hacer nada.
Álvaro sintió el aire atascado en los pulmones.
—¡Basta! —gritó, apartándolo de un empujón—. Nunca volverás a decirme quién soy.
—No quiero matarte —dijo, casi en un susurro—. Solo quiero pasar página, solo quiero olvidarte.
El padre rio, ronco.
—No es tan sencillo.
Álvaro dio un paso hacia atrás, la respiración aún agitada. Las palabras salieron de él en un torrente.
—Me condenaste a una vida de culpa. A pensar cada noche que si hubiera gritado, si hubiera corrido, si hubiera hecho algo, ella estaría viva. Me hiciste sentir que su muerte era mi carga.
El padre dejó de sonreír.
—Pero no lo es —continuó Álvaro, con la voz firme—. ¡No fue culpa mía!
La frase resonó en el aire como un trueno. El padre lo miró en silencio por un segundo eterno, y entonces volvió a abalanzarse sobre él.
El impacto los arrastró hasta el borde. La tierra estaba tan empapada que se deslizaba bajo sus pies. Clara gritó algo, pero el viento y el mar se tragaron sus palabras.
La lluvia se había convertido en una cortina que apenas dejaba ver a unos metros de distancia. Álvaro mantenía al padre a raya, los dos con el barro hasta las rodillas. Su respiración era un jadeo roto.
Y entonces lo vio.
Una silueta, inmóvil, en lo alto de la pendiente. Le costó distinguirlo entre la lluvia, pero supo de inmediato quién era. El hombre de la foto.
Estaba allí, observándolo.
Un escalofrío le recorrió la espalda.
—No… —susurró, casi para sí mismo.
Clara siguió su mirada, pero no dijo nada. No parecía ver a nadie.
El padre sonrió al notar su distracción.
—¿Lo ves? —susurró, con una sonrisa torcida—. Siempre hay alguien

observándote. Siempre alguien que quiere que te rompas.
Álvaro no apartó la vista de la silueta.
—¿Por qué está aquí? —dijo, casi para sí mismo, como si el hombre pudiera oírle—. ¿Para qué has venido? ¿Solo para obligarme a seguir reviviendo esto?
No hubo respuesta. La figura permaneció quieta, con las manos en los bolsillos.
Fue en ese instante cuando el padre se abalanzó sobre él. Álvaro perdió el equilibrio y ambos rodaron hasta que el suelo se convirtió en barro resbaladizo al borde del acantilado.
Clara gritó su nombre.
—¡Álvaro!
El padre se le echó encima y lo inmovilizó, hundiéndolo contra el barro. Sus manos buscaron su cuello. El agua de la lluvia y el sudor le nublaban la vista, pero la presión era real, brutal.
—¿Lo sientes? —susurró el padre, inclinado sobre él—. Esto se lo hice a tu madre unas cuantas veces. Y tú estabas en tu cuarto, en silencio, escuchando. Sin hacer nada.
El aire se le escapó de los pulmones en un jadeo. Álvaro intentó apartarlo, pero no tenía fuerzas. Sus manos arañaban el suelo sin encontrar apoyo. La visión empezó a nublársele.
Entonces Clara irrumpió en la escena. No lo pensó. Se lanzó sobre el padre, empujándolo con todas sus fuerzas. El hombre perdió el equilibrio y cayó hacia el borde del acantilado. Se aferró a una raíz y, con un gruñido, logró impulsarse de nuevo hacia arriba.
Cuando subió, su rostro estaba desfigurado por la rabia. Agarró a Clara del brazo y la zarandeó con violencia.
Ese gesto despertó algo en Álvaro. El oxígeno volvió de golpe, junto con la rabia. Se levantó, tambaleante, y se lanzó contra el padre. Los dos rodaron por el barro, esta vez con Álvaro encima. Golpe tras golpe, la furia acumulada de años estalló en su cuerpo. No era técnica, no era defensa: era un rugido hecho movimiento.
—¡Álvaro! —gritó Clara, arrodillándose a su lado—. ¡Mírame! —Su voz era firme, cortando el rugido de la tormenta—. Ya está. Ya está. Para, por favor...

Álvaro se detuvo, los puños aún temblando sobre el pecho del padre. El aire le quemaba la garganta. Miró sus manos, manchadas de sangre y barro, y de pronto el peso de lo que había hecho lo golpeó. Se apartó de un salto.

El padre tosió, incorporándose con dificultad. Estaba cubierto de barro, el labio roto, pero se puso en pie. La lluvia corría por su rostro, parecía borrarlo poco a poco.

Álvaro también se puso de pie, tambaleante. Sus miradas se cruzaron.

—Vete —dijo, la voz ronca—. No quiero verte más.

El padre sonrió de lado, un gesto torcido que no era del todo derrota.

—Puedes echarme de aquí, pero no de tu cabeza —dijo—. Estaré ahí cada vez que cierres los ojos.

Se volvió despacio y se adentró entre los árboles. La lluvia y la niebla lo engulleron hasta que su silueta desapareció.

Álvaro permaneció inmóvil unos segundos, el pecho agitándose, hasta que Clara lo tocó en el hombro. Él se dejó llevar hacia ella, hundiendo el rostro contra su hombro. No lloraba, pero temblaba de arriba abajo.

La lluvia seguía cayendo, pero ahora era solo agua.

Capítulo 36: Si tú aguantas, yo aguanto.

Llegaron a la cabaña casi sin saber cómo. La puerta cedió con un crujido largo; la cabaña, como otras tantas veces, estaba esperando su regreso. Clara entró primero, empapada, exhausta. No dijo nada. Tampoco encendió la luz al principio; dejó que la penumbra los envolviera unos segundos.

Álvaro se quedó quieto en el umbral, respirando hondo. No miró a su alrededor. Apenas tuvo fuerzas para cerrar la puerta tras de sí. Sin hablar, se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo. Sus movimientos eran lentos y mecánicos. Clara se dejó caer en una silla, apoyando la frente en las manos. Ninguno parecía dispuesto a romper el silencio.

Fue Clara quien encendió la lámpara de aceite. La llama tembló un instante antes de estabilizarse, proyectando sombras alargadas en las paredes. La luz cálida rompió el gris de la tormenta que aún se filtraba por las ventanas, pero no alivió la sensación de que la casa estaba demasiado vacía.

No hablaron de Marta, ni de Diego, ni del padre. El cansancio era demasiado pesado para ponerle palabras a lo ocurrido. Cada gesto parecía guiado por un impulso antiguo, casi instintivo: sobrevivir una noche más. El agotamiento empezó a empujarles el cuerpo. Clara fue a sacar los colchones, arrastrándolos hasta el centro del salón. Álvaro la imitó sin necesidad de mirarse ni de coordinarse, como si los dos supieran qué hacer. Se descalzaron sin prisa, con gestos torpes por el cansancio, dejando la ropa mojada amontonada a un lado. La luz de la lámpara iluminaba el salón en tonos ámbar, y el sonido de la lluvia acompañaba cada movimiento. Cuando por fin se tumbaron, quedaron frente a frente, tan cerca que podían sentir el calor del otro.

Clara por fin dijo, en un susurro que apenas venció la lluvia:

—No quiero quedarme aquí. No quiero perderte también.

Las palabras flotaron entre ambos, frágiles y desnudas, más sinceras y más dolorosas que todo lo anterior. El miedo de perder al otro, ahora que todo lo demás ya se ha perdido, era lo único que los mantenía despiertos.

Álvaro cerró los ojos un instante, como si la voz de Clara se le hubiera clavado en lo más profundo de su ser. Cuando respondió, lo

hizo muy bajo, casi en un murmullo contra la penumbra:
—No lo haré.
Clara apoyó la cabeza en su hombro, buscando un calor que todavía seguía allí, pese a la humedad. Él, sin pensarlo, ladeó un poco la cabeza hasta rozar el pelo empapado de ella. No le importó el peso del cansancio ni de la culpa: solo ese instante en el que estaban tan cerca el uno del otro.
—Tenemos que aguantar —susurró Clara, con una voz que parecía una caricia, como quien recita una lección que desea creer.
Álvaro giró el rostro apenas, lo suficiente para mirarla. Había agotamiento en sus ojos, pero también algo nuevo, más tierno, más humano.
—No sé si puedo, Clara… —dijo, dejando escapar un hilo de voz—. Pero si tú aguantas, yo aguanto.
Clara sonrió débilmente, una sonrisa breve pero cálida, y entrelazó su mano con la de él. Permanecieron así, juntos, respirando al unísono, como si su promesa pudiera sostener el mundo un poco más.
Nadie dijo nada más. No había más espacio para las palabras. Solo siguieron respiraron despacio, mirándose sin hablar, hasta que el cansancio los fue empujando hacia un sueño ligero y tenso. Así, sin planearlo, el salón se convirtió en su último refugio. Dos supervivientes, lado a lado, en el final de todo.

Capítulo 37: La decisión (día 18)

La lluvia había cesado, y en la cabaña se filtraba una luz pálida que hacía brillar las gotas en las ventanas creando diminutas heridas de cristal.

Clara fue la primera en abrir los ojos. Tardó unos segundos en reconocer dónde estaba. El colchón bajo ella seguía húmedo por la ropa mojada de la noche anterior, pero el calor que sentía no venía de las mantas: era el cuerpo de Álvaro, tendido frente a ella, tan cerca que podía oír su respiración pausada.

Durante unos segundos se permitió observarlo en silencio. Dormía con el ceño fruncido, parecía que incluso en el sueño no lograra soltar del todo el peso de la isla. Aun así, había algo en esa quietud que parecía un alivio.

Álvaro despertó poco después, removiéndose apenas. Sus ojos se abrieron despacio, y lo primero que vio fue a Clara, todavía con la cabeza apoyada sobre su brazo. Ella sonrió débilmente, apenas un gesto, pero suficiente para arrancarle un respiro más profundo.

—Sigues aquí —murmuró él, ronco por el sueño.

—Claro que sí —respondió ella, sin apartar la mirada—.

Él asintió, cerrando los ojos un instante antes de volver a abrirlos. Clara apretó suavemente su mano sobre la de él. Afuera, el bosque estaba demasiado callado. Ese silencio absoluto fue lo que hizo que Clara apartara los ojos de Álvaro por un momento y mirara hacia la ventana. Todo estaba quieto, demasiado quieto.

Volvió a mirarlo enseguida, buscando refugio otra vez en sus ojos.

—Hoy tenemos que seguir —dijo, casi como una promesa, aunque su voz sonó más frágil de lo que quería.

Álvaro asintió despacio. No parecía tener respuestas, pero la firmeza con la que sostuvo su mano fue suficiente para que ella no soltara la suya.

El crujido de la madera los acompañó mientras se levantaban, todavía entumecidos por el sueño. Clara encendió la lámpara otra vez; la luz anaranjada bañó el salón y reveló el desorden de la noche anterior.

No había mucho que buscar, pero aun así abrieron los armarios, revolviendo entre latas abolladas y restos de galletas húmedas.

Encontraron algo de pan duro y una lata que aún conservaba un poco de fruta en almíbar. No era desayuno, pero al menos era algo. Se sentaron a la mesa, frente a frente. Comieron en silencio al principio, masticando despacio, como si el simple acto de tragar fuera un esfuerzo.

Fue Clara la que rompió el silencio.

—No dejo de pensar en Diego. —Bajó la mirada al trozo de pan entre sus manos—. En lo rápido que todo pasó. En lo poco que nos dejó para decirle adiós.

Álvaro dejó la cuchara dentro de la lata y la apartó.

—Él eligió —murmuró, con voz grave—. La primera vez no pudo, pero esta vez… esta vez lo hizo a su manera.

Clara asintió despacio, aunque sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo sé. Pero eso no hace que duela menos.

Hubo un silencio largo. La lluvia afuera había dejado un murmullo suave, casi constante.

—Y Marta… —continuó Clara, con un hilo de voz—. A veces pienso que todavía debería estar aquí, que en cualquier momento abrirá la puerta con alguna broma absurda para quitarnos esta cara de funeral.

Álvaro apretó la mandíbula.

—Marta no quería rendirse —dijo—. Pero la isla no nos ha dejado elegir.

Clara lo miró en silencio. Sus ojos se encontraron y, por un instante, compartieron la misma certeza: que los nombres de sus amigos ya eran parte de la isla, y no de ellos.

Después de un largo rato, fue Álvaro quien habló de nuevo.

—¿Te has preguntado por qué todo esto? —Su voz sonó más dura, como si necesitara arrancar esas palabras de dentro—. ¿Por qué seguimos aquí, cuando no queda nadie más?

Clara inspiró hondo, dejando la cuchara a un lado.

—Todos los días. Al principio pensé que era mala suerte, que simplemente nos había tocado vivir una pesadilla. Pero ahora… —se interrumpió, buscando las palabras— ahora no sé qué pensar.

Álvaro pasó una mano por el cabello, aún húmedo, y clavó la mirada en la mesa.

—La isla nos ha ido quitando a todos. Uno a uno. No es normal. No puede ser casualidad.
—¿Y qué crees que es? —preguntó Clara, inclinándose hacia él.
—No lo sé. —Su voz se quebró un poco—. A veces pienso que estamos muertos, que esto no es más que algún sitio al que hemos llegado después.
Clara negó suavemente con la cabeza.
—Si estuviéramos muertos, ¿por qué seguiría doliendo tanto?
Sus palabras quedaron suspendidas entre ellos. Álvaro tragó saliva, sin poder rebatir.
—Entonces… ¿qué es? —insistió, con un brillo de desesperación en los ojos—. ¿Por qué él? ¿Por qué siempre vuelve mi padre?
Clara lo sostuvo con la mirada, firme, como si supiera que debía ser su ancla.
—Quizás porque no te dejaba avanzar. Quizás porque la isla no es un lugar, sino lo que llevamos dentro.
Álvaro apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la cara.
—No puedo con más preguntas sin respuesta, Clara. Solo sé que no estamos solos, aunque ya no quede nadie.
Clara se levantó y rodeó la mesa para sentarse a su lado. Le puso una mano en el hombro.
—Estamos tú y yo. Eso es lo que sé.
Él bajó las manos, mirándola.
—¿Y si mañana ya no estamos?
Clara sonrió débilmente, aunque sus ojos estaban húmedos.
—Entonces hoy tenemos que seguir.
Clara recogió los restos del pan y dejó el plato en la mesa. Álvaro se quedó sentado, con los codos apoyados y la mirada perdida en un punto fijo del suelo.
El silencio era casi total. Casi.
Un crujido llegó desde el exterior, apenas un roce entre ramas, pero lo suficiente para que ambos alzaran la cabeza al mismo tiempo.
—¿Lo has oído? —preguntó Clara en voz baja.
Álvaro no respondió de inmediato. Se levantó despacio y caminó hasta la ventana. El cristal estaba empañado, la humedad borraba

cualquier detalle más allá de unos metros. Pero juraría haber visto una sombra moverse entre los árboles.
—Puede que solo sea el viento —dijo, sin convencerse ni convencerla.
Clara se acercó y, al hacerlo, notó el barro en el umbral de la puerta. La noche anterior habían entrado empapados, sí, pero esas huellas eran distintas: más grandes, más marcadas, como si alguien hubiese estado allí después.
No dijo nada. Solo miró a Álvaro, y él entendió.
—Sigue aquí —murmuró él, con un peso en la voz que hizo que Clara se estremeciera.
Durante unos segundos permanecieron en silencio, mirando hacia el bosque. La calma de la mañana se había vuelto un telón demasiado perfecto, como si la isla esperara algo de ellos.
Clara apretó el brazo de Álvaro, suave pero firme.
—No vamos a dejar que vuelva a separarnos —dijo, más como un pacto que como una certeza.
Él asintió, aunque sus ojos permanecieron fijos en la ventana, incapaces de apartarse de la nada que se extendía detrás del cristal.
Clara no apartaba la mano de su brazo. Dudó un instante, pero al final la pregunta salió casi sola:
—Álvaro… cuando estabas peleando con él… ¿qué viste?
Él permaneció en silencio. Sus dedos jugaron con el marco de la ventana, como si buscara una excusa para no responder.
—Te quedaste mirando a un punto fijo —insistió ella, con un temblor en la voz—. Como si alguien más estuviera allí.
Álvaro cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, parecían más oscuros.
—Lo vi a él.
Clara frunció el ceño.
—¿A quién?
—Al hombre de la foto. —Su voz sonó áspera, como si al pronunciarlo se le resecaran los labios—. Estaba en lo alto de la pendiente. Quieto. Observándome.
Clara lo miró incrédula.
—¿Estás seguro? Podría ser… no sé… una sombra, un árbol, un

reflejo.
Álvaro negó despacio.
—Sé lo que vi. —Se frotó las sienes, con un gesto de agotamiento—. Y no era la primera vez.
Ella lo observó en silencio, intentando encontrar las palabras adecuadas.
—¿Qué quieres decir?
Él tardó unos segundos en responder, como si temiera que decirlo en voz alta le diera más fuerza.
—Que esa mirada… no era nueva. Sentí que ya había estado allí antes, vigilándome. Como si me conociera mejor que yo mismo.
Clara tragó saliva, insegura.
—¿Y qué quería de ti?
Álvaro apretó los dientes, apartando la vista hacia el suelo.
—No lo sé. No dijo nada. Solo me miraba. Y eso fue peor que cualquier palabra.
El silencio los envolvió unos segundos, roto solo por el golpeteo de una gota que se filtraba desde el techo.
Clara, inquieta, insistió:
—¿Crees que estaba de parte de tu padre?
Álvaro se quedó pensativo, la respiración pesada.
—No parecía estar con él… pero tampoco conmigo. Estaba allí como quien espera algo. Como si quisiera ver hasta dónde podía llegar.
Clara se mordió el labio.
—Entonces… ¿crees que sigue ahí afuera?
Álvaro levantó la vista hacia el bosque, más allá del cristal empañado.
—Lo sé.
Ella lo miró largo rato, como intentando adivinar si hablaba en serio o si solo era el cansancio hablando por él. Al final, sin añadir nada, se deslizó más cerca y apoyó su frente contra la suya.
—No importa quién sea ni qué quiera. —Su voz era un susurro firme —. No pienso dejar que te rompa.
El silencio volvió a instalarse en la cabaña. Afuera, el bosque parecía contener la respiración. Se dejaron caer en las sillas de la mesa. La lámpara, ya débil, proyectaba sombras nerviosas en las paredes.

Clara se frotó los brazos, como si de pronto el aire hubiese bajado de temperatura.
—Álvaro… —comenzó, con voz baja, midiendo cada palabra—. ¿Qué vamos a hacer?
Él permaneció en silencio unos segundos, los codos sobre la mesa, las manos entrelazadas frente a su boca. Finalmente murmuró:
—Esa es la pregunta que intento no hacerme.
Clara lo miró, esperando algo más.
—Podemos esperar a que venga la agencia —dijo ella al fin, como quien busca una tabla a la que aferrarse—. Dijeron que vendrían. Quizá se retrasaron por la tormenta.
Álvaro negó suavemente con la cabeza.
—¿Cuántos días llevamos esperando lo mismo? —preguntó, sin mirarla—. Al principio también lo creí, que era cuestión de horas. Después de días, todavía me lo repetía. Pero ahora… —respiró hondo— ahora ya no sé si alguien sabe siquiera que seguimos aquí.
Clara bajó la mirada.
—Entonces, ¿qué nos queda? ¿Sentarnos y morirnos de hambre?
Álvaro apretó los puños sobre la mesa.
—Podríamos intentar escapar. Ir hacia el otro lado de la isla, buscar alguna salida, o incluso… —su voz se quebró un poco— construir algo que flote.
Clara lo miró, con una mezcla de incredulidad y cansancio.
—Una balsa. ¿Con qué fuerzas? ¿Con qué maderas? Apenas podemos arrastrar los colchones por el salón, Álvaro.
Él dejó escapar una risa seca, sin alegría.
—Lo sé. Es absurdo. Pero quedarnos quietos también lo es.
Hubo un silencio largo, roto solo por el golpeteo de una gota filtrándose del techo.
—Quizá no se trate de elegir —susurró Clara, más para sí misma que para él—. Quizá la isla ya eligió por nosotros.
Álvaro levantó la cabeza bruscamente.
—No. No pienso aceptar eso.
—¿Y qué piensas aceptar entonces? —su tono subió apenas un poco, sin llegar a ser un grito—. Estamos solos, Álvaro. Los demás ya no están. Marta, Diego, David, Leo… —su voz se quebró— todos

se fueron. Y seguimos aquí, repitiendo los mismos pasos, como si estuviéramos atrapados en un círculo.
Álvaro cerró los ojos un momento, como si cada nombre pronunciado le golpeara el pecho.
—Precisamente por eso. Porque no puedo dejar que todo lo que pasó haya sido para nada.
Clara lo observó en silencio. Había algo en su mirada, un brillo extraño, como si al hablar de los demás, de sus muertes y sacrificios, estuviera al mismo tiempo hablándose a sí mismo.
—¿Y si la isla no nos deja marchar? —preguntó ella de pronto, casi en un susurro.
La pregunta quedó suspendida entre ambos. Álvaro tragó saliva, incapaz de responder. El silencio se volvió tan denso que parecía tener peso propio.
Finalmente dijo:
—Entonces tendremos que resistir. Un día más. Aunque no sepamos para qué.
Clara lo miró con tristeza, pero también con ternura.
—¿Resistir para qué, Álvaro?
Él no respondió de inmediato. La mirada perdida, como si buscara en la madera de la mesa una respuesta que nunca aparecía.
—Para que no se ría de nosotros —dijo al fin, con voz ronca—. Ni la isla, ni él, ni mis recuerdos. Para que, aunque todo lo demás se caiga, quede claro que no pudieron rompernos del todo.
Clara dejó escapar un suspiro largo. Le tomó la mano y la apretó con fuerza.
—Si esa es la decisión, la tomo contigo.
Álvaro apretó sus dedos en respuesta.
—Si tú aguantas… —susurró— yo aguanto.
Un trueno lejano retumbó en el cielo, aunque no había tormenta. Ambos se miraron, en silencio. Nadie lo dijo en voz alta, pero los dos comprendieron lo mismo: que resistir era apenas otra forma de aplazar lo inevitable.
Aun así, en ese instante, esa decisión fue suficiente.
El silencio duró un tiempo indefinible. Solo el golpeteo lento de la gota filtrándose en el cubo y el roce de sus respiraciones llenaban el

espacio.
Fue Clara quien rompió el silencio, con voz baja, como si temiera que la isla pudiera oírla:
—Si… si me pierdo, prométeme que me traerás de vuelta. Aunque no pueda, aunque no quiera, aunque parezca que ya no soy yo.
Álvaro tragó saliva. Su primer impulso fue apartar la mirada, pero ella no se lo permitió: lo sostuvo con los ojos hasta obligarlo a enfrentarse a sus palabras.
—No puedo prometer algo así —murmuró, quebrado.
—Tienes que hacerlo. —La voz de Clara tembló, pero su firmeza seguía allí—. Porque yo lo haría por ti.
Un silencio más denso que el anterior se instaló entre ellos. Álvaro se inclinó un poco hacia adelante, hasta que sus frentes se rozaron. Sus ojos brillaban con un cansancio infinito, pero también con una determinación nueva.
—Entonces prométeme tú otra cosa —dijo él, con un hilo de voz—. Prométeme que no vas a dejarme.
Clara cerró los ojos un instante, y las lágrimas se mezclaron con la humedad de su rostro. Cuando habló, lo hizo con una serenidad que no había tenido en toda la isla:
—Lo prometo. No voy a dejarte.
Álvaro asintió despacio, como si esas palabras fueran un ancla, como si lo sujetaran a la tierra. Se dejó caer hacia ella, apoyando la cabeza en su hombro. Clara lo rodeó con los brazos, y así permanecieron, respirando al mismo ritmo, en un pacto silencioso que iba más allá de las palabras.
La lámpara parpadeó una vez más antes de apagarse. El salón quedó en penumbra, y en esa oscuridad compartida, por primera vez, no se sintieron tan perdidos.

El agua

El lápiz se le escapaba de la mano. Álvaro llevaba un buen rato peleándose con un problema de matemáticas, pero lo único que escuchaba era el rumor constante del agua detrás de la puerta del baño.

Al principio no le dio importancia. Su madre solía cantar bajito cuando se duchaba, y él se entretenía imaginando que las gotas eran notas que golpeaban los azulejos. Pero esa tarde no había canción. Solo agua.

El reloj del salón marcaba más minutos de los que deberían. Álvaro volvió a mirar la hoja de deberes. Los números parecían moverse, borrosos, como si también tuvieran miedo.

Se levantó de la silla.

—Mamá —llamó, golpeando suavemente la puerta—. ¿Ya sales?

No hubo respuesta. El agua seguía corriendo, insistente.

Esperó. Tocó de nuevo, más fuerte esta vez.
—Mamá, ¿estás bien?

Nada.

El corazón le empezó a retumbar en el pecho. Giró el pomo: estaba abierto. La puerta se abrió despacio, dejando escapar un soplo de vapor que empañó sus gafas.

Lo primero que vio fueron las gotas resbalando por los azulejos, formando riachuelos diminutos. Luego, la silueta inmóvil en la bañera. El agua le caía encima como un telón pesado, oscureciendo el cabello pegado a la frente.

—Mamá… —susurró, apenas audible.

No entendió del todo lo que estaba viendo. Su mente buscó explicaciones: quizá estaba dormida, quizá se había mareado, quizá estaba fingiendo. Pero entonces sus ojos se fijaron en el borde de la bañera, en un papel húmedo apoyado de cualquier manera, la tinta azul corriendo en hilos que se perdían en el agua.

No lo tocó.

Se acercó un poco más, el suelo frío pegándose a sus pies descalzos.
—Mamá, despierta. Vamos, despierta ya.

La tocó en el hombro. La piel estaba demasiado fría.

El ruido del agua se volvió insoportable, como si llenara toda la casa. Álvaro dio un paso atrás, tropezando con la alfombra. Quiso gritar, pero el miedo no le dejaba.

No sabía cuánto tiempo pasó así, paralizado, hasta que oyó el ruido de la puerta principal. El crujido seco del cerrojo. El padre entrando.

El corazón de Álvaro se desbocó. Miró la bañera. Miró el agua. No había escapatoria.

La voz del padre retumbó en el pasillo, áspera, impaciente:
—¿Dónde está tu madre?

Los pasos se acercaban. Álvaro retrocedió hasta chocar con la pared. Sabía que en cuanto su padre cruzara esa puerta lo entendería todo, y algo peor que el agua iba a caer sobre él.

Se quedó quieto, con las manos apretadas contra el cuerpo, como si hacerse pequeño pudiera salvarle de lo inevitable.

Capítulo 38: Ecos del sueño (día 19)

La mañana entró en la cabaña con una luz gris, tamizada, que no conseguía calentar ni a las paredes. Álvaro despertó envuelto en la costumbre del cansancio, pero notó algo distinto: la memoria del sueño todavía latía con nitidez bajo su piel. Era como si las voces de sus amigos siguieran resonando, frescas, tan cercanas que casi podía tocarlas.

Se sentó en el sofá, notando el vacío a su alrededor. Clara estaba junto a la ventana, abrazada a las piernas, observando el mar a través del cristal empañado. Sus ojos tenían esa mirada de quien ya ha llorado lo suficiente, pero sigue esperando algo que no sabe nombrar.

—¿Dormiste algo? —preguntó ella, sin girarse del todo.

Álvaro dudó. No era solo haber dormido, era haber estado allí, en otro lugar.

—Sí… Bueno, sí. Pero he soñado con ellos. Con todos.

Clara pareció animarse un poco, como si hablar de los ausentes pudiera convocarlos de vuelta.

—¿Recuerdas lo que pasó?

Álvaro bajó la mirada, buscando el hilo entre el sueño y la vigilia.

—Sí. Estábamos los seis en la mesa. Como antes… Leo me miró por encima de las gafas y dijo: "A veces, lo que buscas está justo delante de ti, solo hay que mirar de otra manera".

Sonrió, incrédulo—. Hasta en sueños quiere que piense.

Clara apoyó el mentón en las rodillas, atenta.

—¿Qué más?

—Diego estaba allí también. Me dijo, "No olvides cerrar bien la puerta, ¿vale? Hay corrientes que no se ven".

Álvaro tragó saliva—. Como si fuera una advertencia. O un recuerdo.

Clara asintió, casi temblando.

—¿Y Marta?

—Marta jugaba con su cámara. Me miró y dijo: "No importa si la foto sale borrosa. Lo importante es recordar quiénes estaban en ella".

Clara se limpió la cara con la manga.

—Eso suena tan a Marta…

—David también estaba, comiendo como siempre, y soltó: "Tampoco pasa nada si te pierdes un rato. A veces es la única forma de encontrarse".
Un silencio breve, íntimo.
—Y tú también estabas —añadió Álvaro, la voz más baja aún—. Dijiste: "Cuando te vayas, hazlo despacio. Así te dará tiempo a mirar atrás".
Clara cerró los ojos un instante, como si pudiera verse allí, en ese otro mundo.
—¿Crees que… hay algún mensaje en todo eso? —susurró, sin atreverse a más.
Álvaro no respondió enseguida. El sueño se sentía tan real que costaba distinguirlo del día.
—No lo sé. A veces pienso que mi cabeza solo intenta… mantenerlos cerca. Pero también…
Se frotó la frente, agotado—. Hay algo que no entiendo. Siento que intentan decirnos algo.
Clara se levantó, cogió una libreta y un bolígrafo, y se sentó a su lado.
—Vamos a escribirlo. Palabra por palabra. A ver si encaja. Como un puzle.
Álvaro asintió y, juntos, fueron reconstruyendo el sueño.
—Diego: cerrar la puerta, las corrientes…
—Leo: mirar de otra manera…
—Marta: la foto, quiénes estaban en ella…
—David: perderse para encontrarse…
—Y yo… —Clara dudó, luego sonrió, triste—. Mirar atrás antes de irse.
Ambos se quedaron callados, mirando la hoja donde las frases temblaban en tinta azul. Por un segundo, el aire en la cabaña pareció menos denso, casi cálido.
—Quizá tengamos que mirar la puerta —dijo Clara en voz baja—. O las fotos de Marta. O todo al revés.
Álvaro asintió, sintiendo por fin una brizna de propósito.
—O… quizá solo tenemos que atrevernos a mirar de otra manera.

Los dos intercambiaron una mirada cómplice. Por primera vez en mucho tiempo, el día pareció ofrecer algo más que resignación.
Clara fue la primera en romper el pequeño momento de luz:
—¿Y si miramos la libreta de Leo?
—¿Ahora?
—Ahora. A lo mejor... no sé, dejó algo escrito. Algo que no vimos.
Buscaron la mochila, la encontraron junto a la cama que ya nadie ocupaba. Álvaro la cogió con cierta reverencia, como si esperara que el simple tacto pudiera despertar otra vez a su amigo. Se sentó junto a Clara en el suelo y, juntos, abrieron la libreta.
Las primeras páginas estaban llenas de anotaciones meticulosas: mediciones del sol, croquis del terreno, listas de provisiones, horarios del amanecer y la marea. Fechas. Dibujo de la cabaña desde diferentes ángulos. Comentarios sobre el comportamiento del grupo ("David siempre habla más cuando tiene miedo", "Marta ríe distinto de noche", "Álvaro… Álvaro está más presente que nunca y, a la vez, nunca del todo").
—Es como si nos hubiera estado observando —susurró Clara, hojeando las páginas, deteniéndose en frases subrayadas—. Mira esto:
"Hay puertas que parecen cerradas pero respiran. Todo tiene sentido, pero solo cuando lo miras desde fuera".
Pasó la página y leyó en voz alta:
"La isla cambia. El grupo cambia. Todo se pliega sobre sí mismo, como si estuviera esperando a que miráramos bien".
Álvaro leyó otra frase:
"Si algo desaparece, ¿realmente se ha ido? ¿O solo se ha quedado detrás de otra puerta?"
Las páginas se volvieron más caóticas. Aparecían dibujos de huellas, intentos de reconstruir rutas que no encajaban con los recuerdos de nadie.
Más adelante, encontraron algo escrito con una letra temblorosa, como si Leo lo hubiese escrito en plena noche:
"Quizá no hay isla. Quizá somos solo piezas de un puzle ajeno. Lo que no entiendo es… ¿quién lo está montando?"

Clara cerró la libreta despacio.
—¿Crees que se estaba volviendo loco… o que lo veía todo mucho más claro que nosotros?
Álvaro no supo qué responder. Por un momento, la libreta pesaba más que cualquier teoría: era la prueba de que incluso los que parecían tenerlo todo bajo control habían sentido el vértigo.
—Hay frases que parecen escritas para nosotros, ahora —musitó él —. Como si lo supiera.
Ambos se miraron, y en ese instante la libreta dejó de ser un objeto y pasó a ser una señal. Un mensaje lanzado al futuro, esperando que alguien supiera leerlo.
Por primera vez, la lógica y el misterio parecieron formar parte de un mismo idioma. Y, aunque seguían sin respuestas, sintieron que no estaban tan solos. Clara fue quien propuso la idea, tras un silencio lleno de vueltas y frases a medias:
—¿Y si miramos las fotos de Marta?
Álvaro levantó la mirada, dudando un instante.
—¿Crees que…?
—No sé. Pero siempre fotografiaba todo. Quizá captó algo que nosotros no vimos.
Buscaron la cámara, aún colgada del respaldo de una silla, donde Marta la dejó la última noche. El peso era pequeño pero real, tangible: un trozo de vida aún tibio entre tanto vacío.
Sentados juntos, Álvaro fue pasando una a una las imágenes, iluminadas en la pequeña pantalla. Al principio, todo parecía normal: el grupo en la playa, sonrisas, poses absurdas, Clara saltando sobre la arena, David haciendo un gesto ridículo, Diego mirando de reojo, Leo medio escondido tras una libreta.
Pero pronto notaron lo extraño.
En una de las primeras fotos del grupo, tomada el día de la llegada, algo llamó su atención:
—¿Te fijas? —murmuró Clara, tocando la pantalla—. Ahí… en el fondo.
En el margen de la imagen, junto a la sombra de la cabaña, se intuía una figura. No era uno de ellos: parecía demasiado alta, demasiado borrosa, como si estuviera en movimiento. Parecía mirar a la

cámara, pero su rostro era indistinto, una mancha alargada, casi un borrón.
—¿Eso estaba ahí cuando la hicimos? —preguntó Álvaro, la voz tensa.
Pasaron a la siguiente. La figura ya no estaba. En otra imagen, la cara de Marta, sonriente, ocupaba el primer plano… pero detrás de su hombro, reflejado en la ventana, se adivinaba el mismo contorno difuso.
—No puede ser —susurró Clara.
Las siguientes imágenes parecían más normales, pero en todas —a veces en los reflejos de un vaso, otras en el agua de la playa, o en las sombras de los árboles—, si uno miraba con atención, se intuía ese mismo trazo, esa presencia apenas captada por la lente. Nunca igual. Nunca nítida.
En la última foto, tomada la noche antes de la desaparición de David, la cámara parecía haber captado solo oscuridad… pero al subir el brillo al máximo, distinguieron algo: seis figuras sentadas en círculo, alrededor del fuego. El problema era que la cámara, según creían al fijarse de nuevo, había captado a una figura más. Esta figura, en el extremo, era apenas un bulto blanco, alargado, de proporciones imposibles.
Álvaro sintió que el aire se volvía más pesado.
—¿Siempre… estuvimos solos?
Clara no respondió. Cerró la cámara y la dejó sobre la mesa, como si de pronto pesara demasiado.
Pasaron varias fotos, algunas borrosas, otras llenas de rostros felices del primer día, hasta que una detuvo el avance de Álvaro. El encuadre era imposible: una imagen nítida de un pasillo, paredes con papel antiguo, una puerta entreabierta al fondo.
Álvaro sintió un escalofrío. Reconocía ese lugar. Era el pasillo de la casa en la que creció. La misma luz pálida entrando por la ventana del baño, el mismo suelo desgastado. La puerta, esa puerta, parecía observarle. Al fondo, apenas visible, una sombra alargada como de alguien de espaldas, justo en el umbral.
Clara no entendía bien, se inclinó sobre la pantalla.
—¿Eso… eso no es aquí? —preguntó en voz baja.

—No… —respondió Álvaro mientras tragaba saliva—. Es mi casa, o lo era.
Su voz sonaba muy lejana, sin fuerza. En la foto no había sangre, ni escenas explícitas, solo una sensación de que faltaba algo más. De que lo realmente importante estaba tras la puerta, fuera de la vista, o dentro del propio Álvaro.
—¿Quién ha hecho esta foto? —susurró Clara, casi con miedo a romper el silencio.
No había respuesta. No era posible. Nadie tenía esa foto. Nadie podía haberla tomado.
Clara le puso una mano en el brazo, suave.
—¿Qué significa?
Álvaro no respondió. Solo se quedó mirando la imagen, sintiendo un nudo extraño en el estómago, como si todo lo que aún no había dicho, todo lo que había olvidado a la fuerza, quisiera salir justo en ese instante.
Durante un rato ninguno dijo nada más.
Álvaro cerró la cámara y la dejó boca abajo sobre la mesa. Clara hizo lo mismo con la libreta de Leo, como si temiera que, si la dejaban abierta, las palabras siguieran mirándolos.

—No hoy —dijo ella al fin—. No podemos con todo hoy.

Álvaro asintió. No era una rendición. Era una tregua.

Pasaron el resto de la mañana arreglando la gotera del cubo, recogiendo ramas húmedas del exterior y calentando una sopa aguada que apenas sabía a nada. Se movían despacio, sin hablar demasiado, como si cada gesto sirviera para recordar que seguían ahí, que todavía tenían manos, peso, sombra.

Al mediodía se sentaron fuera, de espaldas a la cabaña, mirando el mar sin buscar formas en las olas.

En algún momento, Álvaro notó que llevaba rato con la mano en el bolsillo. La retiró despacio, como si quemara, y respiró hondo.

—Mañana —dijo Clara, sin mirarlo—. Mañana seguimos.

Él no respondió, pero se quedó a su lado.

El día avanzó sin sobresaltos. Demasiado tranquilo.

Y aunque ninguno lo dijo en voz alta, ambos supieron lo mismo: que algo había cambiado. Que ya no estaban buscando salir de la isla, sino entender qué parte de ella se había instalado dentro de ellos.

Capítulo 39: Cuando todo calla (día 20)

El amanecer no trajo luz, sino una especie de claridad gris, como si el sol también se hubiese rendido. En el interior de la cabaña, el aire olía a madera húmeda, a cuerpos cansados, a sueño sin descanso.

Álvaro abrió los ojos sin saber cuánto tiempo había dormido. O si había dormido en realidad. Lo último que recordaba era el sonido del viento y el silencio de Clara en la oscuridad. Se incorporó lentamente, el cuerpo pesado, los músculos tensos como si llevaran días sin entender el descanso.

Parpadeó. Algo era distinto. Tardó unos segundos en entender que no estaba allí.

La cama de Clara estaba vacía.

Se levantó con el corazón latiéndole en la garganta, cruzó la estancia de la cabaña sin hacer ruido, como si el simple acto de moverse pudiera romper algo frágil. No había notas. No había huellas.

Abrió la puerta principal. El aire de fuera era frío y limpio, con ese olor a sal que sólo parecía existir cuando todo está quieto.

Allí estaba ella.

Sentada en el porche, con las piernas cruzadas, mirando al mar. El cabello le caía sobre los hombros, ligeramente alborotado, y su espalda respiraba con lentitud, como si no tuviera prisa por seguir.

Álvaro se detuvo en seco al verla. Algo en ella —en la forma en que estaba quieta, en la postura exacta de sus manos, en la calma excesiva de su cuerpo— no era del todo Clara, pero tampoco era otra persona.

—¿Estás bien? —preguntó él, con voz ronca.

Clara no respondió de inmediato. Siguió mirando el horizonte, como si el mar le estuviera contando algo que no podía interrumpir.

—Estoy —dijo al fin, sin girarse del todo—. ¿Tú?

Álvaro dudó.

—Estoy… aquí. Supongo.

Ella asintió levemente. No había ironía en su gesto, solo aceptación. Era como si todo lo que quedaba por decir ya se hubiera dicho en otra parte, o en otro plano del sueño.

Se hizo un silencio breve, sin peso ni tensión, entre ambos ya no hacía falta rellenarlo.

—Deberíamos dar un paseo —dijo Clara de pronto, levantándose con suavidad, sacudiéndose el polvo del pantalón.
Álvaro frunció el ceño.
—¿Ahora? Clara, apenas queda comida, y el agua…
—Lo sé —interrumpió ella, girándose ahora sí para mirarlo—. Pero no es por eso. Es porque... necesitamos ver algo. Fuera. Lejos de la cabaña.
Su mirada tenía algo nuevo. Una paz que no había estado allí los días anteriores. No era resignación ni evasión. Era algo parecido a haber comprendido algo. A haber aceptado.
Álvaro tragó saliva. No entendía del todo lo que ocurría, pero una parte de él —la que ya había perdido demasiado como para seguir negando— asintió.
—Vale. Vamos.
Sin decir nada más, comenzaron a caminar. Y los pasos de ambos se alejaron de la cabaña pisando así el borde mismo de otro mundo.
El sendero se abría entre los árboles, sin ser exactamente un camino, pero lo bastante claro como para ser seguido. Clara caminaba delante, sin prisas, pareciendo saber adónde iba. Álvaro la seguía a medio paso, observándola con una mezcla de alivio y sospecha. No hablaban, pero el silencio no era incómodo. Era otra cosa. Algo que pendía entre los dos como una pregunta que ninguno quería formular todavía.
Las ramas crujían bajo sus pies con una delicadeza extraña. A ratos, se oía el murmullo de pájaros lejanos. A otros, el zumbido grave del viento entre los árboles. Pero en conjunto, todo parecía… irreal. Demasiado bello para ser verdad.
Clara se detuvo junto a una roca cubierta de musgo y tocó con los dedos las pequeñas flores que crecían a su alrededor. Sonrió con dulzura, sin mirar a Álvaro.
—¿Recuerdas cuando David se tropezó con una raíz y casi se cae encima de Leo? —dijo de pronto, sin contexto.
Álvaro sonrió también, pero su sonrisa se quebró antes de llegar a los ojos.
—Leo le llamó "mamífero torpe" durante tres días —respondió, más para sí que para ella.

Clara se incorporó y siguió andando. Álvaro la alcanzó con paso más lento, y cuando se emparejaron, ella habló sin girarse:
—No quiero que esto termine con miedo. Quiero recordar… el fuego, las risas, incluso las discusiones absurdas. Todo eso éramos nosotros.
Álvaro la miró, sintiendo cómo se le formaba un nudo en la garganta. La luz se filtraba a través de las hojas con una calidez dorada, habiendo decidido el bosque volverse hermoso de nuevo.
—¿Qué quieres decir con "esto"? —preguntó él, casi en un susurro.
Clara no respondió enseguida. Siguieron caminando.
El camino se volvió más estrecho, a medida que avanzaban, la vegetación parecía hacerse más amable, menos agresiva. Los arbustos se abrían con facilidad, los árboles se separaban sin protestar. El aire era más liviano, y una brisa fresca bajaba desde algún punto invisible, trayendo consigo el perfume suave de flores desconocidas.
Álvaro iba un paso por detrás, con la sensación de estar cruzando un umbral sin nombre. Algo dentro de él sabía que estaban llegando a un sitio distinto. No solo en el espacio, también en el tiempo. Como si hubieran salido de la isla real para adentrarse en una réplica perfecta, tejida de memoria y calma.
Y entonces lo vieron.
El claro se extendía ante ellos como un suspiro de belleza inesperada. Una explanada natural, bordeada por árboles altos cuyas ramas no se tocaban, permitiendo que la luz del sol descendiera en haces suaves. El suelo estaba cubierto de hierba corta, salpicado de pequeñas flores violetas y blancas que parecían brillar con luz propia. En el centro, una roca grande y lisa como un altar natural.
El aire no olía a sal ni a humedad, sino a vida. A cosas que florecen sin ser vistas. A infancia, incluso.
Clara se detuvo en seco. Cerró los ojos un momento y respiró hondo. Cuando los abrió, tenía una sonrisa pequeña, distinta. No era de alegría, sino de plenitud.
—Es aquí —dijo simplemente.
Ella se sentó sobre una piedra lisa. Miró hacia el horizonte y, por fin, habló:

—Nunca pensé que un sitio así pudiera existir —dijo, casi en un susurro—. Después de todo lo que ha pasado… todo el dolor, el miedo, la incertidumbre… y aún así, este sitio.
Álvaro se acercó lentamente. No quería romper nada. Ni la brisa, ni la luz, ni la quietud de Clara.
—Es precioso —murmuró.
Ella asintió. Luego lo miró directamente, y por un instante, Álvaro deseó no tener que escuchar lo que venía a continuación. Porque en esa mirada había una despedida que ya no podía evitar.
—Gracias por venir conmigo. He entendido lo que tengo que hacer.
—No te sigo.
Clara giró la cabeza y lo miró. Sus ojos no mostraban tristeza. Mostraban… paz.
—Este lugar… no es solo una isla. Es una especie de reflejo. Un eco. Y cada uno de nosotros ha tenido que hacer su camino aquí. Algunos se perdieron, otros… eligieron irse. Yo creo que ha llegado mi momento.
Álvaro dio un paso atrás, como si sus pies no quisieran estar más cerca de esa idea.
—No digas eso. No puedes… ¿Qué estás diciendo?
Clara se levantó despacio. Se acercó, y le puso una mano sobre el pecho, justo donde el corazón le golpeaba el costado con fuerza.
—No estoy muriendo, Álvaro. Solo… me estoy despidiendo.
Él no podía procesarlo. La brisa acariciaba los árboles como si el bosque quisiera tapar lo que ella acababa de decir. Como si incluso el paisaje supiera que venía algo irremediable.
Clara bajó la mano. Y con esa calma que lo desarmaba, añadió:
—No lo entiendes todavía. Pero lo harás.
—No voy a dejar que… —empezó Álvaro, pero ella negó suavemente con la cabeza.
—Shhh… no digas nada aún. Solo… siéntate. Quédate un poco.
Él se sentó a su lado. No se tocaban, pero la cercanía era palpable, casi sagrada. Los árboles no se movían. Los pájaros no cantaban. Todo parecía esperar.
Y entre el silencio vivo del claro, Álvaro comprendió, aunque aún no supiera explicarlo.

Ella ya estaba en otro lugar.
Pasaron varios minutos sin hablar. Solo el rumor de la brisa entre los árboles, ese murmullo sereno que no parecía provenir del viento, sino de la propia isla respirando a su ritmo.
Álvaro fue el primero en romper el silencio.
—No quiero quedarme solo —confesó. Su voz era apenas un hilo—. No otra vez.
Clara le acarició la mejilla con una suavidad imposible. Haciendo que el contacto fuera también una despedida.
—No vas a estar solo —susurró—. No de verdad. Vamos a seguir contigo, Álvaro. Pero tú eres el que debe recordar. El que debe entender. Los últimos pasos son tuyos.
Él cerró los ojos con fuerza, como si eso pudiera impedir que las lágrimas salieran.
—No lo entiendo —dijo—. ¿Por qué tú?
—Porque ya he hecho lo que tenía que hacer —respondió ella con serenidad—. Porque estoy en paz. Y tú aún no.
El sol se filtraba entre las ramas con una calidez inesperada. En cualquier otro momento, aquel paisaje sería un refugio. Ahora parecía un escenario sagrado para una despedida inevitable.
Clara se inclinó y le dio un beso en la frente. Fue un gesto lleno de ternura, pero también de cierre.
—No tengas miedo —dijo, apenas en un suspiro—. Todo esto terminará. Y cuando lo haga… tú vas a entender por qué.
Álvaro intentó hablar, pero no encontró palabras. Solo lágrimas. Solo vacío.
Ella se levantó con una gracia tranquila. No parecía que escapara. No huía. Caminaba como quien va hacia un destino ya conocido.
Dio tres pasos, y entonces, con la voz quebrada pero firme, Álvaro la llamó:
—Clara...
Ella se detuvo.
—Clara, mírame.
Clara se giró despacio. Sus ojos brillaban con una mezcla de tristeza y paz. Esperó, sin hablar.

Álvaro la miró como si supiera que era la última vez, y, aun así, no pudiera evitar querer que se quedara.
—Gracias por no rendirte conmigo. Gracias por quedarte cuando todo lo demás se rompía. Eres… lo más bonito que me ha pasado en esta isla. Y fuera de ella también.
Clara parpadeó, conteniendo el temblor en los labios. Sonrió, como solo ella sabía sonreír: con todo el rostro, con todo el pecho, como si la ternura fuera una forma de resistencia.
No dijo nada. No hacía falta. Entonces, se dio la vuelta y se marchó. No se perdió de golpe. Se fue haciendo más pequeña entre los árboles, envuelta en esa brisa cálida que parecía despedirse con ella. Y cuando al fin desapareció, no lo hizo como una ausencia. Lo hizo como una promesa.
Solo quedó el claro. Y Álvaro. Y esa ausencia que no hacía ruido, pero lo ocupaba todo.
El regreso fue lento. Como si cada paso pesara más sin Clara. Álvaro caminaba por inercia, con los ojos secos pero con la garganta hecha un puño. No había lágrimas ya, solo un cansancio que iba más allá del cuerpo. Un vacío que lo llenaba todo, como si cada árbol que dejaba atrás cerrara una puerta dentro de él.
La isla, ahora sin ella, era más grande. Más callada. Pero no hostil. Esta vez no. Esta ausencia dejó paz, mucha paz.
La cabaña apareció al fondo, recortada contra el cielo gris. Ya no parecía un refugio, sino una caja hueca. Una última estación.
Álvaro cruzó el umbral sin pensarlo, y el crujido de la madera bajo sus pies fue lo único que se atrevió a sonar. Dentro, todo seguía como lo habían dejado: las mantas arrugadas, las tazas sin lavar, el eco de pasos que ya no estaban.
Se dejó caer en la silla más cercana, sin fuerzas ni para pensar. Cerró los ojos unos segundos. No sabía si quería dormir o desaparecer. Respiró hondo. Estaba solo. Otra vez. Pero esta vez, por fin, lo aceptaba.

Capítulo 40: La nota

La escena del claro aún latía en su cabeza como una imagen que no quería abandonar. Clara caminando hacia los árboles, su última mirada. Su voz diciendo que ya lo había entendido. Que los últimos pasos eran para él. Y luego, solo el bosque tragándose su silueta, como había hecho con los demás. Había algo antinatural en la quietud de la casa. Como si todo estuviera demasiado en su sitio. Demasiado ordenado para el caos que llevaba dentro.

Miró sus propias manos. Sucias, heridas, con cortes viejos y nuevos superpuestos. Eran como un mapa de lo que había sido esta isla. Lo que los había hecho. Lo que se había llevado. Uno a uno.

Se apoyó hacia atrás, con la cabeza inclinada, y cerró los ojos. Intentó repasar los últimos días, pero todo estaba mezclado. El viaje, los juegos, las bromas iniciales, la primera noche. Luego la desaparición de David, la desesperación creciente, la muerte de Leo. El mar devorando a Diego. Marta cayendo al vacío. Y ahora Clara. Todos se habían ido. Y él seguía allí.

Lo peor no era el miedo. Ni siquiera la soledad. Lo peor era la sospecha de que todo esto tenía sentido. Que había una razón detrás de cada ausencia, de cada susurro, de cada figura en las fotos. Y que esa razón estaba relacionada con él.

Clara lo dijo: "Ya sé lo que ha pasado". Pero Álvaro aún no. No del todo. Solo tenía fragmentos. Ecos. Recuerdos que no acababan de encajar. Como si alguien hubiera mezclado las piezas de dos rompecabezas distintos.

El sol comenzaba a caer y la luz se estrellaba contra el suelo de madera. Todo parecía un poco más borroso, más detenido.

Se levantó. No sabía qué buscaba, pero tenía claro que no podía quedarse allí quieto. No después de lo que Clara le había dicho. No si realmente era él quien debía terminar aquello.

Y entonces lo decidió: si quedaba algo por entender, si quedaba alguna pista en los objetos que todos habían dejado atrás, tenía que mirar. Aunque doliera.

Álvaro se levantó con cierta pesadez. Pero había una decisión empujando desde dentro, la necesidad de hacer algo, aunque no

supiera muy bien el qué. Quizá solo necesitaba moverse para no desmoronarse.
Cruzó el salón con pasos lentos. A cada paso, los objetos lo miraban: una taza olvidada en la repisa, una bufanda doblada con demasiada precisión, una libreta con dibujos a lápiz. Todo parecía impregnado de las personas que ya no estaban, como si hubieran dejado huellas invisibles en cada cosa.
Se agachó junto a la mochila de Marta. La abrió con cuidado, temiendo encontrar algo que no pudiera soportar. Dentro, solo había lo esperado: ropa, un bote de crema solar, la libreta con las canciones que iba escribiendo en los primeros días. Álvaro pasó los dedos por las hojas, reconociendo algunas letras, otras tachadas con rabia. Al fondo, un par de caramelos, envueltos en papel de colores. Sonrió con tristeza. Marta solía decir que los llevaba para los días malos. Casi parecía una broma.
Se levantó y se dirigió al cuarto de Diego. La puerta estaba entreabierta. Empujó con suavidad y se asomó. La cama hecha. Las botas alineadas junto a la pared. Sobre la mesita, su brújula, ahora inútil, detenida. Todo estaba demasiado en su sitio. Como si él mismo lo hubiera dejado así, sabiendo que no volvería. No había notas. No había pistas. Solo una ausencia tan ordenada que dolía más.
Alzó la vista hacia el pasillo. Las puertas seguían cerradas, como si guardaran secretos que nadie quería tocar. Se acercó al cuarto de Clara, pero su mano se detuvo antes de tocar el pomo. Aún no. No podía. Había algo sagrado en ese espacio que aún no estaba preparado para profanar. El dolor era demasiado reciente, demasiado limpio. Clara seguía siendo un eco aún vivo.
Tampoco entró en el de Marta. El adiós había sido distinto. Más brusco, más irracional. El recuerdo seguía demasiado fresco, como una herida que aún no se había cerrado.
Fue entonces cuando se quedó frente a la puerta del cuarto de David. La abrió lentamente, como si esperara ver su sonrisa detrás. Pero el cuarto lo recibió con una frialdad que no había sentido en los otros. Había polvo en el alféizar, la manta mal doblada, la chaqueta colgada aún del respaldo de una silla. Le dio la sensación de que

habían pasado meses desde su desaparición, aunque sabía que era imposible. El tiempo en la isla se había deformado tanto que ya no sabía si llevaban días o años. Parecía que David se había desvanecido en otro mundo. Uno donde las cosas envejecían más rápido que las personas.
Suspiró. El pecho le pesaba más con cada puerta abierta. Volvió al salón, con la intención de sentarse, de rendirse por un rato. Pero entonces vio la mochila de Leo. Estaba apoyada contra la pared, como siempre. Como si él aún estuviera allí, observando, apuntando cosas que nadie más entendía.
La abrió despacio. El olor a papel usado y tinta seca lo envolvió. Dentro, la libreta seguía intacta. La misma que ya habían revisado días atrás, buscando algún mensaje oculto, alguna verdad.
La hojeó sin esperar nada. Las mismas frases. Los dibujos. Las anotaciones obsesivas. Parecía la mente de alguien que había intentado atrapar el caos con palabras.
Pero fue entonces, cuando pasó una página doblada —que antes no estaba—, que algo le detuvo. Una hoja diferente, de otro papel, más fino, doblada en cuatro y metida entre las páginas, casi con reverencia. La sacó con cuidado. No era como el resto de notas. Estaba escrita con otro tipo de letra, más redonda, más suave.
Una palabra sobresalía del pliegue: *"Álvaro"*.
Él se quedó inmóvil.
No la abrió aún. La sostuvo entre los dedos durante unos segundos eternos, sintiendo cómo le temblaban las manos, cómo se le encogía la garganta.
Sabía que esa letra. Sabía de quién era.
Pero no… no podía ser.
Y entonces, leyó:
Álvaro:
Si lees esto es que yo…
No he sabido seguir.
No es culpa tuya.
No es culpa tuya.
(No lo olvides)

A veces la cabeza se llena de ruido y ya no…

He pensado en ti todo el tiempo.
Eres lo mejor que…

Perdóname por no poder más.

Te quiero.

Siempre.

Mamá

La letra era suya.
Redonda. Temblorosa.
Más pequeña de lo que recordaba.
No la leyó entera de una vez.
No pudo.

Algunas palabras se quedaron pegadas a la garganta.

No es culpa tuya.

Eso bastaba.

Capítulo 41: Lo que rompe por dentro

Al principio, Álvaro no reacciona.
La hoja tiembla entre sus dedos, pero él permanece inmóvil, como si el cuerpo aún no hubiese entendido lo que los ojos ya han leído. Parpadea, una vez. Otra. La caligrafía de su madre parece bailar en la página, y durante un momento se pregunta si está soñando otra vez, si todo esto es una proyección, un eco más de su cabeza rota. Pero no. La nota sigue ahí, tangible. Viva.
Vuelve a leerla.
Línea a línea.
Ahora en voz baja.
Sus labios apenas se mueven. Hay algo profundamente antinatural en todo ello. Como si ningún hijo debiera leer jamás algo así. Como si el mundo se desordenara por dentro cuando un "te quiero" se convierte en una despedida.
Cuando termina, baja la mano lentamente. Su respiración es superficial, atrapada en el pecho. Se queda así un rato, sentado en el suelo, con la libreta sobre las piernas, mirando un punto

cualquiera de la cabaña. Los sonidos parecen lejanos, irreales. Solo escucha el eco de una frase: *"no fue tu culpa..."*
Entonces, algo dentro de él se rompe.
Se levanta de golpe, empujando la libreta al suelo. La silla más cercana cae con estruendo.
—¡No! —grita, con una voz que no parece suya—. ¡No me dejes tú también!
Empieza a andar por la cabaña como un animal enjaulado. Se agarra la cabeza, se empuja contra la pared, se muerde el puño con fuerza.
—No... —susurra entre dientes, apretando los ojos—. No era culpa tuya. No tenías que irte.
Vuelve a coger la hoja del suelo, temblando, y la relee como si quisiera encontrar otra frase, otra versión de los hechos. Pero no hay otra. Solo están esas palabras, firmadas con amor y con renuncia.
—¿Por qué me dejaste con esto? —murmura—. ¿Por qué no me llevaste contigo?
Las lágrimas llegan sin permiso. Cálidas, brutales. Le caen por la cara como un castigo inevitable. No se molesta en limpiarlas. Se deja caer de rodillas. Su voz es apenas un murmullo entre sollozos:
—Yo era solo un niño… Solo quería entender… Solo quería que te quedaras…
Todo lo que había contenido durante años, todos los silencios y las preguntas sin respuesta, revientan en su interior como una presa rota. Grita, sin palabras. Solo el grito. Lo más primitivo, lo más real.
Y entonces, en medio del derrumbe, recuerda.
"Todo esto terminará."
La frase de Clara le atraviesa como una línea de luz entre tanta oscuridad. Recuerda su rostro, su paz, la forma en que lo miró justo antes de irse.
Recuerda a Leo diciendo *"A veces lo que buscas está justo delante de ti, solo hay que mirar de otra manera"*.
Recuerda a Marta, a Diego, a David.
A todos los que se han ido, pero que, de algún modo, siguen aquí.
El llanto se vuelve más lento. Su cuerpo, exhausto, se rinde.
Álvaro se sienta en el suelo, con la carta en la mano, y esta vez no la deja caer. La sostiene contra el pecho. No hay alivio, ni redención,

pero hay un espacio. Un hueco nuevo donde algo comienza a asentarse: comprensión, tal vez. O al menos, una forma de mirar lo vivido sin sentir que es una condena.
—Está bien, mamá… —susurra con voz rota—. No te guardo rencor.
El silencio que le sigue no es el mismo de antes.
No es vacío: es espera.
Álvaro salió al exterior. El aire estaba quieto, apenas un susurro movía las hojas de los árboles cercanos. La luz de la tarde era suave, pero no cálida. Había algo solemne en la forma en que el sol comenzaba a caer, como si el mundo también se preparara para un adiós.
Avanzó unos pasos.
El mar seguía allí, como siempre, pero parecía distinto. Ya no era enemigo, ni promesa. Solo una presencia. Inmensa, inevitable.
Álvaro se detuvo a contemplarlo.
Durante unos minutos no hizo nada más. Ni pensó, ni buscó entender. Solo miró. Buscando, entre el rumor de las olas y la luz que se quebraba en la superficie, encontrar una forma de sostener el dolor sin rendirse a él.
Luego giró la cabeza.
La piedra de la tumba de Leo seguía en su sitio, apenas visible entre la maleza. No había flores, ni cruces, ni nada simbólico. Solo una piedra. Y, sin embargo, contenía tanto. Álvaro se acercó. Pasó la mano por encima. No dijo nada. Tampoco hacía falta.
Desde allí podía ver también el porche donde tantas veces habían desayunado juntos. Recordó las bromas, las discusiones, los planes trazados sobre la mesa de madera.
Recordó a Clara sentada en la barandilla, mirando el cielo y preguntándose por qué no volaban los pájaros.
Bajó los escalones de la casa como si cada uno le hablara.
Uno por Marta.
Otro por Diego.
Por David.
Por Leo.
Por Clara.

La cala estaba vacía. La marea baja dejaba al descubierto rocas resbaladizas. Álvaro se detuvo ahí. No por nostalgia. No por tristeza. Sino por necesidad.
Sostuvo la carta un momento frente a él. No la leyó otra vez. No era necesario. La dobló con cuidado. La colocó junto al pecho, como si fuera parte de él.
Miró una vez más todo a su alrededor.
—Está bien… seguiré —murmuró. Su voz no tembló. No era una promesa grandilocuente. Era una decisión.
No sabía aún hacia dónde. No sabía si habría un final, o siquiera una salida. Pero sí sabía una cosa:
ya no tenía que entenderlo todo para continuar.
Se quedó allí unos segundos más. El sol bajaba, tiñendo de ámbar la casa, la arena, la costa desierta. Una gaviota cruzó el cielo. Lejos, algo crujió entre los árboles, pero no era amenaza. No esta vez.
Álvaro respiró hondo.
Luego, dio media vuelta y entró en la cabaña.
La puerta se cerró detrás de él. Su figura desapareció en el interior, y solo quedó el mar.

Capítulo 42: Despedida (día 21)

La mañana avanzaba despacio. Álvaro llevaba un rato sentado en la cama sin hacer nada. Solo respiraba. A veces, eso ya era suficiente. El nudo en el pecho ya no presionaba con rabia. Ahora era un peso más denso. Más antiguo.
Se levantó y abrió la mochila sin saber muy bien qué buscaba. Revolvió entre la ropa, botellas vacías, cuadernos doblados.

Entonces metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón. Por costumbre. Como tantas otras veces. Sus dedos rozaron el papel. Se quedó quieto. Lo había llevado encima todo ese tiempo. Arrugado. Doblado en cuatro. Caliente por el contacto con su cuerpo. Tardó unos segundos en sacarlo. No podía creer lo que había encontrado. Reconoció la letra antes de leerla. Su letra.

¿Cuándo la había escrito? ¿Hace meses? ¿Quizá años?
En una de esas tardes grises en las que alguien le dijo:
"Escribe lo que nunca te atreviste a decirle."

Nunca la terminó de doblar del todo.
Nunca la rompió.
Nunca la dio.

Solo la guardó. Como si algún día fuera a necesitarla. Se sentó despacio. Alisó el papel sobre la mesa. Y empezó a leer.

Mamá:
No sé si esta carta llegará a alguna parte.
No sé si estás, si me lees, si me sueñas como yo te he soñado tantas veces.
Pero quiero pensar que sí.
He tardado toda una vida en entender algo que ahora me duele y me alivia a la vez:
que tu dolor no fue culpa mía.
Que eras humana. Frágil.
Y que yo era solo un niño que te quería tanto que creía que podía salvarte.
Durante años te busqué en todas partes.
En las palabras que no dijiste.

En las pastillas que encontré.
En las ausencias.
En las grietas de mi memoria.
Y también me escondí.
Me convertí en alguien que fingía estar bien para no preocupar a nadie.
En alguien que aprendió a no hablar demasiado de lo importante, por miedo a que doliera.
Y sí… dolió igual. Mucho.
Pero ahora…
Ahora sé que te fuiste no porque no me amaras, sino porque no podías más.
Y aunque eso me parta en mil, también me ayuda a perdonarte.
Y a perdonarme.
He visto cosas que no sabría explicar.
He perdido amigos que eran parte de mí.
Y he sentido miedo. Del que no se dice en voz alta.
Pero también he entendido que seguir adelante no significa olvidar.
Significa llevarte conmigo.
Así que no voy a seguir buscando respuestas.
Ya no necesito entenderlo todo.
Solo quiero vivir lo que me queda sin huir de lo que fui.
Gracias por los días buenos, aunque fueran pocos.
Gracias por las nanas. Por tu voz.
Por las caricias que sí recuerdo.
Te dejo ir.
Pero no te borro.
Con amor,
Álvaro

Álvaro se quedó un rato con la carta entre las manos, sin moverse. No sabía muy bien qué hacer con ella. No era una carta para enviar ni para guardar. Era algo que necesitaba encontrar su sitio en el mundo. O desaparecer con él.
Durante unos minutos barajó opciones. Podría quemarla, pero la idea del fuego le pareció demasiado violenta, como si intentara

borrar lo escrito. Podría esconderla entre las rocas, enterrarla cerca de la cabaña, incluso dejarla dentro de la mochila junto a las cosas de Leo. Pero nada le parecía lo bastante significativo.
Tenía que ser otro lugar. Un lugar que tuviera sentido.
Se le vino a la mente el claro. Ese espacio imposible que Clara le mostró, el único rincón de la isla que no parecía contaminado por el miedo ni por la pérdida. Allí había escuchado su última sonrisa. Allí, Clara se había ido. Y allí, quizá, podría dejar marchar también lo que llevaba tantos años sujetando con rabia.
Le pareció de repente obvio. Era el único sitio posible.
Se levantó con la carta aún en las manos, con cuidado de no arrugarla. La dobló despacio, casi con reverencia, y la guardó en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, donde solía meter pequeñas cosas que no quería perder: una piedra que le había dado Clara, una nota absurda que David había dejado en la nevera el primer día, una pequeña flor seca que Marta había dejado caer sin darse cuenta.
Al salir de la cabaña, el aire era más cálido de lo habitual. No soplaba viento. El sol se filtraba entre las ramas con un brillo dorado que parecía invitar al recuerdo. Todo en la atmósfera hablaba de despedidas suaves, no de rupturas. De dejar ir sin violencia.
Mientras cruzaba el porche, sintió que llevaba algo más que una carta. Iba cargando un duelo acumulado, uno que ya no era solo suyo. Iba por todos los que se habían ido. Por lo que no se dijo. Por lo que no se entendió a tiempo.
Caminó en silencio hacia el bosque, dejando atrás la cabaña. La carta pesaba más que el papel, pero por primera vez desde que todo empezó, no sentía que cargara una culpa. Solo memoria.
El camino hacia el claro era el mismo, pero algo en él había cambiado. No sabría decir si era la luz, o el rumor suave de los árboles, o el aire que le rozaba la piel con una calidez inesperada, aunque ya estaba acostumbrado a los cambios repentinos que la isla hacía. El cielo, arriba, era de un azul insolente. Ni una nube. Como si todo lo que pesaba sobre la isla se hubiese evaporado durante la noche.

A cada paso, Álvaro sentía que la isla le hablaba. Pero esta vez no con susurros ni presencias inquietantes. Era otra clase de murmullo. Más suave. Como un eco amable de lo que fue.
Pasó junto a una roca que aún tenía una palabra grabada con un palo. "Leo", escrita con torpeza. Recordó aquella tarde en la que él, Diego y Marta habían discutido sobre si se perdían más fácil en línea recta o en zigzag. David, desde atrás, había soltado: "¿Y si dejamos de andar como idiotas y usamos la brújula?" Leo, divertido, se había sentado y había empezado a dibujar mapas en el suelo, como un explorador infantil.
Unos metros más allá, entre los árboles, vio el tronco donde Clara solía detenerse a coger hojas extrañas. Le parecía que todas tenían forma de corazones, o de animales. Álvaro nunca las había visto así, pero fingía que sí. Le gustaba ver cómo Clara se ilusionaba por cosas pequeñas, como si el mundo todavía tuviera secretos por descubrir.
Pasó por la rama baja donde Diego se había golpeado la cabeza el segundo día y maldijo durante media hora. "Esta isla está mal diseñada", dijo entonces. Y Marta, sin dejar de reír, le colocó una hoja en la frente como si fuera una tirita mágica.
Todo eso había ocurrido aquí. En este mismo camino. Y sin embargo, parecía haber sucedido hace siglos.
El corazón se le encogió un poco. Iba cargado de despedidas, y aún así, ese paseo no dolía tanto como pensaba. Quizá porque por fin había espacio para otra emoción: la gratitud.
Cuando llegó a la bifurcación del sendero, el viento sopló con suavidad entre las ramas, como si también le estuviera guiando. Siguió recto. Ya no dudaba del camino. Lo recordaba bien. Las curvas suaves, las raíces al borde del sendero, incluso aquel sonido sutil de agua corriendo que solo se oía si uno caminaba en silencio.
Y entonces lo vio.
El claro. Inmutable. Bañado por la luz como un rincón sagrado. La brisa era fresca y constante, como un suspiro que no se acababa nunca. Los árboles no crujían. Los pájaros cantaban en algún sitio invisible. La hierba era más verde. Todo parecía más limpio, más vivo, como si allí el tiempo hubiera hecho un trato con la belleza.

Álvaro se detuvo un instante antes de entrar. Sacó la carta del bolsillo interior de la chaqueta. La sostuvo en la mano. No estaba temblando.

Y luego, sin prisa, dio un paso adelante.

Se agachó junto a un árbol de tronco ancho, de raíces desnudas, y buscó un hueco entre la tierra. Con los dedos removió el suelo hasta hacer un pequeño espacio, justo donde una flor silvestre crecía inclinada hacia el sol. Allí colocó el papel doblado, casi con ternura, como si estuviera arropando algo frágil. Tapó de nuevo la tierra, con cuidado de no dañar la flor, y se quedó unos segundos con la mano aún sobre el montículo, inmóvil.

No dijo nada al principio. Solo bajó la cabeza. El silencio no pesaba. No dolía. Era un silencio diferente. Un silencio que abrazaba.

Luego alzó la vista. Miró alrededor, como si esperara ver una figura sentada en uno de los troncos, una voz amiga diciendo algo absurdo, una carcajada escapándose entre los árboles. Pero no había nadie. Solo la brisa.

Y entonces, sin planearlo, Álvaro comenzó a hablar en voz baja. No era una oración. No era un monólogo. Era algo en medio. Un intento por ordenar lo imposible.

—He tenido que despedirme de cinco personas en menos de un mes —susurró—. Cinco. No sé cómo no me he roto del todo.

Su voz no temblaba. Era serena, como si por fin hubiera aceptado que había heridas que no se cierran, pero que aun así no sangran siempre.

—Y ahora esto. Ahora tú. Aunque no estés aquí. Aunque te fueras hace tantos años.

Se llevó una mano al pecho, justo sobre el lugar donde sentía aún la carta, aunque ya no estuviera con él.

—Te he echado tanto de menos que a veces ni me he dado cuenta de que lo hacía.

Sus ojos se humedecieron, pero no lloró. Las lágrimas ya no eran el único modo de mostrar amor.

—Te perdono. Y me perdono por no haber sabido qué hacer con todo esto antes.

Se quedó en silencio unos segundos. Luego, sin mirar atrás, se puso en pie. Le quitó el polvo a los pantalones y se alejó despacio, dejando el claro detrás como se deja un pensamiento que ya ha sido dicho.
Al salir del claro, tuvo la sensación de no estar completamente solo. Levantó la vista.

Entre los árboles, a varios metros, una figura permanecía inmóvil. Manos en los bolsillos. Postura tranquila.

No avanzó.
No lo llamó.

Solo observaba. Como si estuviera esperando.

Álvaro sostuvo la mirada un segundo.

Esta vez no sintió miedo.

Solo cansancio. Y algo parecido a estar preparado.

La arboleda comenzó a cerrarse de nuevo sobre su camino, Álvaro sintió algo parecido a la paz. No era alivio. No era alegría. Era un descanso. Como si, por fin, hubiese devuelto algo que no le correspondía cargar.

La puerta

El sueño llegó como un río lento, envolviéndolo sin que pudiera resistirse. Álvaro abrió los ojos y se encontró otra vez en la cabaña. El fuego estaba apagado, las ventanas cerradas, y en el pasillo solo había una cosa: la puerta.

Estaba cerrada, más sólida que nunca, con el pomo brillando bajo una luz que no tenía origen. Durante un instante, su cuerpo se tensó; cada recuerdo del pasado, cada sombra, parecía concentrarse detrás de esa madera.

Avanzó despacio. El aire estaba tan cargado que podía oír el latido en sus sienes. Apoyó la mano en el pomo. Temblaba. Sabía lo que había evitado durante años, lo que había borrado a medias en su mente, lo que había convertido en un fantasma.

Respiró hondo y giró.

La puerta se abrió con un crujido suave. Esperaba el golpe del horror: la bañera, el agua inmóvil, el cuerpo de su madre. Pero no. Lo que vio fue distinto.

En el umbral, de pie, estaba él mismo de niño. Tendría diez años, el mismo jersey de rayas, la misma mochila gastada colgando de un hombro. Lo miraba en silencio, con los ojos llenos de miedo, pero también de una extraña calma, como si llevara demasiado tiempo esperándolo.

Álvaro sintió un nudo subirle por la garganta.

—Ya lo viste —susurró el niño, sin mover los labios, como si su voz naciera directamente dentro de su cabeza—. Ya sabes lo que pasó. No tienes que volver a entrar.

Un escalofrío recorrió a Álvaro. Dio un paso adelante, con la tentación de abrazar a ese niño, de decirle que no estaba solo. Pero entonces comprendió: ese niño seguía vivo en él, no necesitaba rescatarlo, sino aceptarlo.

Asintió despacio, y el niño también. Durante un segundo compartieron la misma mirada, un reflejo mutuo que no era de miedo, sino de reconocimiento.

La puerta empezó a desvanecerse, como humo arrastrado por el viento. Cuando todo desapareció, Álvaro quedó en medio de un

espacio blanco, vacío, y en ese silencio entendió que, por primera vez en años, la puerta ya no lo perseguiría.
Podía seguir adelante.

Capítulo 43 – El padre

El camino de vuelta desde el claro parecía más corto. O quizá era él. Las ramas rozaban sus hombros sin arañarlo. El aire ya no olía a humedad ni a encierro. Solo a tierra. A bosque. A algo simple. Caminaba sin prisa y sin pensar demasiado.

Por primera vez en días —o años— no estaba huyendo de nada. Entonces lo vio. A unos metros de la cabaña. De pie, junto a los árboles. Inmóvil. Como siempre.

Las manos en los bolsillos. La espalda ligeramente encorvada. La sombra alargándose sobre la hierba.

Su padre.

Álvaro se detuvo. Esperó el golpe en el pecho. El miedo. El temblor. Pero no llegó nada.

Solo una especie de cansancio antiguo. Como cuando recuerdas un sueño que ya no duele. Y, sin saber por qué, no pensó en gritos.

Ni en puertas cerrándose. Ni en aquella tarde del baño. Pensó en otras cosas.

En unas manos grandes sujetándole el sillín de la bici. En el olor a café por las mañanas. En el ruido del mechero encendiéndose en la cocina. En una risa breve, torpe, que casi nunca se repetía. Recuerdos pequeños. Desordenados. Humanos. Su padre ya no parecía enorme. Ni oscuro. Ni invencible. Solo… cansado.

Como si también llevara años sosteniendo algo demasiado pesado. Se miraron durante unos segundos que no pidieron explicación.

Álvaro no bajó la vista. No retrocedió. Solo respiró. Y asintió, apenas. Un gesto mínimo. Como quien acepta algo que ya no puede cambiar. Cuando volvió a parpadear, la figura ya no estaba. Solo los árboles. Solo el viento. Solo la cabaña esperándolo.

Y esta vez, al cruzar la puerta, no sintió que entraba en una trampa. Sintió que entraba en casa.

Capítulo 44: En casa

La luz empezaba a caer cuando Álvaro regresó a la cabaña.

La madera crujió igual que siempre, pero el sonido ya no le erizó la piel. Dentro olía a polvo, a sal, a tela húmeda. A vida usada. Se quedó quieto en el umbral unos segundos, observando.

La mesa. Las tazas desparejadas. La manta colgando del respaldo de la silla. La linterna que nadie había vuelto a guardar. Todo seguía exactamente como lo habían dejado. Y, sin embargo, ya no parecía un refugio improvisado. Parecía una casa.

Su casa.

Cerró la puerta con suavidad, casi con cuidado de no hacer ruido, como si no quisiera despertar a nadie. Avanzó despacio por el salón. Enderezó una silla torcida. Sacudió las migas de la mesa con la palma de la mano. Recogió una cuchara que llevaba días en el suelo. Pequeños gestos. Automáticos y domésticos. Se sorprendió a sí mismo haciéndolos sin pensar. Como si ordenar aquel espacio fuera, de alguna manera, ordenarse por dentro.

Entró primero en el cuarto de Marta. La cama seguía deshecha. Dobló la manta con cuidado, alisando las arrugas con los dedos.

—Siempre lo dejabas todo tirado… —murmuró, casi sonriendo.

Después pasó por el de Diego. Alineó las botas contra la pared. Colocó la brújula sobre la mesita. Recta. Como a él le gustaba.

En el cuarto de David encontró una sudadera colgada del respaldo de la silla. La olió sin darse cuenta. Apenas quedaba nada. La dejó doblada sobre la cama.

En el de Leo, la libreta seguía donde la habían dejado. La tocó con la yema de los dedos, como si saludara a alguien.

—Seguro que dirías que estoy perdiendo el tiempo —susurró.

Pero no sonaba a reproche. Sonaba a cariño. Cuando terminó, volvió al salón.

Se quedó en medio de la habitación, mirando alrededor. Demasiado espacio y vacío a la vez. Entonces tuvo una idea. Fue arrastrando los

colchones uno a uno.

El suyo.
El de Clara.
El de Marta.
El de Diego.
El de David.
El de Leo.

Los colocó en círculo, como hacían las primeras noches, cuando todavía hablaban hasta tarde para espantar el miedo. Dejó huecos entre ellos. La misma distancia de antes. Como si fueran a tumbarse en cualquier momento. Se sentó en su colchón. Miró los demás. Esperó. El silencio no dolía. Era extraño. Cálido, casi familiar. Se imaginó a David quejándose del frío. A Marta robándole la manta a alguien. A Leo tomando notas incluso tumbado. A Clara riéndose por algo absurdo. A Diego roncando. Cerró los ojos. Por un segundo, casi pudo oírlos. Casi.

Abrió los ojos otra vez. La habitación seguía vacía. Pero ya no se sentía solo. Se tumbó boca arriba, mirando el techo de madera. Las sombras de las vigas parecían más suaves esa noche. Respiró hondo. La isla, por fin, había dejado de apretarle el pecho. No pensó en el mañana. No pensó en escapar. No pensó en respuestas. Solo en el cansancio agradable que llega cuando uno ha hecho todo lo que podía hacer. Se arropó con la manta hasta los hombros.

Giró la cabeza hacia el colchón de Clara. Sonrió apenas.

—Buenas noches —susurró.

Y, por primera vez desde que llegaron a la isla, se durmió sin miedo.

El sueño llegó como agua tibia, subiéndole por el pecho sin pedir permiso. Álvaro abrió los ojos, estaba otra vez en la cabaña con todo en silencio. El fuego apagado y las ventanas cerradas. El aire inmóvil. Y al fondo del pasillo… la puerta.
Sola.

Más oscura que el resto de la madera. Como si absorbiera la luz. Sintió el viejo reflejo en el estómago. Ese tirón. Ese "no mires".

Durante años había vivido rodeándola. Sin tocarla. Sin nombrarla. Como se rodea una tumba.

Entonces, avanzó. Cada paso sonaba demasiado alto.

Tac.
Tac.
Tac.

El pomo brillaba. Frío. Apoyó la mano. Temblaba. No por miedo. Por memoria. Respiró hondo. Giró. La puerta se abrió con un crujido suave.

No hubo agua.
No hubo bañera.
No hubo gritos.

Solo un pasillo vacío. Y, en medio, un niño.

Él.

Diez años. El jersey de rayas. Las zapatillas gastadas. La mochila demasiado grande colgando de un hombro. Tenía los ojos rojos de llorar. Pero ya no lloraba. Solo lo miraba. Como si llevara siglos esperándolo. Álvaro notó algo romperse por dentro. No dolor. Algo más parecido a una cuerda soltándose. Se agachó despacio, hasta quedar a su altura. El niño no retrocedió.

—Pensé que no vendrías —dijo.

No movió los labios.

Aun así, Álvaro lo oyó claro. Como si la voz saliera de su propio pecho. Álvaro quiso decir muchas cosas.

Que lo sentía.
Que no fue su culpa.
Que nadie le enseñó a ser valiente a los ocho años.

Pero no salió nada. Así que hizo lo único que podía. Abrió los brazos. El niño dudó un segundo. Luego dio un paso.

Se abrazaron.

El cuerpo era ligero. Caliente. Real. Álvaro apoyó la barbilla en su pelo. Olía a champú barato. A casa. A pasado. Se le cerró la

garganta.

—Ya está —susurró—. Ya pasó.

El niño respiró hondo. Como quien deja de aguantar el aire después de mucho tiempo. Cuando se separaron, el miedo se había ido de los ojos. Solo había cansancio. Y algo parecido a la confianza. El pasillo empezó a borrarse. Las paredes se volvieron claras. Después blancas. Después la nada. La puerta desapareció la última. Como si nunca hubiera existido.

Álvaro se quedó solo en el silencio. Pero no se sentía vacío. Por primera vez en años, no tenía nada detrás persiguiéndolo.

Solo espacio.

Álvaro abrió los ojos. La luz de la mañana entraba por las rendijas de la cabaña, pálida, tranquila. Durante unos segundos no supo dónde estaba. Luego recordó.
La isla.
La casa.
El sueño.

Se incorporó despacio. El salón seguía lleno de colchones arrastrados durante la noche. Desordenados. Juntos. Pareciera que aún durmieran todos allí. Se quedó mirándolos.

El de Marta junto a la pared. El de Diego torcido. La manta de Clara doblada sobre el respaldo de una silla. Sonrió sin querer. No dolía. Se llevó la mano al pecho, por costumbre. Vacío. Ya no había nada que guardar. Respiró hondo. El aire olía a madera húmeda y a sal. A casa.

Se levantó, abrió la puerta y dejó que la luz entrara del todo. Afuera, el bosque estaba quieto. Demasiado quieto. Pero esta vez no parecía una amenaza. Parecía una pausa. Como si el mundo entero estuviera conteniendo el aliento. Esperándolo. Álvaro dio un paso fuera, descalzo. El suelo estaba frío. Era real. No sintió miedo del día que empezaba. Sintió algo distinto. Algo pequeño pero firme. Como una certeza.

Capítulo 45. Silencio

Álvaro llevaba horas despierto. No sabría decir cuántas. En la isla el tiempo había dejado de servir para medir nada. Solo quedaba la sucesión de días iguales, uno encima de otro, como piedras apiladas sin orden.

Estaba sentado en el sofá, con la espalda hundida, los antebrazos apoyados sobre las rodillas. No hacía nada. No pensaba activamente. Respiraba. A veces, eso era todo lo que podía ofrecer.

Había llorado cuando tenía que llorar. Había gritado cuando el cuerpo se lo pidió. Había perdonado lo que llevaba años envenenándolo.

Y aun así, seguía allí.

La cabaña ya no le parecía una trampa ni un refugio. Era solo un lugar. Una casa cansada que había sido demasiadas cosas en muy poco tiempo. Miró alrededor sin moverse: los colchones en el suelo, las tazas vacías, la silla donde había dejado la chaqueta. Todo tenía una quietud definitiva, como si ya no esperara nada más de él.

No sentía miedo. Eso era lo más extraño. Tampoco esperanza.

Solo una fatiga profunda, que no nacía del dolor, sino de haberlo atravesado entero. Como si el cuerpo le dijera: *hasta aquí*. Como si ya no quedara lucha que justificar.

Se pasó una mano por la cara. Le dolían los hombros. Le dolían las piernas. Le dolía incluso estar despierto.

Había hecho lo que tenía que hacer.

Se había despedido. Había mirado a su padre sin huir. Había aceptado al niño que fue. Pero la isla seguía allí.

Y él también.

Apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y cerró los ojos un instante. No para dormir. Solo para descansar de estar presente.

El mar sonaba de fondo, constante. Las ramas rozaban el tejado. Algún pájaro gritaba de vez en cuando. Los ruidos de siempre. Los que ya ni escuchaba.

Hasta que uno faltó. No supo cuál. Solo notó el hueco. Levantó entonces la cabeza, extrañado. Esperó.

Los pájaros. Ya no estaban. El bosque parecía vacío.

— Qué raro… —murmuró, sin voz.

Se quedó quieto. Entonces el viento también se detuvo. Las hojas dejaron de moverse. Las sombras se quedaron congeladas en el suelo. Como si alguien hubiera pausado el mundo.

El mar seguía sonando. Un segundo. Dos. Y también se apagó. No fue poco a poco. Fue de golpe. Parecía que alguien hubiera cerrado una puerta invisible.

Y llegó el silencio. No era silencio tranquilo. Eran de esos que te llenan los oídos.

Álvaro pudo oír su propia saliva al tragar. Su respiración. El latido en la garganta. Demasiado alto.

La casa crujió.

Luego nada. Nada de nada.

Y entonces...

Toc, toc, toc.

Tres golpes suaves. En la puerta. Álvaro sintió que el corazón se le caía al estómago.

Toc, toc.

Otra vez. Parecía educado. Como alguien que llama a una casa normal.

Álvaro se levantó despacio. Cada paso sonaba exagerado sobre la madera.
Puso la mano en el pomo. Estaba frío. Mientras lo giraba se le pasaban mil pensamientos por la cabeza. La puerta se abrió.

Había un hombre. De pie, a unos metros del porche. Estaba empapado, y parecía cansado. Como si hubiera caminado mucho tiempo. La misma chaqueta oscura. Las manos en los bolsillos. La barba de varios días. Los ojos tranquilos, demasiado tranquilos.

Álvaro lo miró sin respirar.

Lo había visto antes. Estaba seguro En las fotos. Entre los árboles. En la colina. Siempre lejos, observando. Ahora estaba cerca. Ahora era Real.

El hombre inclinó un poco la cabeza. Como quien saluda a alguien conocido.

—Hola, Álvaro.

Le dijo su nombre con una naturalidad que le atravesó el pecho.

No preguntó quién era.

No hizo falta.

—¿Te… te conozco? —susurró.

El hombre se encogió de hombros, casi con una media sonrisa cansada.

—Un poco.

Silencio. El mundo seguía mudo detrás de él: ni pájaros, ni viento, ni mar.

El hombre dio un paso hacia el porche.

—¿Puedo pasar?

No sonó a permiso. Sonó a algo que siempre había ocurrido así. Sonó a costumbre.

Álvaro se apartó sin pensar. Como si ya lo hubiera hecho antes. El hombre entró. Miró alrededor de la cabaña con calma. El sofá. La mesa. Los colchones arrastrados al salón. Las tazas vacías. Como si todo aquello le resultara familiar. Como si ya hubiera estado allí.

Se quitó la chaqueta despacio y la dejó en una silla.

—Vaya semanas… —murmuró.

No era una pregunta. Álvaro tragó saliva.

—Han… han desaparecido todos.

El hombre asintió.

—Lo sé.

Esa respuesta le erizó la piel.

—¿Cómo que lo sabes?

El hombre lo miró. No con misterio. No con superioridad. Con algo mucho más simple. Con pena, y con orgullo. Como un adulto mirando a un niño que acaba de terminar algo muy difícil.

—Has aguantado mucho —dijo.

Nada más.

Pero esas tres palabras le dolieron más que cualquier recuerdo.

Álvaro notó que le temblaban las manos.

—Dime una cosa, ¿tanto miedo me tenías? — le preguntó el hombre.

—Sí. — Respondió Álvaro.

—¿Por qué?

—No quería que me quitaras la historia que me había contado para seguir viviendo.

El hombre asintió con una leve sonrisa, sin separar su vista de la de Álvaro.

—Estoy cansado.

—Claro.

Se sentaron.

Uno frente al otro.

Como si hubieran hecho eso mil veces.

El hombre apoyó los codos en las rodillas.

—A veces el cuerpo se queda sin fuerzas antes que la cabeza.

Álvaro soltó una risa seca.

—Yo creo que se me han quedado sin fuerzas las dos.

El hombre sonrió leve.

—Entonces toca parar.

Silencio.

—¿Parar… cómo?

El hombre lo miró unos segundos, con calma, con una paciencia infinita.

—Ya no tienes que pelear hoy.

Nada más. Nada heroico. Nada simbólico. Solo eso.

Álvaro sintió que alguien sostenía el peso con él.

No sabía quién era. No sabía de dónde había salido. Pero no tenía ganas de huir.

—¿Te quedas? —preguntó casi sin darse cuenta.

El hombre asintió.

—Si quieres.

Se hizo un silencio suave. No el silencio de antes. No el que asfixiaba. Uno distinto. Cálido. Como una manta. Afuera, muy lejos, el mar volvió a sonar. Muy bajito. Como si el mundo respirara otra vez.

—¿Y ahora qué? —preguntó Álvaro.

El hombre lo miró unos segundos. No había urgencia en su gesto. Ni misterio.

—De momento puedes descansar tranquilo, Álvaro.

Álvaro respiró hondo y se dejó caer en el sofá, cerrando los ojos. Álvaro no sintió que tuviera que quedarse despierto por si algo volvía a ocurrir.

La isla seguía ahí. Pero ya no lo retenía.

Capítulo 46: El despertar

No fue un despertar limpio. Primero regresaron los sonidos. Un pitido constante. Un roce de ruedas sobre suelo pulido. Una voz lejana pronunciando números.
Después la luz.

Álvaro abrió los ojos y parpadeó varias veces hasta que el techo dejó de moverse.

Blanco. Demasiado blanco. Nada de madera. Nada de sombras proyectadas por ramas. Ningún crujido.

Intentó incorporarse y notó el tirón leve en el brazo. Bajó la vista: una vía. Esparadrapo. Su piel parecía ajena.

La puerta se abrió suavemente.

—Hola —dijo una mujer con uniforme claro—. Despacio… no tengas prisa.

Era una enfermera joven.

—¿Dónde estoy? —murmuró.

—En el hospital. Estás a salvo.

Esa palabra se quedó flotando.

A salvo.

El recuerdo no llegó en orden. Llegó como un golpe: el claro, la carta, la puerta, el silencio absoluto.

—¿Y… los demás? —preguntó.

La enfermera no cambió el gesto.

—Ahora lo importante eres tú. Los médicos vendrán enseguida.

Se fue con movimientos tranquilos.

El pitido volvió a hacerse presente. Minutos después entraron dos hombres.

Uno mayor, voz grave, profesional. El otro más joven. Barba de varios días. Mirada sostenida. Silencio contenido.

Álvaro no sintió reconocimiento. Sintió otra cosa. Una sensación breve. Como cuando una palabra está en la punta de la lengua pero no aparece. Incomodidad leve. Familiaridad sin nombre.

—Buenos días, Álvaro —dijo el médico mayor—. Soy el doctor Herrera.

El otro inclinó la cabeza.

—Formo parte del equipo que te está atendiendo.

No dijo su nombre.

Álvaro lo observó apenas un segundo más de lo necesario.

Algo en su forma de mirar le decía que no era médico.

—¿Cuánto tiempo…? —preguntó Álvaro.

—Has estado inconsciente varios días —respondió el doctor

— Te encontraron en una zona costera. Deshidratado. Con hipotermia leve.

Zona costera. La isla volvió a su mente.

—Estábamos seis —dijo, sin mirarlos—. Éramos seis.

Un silencio breve y medido llenó la sala.

—Los equipos de emergencia solo te localizaron a ti —respondió el médico mayor con suavidad.

No negaron.

No confirmaron.

Solo describieron.

Álvaro apretó los dedos sobre la sábana.

—No puede ser.

El hombre más joven habló entonces. Voz tranquila. Cálida, pero sin invadir.

—Cuéntanos qué recuerdas.

No "qué pasó".

Qué recuerdas.

Álvaro cerró los ojos.

—La cabaña. El fuego. Después… todo empezó a romperse.

Cuando volvió a abrirlos, el hombre más joven seguía mirándolo igual. Sin juicio ni prisa.

Álvaro sintió algo extraño en el pecho, no era miedo, pero tampoco confianza. Como si aquella presencia no fuera nueva.

—¿Nos conocemos? —preguntó de repente, casi sorprendiéndose a sí mismo.

El hombre tardó medio segundo más de lo habitual en responder.

—Pues...no lo sé, quizá nos hayamos visto antes —dijo finalmente—. Pero ahora lo importante es que descanses.

El doctor mayor se levantó.

—Te quedarás aquí unos días. Necesitamos estabilizarte. Lo demás irá llegando.

Cuando el mayor salió de la habitación para hablar con la enfermera, el hombre más joven permaneció, en un silencio que no era incómodo.

Álvaro lo miró.

—Estoy cansado —dijo, casi en un susurro.

El hombre asintió.

—Es normal.

—¿Ya terminó? —preguntó Álvaro.

El hombre sostuvo su mirada, con esa calma que no imponía nada.

—Ahora lo importante es que recuperes —respondió—, debes descansar.

Álvaro volvió a cerrar los ojos, pero esta vez no tenía miedo de despertar en la isla.

Capítulo 47: La versión de los hechos

La habitación estaba en silencio, pero no era el silencio de la isla. Era un silencio con límites.

Álvaro llevaba varios minutos mirando la ventana. No había mar. No había bosque. Solo el reflejo difuso de su propio rostro en el cristal.

El doctor estaba sentado frente a él, con una libreta cerrada sobre las rodillas. No había escrito nada desde que entró. Solo escuchaba.

—Hay algo que no encaja —dijo Álvaro al fin.

El hombre inclinó ligeramente la cabeza.

—Cuéntame.

Álvaro respiró hondo.

—La agencia. —Se pasó la mano por la frente—. Había un teléfono de emergencia en la cabaña. Funcionaba al principio… creo. Luego dejó de hacerlo. Intentamos llamar. Varias veces.

Se detuvo.

—Nadie respondió.

El doctor no reaccionó de inmediato. No negó. No afirmó.

—¿Qué sentiste cuando dejó de funcionar?

La pregunta lo desconcertó.

—Miedo —respondió casi sin pensar—. Pero no solo por quedarnos aislados. Era como si… como si nos hubieran dejado allí a propósito.

El hombre asintió lentamente.

—Abandonado.

Álvaro lo miró.

—Sí.

Silencio.

El doctor entrelazó las manos con calma.

—A veces, cuando algo se rompe en el momento justo en que más lo necesitamos, la sensación no es técnica. Es emocional.

Álvaro frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Que puede doler más lo que simboliza que lo que realmente ocurre.

Álvaro bajó la mirada. Algo en esa frase le resultaba familiar. No por las palabras, sino por el tono. Como si ya lo hubiera escuchado antes.

No en la isla. En otro lugar.

—La agencia tenía que saber que estábamos allí —insistió—. Firmamos papeles. Dejamos datos. No era… improvisado.

El doctor sostuvo su mirada.

—¿Y si lo importante no es si la agencia sabía que estabais allí?

Álvaro parpadeó.

—¿Entonces qué es lo importante?

El hombre tardó unos segundos en responder.

—¿Cuándo fue la primera vez que sentiste que nadie iba a venir?

La pregunta le atravesó. No supo contestar.

Recordó la puerta cerrada. Recordó el teléfono mudo. Recordó la sensación de mirar el horizonte y entender que no había rescate. Pero debajo de todo eso, había algo más antiguo. Más profundo.

—No lo sé —murmuró.

El doctor no insistió. El silencio entre ellos era contenido.

Álvaro lo observó con más atención esta vez. La forma en que apoyaba los pies en el suelo. La serenidad con la que esperaba. La manera de no invadir el espacio. Había algo en su mirada. No era misterio, ni amenaza. Era algo parecido a paciencia.

—¿Nos encontraron allí? —preguntó de pronto Álvaro.

El doctor sostuvo la pausa.

—Los equipos de emergencia solo te localizaron a ti —respondió el doctor con suavidad.

Álvaro negó de inmediato. Era un no con rabia. Con certeza.

—No.

Los dos hombres guardaron silencio.

—No —repitió, esta vez más firme—. No pueden haberme encontrado solo a mí.

El médico mayor no respondió.

Álvaro se incorporó un poco más, ignorando el tirón de la vía.

—Clara estaba viva cuando me fui —dijo—. Se internó en el bosque, pero estaba bien. No estaba herida. No estaba enferma. No podían no verla.

Su respiración empezó a acelerarse.

—Y Leo…

Se detuvo. Tragó saliva.

—Leo está allí. Lo enterramos. Hay una tumba. La hice yo. Junto a la casa. No pueden no haberla visto.

—Y Diego… Marta…

Su voz se quebró apenas.

—Diego cayó al mar. Pero el cuerpo… el mar lo devuelve todo. Siempre lo devuelve.

Miró a uno y luego al otro.

—Tienen que volver.

No era una petición. Era una necesidad.

—Tienen que volver a buscarlos.

El doctor Herrera intercambió una mirada breve con Gabriel.

Gabriel habló entonces, por primera vez.

—Álvaro…

Su voz no intentaba contradecirlo.

—Ahora mismo tu cuerpo necesita recuperarse.

—No —dijo Álvaro—. Mi cuerpo está aquí. Pero ellos siguen allí.

Silencio.

—No pueden dejarlos solos.

Gabriel permaneció en silencio unos segundos. Luego habló.

—Háblame de ellos.

La pregunta sorprendió a Álvaro, pero en seguida habló.

—Leo…

Su voz se suavizó sin darse cuenta.

—Leo veía cosas que los demás no veíamos. Siempre estaba observando. Anotando. Como si el mundo fuera un problema que podía resolverse si mirabas lo suficiente.

Gabriel asintió levemente.

—¿Y qué te hacía sentir?

Álvaro tardó en responder.

—Seguro.

La palabra salió sin esfuerzo.

—Cuando Leo estaba cerca… todo parecía tener sentido.

Gabriel guardó esa respuesta sin escribirla.

—¿Y Clara?

Algo cambió en el rostro de Álvaro.

—Clara…

Sonrió apenas.

—Clara no tenía miedo de las cosas que yo evitaba. Era capaz de entrar en los lugares donde yo no podía.

Se detuvo.

—Clara me salvó muchas veces.

Gabriel sostuvo el silencio.

—¿De qué?

Álvaro bajó la mirada.

—De mí.

El aire se volvió más denso.

—¿Y Diego?

—Diego era fuerza. Siempre iba delante. Siempre rompía el silencio. Siempre me obligaba a moverme cuando me quedaba atrapado.

—¿Y Marta?

—Marta recordaba quiénes éramos antes de todo esto. Antes de que todo se rompiera.

Gabriel inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y David?

Álvaro cerró los ojos.

—David era la risa, la alegría.

Silencio.

—Con él empezó todo.

Álvaro cerró los ojos un instante. La isla seguía ahí, detrás de sus párpados. El teléfono colgado de la pared. La señal inexistente. La espera.

—Creí que nos habían dejado allí —susurró.

El doctor negó suavemente con la cabeza.

—A veces la mente crea escenarios completos para sostener una sensación antigua.

Álvaro lo miró. Algo encajó. No como una explicación, sino como una intuición.

—¿Yo… ya había estado en este hospital antes? —preguntó con cautela.

El hombre sonrió apenas. No una sonrisa amplia. Una mínima.

—Sí.

El corazón de Álvaro dio un pequeño salto.

—No lo recuerdo.

—No necesitas recordarlo todo ahora.

Esa frase. Ese tono. Algo dentro de él se movió, como una pieza que encuentra su sitio sin hacer ruido.

—Usted… —dudó—. ¿Cómo se llama?

El hombre lo sostuvo con la mirada un segundo más largo de lo habitual.

—Gabriel.

El nombre cayó con suavidad en la habitación. Álvaro repitió mentalmente el sonido.

Gabriel.

El nombre no le devolvió un recuerdo. Pero su cuerpo reaccionó antes que su mente. Como si alguna parte de él lo hubiera estado esperando.

Como una puerta que ya no asusta tanto.

El doctor se levantó despacio.

—Hoy es suficiente.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir añadió:

—No te abandonaron, Álvaro.

Y esta vez no hablaba de la agencia.

Cuando la puerta se cerró, Álvaro se quedó solo.

Miró sus manos, y respiró.

La isla no había desaparecido, solo había cambiado de lugar. La habitación se había quedado en silencio después de que el doctor saliera.
Álvaro permaneció mirando el techo, sintiendo que las palabras aún flotaban en el aire.

Unos minutos después, una enfermera joven entró para comprobar el suero. No lo miró mucho. Solo ajustó la rueda con movimientos mecánicos. En ese momento, Álvaro se llevó la mano al esternón. Dolía.

Miró hacia abajo. Bajo la bata hospitalaria asomaban manchas violáceas, redondas. Dos, simétricas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

La enfermera dudó apenas un segundo.

—Te tuvieron que ayudar a respirar.

Él frunció el ceño.

—¿Me hice daño? —preguntó, casi en un susurro.

La enfermera sostuvo su mirada.

—Estabas muy cansado, Álvaro.

Nada más.

Cuando la enfermera abrió la puerta, Álvaro alcanzó a ver una silueta en el pasillo. Uniforme oscuro. Brazos cruzados.
El hombre no miró hacia dentro.

—Es por protocolo —dijo la enfermera sin que él preguntara.

—¿Protocolo de qué?

—De seguridad.

Álvaro no preguntó de quién.

La puerta se cerró.

Capítulo 48: La habitación donde empieza todo

Álvaro llevaba un rato sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. No había dormido, o no del todo. Cada vez que cerraba los ojos, la cabaña regresaba con una nitidez cruel: la madera húmeda, el olor de la ropa mojada, el fuego apagado, las voces que ya no estaban. Le habían dicho que estaba a salvo, pero su cuerpo seguía esperando el siguiente golpe de realidad, el siguiente giro absurdo.

La puerta se abrió sin brusquedad.

Gabriel entró con la misma calma de la vez anterior, como si la habitación lo conociera. No traía bata blanca. No llevaba estetoscopio. Solo una libreta cerrada y una forma de mirar que no empujaba. Se sentó en la silla junto a la cama, dejando un espacio prudente, como si el aire también necesitara permiso.

—¿Cómo estás hoy? —preguntó.

—Tienen que volver —dijo. No miraba a Gabriel. Miraba la ventana.

—Lo harán —respondió Gabriel con calma.

Álvaro negó con la cabeza.

—No me refiero a eso.

Una pausa.

—Tienen que buscar bien.

Sus dedos se cerraron lentamente.

—La tumba de Leo no se ve desde lejos. Hay que saber dónde está.

Silencio.

—Y el mar… —tragó saliva—. El mar no siempre devuelve las cosas al mismo sitio.

Gabriel no interrumpió.

—Clara estaba viva —añadió Álvaro, más bajo—. No estaba herida. Estaba viva.

Se hizo un silencio largo. No un silencio incómodo. Uno lleno de amargura e incertudumbre.

—¿Crees que sigue allí? —preguntó Gabriel.

Álvaro respondió sin dudar.

—Sí.

No había fe en su voz. Había certeza.

Gabriel asintió lentamente, como si registrara algo importante.

—Álvaro…

Esperó a que lo mirara.

—¿Estabais solo los seis?

La pregunta quedó suspendida entre ellos. Álvaro frunció el ceño.

—No.

La respuesta salió automática. Álvaro bajó la mirada. Su respiración cambió apenas.

—También estaba él.

La frase salió como algo que no quería existir. Gabriel no se movió.

—¿Quién? —preguntó con suavidad.

Álvaro tardó unos segundos en responder.

—Mi padre.

La palabra salió como un trozo de metal.

Gabriel no se movió. No cambió el gesto.

—Háblame de eso.

Álvaro tragó saliva. Notó el impulso automático de llevarse la mano al bolsillo, y el gesto se quedó a mitad de camino, como un tic que se había acostumbrado a existir.

—Estaba allí —dijo, y la voz le salió ronca—. En la isla Gabriel. Estaba… allí.

Por primera vez, Gabriel tardó un instante más de lo habitual en responder. No por duda, sino por cuidado.

—¿Cómo era? —preguntó.

Álvaro apretó los dedos contra la sábana.

—Como siempre. —Una pausa—. Como el mismo miedo, pero con cuerpo.

Gabriel dejó la libreta sobre las rodillas. Cerrada. Ni una sola intención de escribir.

—Álvaro… —dijo con suavidad—. Hay una parte de esto que puedo decirte con certeza.

Álvaro lo miró, alerta, como si una certeza fuera una amenaza.

—Tu padre estuvo en prisión varios años —continuó Gabriel—. Después, cuando salió, se fue del país. Tenemos constancia de que rehízo su vida fuera. Lejos. No hay registros de que haya vuelto. No en estas fechas. No aquí.

Álvaro sintió algo extraño: no era alivio. Una irritación fría, como si esa "certeza" no encajara con la verdad que él llevaba dentro.

—Y entonces… ¿qué vi? —susurró.

Gabriel no respondió con una explicación. No lo desactivó. No lo corrigió.

—Lo viviste —dijo, eligiendo cada palabra—. Y eso merece respeto. Pero que lo hayas vivido no significa que el cuerpo que viste tenga que estar donde lo viste.

Álvaro frunció el ceño. El corazón le latía rápido.

—Me estás diciendo que… ¿qué? ¿Que fue mi cabeza? —La rabia empezó a subirle, lenta, como una marea—. ¿Que lo imaginé? ¿Que lo inventé? ¿Que yo…?

Gabriel levantó la mano, no para frenarlo, sino para sostener el momento sin que se rompiera.

—No. No te estoy diciendo eso. Te estoy diciendo que ahora mismo, en este punto, tu sistema sigue en modo supervivencia. Y cuando eso pasa, el mundo se organiza alrededor de una sensación antigua: la de estar en peligro. La de estar solo. La de que nadie viene.

Álvaro respiró hondo, pero no bajó la tensión.

—Yo no estaba solo —murmuró, y en la frase se mezcló algo más frágil—. Estaban… estaban conmigo. Y se fueron. Uno a uno.

Gabriel lo miró como si esa frase tuviera un peso sagrado.

—Lo sé —dijo.

Álvaro alzó la vista, como si esa respuesta le doliera.

—¿Cómo que lo sabes?

Gabriel no contestó enseguida. Se inclinó apenas hacia delante, lo justo para estar presente sin invadir.

—Álvaro… —dijo—. Hay verdades que, si las decimos demasiado pronto, se vuelven violentas y no las aceptamos.

El silencio que siguió fue duro, pero no agresivo. Álvaro notó su respiración corta, el temblor mínimo en las manos. Su mente quería agarrarse a algo: una prueba, un dato, un culpable.

—Entonces dime qué hago con esto —dijo, y en su voz apareció el cansancio verdadero—. Porque si mi padre no estaba allí… entonces yo no sé dónde está el peligro. Y eso me vuelve loco.

Gabriel sostuvo la mirada. Su calma no parecía indiferencia. Parecía una decisión.

—Vamos a hacer algo simple —dijo—. Vamos a levantarnos un momento.

Álvaro lo miró, desconfiado.

—¿Para qué?

Gabriel se encogió apenas de hombros.

—Para que el cuerpo recuerde que está a salvo.

La frase le rozó por dentro como una llave que toca una cerradura antigua. Se incorporó despacio. Notó el tirón en el brazo por la vía, el mareo leve. Gabriel no lo tocó, pero estuvo cerca. Lo suficiente para que no se sintiera expuesto.

Salieron al pasillo.

El hospital olía a limpio, a desinfectante, a café lejano. Había luz fría en el techo, pero no era hostil. Lo hostil era otra cosa: era la

sensación de estar caminando dentro de un lugar que su mente no recordaba y, sin embargo, su pecho sí.

Avanzaron despacio.

Álvaro se dio cuenta de algo incómodo: el pasillo no le parecía completamente nuevo. No por un recuerdo concreto, sino por la forma en que sus pies caían. En algún lugar de su cuerpo, ese trayecto ya estaba marcado.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A un sitio donde podemos hablar con más calma —respondió Gabriel.

Doblaron una esquina. Pasaron junto a una puerta entreabierta. Por un segundo, Álvaro vio dentro una sala con sillas alineadas y una televisión apagada. Sintió una punzada, breve, sin imagen.

Siguieron caminando.

Llegaron a una puerta al final de otro pasillo. No tenía nada especial. Un número. Una placa discreta. Gabriel sacó una llave y abrió.

—Pasa —dijo.

Álvaro cruzó el umbral.

Y el mundo, en un segundo, se movió por dentro.

La habitación era pequeña. Cálida. Había dos sillones enfrentados, una mesa baja entre ellos, una lámpara de pie junto a la ventana. Libros en una estantería. Una planta discreta en una esquina. Un cuadro sin pretensión en la pared. Nada extraordinario.

Y, sin embargo, Álvaro sintió un cierre leve en el pecho. No era miedo. No del todo. Era… reconocimiento sin imagen.

Como cuando uno oye una canción sin recordar el título, pero el cuerpo ya está triste antes de que la letra empiece.

Gabriel entró detrás y cerró la puerta con suavidad.

—Aquí —dijo— podemos sentarnos.

Álvaro no se sentó al principio. Se quedó de pie, mirando los sillones. La mesa. La lámpara.

Su garganta se apretó.

—¿Por qué siento que ya he estado aquí? —preguntó, casi en un susurro.

Gabriel se acercó un paso, pero no lo tocó.

—Porque hay lugares que el cuerpo recuerda antes que la mente —respondió.

Álvaro abrió la boca para decir algo, pero no salió nada.

Se sentó, al fin, en uno de los sillones. Notó que su espalda encajaba demasiado bien, como si ese cuerpo ya hubiera aprendido esa postura en otras épocas. Gabriel se sentó frente a él, en el sillón contrario, se notaba que ese era su sitio desde siempre.

Álvaro lo miró de pronto, con una sospecha que no era acusación, sino vértigo.

—Gabriel… —dijo despacio—. ¿Desde cuándo…?

Gabriel sostuvo su mirada con una paciencia infinita.

—Desde hace mucho —respondió.

Álvaro apretó los dedos contra los reposabrazos.

—Entonces… —tragó saliva—. ¿Por qué me da la sensación de que también te vi allí?

Gabriel no se tensó. No huyó.

Solo bajó un poco la voz, como si la verdad fuera un animal que no se puede asustar.

—Porque cuando la mente necesita sobrevivir, usa lo que conoce —dijo—. Y tú me conoces, Álvaro. Aunque ahora mismo no sepas cómo.

Álvaro sintió que le temblaban los labios.

—Yo… —empezó.

No terminó.

Gabriel no lo apuró. No lo empujó. Se quedó allí, sosteniendo el espacio como se sostiene a alguien que está aprendiendo a respirar de nuevo.

—Hoy no tenemos que llegar a todo —dijo—. Hoy solo tenemos que estar aquí.

Álvaro asintió, apenas.

Y, por primera vez desde que abrió los ojos en el hospital, el miedo no desapareció… pero se sentó. La habitación seguía siendo pequeña, cálida, normal. Y, aun así, Álvaro sintió con una claridad silenciosa que ese era el primer lugar real en el que había empezado todo.

Capítulo 49: Lo que permanece

El despacho no tenía nada de extraordinario, y sin embargo había algo en él que obligaba a Álvaro a mantenerse alerta. No era una alerta física, no el tipo de tensión que había conocido en la isla, donde el cuerpo reaccionaba antes que el pensamiento. Era otra cosa más lenta, más difícil de localizar.

Gabriel estaba sentado frente a él, con la espalda recta y las manos descansando sobre las piernas. No escribía ni tomaba notas. No hacía nada que justificara su papel más allá de estar presente. Esa forma de estar, tan completa y tan discreta al mismo tiempo, resultaba inquietante.

Álvaro desvió la mirada, recorriendo la habitación sin fijarse realmente en nada: la estantería, la lámpara encendida a media altura, la planta en la esquina que parecía llevar allí demasiado tiempo como para ser decorativa. Fue entonces cuando sus ojos se detuvieron en la mesa.

La libreta estaba apoyada cerca del borde, paralela al canto de la madera, cerrada con una goma negra que la rodeaba de arriba abajo. No tenía ninguna marca, ningún título, ninguna señal que la distinguiera de cualquier otra libreta del mundo. Y, sin embargo, la reconoció de inmediato.

Sintió el cambio antes de entenderlo. Una leve contracción en el estómago, un endurecimiento en la mandíbula. No era miedo. Era reconocimiento sin permiso.

Leo.

El nombre no apareció como un recuerdo concreto, sino como una presencia. Leo inclinado sobre el papel, Leo escribiendo mientras los demás hablaban, Leo deteniéndose en mitad de una frase como si la precisión fuera una forma de protección. Durante semanas, aquella libreta había sido una extensión de él. No un objeto, sino un gesto continuo.

Álvaro no se dio cuenta de que había dejado de escuchar el sonido del hospital más allá de la puerta.

—Esa libreta… —dijo.

Su voz no sonó acusadora ni tranquila. Gabriel siguió la dirección de su mirada. No hubo sorpresa en su rostro. Solo un asentimiento leve, casi imperceptible.

—Sí.

Álvaro frunció el ceño.

—Es igual.

Gabriel no respondió de inmediato.

—¿Igual a qué?

Álvaro mantuvo los ojos fijos en la libreta.

—A la de Leo.

Gabriel apoyó el codo en el reposabrazos y entrelazó los dedos sin prisa.

—Las libretas suelen parecerse entre sí.

La respuesta, tan limpia, tan razonable, le resultó insuficiente.

Álvaro negó ligeramente con la cabeza.

—No es eso.

Se inclinó hacia delante, sin levantarse todavía. No quería tocarla. No todavía. Había algo en ese objeto que parecía pertenecer a otro lugar, a otro tiempo que no había terminado de cerrarse.

—Es la misma forma de tenerla cerca —añadió, más para sí mismo que para Gabriel—. Como si…

Se detuvo.

Como si estuviera esperando algo.

El silencio se instaló entre los dos, pero no era incómodo. Era un silencio atento, el que precede a una comprensión que aún no se atreve a aparecer.

Gabriel movió entonces la mano derecha. Solo un gesto mínimo, casi involuntario. La llevó al borde del reposabrazos y dejó los dedos relajados, el pulgar apoyado sobre el índice, en una postura de descanso que no tenía nada de especial.

Nada, salvo el efecto que produjo.

Álvaro sintió una sacudida interna, breve pero contundente, como si algo dentro de él hubiera reconocido ese gesto antes que su mente. Su respiración se alteró apenas. No había imagen todavía, no una escena completa, pero el cuerpo reaccionaba con una certeza que no necesitaba explicación.

Ese gesto.

La misma mano.

El mismo modo de esperar sin presionar.

Y, de pronto, la isla no estaba detrás de él, sino alrededor.

El sofá. La madera húmeda. El silencio que había borrado el mar, el viento, los pájaros. El mundo reducido a una única habitación donde el tiempo parecía haberse detenido para permitir algo que no podía ocurrir en ningún otro lugar.

Y él, sentado, sin fuerzas para seguir sosteniéndose.

Y el hombre frente a él. No hablando al principio. Solo estando.

Álvaro levantó la vista hacia Gabriel, y por primera vez desde que había entrado en el despacho no vio solo al terapeuta. Vio algo más difícil de nombrar. Algo que no pertenecía exclusivamente a ese lugar.

—Tú… —empezó a decir, y se detuvo.

Gabriel no se movió. No intervino. Su quietud no era pasividad. Era una forma de permitir que lo que estaba emergiendo no se rompiera antes de tiempo.

Álvaro sintió cómo la certeza se abría paso con una lentitud insoportable.

—Tú estuviste allí.

No era una pregunta. No exactamente. Era el reconocimiento de algo que había ocurrido antes de que él pudiera entenderlo.

Gabriel sostuvo su mirada sin endurecerse, sin retroceder.

—¿Qué es lo que recuerdas? —preguntó.

La pregunta no negaba nada. Pero tampoco lo confirmaba.

Álvaro tragó saliva. Las palabras no llegaban como relato, sino como fragmentos que el cuerpo organizaba antes que el pensamiento.

—La última noche —dijo—. Cuando ya no quedaba nadie.

Sintió el peso de esa frase al decirla. Nadie.

—Todo se había quedado en silencio. No era un silencio normal. Era uno… distinto. Como si el mundo hubiera terminado y nadie me lo hubiera dicho todavía.

Gabriel seguía escuchando.

—Llamaron a la puerta.

Álvaro notó el temblor leve en sus manos y las apoyó sobre sus rodillas para estabilizarlas.

—Pensé que era él. Que había vuelto. Pero cuando abrí…

Se detuvo. No porque no recordara. Sino porque recordarlo implicaba aceptar algo que todavía no sabía dónde colocar.

—Eras tú.

El despacho no cambió. La luz siguió siendo la misma. La planta no se movió. Y, sin embargo, algo había cambiado definitivamente. Gabriel no respondió de inmediato. Su respiración era tranquila, regular.

Álvaro continuó, casi en un susurro.

—Entraste. Te sentaste frente a mí. No preguntaste qué había pasado. No intentaste explicarlo. Solo me miraste… como si ya lo supieras.

Se llevó la mano al esternón sin darse cuenta.

—Yo estaba cansado. No físicamente. Era otra cosa. Como si hubiera estado sosteniendo algo durante años y, de pronto, ya no tuviera sentido seguir haciéndolo.

Gabriel inclinó la cabeza apenas, el mismo gesto de aquella noche.

El reconocimiento fue inmediato.

Álvaro lo vio con claridad.

No la escena completa.

El gesto.

Siempre el gesto.

—Me dijiste que podía descansar —añadió.

No había reproche en su voz. Había algo más frágil. La necesidad de saber que aquello no había sido una despedida inventada para no romperse del todo.

Gabriel habló entonces, con la misma calma que había llevado a la isla.

—Estabas muy cansado ¿verdad?

Álvaro sostuvo su mirada, buscando algo que no sabía definir.

—¿Cómo es posible? —preguntó finalmente.

Gabriel no respondió de la forma que su mente esperaba.

—Lo importante no es cómo lo recuerdas —dijo—. Lo importante es que en ese momento elegiste no rendirte.

La frase se instaló en el espacio entre ambos, sin resolver nada y, al mismo tiempo, cambiándolo todo.

Álvaro miró de nuevo la libreta sobre la mesa. Ya no era solo un objeto que le recordaba a Leo. Era una prueba de continuidad. Algo que existía en ambos lugares sin pertenecer completamente a ninguno.

—Pensé que estaba solo —admitió.

Gabriel negó suavemente.

—Nunca has estado solo.

Álvaro no preguntó qué significaba eso. No todavía. Parte de él comprendía que había respuestas que no podían recibirse de una sola vez sin destruir el proceso que las hacía posibles.

Se recostó en el sillón y respiró con más profundidad. La sensación no era alivio, pero tampoco era el vacío absoluto que había conocido en la isla. Era algo intermedio, algo que aún no tenía nombre.

La idea de que Gabriel hubiera estado allí no le parecía una amenaza. Le parecía una continuidad. Y esa continuidad, aunque

todavía era incomprensible, le permitía sostener una verdad simple: lo que había vivido no había desaparecido.

Seguía allí.

Capítulo 50: Lo que no encaja

Álvaro seguía mirando la libreta sobre la mesa como si pudiera abrirla con la vista. Gabriel no la tocó. La dejó ahí, como si no fuera importante. Pero lo era.

Álvaro respiró hondo.

—Tenemos que volver —dijo de pronto.

Gabriel no reaccionó con sorpresa.

—¿Volver a dónde?

—A la isla. —Lo dijo con firmeza—. No podéis dejarlo así.

Gabriel apoyó la espalda en el sillón.

—¿Qué habría que hacer allí?

La pregunta pareció irritarlo.

—¿Qué habría que hacer? —repitió—. Buscar. Señalizar. Avisar a las familias.

Se inclinó hacia delante.

—La madre de David no sabe nada. Vive en Granada. Él la llamaba todos los domingos. No podéis simplemente… —se quedó sin palabra—. No podéis hacer como si no hubiera pasado.

Gabriel sostuvo su mirada.

—Háblame de David.

Álvaro frunció el ceño, desconcertado.

—Ya te he hablado de él.

—Háblame otra vez.

El silencio se tensó un poco.

—Era el primero en romper el hielo. Siempre hacía bromas cuando algo se ponía feo. —Tragó saliva—. Fue el primero en desaparecer.

Gabriel asintió lentamente.

—¿Quién estaba contigo cuando ocurrió?

—Todos.

—¿Recuerdas la hora?

Álvaro dudó un segundo.

—Era de noche.

—¿Habíais cenado?

El detalle lo descolocó.

—No lo sé.

Gabriel no insistió. Cambió de dirección.

—Has mencionado una tumba.

Álvaro levantó la cabeza de golpe.

—La de Leo.

—¿Quién la cavó?

—Yo.

La respuesta fue inmediata. Gabriel no cambió el tono.

—¿Con qué?

El silencio cayó con un peso distinto. Álvaro parpadeó.

—Con… —se detuvo—. Con lo que había.

—¿Había herramientas en la cabaña?

Álvaro abrió la boca. No recordó ninguna pala. Ninguna azada. Solo sus manos. El recuerdo de tierra bajo las uñas apareció con una claridad incómoda.

—La cavé yo —repitió, más bajo.

Gabriel inclinó apenas la cabeza.

—¿Alguien te ayudó?

—Clara estaba allí.

—¿Qué dijo?

Álvaro cerró los ojos un segundo.

No recordó palabras. Recordó presencia, pero no una frase concreta. Gabriel dejó pasar unos segundos.

—También has dicho que había una agencia de viajes.

Álvaro asintió con rapidez, agradecido por cambiar de foco.

—Sí. Firmamos papeles. Nos llevaron hasta la cabaña.

—¿Recuerdas el nombre?

El gesto de Álvaro se congeló.

—Claro que sí.

Silencio.

Gabriel esperó.

—Era… —empezó.

No lo recordó. Sintió rabia al no poder.

—Lo tendría que recordar —murmuró.

Gabriel no corrigió.

—A veces el cerebro protege lo que duele.

Álvaro negó con la cabeza.

—No es eso. Yo lo viví.

—Lo sé.

Esa respuesta lo desarmó más que cualquier discusión. Álvaro apretó los dedos contra el reposabrazos.

—Y Clara está viva.

No era una afirmación agresiva. Era una necesidad.

—Se fue por el bosque. Me dijo que los últimos pasos tenía que darlos yo.

Gabriel sostuvo la frase con cuidado.

—¿La viste marcharse?

—Sí.

—¿Volviste a verla después?

El silencio fue largo.

Álvaro sintió un vacío pequeño, como si una imagen tuviera un borde difuso.

—No.

Gabriel no dijo nada. Álvaro se levantó del sillón de golpe.

—Si me lleváis, puedo enseñaros dónde está todo. La tumba de Leo. El lugar donde cayó Marta. Donde se ahogó Diego. Puedo marcarlo

en un mapa.

Gabriel no se movió.

—¿Recuerdas el trayecto exacto hasta la cabaña?

Álvaro se quedó quieto.

Recordaba el bosque, el mar, la cala, pero el trayecto desde tierra firme…Se volvió borroso.

—Sí —dijo, pero ya no sonó tan seguro.

Gabriel se levantó despacio, manteniendo la distancia.

—Álvaro, no estoy negando tu experiencia.

La palabra experiencia quedó suspendida.

—Solo quiero entender contigo qué partes necesitan más luz.

Álvaro respiró más rápido ahora.

—No podéis hacer como si ellos no hubieran estado allí.

Gabriel lo miró sin dureza.

—Yo no estoy haciendo eso.

Entonces, algo dentro de Álvaro dejó de estar completamente alineado. No era duda aún. Era una grieta mínima. Como una línea fina en el cristal que solo se ve si la luz incide en el ángulo justo. Gabriel habló con suavidad.

—Vamos a ir despacio.

Álvaro no respondió. Miró la libreta una vez más, aunque esta vez no pensó en Leo. Pensó en la posibilidad de que algo no estuviera donde creía. No lo aceptó. Pero la idea ya no era imposible. Y eso fue suficiente para que el suelo se moviera un milímetro bajo sus pies.

Capítulo 51: La prueba

Álvaro cerró la puerta con cuidado cuando llegó a su habitación. Se sentó en la cama. Miró sus manos. Las había usado para cavar.

Recordaba la tierra metiéndose bajo las uñas.
Recordaba cómo le dolían los dedos al terminar.
Recordaba el peso del cuerpo de Leo.

Giró la mano derecha bajo la luz. Limpia. Demasiado limpia. Se acercó más a la ventana. La piel estaba intacta.

No había grietas.
No había piel levantada.
No había restos oscuros incrustados.

El corazón empezó a latir un poco más rápido. Se llevó las manos a la cara, como si el ángulo fuera el problema.

Nada.

Pasó el pulgar por el borde de las uñas. Suaves. Demasiado suaves. Se puso de pie bruscamente, de un salto. Fue al baño. Encendió la luz. Se miró en el espejo. Se bajó la bata hasta la cintura. Recordaba el golpe en las costillas cuando cayó contra las rocas. Recordaba el rasguño en el hombro al arrastrar la barca. Recordaba la sangre seca en el antebrazo después de la pelea con su padre.

Miró. No había nada.

Ni hematomas amarillentos.
Ni cicatrices recientes.
Ni piel regenerada.

Solo su cuerpo. Entero. Intacto. La respiración se aceleró aún más.

—No —susurró.

Volvió a mirarse las manos. Veintiún días. El número apareció como una descarga. Veintiún días en la isla. Veintiún días luchando. Veintiún días sobreviviendo.

Si hubiera estado allí ese tiempo… Su cuerpo no estaría así.

El pulso empezó a golpearle en las sienes. Se apoyó en el lavabo. Intentó reconstruir el momento exacto en que cavó la tumba.

Vio la tierra.

Vio la pala.

No. No había pala.

Había… Sus manos.

Pero no había heridas. No había nada. La respiración se volvió irregular. Se le pasaban cientos de imágenes sin permiso por su cabeza. Sintió un vértigo leve, como si el suelo estuviera inclinado.

—No puede ser —murmuró. Intentó pensar con lógica. Tal vez habían pasado días. Tal vez las heridas habían sanado. Pero ni siquiera quedaba rastro. Ni una sombra. El corazón ahora golpeaba fuerte, desordenado.

Volvió a la habitación y abrió el cajón de la mesilla como si buscara algo que no sabía nombrar. No encontró nada. Se miró otra vez las manos.

Esta vez la duda no fue suave. Fue violenta.

¿Qué había estado haciendo entonces? La imagen de la barca apareció en su mente.

El agua negra.

El frío.

El esfuerzo de remar.

Recordaba el dolor en los hombros. Pero su cuerpo no lo recordaba. Se llevó las manos al pecho.

La respiración ere irregular, el aire no entraba bien. La habitación parecía más pequeña.

¿Y si…?

No terminó la idea.

No podía.

El pulso seguía subiendo.

Un pensamiento atravesó su mente con una claridad que no había tenido antes: ¿Y si nunca hubo tierra? Sintió una presión en la cabeza.

Con el pulso todavía desbocado, entendió que algo acababa de romperse dentro de él. Y que ya no podía volver atrás.

Capítulo 52: El marco

El corazón de Álvaro seguía golpeándole el pecho como si quisiera abrirse paso por las costillas.

Tenía las manos sobre las sábanas, abiertas, como si fueran ajenas. Las miraba una y otra vez. Las uñas limpias. Los nudillos sin cortes. La piel sin ese desgaste áspero que recordaba con tanta precisión.

Recordaba el peso del barro. Recordaba cómo se le colaba entre los dedos al cavar. Recordaba el ardor de la sal, el temblor de los brazos al arrastrar maderas, el tirón exacto en el hombro cuando cayó al agua.

Y sin embargo… ahí estaba. Entero. Demasiado entero.

El pitido del monitor no ayudaba. Era un metrónomo sin compasión, una prueba de que el tiempo existía y seguía avanzando aunque él no pudiera seguirlo.

Se oyó un roce leve al otro lado de la puerta. El pomo giró sin prisa. Gabriel entró.

No llevaba bata, ni estetoscopio, ni esa prisa de hospital que parece contagiarse en los pasillos. Entró como si el aire tuviera que acomodarse primero. Cerró la puerta con suavidad y se quedó un segundo de pie, sin invadir, midiendo.

Álvaro no lo miró.

Gabriel no dijo "¿qué pasa?". No dijo "tranquilo". No dijo "respira". No lanzó ninguna palabra que intentara arreglarlo.

Solo preguntó:

—¿Qué ha cambiado?

Álvaro apretó la mandíbula. Un ruido seco salió de su garganta, a medio camino entre una risa y un sollozo.

—Todo… y nada.

Gabriel asintió, como si esa respuesta fuera perfectamente concreta.

—Dímelo con el cuerpo —pidió—. ¿Dónde lo notas?

Álvaro se llevó una mano al esternón, con un gesto brusco.

—Aquí. —Luego, como si le molestara admitirlo, añadió—. Y en las manos.

Gabriel se acercó un paso y se sentó en la silla junto a la cama. No demasiado cerca. No demasiado lejos. Como si conociera ese margen exacto en el que la presencia ayuda sin convertirse en amenaza.

Álvaro levantó por fin la vista. Tenía los ojos rojos, no de llorar, sino de mantenerse despierto a la fuerza.

—No encaja —dijo, y la frase sonó como una acusación contra el mundo—. No encaja nada.

—¿Qué parte no encaja? —preguntó Gabriel.

Álvaro extendió las manos, casi ofreciéndoselas.

—Esto. —Movió los dedos, como si esperara que el recuerdo se desprendiera de ellos—. Yo cavé. Yo arrastré. Yo… —tragó saliva— yo luché con él.

—Yo tenía que estar roto. Tenía que haber marcas. Tenía que… —el aire se le atascó— tenía que haber algo.

Gabriel observó sus manos sin tocarlas. Como quien mira una herida invisible y la respeta igual.

—Y no hay nada —dijo Álvaro, más bajo, como si fuera una conclusión prohibida—. Ni una uña negra. Ni sangre seca. Ni… nada.

Gabriel apoyó los codos en las rodillas, juntó las manos despacio. Ese gesto sencillo. Ese modo de estar.

Álvaro sintió una punzada de familiaridad, pero no tiró de ella.

—Cuando el cuerpo no coincide con el recuerdo —dijo Gabriel— la mente se asusta.

Álvaro soltó una risa breve, sin humor.

—Se asusta porque piensa que está mintiendo.

Gabriel sostuvo la mirada.

—¿Tú piensas que estás mintiendo?

Álvaro abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla con un temblor pequeño.

—No —dijo al fin—. Pero… —y el "pero" le dolió— pero empiezo a pensar que mi cabeza me va a traicionar.

Gabriel negó suavemente, sin contundencia.

—Tu cabeza no te está traicionando, Álvaro. Tu cabeza está intentando sobrevivir con lo que tiene.

Álvaro frunció el ceño.

—¿Con lo que tiene? —repitió, como si la frase fuera demasiado cómoda para algo tan monstruoso—. ¿Y qué tiene, Gabriel? ¿Qué tiene para inventarse una isla entera?

Gabriel no corrigió el verbo. No le dijo "no inventaste". No le dijo "sí inventaste".

Se limitó a reformular.

—Hay momentos en los que el cerebro construye escenarios completos para sostener algo que, de otra forma, sería insoportable. Y no hablo de imaginación. Hablo de experiencias con textura. Con continuidad. Con dolor.

Álvaro se quedó quieto.

—¿Dolor? —susurró.

Gabriel asintió.

—El cuerpo participa. No siempre distingue entre lo que ocurre fuera y lo que ocurre dentro cuando está en supervivencia. Puede sudar, temblar, sentir golpes, frío… Puede recordar una herida que ya no está.

Álvaro apretó los dedos contra la sábana hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Entonces… ¿me estás diciendo que…? —La frase no terminó. No podía. Era demasiado.

Gabriel esperó. No para que él lo dijera. Para que él pudiera respirar sin romperse.

—Te estoy diciendo —dijo finalmente— que lo que viviste es real en su efecto. No te lo voy a quitar. No te lo voy a llamar "nada". Pero hoy… hoy tu cuerpo te ha mostrado una grieta. Y eso da miedo.

Álvaro tragó saliva. Su garganta parecía de papel.

—Yo sé lo que vi —dijo, casi enfadado con su propia voz—. Sé lo que oí. Sé lo que… sentí.

Gabriel lo miró con calma, como si no hubiera contradicción en eso.

—Lo sé.

Álvaro respiró rápido, y entonces le salió lo que de verdad tenía dentro.

—¿Dónde están? —dijo, de repente, con una urgencia que se le escapó sin permiso—. ¿Dónde están mis amigos?

Gabriel no apartó la mirada.

—Dime sus nombres.

Álvaro parpadeó, desconcertado.

—¿Qué?

—Sus nombres —repitió Gabriel—. Uno por uno. Dímelos.

La petición no era un interrogatorio. Era una cuerda.

Álvaro tragó saliva. La voz le salió rasposa.

—Marta. Diego. David. Leo. Clara.

Al pronunciar el último nombre se le encogió el pecho. Clara no era solo una persona. Era la última mirada. La última mano.

Gabriel asintió despacio.

—Volvamos a hablar de lo que cada uno te daba, pero ahora céntrate en lo que te hacían sentir cuando estabas cerca de ellos, ¿Qué te hacía sentir Marta?

Álvaro miró al vacío.

—Ruido… —dijo, y por primera vez la palabra sonó casi bonita—. Ruido del bueno. Como… como si el mundo no pudiera ponerse demasiado serio.

—Diego —continuó Gabriel.

Álvaro apretó los labios.

—Fuerza. Orden. —Una pausa—. Como si… si él estaba, nada iba a romperse.

—David.

Álvaro tragó saliva y los ojos se le humedecieron, pero no lloró.

—Ligereza. —Dijo la palabra como quien pronuncia algo que ya no existe—. Y… una forma de querer sin hacer preguntas.

—Leo.

Álvaro no respondió al instante. La libreta apareció en su mente, cerrada con una goma negra. La precisión. La mirada por encima de las gafas.

—Leo era… —se le quedó el aire en mitad— era la parte que no se rendía a lo absurdo. El que ponía nombres a las cosas para que no dieran tanto miedo.

Gabriel esperó un segundo más antes de decir el último.

—Clara.

Álvaro notó el impulso de apartar la mirada y no lo hizo. Se obligó.

—Clara… —la voz le tembló—. Clara era… cuando ya no había nada. Era el "sigue" cuando yo ya no podía.

Gabriel asintió muy despacio, como si cada palabra hubiera sido colocada en una estantería invisible.

—Entonces entiendes por qué tu mente se aferra a ellos.

Álvaro lo miró, con el corazón acelerado.

—No me hables de "mi mente" como si fueran… —se atragantó— como si fueran un mecanismo.

Gabriel bajó la voz.

—No lo son. Para ti, son un vínculo. Y eso es lo que vamos a respetar.

Álvaro respiró más lento por primera vez en varios minutos. El pánico seguía allí, pero había encontrado un borde.

—Quiero que vuelvan —dijo, casi con vergüenza—. Quiero… que vayáis. Que los busquéis. Que busquéis a Clara. Yo puedo deciros dónde… dónde se fue. Puedo deciros dónde está la tumba de Leo. Dónde cayeron Diego y Marta… Puedo… —se quedó sin aire— puedo llevaros.

Gabriel no respondió de inmediato.

Se inclinó un poco hacia delante.

—Álvaro —dijo—. Ahora mismo tu necesidad es salvarlos. Y esa necesidad es tan grande que está empujando tu cuerpo otra vez a supervivencia.

Álvaro apretó los dientes.

—¿Qué quieres decir?

Gabriel eligió las palabras con una precisión que dolía menos que la verdad.

—Que si te digo algo demasiado grande hoy, puede romperte. Y si te digo algo demasiado pequeño, puede enfadarte. Así que voy a decirte solo esto.

Álvaro lo miró, tenso.

—Escúchame —dijo Gabriel—. Vamos a hablar de ellos. Vamos a volver a ellos. Pero no vamos a correr. Porque cuando corres, tu cabeza se convierte en una isla otra vez.

Álvaro sintió un escalofrío al oír esa palabra usada así: *isla*.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó, y la voz se le quebró—. ¿Qué hago con esta… grieta?

Gabriel se incorporó un poco en la silla.

—La sostienes. Conmigo. Un rato.

Silencio.

Álvaro respiró. Una vez. Dos. El pitido del monitor seguía. Pero ya no parecía una amenaza. Solo una prueba de que el cuerpo seguía aquí.

—Hay algo que no recuerdo —dijo de pronto Álvaro, como si lo acabara de ver—. Justo antes de llegar. Justo… antes de la isla.

Gabriel no se movió.

—Lo sé.

Álvaro lo miró con rabia contenida.

—¿Cómo puedes saber tanto y no decirme nada?

Gabriel sostuvo la mirada.

—Porque decir no es lo mismo que ayudar a sostener.

Álvaro cerró los ojos, agotado. Cuando los abrió, había algo más frágil.

—¿Cuánto…? —susurró—. ¿Cuánto tiempo estuve fuera?

Gabriel tardó un segundo.

—Lo suficiente para que tu cuerpo esté cansado —dijo—. Lo suficiente para que tu mente haya hecho lo que tenía que hacer.

Álvaro apretó los labios.

—¿Y tú… dónde estabas?

Gabriel no contestó con datos. Contestó con presencia.

—Aquí.

La palabra cayó sin dramatismo. Como si fuera una verdad antigua, más vieja que cualquier isla.

Álvaro tragó saliva.

—Entonces… —susurró, mirando otra vez sus manos— ¿qué fue todo aquello?

Gabriel no contestó.

No todavía.

Se levantó despacio.

—Hoy hemos hecho mucho —dijo—. Más de lo que parece.

Álvaro lo miró, con los ojos cansados.

—No me dejes solo con esto.

Gabriel se detuvo en la puerta. La mano en el pomo, el gesto contenido.

—No te voy a abandonar —dijo, sin prometer nada que no pudiera sostener—. Voy a volver.

Cuando Gabriel salió, Álvaro se quedó mirando el espacio donde había estado sentado. El aire parecía menos hostil. No por tranquilo. Por habitable.

Y aun así, mientras intentaba bajar el ritmo del corazón, una idea insistía como un clavo:

Si sus manos estaban limpias…
¿qué parte de él era la que estaba llena de barro?

Capítulo 53: Mi ropa

La habitación parecía más pequeña desde que Gabriel se había ido. No porque las paredes se hubieran movido.
Porque el silencio ahora tenía peso. Álvaro seguía mirando sus manos cuando una idea, simple y concreta, apareció como una cuerda a la que agarrarse.

El móvil.

El corazón le dio un pequeño salto. Claro. Su teléfono. Las fotos. Las conversaciones. El grupo. Las llamadas desesperadas. Las coordenadas. Las pruebas. Todo estaba ahí.

Pulsó el botón de llamada. La enfermera joven entró pocos minutos después, con la misma calma medida de siempre.

—¿Sí?

—Mi teléfono —dijo Álvaro sin rodeos—. Quiero mi teléfono.

La enfermera parpadeó, apenas un segundo más de lo habitual.

—Ahora mismo no lo tenemos aquí.

El aire se tensó.

—¿Cómo que no lo tenéis? —preguntó, sin levantar la voz, pero con una firmeza nueva.

—Cuando te trajeron… —dudó mínimamente— no encontraron ningún móvil contigo.

La frase cayó con un ruido seco. Álvaro la sostuvo en la cabeza como si fuera una piedra.

—Eso no puede ser.

—Es lo que figura en el parte de recogida —respondió ella, con profesionalidad limpia.

Parte de recogida. La expresión no le gustó.

—¿Dónde me encontraron exactamente?

—En una zona costera —repitió ella—. Ya te lo explicaron.

Álvaro la miró fijamente.

—Yo llevaba el teléfono encima. Siempre lo llevaba encima.

La enfermera no discutió. Tampoco confirmó.

—Ahora mismo lo importante es que descanses.

La frase le pareció una cortina.

—Entonces tráeme mi ropa —dijo.

Ella frunció levemente el ceño.

—¿Tu ropa?

—Sí. La ropa con la que me encontraron. Quiero verla.

La petición ya no era emocional. Era lógica. La enfermera dudó.

—Tendría que consultar…

—Hazlo —interrumpió Álvaro—. Por favor.

No gritó. No suplicó. Solo lo sostuvo. La enfermera asintió y salió. Álvaro notó que el corazón volvía a acelerarse, pero ahora no era pánico puro. Era anticipación. Si el móvil no estaba… la ropa lo aclararía.

Diez minutos después, la puerta volvió a abrirse. La enfermera llevaba una bolsa transparente con una etiqueta blanca pegada. Nombre. Fecha. Número de ingreso. La dejó sobre la silla.

—Es lo que traías puesto.

Álvaro tardó unos segundos en moverse. Bajó las piernas de la cama con cuidado y se acercó. El monitor pitó más rápido por el movimiento brusco.

La bolsa crujió cuando la abrió. Sacó primero la camiseta. No era la camiseta que recordaba.

No era gruesa.
No era de manga larga.
No estaba húmeda.
No estaba rasgada.

Era una camiseta gris, doméstica. Con una pequeña mancha de detergente mal aclarado en el cuello.

La sostuvo frente a él. No olía a mar. Olía a casa. Sacó el pantalón. Vaquero oscuro. Limpio. Sin barro incrustado en los bajos. Sin salitre

blanqueando la tela. Sin cortes. Sus manos empezaron a temblar.

—No… —murmuró.

La enfermera no dijo nada. Álvaro buscó con más urgencia dentro de la bolsa. No había botas. No había mochila. No había linterna. No había cuerda. No había nada que correspondiera a 21 días sobreviviendo en una isla. Solo ropa de calle. Ropa normal.

—Esto no es —dijo, más para sí mismo que para ella—. Esto no es lo que llevaba.

La enfermera lo miró con una mezcla extraña de profesionalidad y algo más humano.

—Es lo que consta en el registro.

Registro. Parte. Protocolo. Palabras que no tenían barro. Álvaro levantó la vista, los ojos abiertos de más.

—Yo… yo estaba en el agua —dijo—. Me caí. Intentamos… —se le quebró la voz— intentamos cruzar.

Miró el bajo del pantalón. Seco. Sin desgaste. El recuerdo del frío era tan real que casi podía sentirlo otra vez en los huesos.

—Esto no tiene sentido —susurró.

La enfermera dio un pequeño paso atrás.

—Voy a avisar al doctor.

No preguntó cuál. No hizo falta. La puerta se cerró.

Álvaro se quedó de pie, con la camiseta gris en las manos, mirándola como si fuera un objeto ajeno. Como si perteneciera a otra vida. Una vida sin isla. El pitido del monitor se aceleró.

Y por primera vez desde que despertó, la pregunta no fue *¿dónde están ellos?*

Fue otra. Más peligrosa. Si no llevaba ropa de la isla… ¿desde dónde había salido?

Capítulo 54: Antes de la isla

Gabriel entró cuando la camiseta aún estaba sobre la cama.

Álvaro no se había movido. Tenía la bolsa abierta a su lado, la ropa extendida como pruebas de un juicio invisible. El monitor marcaba un pulso más alto de lo habitual, pero ya no era pánico. Era otra cosa. Una tensión concentrada.

Gabriel cerró la puerta con suavidad.

—Me han dicho que querías ver tus pertenencias.

Álvaro soltó una risa seca.

—Ya las he visto.

No lo miró. Señaló la ropa con la barbilla.

—Eso no es lo que llevaba.

Gabriel no respondió enseguida. Se acercó despacio, sin tocar nada.

—Cuéntame qué recuerdas que llevabas puesto.

Álvaro cerró los ojos un segundo, intentando reconstruirlo.

—Una sudadera gruesa. Oscura. —Respiró hondo—. Las botas. Las que usé para… —se detuvo— para el bosque.

Abrió los ojos. Miró los vaqueros impecables sobre la cama.

—Esto es… de casa.

Gabriel asintió levemente.

—¿Qué sientes al verlo?

Álvaro alzó la vista, molesto.

—¿Qué siento? Siento que me estáis ocultando algo.

La acusación flotó en el aire sin convertirse en grito.

Gabriel no se defendió.

—¿Qué crees que te estamos ocultando?

Álvaro apretó la mandíbula.

—No lo sé. —La sinceridad lo irritó más que cualquier certeza—. Pero esto no cuadra. No puede no cuadrar todo.

Silencio.

Gabriel se sentó en la silla junto a la cama.

—Álvaro —dijo con voz baja—. Quiero que hagamos algo muy concreto.

Álvaro lo miró, desconfiado.

—¿Qué?

—Quiero que retrocedas un paso. No a la isla. Un paso antes.

La frase le provocó un pequeño vértigo.

—¿Antes?

—Sí. Antes de llegar allí. Antes del bosque. Antes de la cabaña. —Una pausa mínima—. ¿Recuerdas el viaje?

Álvaro abrió la boca con seguridad automática.

—Claro.

Pero la palabra no se sostuvo. Gabriel esperó.

—El aeropuerto —continuó Álvaro, más lento—. Las maletas.

Silencio.

Intentó ver la escena. Puertas automáticas. Mostradores. El sonido de maletas rodando. Pero no aparecía ninguna imagen concreta. Solo la idea de que debía haber existido.

—Había… —titubeó— había… ruido.

La palabra le sonó hueca incluso a él.

Gabriel no intervino.

—¿Recuerdas con quién hablaste para organizarlo? —preguntó con suavidad.

Álvaro frunció el ceño.

—Entre nosotros.

—¿Con quién concretamente?

—Con… —Buscó un nombre. Cualquiera. Una conversación específica—. Con Diego.

—¿Dónde estabais?

Álvaro intentó fijar la escena. Un bar. Una casa. Una llamada. Nada tenía textura. Era como intentar agarrar humo.

—No lo sé —admitió, y la frase le dolió más que la ropa equivocada.

Gabriel asintió despacio.

—¿Recuerdas el nombre de la agencia?

La pregunta fue directa, pero no agresiva. Álvaro abrió los ojos, dispuesto a responder de inmediato. No salió nada. Sabía que había una agencia. Sabía que había firmado papeles. Sabía que había un teléfono de emergencia. Pero el nombre… Era un espacio en blanco.

—La mujer —dijo de pronto—. La que nos recibió.

—Lucía —dijo Gabriel sin énfasis.

El nombre no le devolvió ninguna escena nueva. Solo la sensación de que debía recordar más.

—Sí… —murmuró Álvaro—. Ella.

—¿Dónde la conociste por primera vez?

Álvaro apretó las manos contra las rodillas.

—En la… —La frase se rompió—. En la isla.

Gabriel sostuvo la mirada.

—¿Y antes de la isla?

Silencio.

El pitido del monitor parecía más fuerte ahora.

Álvaro sintió algo parecido al mareo.

—No lo sé.

Gabriel no cambió de tono.

—Álvaro, no hay registros de ningún vuelo reciente a tu nombre.

La frase cayó sin dramatismo. No fue un golpe. Fue una pieza colocada sobre la mesa. Álvaro lo miró, inmóvil.

—¿Qué?

—No hay billetes. No hay reservas. No hay movimientos bancarios asociados a un viaje. Álvaro negó con la cabeza inmediatamente.

—Eso no significa nada.

Pero su voz ya no tenía la misma firmeza.

—Puede haber sido en efectivo —añadió, buscando apoyo en la lógica.

—Puede —concedió Gabriel.

No lo contradijo. Eso era peor.

—Entonces dime algo claro —dijo Álvaro, con el pulso acelerándose otra vez—. ¿Dónde me encontrasteis?

Gabriel tardó un segundo.

No para decidir. Para medir.

—Te encontraron en tu domicilio.

La habitación se quedó sin aire.

Álvaro no parpadeó.

—Eso es imposible.

—Es lo que consta en el informe de entrada.

—No —susurró Álvaro, casi sin voz—. Yo estaba en el mar.

Gabriel no corrigió la frase.

—Cuando llegaron los servicios de emergencia —continuó con calma — estabas solo.

La palabra volvió. Solo. Pero esta vez no estaba en una isla. Estaba en su casa.

Álvaro sintió que algo dentro de él empezaba a ceder, no como una explosión, sino como una estructura que pierde el equilibrio milímetro a milímetro.

—No recuerdo… —dijo, y el miedo apareció de verdad—. No recuerdo nada de eso.

Gabriel asintió.

—Lo sé.

—¿Cuánto tiempo…? —preguntó, pero la pregunta quedó incompleta.

Gabriel no respondió a eso.

—Hoy no vamos a ir más lejos —dijo.

Álvaro levantó la vista, desesperado.

—No puedes soltar eso y dejarlo así.

Gabriel se inclinó ligeramente hacia delante.

—Puedo. Porque tu sistema ahora mismo está intentando protegerte de algo que todavía no puedes sostener entero.

Álvaro sintió una mezcla de rabia y vértigo.

—Entonces… ¿la isla qué fue?

Gabriel sostuvo su mirada sin parpadear.

—Eso es lo que vamos a comprender.

No dijo "imaginar".
No dijo "inventar".

Solo:

Comprender.

Álvaro bajó la vista hacia la camiseta gris sobre la cama. Casa.

Domicilio. Sin viaje. Sin aeropuerto. Sin salida. Y, sin embargo, recordaba cada árbol. Cada voz. Cada despedida. Levantó la vista una vez más.

—Si no fui a la isla… —susurró— ¿de dónde he vuelto?

Gabriel no respondió.

El silencio esta vez no fue vacío.

Fue el borde de algo mucho más grande.

Capítulo 55: Lo que no quería recordar

La habitación estaba en penumbra cuando despertó.

No sabía si había dormido o si simplemente había dejado de pensar durante un rato. La camiseta gris seguía doblada sobre la silla. La bolsa transparente, cerrada. El mundo parecía igual que antes. Solo que algo se había movido por dentro.

Domicilio.

La palabra no dejaba de repetirse.

Intentó recordar el sonido del mar. No apareció.

Intentó recordar el crujido de la madera bajo sus pasos. Nada.

En su lugar, comenzó a colarse otra cosa.

Un reflejo. Blanco. Un brillo frío. Parpadeó. La luz del baño, su baño. La imagen no llegó como escena completa. Llegó por partes. El azulejo. El borde de la bañera. Un frasco. No el bosque. No la cuerda. No el mar. Un frasco. Sintió que el estómago se le cerraba. No quería seguir. Pero la imagen no obedecía. El sonido seco del plástico al caer. Pastillas desparramadas en el suelo. Su mano temblando. El móvil boca abajo, con la pantalla aún encendida. Un mensaje abierto. No enviado. El aire empezó a faltarle de verdad ahora. No como en la isla. Como en una habitación demasiado pequeña.

Se incorporó en la cama, respirando rápido. No había viento. No había pájaros. Había un recuerdo que no había pedido. El suelo frío bajo la mejilla. Su respiración irregular.

Una idea muy clara: *Estoy demasiado cansado para seguir.* La puerta se abrió con suavidad. Gabriel entró sin hacer ruido. Álvaro no lo miró de inmediato.

—Ha vuelto algo, ¿verdad? —dijo Gabriel, sin decir nada más.

Álvaro tenía los ojos fijos en el vacío.

—No era el mar —murmuró.

Gabriel se acercó un poco más.

—¿Qué era?

Álvaro tragó saliva.

—El baño.

La palabra se quedó suspendida.

Gabriel no reaccionó. Ni con sorpresa. Ni con alivio. Solo esperó.
Álvaro respiró hondo, y esta vez la voz le salió más clara, aunque le doliera.

—El frasco de pastillas en el suelo.

Silencio. El monitor marcó un pulso irregular.

—Yo… —cerró los ojos— yo estaba tumbado. No en la arena. En el suelo.

Una pausa.

—A punto de perder la conciencia.

La frase fue un golpe limpio. Gabriel se sentó en la silla sin prisa.

—¿Recuerdas algo más?

Álvaro negó levemente con la cabeza.

—No quería sentir más —susurró—. No quería pensar más. Solo… parar.

La palabra resonó con un eco distinto al que había tenido en la isla.
No era descansar junto al fuego. Era apagar.

Gabriel habló.

—Eso fue real.

No añadió nada más.

No dijo “lo intentaste”.
No dijo “estabas inconsciente”.
No dijo “te encontramos”.

Solo eso. Real.

Álvaro levantó la vista lentamente.

—Entonces… —la pregunta le tembló en los labios— la isla…

Gabriel no lo interrumpió. Álvaro intentó formularlo.

—Era… —la palabra no le salía— era donde me fui.

Gabriel inclinó la cabeza levemente.

—Fue un lugar que tu mente construyó para atravesar algo que no podías mirar de frente.

No dijo "inventó".
No dijo "delirio".

Construyó.

Álvaro sintió una mezcla de alivio y terror.

—¿Y ellos? —preguntó.

Esta vez no fue una pregunta suave. Fue casi un golpe. Como si estuviera defendiendo algo que le iban a arrancar.

Gabriel lo miró. Y por primera vez desde que entró, en su rostro no hubo solo serenidad. Hubo algo más. Algo que parecía dolor contenido. Álvaro respiraba rápido.

—No me digas que no estaban —añadió, con la voz y el rostro quebrándose—. No me digas que me los inventé.

Gabriel tardó un segundo en responder. No porque dudara. Porque sabía el peso de lo que estaba en juego.

—No te los inventaste —dijo, y la voz le salió más baja, menos técnica—. Nunca fueron mentira.

Eso no calmó a Álvaro. Lo desarmó. Cerró los ojos. Y allí estaban.

Marta riéndose demasiado alto, como si la risa fuera una forma de desafiar al miedo.
Diego plantado frente al mar, sólido, obstinado.
Leo escribiendo con esa precisión que convertía el caos en algo soportable.
David diciendo cualquier tontería en mitad de una discusión para que nadie se hundiera del todo.
Clara mirándolo la última noche, con esa mezcla de tristeza y ternura que siempre tenía cuando él estaba a punto de romperse.

—Siempre estaban… —susurró.

Se llevó las manos al rostro.

—Cada vez que me iba… cada vez que no podía más… ellos estaban allí. No era un viaje. Era lo único que me mantenía vivo.

La voz se le quebró del todo.

—Si no estaban fuera… —tragó saliva— entonces estaban dentro. Y eso significa que… —negó con la cabeza, incapaz de terminar la frase.

Gabriel se levantó despacio. No fue un gesto profesional. Fue un impulso lleno de humanidad. Se acercó un poco más, sin invadir, pero reduciendo la distancia con Álvaro.

—Álvaro —dijo, y ahora ya no era el terapeuta hablando desde el método. Era alguien que lo conocía desde hacía más de una década —. Tú no sobreviviste solo.

Álvaro levantó la mirada, llena de rabia y desesperación.

—¡Pero no estaban! —explotó, por fin—. ¡No estaban de verdad!

El monitor pitó más rápido.

—No estaban fuera —corrigió Gabriel con firmeza suave—. Pero estaban contigo. Y eso no es menos real.

Álvaro empezó a llorar sin darse cuenta. No era un llanto escandaloso. Era un derrumbe silencioso y amargo.

—Yo hablaba con ellos —dijo entrecortado—. Discutía. Me enfadaba. Me reía. Me despedí de ellos uno por uno…

El recuerdo lo atravesó.

Las desapariciones.

Las pérdidas.

Cada uno cayendo.

Cada uno dejándolo un poco más solo.

—Y ahora me estás diciendo que… que los fui soltando yo.

No era una acusación. Era una herida abierta. Gabriel bajó la voz aún más.

—No los soltaste porque dejaran de importarte. Los soltaste porque estabas preparado para sostener lo que representaban cada uno sin dividirte para hacerlo.

Álvaro negó con la cabeza, deshecho.

—Eran mi vida.

Gabriel respiró hondo. Y entonces hizo algo que no había hecho en toda la conversación.

Apoyó una mano sobre el borde de la cama. No sobre él. Pero cerca. Visible. Presente.

—Lo sé —dijo, y la voz se le quebró apenas—. He visto cómo te agarrabas a ellos todos estos años. He visto cómo volvías a ese lugar para no hacerte daño de verdad.

La frase quedó suspendida.

Álvaro lo miró. Por primera vez no veía solo al terapeuta. Veía al hombre que había estado allí durante sus recaídas, sus avances, sus retrocesos.

—¿Y ahora qué? —preguntó, casi como un niño.

Gabriel sostuvo su mirada.

—Ahora no tienes que irte para que estén contigo.

Álvaro respiró entrecortado.

—Pero si no me voy… si no hay isla… —la voz volvió a romperse— ¿dónde están?

Gabriel no apartó los ojos.

—Aquí —dijo, poniendo su mano levemente sobre su pecho—. De otra forma. Pero aquí.

Álvaro se dobló hacia delante, las manos en el rostro, el cuerpo temblando.

—Yo no volví de una isla —susurró.

La frase ya no era confusión. Era aceptación dolorosa. Levantó la cabeza, con los ojos inundados.

—Yo casi no vuelvo.

Gabriel tragó saliva antes de hablar.

—Pero volviste.

Álvaro respiró hondo, como si por primera vez el aire no viniera del mar ni del bosque, sino del presente.

—Yo no desperté en el hospital —dijo con voz rota.

Cerró los ojos.

—Desperté de mí.

Capítulo 56: La carta

Habían pasado varios minutos desde el derrumbe. El monitor había vuelto a marcar un ritmo más estable. La habitación estaba en silencio, pero ya no era un silencio hostil. Era el tipo de silencio que queda después de decir algo que no se puede desdecir.

Álvaro seguía mirando un punto fijo en la pared cuando lo preguntó.

—¿Escribí algo?

Gabriel no fingió no entender.

Tampoco respondió de inmediato.

—Sí —dijo al fin.

Álvaro asintió una vez, como si ya lo supiera y solo necesitara oírlo en voz alta.

—¿Dónde está?

Gabriel lo observó con cuidado.

—La tenemos en tu expediente.

Álvaro levantó la vista. Había miedo en sus ojos, pero no era miedo a la muerte. Era miedo a leerse.

—Quiero verla.

No fue un impulso. Fue una decisión.

Gabriel salió de la habitación y regresó unos minutos después con una carpeta fina. No la abrió enseguida. Se sentó, la sostuvo entre las manos y miró a Álvaro.

—No tienes que hacerlo ahora.

Álvaro negó.

—Sí.

Gabriel le tendió la hoja.

El papel estaba doblado por la mitad. No era una carta larga. No había dramatismo en la forma. Solo letra conocida. Su letra.

Álvaro la desplegó con manos que temblaban apenas. Empezó a leer en silencio. El rostro se le fue apagando línea a línea. No decía "perdón por morir". No decía "os dejo". Decía otra cosa.

Estoy cansado.

No sé cómo seguir sosteniendo esto.

No es culpa de nadie.

He intentado arreglarlo dentro de mí durante años.

No quiero seguir haciéndoos daño con mi forma de estar.

La respiración de Álvaro se volvió irregular. Siguió leyendo.

No quiero morir.

Quiero que esto deje de doler, quiero dejar de sufrir.

Ahí se detuvo. El papel empezó a temblarle más fuerte en las manos. Gabriel no habló. Álvaro bajó la hoja lentamente.

—Yo… —se le quebró la voz—. Yo no quería desaparecer.

—No —dijo Gabriel con firmeza suave.

Álvaro volvió a mirar el papel.

Perdonadme por no haber sabido vivir mejor.

No había nombres. No había referencia a la isla. No había mención a Marta, ni a Diego, ni a Leo, ni a David, ni a Clara. Era una carta escrita desde un lugar sin paisaje.

—No están —murmuró.

Gabriel entendió la frase.

—No aparecen aquí.

Álvaro negó con la cabeza, confundido.

—Pero estaban conmigo. Allí estaban.

Gabriel dejó que el silencio hiciera su trabajo.

Álvaro volvió a leer la última línea.

Solo necesito descansar un poco.

La palabra le atravesó. Descansar.

La misma palabra que había escuchado en la isla. La misma palabra que Gabriel le dijo aquella última noche frente al fuego. Álvaro levantó la mirada lentamente.

—Yo ya había decidido parar —susurró.

Gabriel asintió.

—Estabas agotado.

Álvaro apretó los labios, intentando sostener algo que se estaba deshaciendo.

—Entonces… —tragó saliva— la isla no fue para escapar.

Gabriel lo miró con atención plena. Álvaro continuó, casi hablando consigo mismo.

—Fue para despedirme sin romperme del todo.

Gabriel no respondió. Porque esa frase ya era un paso enorme.
Álvaro bajó la mirada hacia la carta una vez más. La sostuvo como si fuera algo frágil y peligroso al mismo tiempo.

—No recuerdo escribir esto —dijo en voz baja.

—Pero lo escribiste —respondió Gabriel.

Silencio. Álvaro cerró los ojos.

—En la isla… —empezó, con el pulso acelerándose otra vez— yo escribí otra.

Gabriel no respondió enseguida.

Álvaro tenía la carta antigua aún entre los dedos. El papel temblaba ligeramente, pero no lo soltaba.

—No era esta —continuó—. No decía lo mismo.

Gabriel inclinó apenas la cabeza.

—¿Qué decía?

Álvaro cerró los ojos un instante.

La imagen volvió con una claridad que le dolía menos que antes.

La mesa de madera. El peso que ya no era culpa, sino tristeza.

—Me despedí de mi madre —susurró.

No fue dramático. Fue íntimo.

—Le dije que ya no estaba enfadado. Que ya no era un niño esperando que volviera. Que entendía que no fue mi culpa.

La respiración se volvió irregular..

—Nunca había podido decir eso.

Gabriel lo miraba sin interrumpir.

—En terapia lo intentamos mil veces —continuó Álvaro—. Siempre me quedaba a mitad. Siempre volvía a la culpa.

Abrió los ojos.

—Pero allí… allí no dolía igual.

Silencio.

Gabriel habló con suavidad.

—¿Y qué hiciste con esa carta?

Álvaro frunció el ceño.

—La dejé —dijo lentamente—. No la guardé. No la doblé. No la llevé conmigo.

La frase cayó como una revelación. Miró entonces la hoja que tenía en las manos. Esa sí la había guardado. Durante años. Sus dedos comenzaron a recorrer los bordes del papel, como si lo estuviera viendo por primera vez.

—La llevo siempre encima —murmuró.

Gabriel sostuvo su mirada.

—Lo sé.

Álvaro parpadeó.

—¿Cómo?

Gabriel señaló con la barbilla hacia la bolsa de pertenencias que seguía sobre la silla.

—Te trajeron tus cosas. ¿Has revisado bien los bolsillos?

El corazón de Álvaro dio un golpe seco.

Se levantó despacio, todavía con la carta reciente en la mano. Tomó el pantalón de la bolsa. Era el vaquero gris que solía usar en casa. Lo conocía de memoria.

Metió la mano en el bolsillo derecho.

Sus dedos tocaron algo. Papel. No estaba nuevo, ni limpio. Era pequeño, más pequeño que la hoja que acababa de leer. Las

esquinas redondeadas por el uso. La tinta ligeramente difuminada en algunas zonas. Había sido abierto y cerrado tantas veces que casi tenía la forma del bolsillo.

Álvaro lo sostuvo como si fuera un objeto sagrado. No necesitaba leerlo. Se lo sabía de memoria. Aun así, lo desplegó. Las primeras líneas estaban escritas con una letra más joven. Más tensa.

Lo siento, mamá.

Si hubiera estado más atento…

Si hubiera sido mejor hijo…

Sintió el golpe en el pecho. Esa carta no hablaba de descanso. Hablaba de culpa. De castigo. De una despedida que nunca terminaba.

—La escribí hace años —dijo con la voz rota—. Después del juicio. Después del orfanato. Después de todo.

Gabriel asintió.

—Y nunca la soltaste.

Álvaro negó con la cabeza lentamente.

—Porque si la soltaba… era admitir que se había ido. Que no iba a volver. Que no había nada más que esperar.

El silencio fue denso, pero no insoportable.

Álvaro miró ambas cartas. La reciente, escrita antes de caer, hablaba de cansancio. La antigua hablaba de culpa.

Y la de la isla…La de la isla no estaba en sus manos. Pero estaba en su cuerpo.

—En la isla no pedí perdón —murmuró—. Le di las gracias.

La frase lo sorprendió incluso a él.

—Le di las gracias por lo que sí me dio. Por lo que fui capaz de ser. Por seguir aquí.

Gabriel no dijo nada. No hacía falta. Álvaro sintió que algo encajaba por primera vez sin violencia.

—No escribí otra carta en la isla —dijo lentamente—. Reescribí esta.

Levantó la carta vieja, gastada.

—Pero sin castigarme.

La respiración le tembló.

Durante años había llevado esa hoja doblada como una penitencia. Como si la culpa tuviera que pesar físicamente. Miró el papel una última vez. No era con rabia, era con reconocimiento.

—Ya no necesito llevarla encima —dijo, apenas audible.

Gabriel lo observaba sin intervenir. No era un gesto terapéutico. Era respeto. Álvaro dobló la carta con cuidado. No la rompió. No la arrugó. La dejó sobre la mesilla, junto a la cama. No en el bolsillo. En la mesilla. La diferencia era mínima. Y enorme. Se quedó mirándola unos segundos.

El monitor marcaba un pulso más estable.

—No quería morir —repitió, esta vez sin lágrimas—. Quería dejar de estar atrapado en esto.

Gabriel habló con una humanidad que ya no intentaba ocultar.

—Y empezaste a salir.

Álvaro respiró hondo. Temblaba, pero no como antes.

Miró la carta reciente, la del intento.

Luego la antigua. Dos despedidas. Ninguna definitiva. Levantó la vista.

—¿Cuánto tiempo estuve fuera?

Gabriel sostuvo su mirada. Ya no había evasión. Pero tampoco prisa. Y esta vez, la respuesta estaba más cerca que el miedo.

Capítulo 57 — La promesa

Álvaro sostuvo la mirada de Gabriel unos segundos más.

—¿Cuánto tiempo estuve fuera?

—Lo suficiente como para que haya cosas que todavía no sabes —respondió.

No dio número. Álvaro frunció el ceño.

—No me vuelvas a dejar a medias.

Gabriel lo observó. Ya no había en su rostro la distancia profesional de los primeros días. Había algo más personal. Más humano.

—Hay algo sobre tus amigos que aún no es exactamente como lo estás entendiendo.

El corazón de Álvaro dio un pequeño vuelco.

—¿Qué significa eso?

Gabriel eligió cada palabra de las siguientes.

—Es cierto que no eran personas externas. Es cierto que eran partes tuyas que has ido integrando. Pero no todo lo que viviste allí fue solo una construcción interna aislada.

Álvaro frunció el ceño.

—No te sigo.

Gabriel sostuvo su mirada unos segundos, como si estuviera midiendo cuánto podía decir sin romper nada.

—Tus amigos no aparecieron de la nada, Álvaro —dijo con suavidad —. No son piezas que tu mente haya inventado sin más. Son partes de ti que han estado contigo toda tu vida… aunque dejaste de reconocerlas hace mucho.

Álvaro notó un nudo formarse en el estómago.

—¿Qué partes?

Gabriel no apartó la mirada.

—David… —empezó—. Tu forma de tomarte las cosas con ligereza. Tu capacidad para reír incluso cuando todo se complicaba. Esa parte

que no se rendía ante lo difícil porque encontraba una forma de hacerlo más llevadero.

Hizo una pequeña pausa.

—Diego… tu parte protectora. La que vigilaba, la que se adelantaba al peligro. La que intentaba que nada volviera a hacerte daño.

Álvaro bajó la mirada.

—Leo… tu forma de entender el mundo. De analizar, de buscar sentido a lo que no lo tenía. La parte que intentaba ordenar el caos.

—Marta… tu sensibilidad. Tu forma de sentirlo todo más profundo de lo que podías soportar a veces.

Gabriel inclinó ligeramente la cabeza.

—Y cada una de esas partes no desapareció de golpe. Las fuiste dejando atrás poco a poco.

Álvaro tragó saliva.

—¿Cuándo?

Gabriel respondió sin dudar.

—Desde que eras un niño. Desde los ocho años… cuando empezaste a aprender que sentir demasiado dolía, que pensar demasiado agotaba, que protegerte no siempre era suficiente.

Las palabras cayeron despacio.

—Para poder seguir adelante, empezaste a separar esas partes de ti. No de forma consciente. Simplemente… dejaste de habitarlas.

Álvaro cerró los ojos un instante.

—Pero no se fueron —continuó Gabriel—. Nunca se fueron. Seguían ahí.

Abrió los ojos.

—Y en la isla… —añadió Gabriel— tu mente dejaba de esconderlas. Las ponía delante de ti.

Álvaro respiró hondo.

—Por eso no las sentías como tuyas.

Gabriel asintió.

—Exacto. Porque llevabas demasiado tiempo sin reconocerte en ellas. Pero el proceso nunca fue perderlas… fue volver a entender que te pertenecen.

Álvaro notó algo moverse dentro de él. No era una revelación brusca. Era más bien como encajar piezas que llevaban tiempo sueltas.

Gabriel continuó, bajando ligeramente la voz:

—La isla no fue un lugar al que escapaste, Álvaro. Fue un proceso. Una forma de reconstruirte sin romperte del todo.

Álvaro levantó la mirada.

—¿Y Clara?

La pregunta salió casi sin pensar.

Gabriel mantuvo el silencio un segundo más largo.

—Clara… —repitió— siempre ha sido distinta.

Álvaro frunció el ceño.

—¿Distinta cómo?

Gabriel dejó escapar una pequeña exhalación.

—Si tus amigos representaban partes de ti… Clara representaba algo que nunca perdiste del todo.

Álvaro no dijo nada.

—La esperanza —añadió Gabriel—. La parte de ti que, incluso cuando todo se rompía, seguía mirando hacia adelante. La que no se rendía del todo.

Hizo una pausa.

—Pero hay algo más.

Álvaro frunció el ceño.

Gabriel sostuvo su mirada. Esta vez no había estrategia. Había decisión.

—He esperado a que llegaras aquí para hacer esto.

—¿Hacer qué?

Gabriel se levantó despacio.

No explicó nada más.

Se acercó a la puerta.

Puso la mano en el pomo, pero antes de girarlo habló en voz alta, con una calma que escondía emoción.

—Ya puedes pasar.

El sonido del pomo bajando fue mínimo.

La puerta se abrió.

Y Clara entró.

No había una luz especial, ni una música invisible. No había nada simbólico.

Había una mujer real. Con el cabello recogido sin cuidado. Ojeras profundas. Un abrigo demasiado grande para su cuerpo. Los ojos enrojecidos de alguien que no ha dormido bien durante semanas.

Se quedó quieta en el umbral. Álvaro no respiró. La miró un segundo. Dos. Tres.

No desaparecía. Tampoco se desvanecía. No era una aparición. Era carne y respiración. Era peso en el suelo.

Clara dio un paso hacia dentro.

—Hola —dijo, con una voz que llevaba contención y algo más frágil debajo.

Álvaro sintió cómo algo dentro de él se abría de forma violenta.

—No… —susurró.

No era negación. Era incredulidad pura. Clara no sonrió. No intentó suavizar nada.

—Estoy aquí —dijo simplemente.

Álvaro la miraba como si estuviera esperando que Gabriel confirmara o desmintiera la escena. Gabriel no intervino. Se quedó a un lado. Presente, pero fuera del centro.

Clara avanzó hasta quedar a un metro de la cama.

—He estado hablando con Gabriel todos estos días —añadió con suavidad—. Queríamos esperar a que estuvieras preparado.

La palabra golpeó. Preparado. Álvaro tragó saliva.

—¿Para qué?

Clara sostuvo su mirada.

—Para que no confundieras verme con volver a la isla.

Álvaro sintió el temblor subirle desde el estómago.

—Entonces… —murmuró— tú…

Clara dio un paso más. Esta vez sí lo tocó. Su mano sobre la suya. Caliente y firme. Innegable.

—Yo soy real, Álvaro.

La frase no fue grandilocuente. Fue directa. Y eso la hizo devastadora. Álvaro cerró los ojos un segundo. Esperando que al abrirlos ella no estuviera. Los abrió...Seguía ahí.

Mirándolo con esa mezcla de ternura y cansancio que solo tiene alguien que ha temido perder a otro de verdad.

—No me fui —dijo Clara, más bajo ahora—. No me he ido ningún día.

El mundo se reorganizó dentro de Álvaro. La isla se fracturó definitivamente. Porque Clara no había sido una parte que se integraba. No había sido un fragmento. Había sido el vínculo con el mundo real. Había sido su ancla.

—Estuve contigo —continuó Clara—. Cada día.

Álvaro sintió el golpe completo entonces. No había vuelto de un lugar imaginario. Las lágrimas no llegaron de golpe. Llegaron despacio. Como si el cuerpo necesitara permiso.

—Pensé que te perdía —susurró él.

Clara negó con la cabeza.

—Yo pensé que te perdía a ti.

Gabriel desvió la mirada un instante. No por incomodidad. Por respeto. Álvaro miró a Clara como si estuviera viéndola por primera vez.

—Entonces… —la voz le tembló— ¿no todos…?

Clara entendió la pregunta sin que la terminara.

—No todos —dijo.

Y esa frase lo partió y lo sostuvo al mismo tiempo. Álvaro bajó la cabeza, incapaz de procesarlo todo a la vez.

—Yo creí que os había inventado para sobrevivir.

Clara apretó ligeramente su mano.

—Te agarraste a lo que te mantenía vivo.

Silencio.

No había isla. No había mar. Había una habitación de hospital. Estaba Gabriel. Estaba Clara. Y había una verdad que ya no podía deshacerse: No todo fue imaginación. Y no todo fue soledad.

Álvaro levantó la vista lentamente. Por primera vez desde que despertó, el miedo no estaba en el centro. Había algo distinto. Algo que se parecía mucho a esperanza. Clara lo miró un instante largo, como si midiera el temblor exacto de esa esperanza. Luego habló, casi en voz baja, con una naturalidad que lo atravesó más que cualquier revelación:

—Si tú aguantas… yo aguanto. ¿Recuerdas?

Álvaro se quedó congelado. No por la frase. Por el eco. Porque esa misma frase, en la isla, había tenido otra luz: la noche, el porche, el viento. Como si Clara se la hubiera dicho allí para sostenerlo en mitad del bosque. Y ahora se la decía aquí, sin bosque, sin isla… y era la misma. El mismo hilo. La misma promesa.

Álvaro se llevó la mano al borde de la cama como si necesitara comprobar que el mundo era firme.

—Yo… —intentó decir.

No le salió. Los ojos se le llenaron otra vez de lágrimas, pero no rompió aún. Solo parpadeó, fuerte, como si pudiera contenerlo a base de voluntad.

—¿Cuántas veces…? —preguntó al final, y la voz le salió más pequeña de lo que quería—. ¿Cuántas veces me lo has dicho?

Clara respiró hondo.

—Las suficientes como para que tu cabeza lo usara cuando ya no te quedaban fuerzas —respondió, sin reproche—. Las suficientes como para que no te fueras del todo.

Álvaro sintió cómo el pecho se le apretaba, esa frase le ponía nombre a algo que llevaba años ocurriendo sin que él lo supiera.

—Yo te veía… —murmuró, y le tembló la mandíbula—. En la isla te veía, Clara.

Clara no negó. No lo corrigió. Solo asintió con una tristeza suave.

—Lo sé.

Álvaro apartó la mano de la suya, muy despacio, como si el contacto lo quemara de verdad. No porque doliera, sino porque era demasiado real. Se incorporó un poco. Las vías tiraron. El monitor pitó más rápido. La enfermera no entró. Nadie interrumpió.

Gabriel seguía a un lado, quieto, sosteniendo la escena como se sostiene una vela en un cuarto sin corriente.

Álvaro puso los pies en el suelo. El frío del suelo le subió por las plantas, le recordó que estaba en un hospital y no en arena. Se levantó.

Al principio le fallaron las piernas, pero se agarró a la barandilla de la cama y respiró hondo. No era un gesto heroico. Era un gesto torpe, humano, de alguien que vuelve al cuerpo después de haber vivido demasiado tiempo en la cabeza.

Clara dio un paso hacia él por puro instinto, pero se detuvo a medio metro, sin invadir.

—No tienes que… —empezó.

Álvaro negó.

—Sí.

Dijo la palabra con una firmeza que ni él esperaba.

Sí. No a caminar. No a estar bien. Sí a estar ahí, de pie, en esa habitación, con ella delante.

Se soltó de la cama. Dio un paso. Luego otro. Cada paso era un pulso que le decía: estás aquí.

Clara lo miraba con los labios apretados, intentando mantener el control, pero los ojos ya no podían fingir serenidad. Había algo muy viejo en esa mirada: el cansancio de quien ha esperado demasiado. El alivio de quien no se lo cree todavía.

Álvaro se detuvo frente a ella. Tan cerca que la respiración de Clara le rozaba la cara.

—En la isla… —dijo Álvaro, y la voz se le rompió en el primer intento — tú te ibas al final.

Clara tragó saliva.

—Sí.

Álvaro abrió los ojos, inundados.

—Y yo… yo me quedaba solo.

Clara negó, casi con rabia contenida.

—No. Tú *sentías* que te quedabas solo.

La frase le apretó a Álvaro el pecho como una mano.

—Pero era real para mí —susurró.

Clara levantó su mano, dudó un instante… y al final apoyó los dedos en el antebrazo de Álvaro, suave, como quien toca a alguien después de un accidente.

—Y por eso esperé —dijo—. Por eso Gabriel esperó. Porque si te abrazaba demasiado pronto… tú habrías vuelto a la isla con más fuerza.

Álvaro tembló de impotencia.

—Yo pensaba que nadie… —la voz se le quebró del todo—. Que nadie se quedaba.

Clara lo miró con ese gesto que él recordaba de la isla, pero ahora era de verdad, sin metáfora.

—Yo me quedé, Álvaro.

Álvaro intentó responder. No pudo. La garganta no obedecía. Sus hombros se hundieron un poco. La respiración se le volvió irregular.

Y entonces, como si se rompiera por fin la última pared que había mantenido en pie por años, Álvaro dio un paso corto hacia ella. No

era buscando consuelo. Era buscando hogar.

Clara lo envolvió con los brazos. Primero con cuidado, como si temiera que el abrazo lo deshiciera. Después con fuerza, con esa fuerza que uno solo usa cuando ha estado a punto de perder algo. Álvaro apoyó la frente en su hombro.

Y ahí sí. Ahí se le fue el aire. Ahí lloró de verdad. No con dramatismo. Con verdad. Como se llora cuando no queda nada que defender.

Álvaro apretó los dedos en la espalda de su abrigo, como si esa tela fuera lo único estable del mundo.

—Gracias… —susurró, ahogado—. Gracias por… por quedarte.

Clara cerró los ojos.

—Gracias por volver.

Gabriel, desde su esquina, respiró hondo. No interrumpió. No habló. Solo se quedó allí, con la mirada humedecida y quieta, como alguien que ha visto por fin a su paciente cruzar una puerta que llevaba años intentando abrir sin romperse.

El monitor pitó más despacio. Parecía que el cuerpo, por fin, también entendiera. Y en ese abrazo, Álvaro recibió algo que no sabía que le faltaba: que lo real también podía sostenerlo.

Capítulo 58 — La primera respiración

El abrazo duró más de lo que cualquiera habría imaginado. No fue un gesto rápido ni una descarga breve. Los dos necesitaban comprobar durante unos segundos largos que el otro no iba a desaparecer.

Cuando finalmente se separaron, Álvaro seguía con las manos apoyadas en el abrigo de Clara. Respiró hondo. El aire le quemó un poco los pulmones. El cuerpo parecía recordar de golpe que llevaba demasiado tiempo quieto. Clara lo observaba con atención, con esa mezcla de alivio y cuidado.

Álvaro tardó unos segundos en volver a hablar.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

La pregunta salió sin dramatismo. Solo curiosidad.

Clara no dudó.

—Desde el principio.

Álvaro frunció ligeramente el ceño.

—¿Desde que…?

No terminó la frase.

Clara entendió.

—Desde que te trajeron al hospital.

Álvaro miró a Gabriel. El terapeuta seguía en el mismo lugar donde había estado todo el tiempo, apoyado ligeramente contra la pared, observando la escena con una calma que ya no parecía distancia profesional, sino respeto.

—Entonces… —dijo Álvaro— ¿Crees que fue mejor no verla antes?

Gabriel tardó unos segundos en responder.

—Exacto Álvaro. Necesitabas reconstruir algunas cosas primero.

Álvaro lo miró con atención.

—Si hubieras visto a Clara al despertar —continuó Gabriel—, tu mente habría intentado colocarla dentro de la historia que ya tenías. Dentro de la isla. Álvaro bajó la mirada un momento. Sabía que era verdad.

—La habrías convertido en parte del refugio —añadió Gabriel con suavidad—. Y habría sido más difícil salir de él.

Álvaro asintió lentamente. No había reproche en su gesto. Solo comprensión.

—¿Cuántos días…? —preguntó Álvaro al cabo.

Esta vez Gabriel no evitó la respuesta.

—Veintidós.

La palabra cayó en la habitación con una gravedad tranquila.

—Estuviste en coma veintidós días.

Álvaro no reaccionó con sorpresa. Era como si su cuerpo ya lo supiera. Se sentó despacio en el borde de la cama. Las piernas le temblaban un poco, pero no parecía preocupado por eso.

—Y durante ese tiempo… —dijo— yo estaba allí.

Gabriel asintió.

—Tu mente necesitó un lugar donde ordenar todo lo que llevabas dentro. Álvaro dejó escapar una respiración larga.

—La isla.

Gabriel no corrigió el término.

—Sí.

Hubo un momento de silencio. Álvaro miró sus manos.

—Pensé que estaba escapando de la realidad.

Gabriel negó suavemente.

—No estabas escapando.

Esperó un instante antes de terminar la frase.

—Te estabas preparando para volver.

Las palabras se asentaron despacio. Álvaro levantó la mirada hacia Clara.

—¿Sabías…?

Clara entendió la pregunta.

—Sabía que estabas muy cansado —dijo—. Y sabía que estabas luchando.

No añadió nada más. No hacía falta.

—Aún me cuesta pensar que los demás…No estén —murmuró.

Gabriel lo observó con calma.

—Como te dije, siguen estando Álvaro, pero no como antes. –.Señaló ligeramente el pecho de Álvaro.

—Ahora sabes dónde están.

Álvaro permaneció en silencio unos segundos largos. No parecía triste exactamente. Era algo más complejo.

—Leo… —dijo finalmente—. Siempre intentaba entenderlo todo.

Gabriel sonrió apenas.

—Esa parte no ha desaparecido.

—Y Diego…

—Sigue ahí también.

Álvaro dejó escapar una pequeña sonrisa cansada.

Clara apoyó una mano suave en el hombro de Álvaro.

—Sigues siendo tú —dijo.

Álvaro la miró. Durante un momento muy breve pareció medir el peso de esa frase. Luego respiró más hondo. La habitación estaba tranquila.

No había mar, ni viento, ni bosque...Tampoco había vacío.

Álvaro levantó la mirada hacia Gabriel.

—¿Y ahora qué?

Gabriel se acercó unos pasos. Su voz fue tranquila.

—Ahora descansas... Y mañana comenzamos a vivir con todo esto.

Miró un instante a Clara y luego volvió a Álvaro. Álvaro apoyó la espalda contra la cama.

Por primera vez desde que había despertado, el cansancio no parecía una derrota. Parecía descanso. Clara se sentó a su lado. No hablaron durante un rato. Gabriel apagó la lámpara más fuerte de la

habitación, dejando solo una luz suave cerca de la ventana. Antes de salir, se detuvo un segundo en la puerta. Miró a Álvaro.

—La isla hizo su trabajo.

Álvaro sostuvo su mirada. Esta vez no necesitó preguntar nada más. Cuando Gabriel cerró la puerta, la habitación quedó en silencio. Pero este era un silencio distinto. No era el de la isla. Era uno que pertenecía al mundo real, y en el cual Álvaro no tenía miedo de quedarse.

Capítulo 59: Donde todo encaja

Álvaro llevaba despierto desde hacía un rato. No tenía la sensación de haber dormido profundamente, pero sí algo distinto: una quietud que no recordaba haber sentido en mucho tiempo.

Miró sus manos. No temblaban. En la mesilla había un vaso de agua y un pequeño cuaderno que alguien había dejado allí la noche anterior. No lo había abierto.

Escuchó pasos suaves en el pasillo. La puerta se abrió apenas unos centímetros. Clara asomó primero la cabeza, como si no quisiera interrumpir algo delicado.

—¿Se puede?

Álvaro levantó la vista y sonrió.

—Si vienes tú, siempre.

Clara entró con una pequeña bandeja de cartón donde descansaban dos cafés. Dejó uno en la mesilla y se sentó en la silla junto a la cama.

Durante unos segundos no dijeron nada. Solo compartieron el silencio.

—¿Has dormido? —preguntó ella finalmente.

Álvaro asintió.

—Sí… —dijo despacio—. Y es raro, porque creo que es la primera vez en mucho tiempo que no sueño con la isla.

Clara lo observó con atención.

—Eso suena bien.

—Sí —respondió él—. Supongo que sí.

En ese momento llamaron suavemente a la puerta.

Gabriel apareció en el umbral con la misma calma que parecía acompañarlo siempre. Entró sin prisa y se apoyó en la pared cercana a la ventana.

—Buenos días, Álvaro.

—Buenos días.

—¿Cómo te encuentras hoy?

Álvaro pensó unos segundos antes de responder.

—Como si alguien hubiera movido los muebles dentro de mi cabeza… y ahora tuviera que volver a aprender dónde está todo.

Gabriel sonrió ligeramente.

—Es una buena metáfora.

El silencio volvió a instalarse entre los tres, pero no era incómodo. Era el tipo de silencio que permite que algo aparezca.

Álvaro frunció ligeramente el ceño.

—Hay algo raro.

Gabriel no respondió. Solo esperó.

—He estado pensando de nuevo en ellos —continuó Álvaro—. En la isla.

Bajó la mirada hacia sus manos.

—Y me he dado cuenta de algo… extraño.

Clara inclinó la cabeza.

—¿Qué cosa?

Álvaro respiró hondo.

—Cuando intento recordar sus caras… no puedo hacerlo bien.

Le sorprendió oírse decirlo en voz alta.

—Recuerdo perfectamente lo que decían, cómo caminaban… incluso cómo se reían.

Levantó la vista hacia Gabriel.

—Pero los rostros… son borrosos. Como si estuvieran hechos de niebla.

Gabriel permaneció en silencio unos segundos.

—Cuando no piensas en sus caras —preguntó finalmente—, ¿qué es lo primero que recuerdas de ellos?

Álvaro apoyó la espalda en la almohada.

—Diego.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Siempre estaba pendiente de todo.

Se quedó mirando el techo mientras hablaba.

—Revisaba el agua, los caminos… vigilaba por la noche.

Su expresión se volvió más seria.

—Con él cerca… nunca tenía miedo.

Gabriel asintió despacio.

—¿Y cuándo en tu vida has necesitado sentirte protegido de esa manera?

Álvaro tardó en responder.

—Mucho tiempo.

Carraspeó ligeramente.

—Leo era distinto. – miró por la ventana – Siempre estaba escribiendo algo. Observándolo todo.

Recordó el cuaderno.

—Era el único que intentaba entender lo que estaba pasando en la isla.

Gabriel se inclinó ligeramente hacia delante.

—Quizá era la parte de ti que necesitaba encontrar sentido a todo aquello.

—Puede ser.

Luego soltó una pequeña risa.

—David, en cambio…

Clara levantó una ceja.

—El de los chistes.

—Sí. Incluso cuando todo estaba mal, él encontraba alguna forma de hacer una broma.

Clara lo miró con ternura.

—Tú también haces eso.

Álvaro la miró sorprendido.

—¿Yo?

—Sí.

Clara se encogió ligeramente de hombros.

—A veces cuando algo te duele mucho… haces un comentario gracioso. Como si quisieras quitarle peso.

Álvaro guardó silencio. Era verdad. Miró sus manos otra vez.

—Marta… – Su voz se volvió más baja sin darse cuenta. —Ella hablaba mucho del pasado.

Recordó el fuego, la arena, la noche.

—Decía que todos llevamos cosas enterradas dentro.

Gabriel lo observó con atención.

—¿Y qué crees que estaba esperando ser desenterrado?

Álvaro no necesitó pensarlo mucho.

—Mi madre.

La palabra salió con una calma que antes no habría sido posible. El silencio no pesaba. Álvaro levantó la vista hacia Clara.

—Pero tú estabas allí.

Clara sostuvo su mirada.

—Sí.

Gabriel habló entonces con suavidad.

—Clara no nació en la isla, Álvaro.

Él lo sabía. En algún lugar de su mente siempre lo había sabido.

—Tu mente la llevó allí porque confiaba en ella.

Clara bajó la mirada un instante.

—Yo no puedo imaginar la isla salvo por los detalles que tú nos dices. —dijo despacio—.

Luego volvió a mirarlo.

—Pero sí recuerdo hablar contigo mientras estabas dormido.

Álvaro frunció el ceño.

—¿Dormido?

Gabriel intervino con calma.

—Has estado en coma veintiún días.

Álvaro respiró lentamente.

—Entonces… todo eso…

Miró a Gabriel.

—¿Pasó mientras estaba inconsciente?

Gabriel negó con suavidad.

—Tu cuerpo estaba inconsciente.

Hizo una pequeña pausa.

—Tu mente estaba trabajando más que nunca.

Álvaro dejó escapar el aire que llevaba reteniendo sin darse cuenta. Recordó la isla, el bosque, la cabaña, sus amigos. Todo encajaba de una forma extraña y perfecta. Después de unos segundos, habló.

—Os parecerá una locura...Pero en parte me da pena no volver a verlos.

No era tristeza exactamente en ese momento. Gabriel negó lentamente.

—Es normal que sientas eso, aunque como ya te he dicho, sí los verás, pero ya no fuera de ti.

Clara estiró la mano y tomó la de Álvaro. Él no la apartó. Durante un momento, los tres permanecieron así. Después Álvaro giró la cabeza hacia la ventana. El sol comenzaba a asomar entre los edificios del hospital. El primer amanecer real que veía desde que había despertado.

Capítulo 60: Hasta pronto

Una semana después, el hospital había dejado de sentirse como un lugar suspendido en el tiempo.

Los días habían pasado despacio, pero con una dirección clara. El cuerpo de Álvaro respondía mejor cada mañana. Caminaba más firme por los pasillos, necesitaba menos ayuda para levantarse de la cama, y el cansancio, aunque seguía ahí, ya no era una pared contra la que chocaba cada vez que intentaba avanzar.

La memoria también había empezado a ordenar sus piezas. No lo había hecho de golpe. Había llegado en pequeñas oleadas: nombres, lugares, fragmentos de conversaciones antiguas, imágenes de habitaciones que reconocía antes incluso de recordar por qué. Era como entrar en una casa a oscuras y encender las luces una a una. Nada de aquello le sorprendía ya. Había comprendido que algunas cosas regresarían despacio. Y que otras no necesitaban volver exactamente como eran.

Aquella mañana le entregaron una bolsa con su ropa. La camiseta le quedaba ligeramente más grande de lo que recordaba. Había perdido peso. Se miró un momento en el espejo del baño de la habitación y tardó un segundo en reconocerse del todo. No por el rostro, sino por la expresión. Había algo distinto en ella. Algo más tranquilo.

Cuando salió al pasillo, Clara ya lo estaba esperando.

Llevaba apoyada la espalda contra la pared, con los brazos cruzados y el mismo abrigo que había llevado el día que entró en la habitación por primera vez. Cuando lo vio aparecer, su gesto cambió con una sonrisa abierta.

—¿Listo? —preguntó.

Álvaro asintió.

—Creo que sí.

Caminaron juntos por el pasillo hasta el despacho de Gabriel.

La puerta estaba entreabierta. Gabriel estaba dentro, revisando unos papeles sobre la mesa. Levantó la vista cuando escuchó el golpe

suave en la puerta.

—Adelante.

Álvaro entró primero. Clara se quedó un momento en el umbral antes de pasar también.

El despacho no había cambiado. La misma lámpara encendida a media luz, la misma estantería, la misma planta en la esquina que parecía llevar allí más tiempo que cualquiera de los tres.

Gabriel se levantó.

Durante unos segundos ninguno habló. No era un silencio incómodo. Era el tipo de silencio que aparece cuando no hace falta apresurarse a llenar el espacio.

—Así que ya te dejan escapar —dijo finalmente Gabriel.

Álvaro dejó escapar una pequeña sonrisa.

—Eso parece.

—Buena señal.

Gabriel lo observó con atención, como había hecho tantas veces durante aquellos días, pero esta vez su mirada no estaba buscando síntomas ni señales clínicas. Era otra cosa. Una forma tranquila de comprobar que lo que tenía delante era real.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Álvaro pensó la respuesta un instante.

—Cansado —dijo al final—. Pero… aquí.

Gabriel asintió.

—Eso ya es mucho.

El silencio volvió a instalarse unos segundos entre los tres.

Álvaro miró un momento la libreta sobre la mesa. La misma que había visto el primer día en aquel despacho. Ya no le producía inquietud. Era solo un objeto más en una habitación que empezaba a resultarle familiar.

—Supongo que esto no es exactamente un adiós —dijo.

Gabriel negó ligeramente.

—No lo es.

—Seguiremos viéndonos.

—Sí.

Álvaro respiró hondo.

—Gracias...

La palabra quedó flotando en el aire unos segundos más de lo que suele ocurrir cuando alguien la pronuncia por compromiso.

Gabriel no respondió de inmediato.

—El trabajo lo has hecho tú —dijo finalmente.

Álvaro negó con la cabeza.

—No habría llegado hasta aquí sin tu ayuda.

Gabriel sostuvo su mirada un instante más largo de lo habitual. Luego dio un paso hacia delante.

Durante una fracción de segundo pareció dudar, como si la parte profesional de su mente evaluara el gesto. Después dejó esa duda a un lado y abrió los brazos.

El abrazo fue breve. Sincero.

Gabriel lo rodeó con los brazos con una firmeza tranquila, como si quisiera asegurarse por un momento de que aquel cuerpo frágil que tenía delante estaba realmente de vuelta.

Álvaro sintió el calor de ese gesto atravesarle el pecho. Durante años se habían despedido con palabras medidas, con ese protocolo invisible que separa a un terapeuta de su paciente.

El abrazo duró poco más de 1 segundo, pero fue suficiente para que Álvaro entendiera algo simple: aquel hombre se había preocupado de verdad por él.

Cuando se separaron, Gabriel sonrió.

—Me alegro de que estés aquí Álvaro. Buen trabajo. Nos veremos pronto.

Clara observaba la escena desde un lado del despacho, sin intervenir. Cuando Gabriel se volvió hacia ella, intercambiaron una mirada breve, de esas que no necesitan palabras.

—Cuídalo —dijo Gabriel.

Clara respondió con media sonrisa.

—Lo intento desde hace años.

Salieron del despacho juntos.

El pasillo del hospital estaba más lleno que otros días. Carros, enfermeras, voces lejanas que se cruzaban sin prestar demasiada atención a nadie en particular. Álvaro caminaba despacio, pero ya no necesitaba apoyarse en la pared.

Cuando llegaron a la puerta principal, Clara se adelantó un paso para empujarla.

El aire de la calle entró de golpe. Era fresco. Álvaro se detuvo un segundo en el umbral.

El sol de la tarde caía sobre la acera. El ruido de los coches, las conversaciones lejanas, el movimiento normal de la ciudad le parecieron extrañamente intensos después de tantos días de pasillos blancos y habitaciones cerradas.

Respiró hondo.

El aire tenía olor a algo vivo. A asfalto caliente, a árboles cercanos, a la mezcla de cosas pequeñas que forman una ciudad en movimiento.

Clara lo observó sin decir nada.

—¿Todo bien? —preguntó al cabo de unos segundos.

Álvaro asintió.

—Sí.

Miró la calle una vez más antes de bajar los escalones de la entrada.

—Solo estaba comprobando algo.

—¿El qué?

Álvaro dio el primer paso hacia la acera.

—Que el mundo sigue aquí.

Clara caminó a su lado.

—Nunca se fue.

Álvaro no respondió.

Pero mientras avanzaban hacia el coche, comprendió que aquella frase era verdad.

Capítulo 61: La primera noche

La casa de Clara estaba en una calle tranquila, de esas en las que el ruido de la ciudad llega amortiguado, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo. Cuando aparcaron frente al portal, Álvaro tardó unos segundos en abrir la puerta del coche. No estaba nervioso. Era algo distinto. Una sensación parecida a cuando uno vuelve a un lugar después de mucho tiempo y necesita un momento para reconocerse dentro de él.

Clara apagó el motor y lo miró de reojo.

—¿Todo bien?

Álvaro asintió.

—Sí.

Salieron del coche y caminaron hasta el portal. Clara buscó las llaves en el bolsillo del abrigo y abrió la puerta con un gesto que parecía repetido mil veces.

El edificio olía a madera vieja y a detergente reciente. Subieron las escaleras. Clara iba un paso por delante, sin mirar atrás, como si supiera que Álvaro necesitaba ese pequeño espacio para avanzar a su ritmo.

Cuando llegaron al piso, Clara giró la llave y empujó la puerta.

—Bienvenido —dijo, apartándose para dejarle pasar.

Álvaro entró despacio.

La casa era sencilla. Un salón pequeño con un sofá amplio, una mesa baja con algunos libros apilados, una lámpara de pie encendida que dejaba caer una luz cálida sobre la habitación. No había nada extraordinario, y sin embargo todo tenía algo reconfortante.

Se quedó quieto unos segundos en medio del salón.

Clara dejó las llaves en un cuenco sobre una estantería.

—No esperes demasiado orden —dijo—. He estado un poco... ocupada.

Álvaro miró alrededor.

—Está bien.

Y lo estaba. Había algo en aquel lugar que no pedía explicaciones. Una normalidad tranquila, sin preguntas.

Clara se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla.

—¿Tienes hambre?

Álvaro se encogió ligeramente de hombros.

—Creo que sí.

—Perfecto. Yo también.

Fue hacia la cocina y encendió la luz. Desde el salón, Álvaro podía oír el sonido de los cajones abriéndose, el golpe suave de una olla contra la encimera, el agua corriendo en el fregadero.

—No esperes nada sofisticado —dijo Clara desde la cocina—. Pasta.

—Me parece un lujo.

Clara soltó una pequeña risa.

Mientras ella preparaba la cena, Álvaro se sentó en el sofá. No estaba cansado exactamente, pero el cuerpo todavía tenía una forma distinta de responder a las cosas. Los días en el hospital le habían enseñado a moverse con más calma, a no exigirle demasiado a cada paso.

Miró alrededor de nuevo. Había fotografías en una repisa del salón. No se levantó para verlas de cerca, pero reconoció algunas formas:

un paisaje de montaña, una playa, una imagen borrosa en la que parecían estar los dos, años atrás.

La cocina volvió a llenarse con el sonido del agua hirviendo.

—¿Te acuerdas de dónde están los platos? —preguntó Clara.

Álvaro sonrió apenas.

—Más o menos.

Se levantó despacio y entró en la cocina.

—Aquí —dijo Clara señalando un armario—. A la derecha.

Álvaro abrió la puerta del armario y sacó dos platos. El gesto era simple, pero durante un segundo sintió algo parecido a una pequeña victoria. La memoria no estaba rota. Solo había necesitado tiempo.

Cenaron en la mesa pequeña de la cocina.

La conversación fue ligera. Hablaron de cosas sin importancia: del tráfico a la salida del hospital, de lo raro que era el sabor de la comida del hospital, de lo extraño que resultaba volver a ver gente caminando por la calle sin pensar demasiado en nada.

Ninguno mencionó la isla. No hacía falta.

Cuando terminaron, Clara recogió los platos y los dejó en el fregadero.

—Los lavaré mañana —dijo.

Álvaro se apoyó un momento en la encimera.

—Gracias por... —empezó a decir.

Clara levantó una mano.

—No empieces otra vez.

—No iba a hacer un discurso.

—Eso dices siempre.

Se miraron un momento en silencio.

Clara apagó la luz de la cocina y volvieron al salón.

La noche había caído del todo. Desde la ventana se veía la calle iluminada por farolas naranjas. Algún coche pasaba de vez en cuando.

Álvaro miró el sofá.
—Bueno —dijo—. Creo que debería irme.
Clara frunció el ceño.
—¿Irte a dónde?
—A mi casa.
Clara lo miró como si acabara de escuchar algo absurdo.
—Ni hablar.
—No quiero molestarte.
—No molestas.
Álvaro dudó.
—Solo... pensaba que quizá...
Clara negó con la cabeza.
—Álvaro, acabas de salir del hospital.
—Ya estoy bien.
—Sí, claro. Y yo soy astronauta.
Álvaro dejó escapar una pequeña risa.
Clara se cruzó de brazos.
—Te quedas aquí. Al menos estos primeros días.
—Podría dormir en el sofá.
Clara lo miró un segundo, y luego señaló el pasillo con la barbilla.
—No seas tonto.
Álvaro parpadeó.
—¿Perdón?
—La cama es grande.
Álvaro tardó un instante en reaccionar.
—Clara...
—Hay sitio de sobra —dijo ella con naturalidad—. No le des más vueltas.
El silencio que siguió no fue incómodo.

Fue simplemente nuevo.

Álvaro asintió al final.

—Vale.

Clara se giró hacia el pasillo.

—Entonces ven.

La luz del dormitorio estaba encendida cuando entraron.

Era una habitación sencilla. Una cama grande, una mesilla con un libro abierto, una lámpara pequeña encendida.

Clara se sentó en el borde de la cama para quitarse los zapatos.

Álvaro se quedó de pie unos segundos, mirando la habitación como si estuviera aprendiendo su forma.

—¿Todo bien? —preguntó Clara.

Álvaro asintió.

—Sí.

Clara apagó la lámpara principal y dejó solo la de la mesilla encendida.

—Anda —dijo—. Acuéstate.

Álvaro rodeó la cama y se tumbó con cuidado en el lado libre. El colchón cedió un poco bajo su peso. Clara se tumbó también. La lámpara se apagó. La habitación quedó en silencio.

Durante unos minutos ninguno habló. Solo se oía la respiración tranquila de Clara y algún coche lejano pasando por la calle.

Álvaro miraba el techo oscuro.

—Clara —dijo finalmente.

—¿Sí?

—En la isla... hubo una noche en la que solo quedábamos nosotros dos.

Clara giró ligeramente la cabeza hacia él en la oscuridad.

—Cuéntame —dijo con suavidad.

Álvaro respiró hondo, como si estuviera buscando las palabras correctas para explicar algo que había vivido solo.

—Fue la última noche que pasábamos juntos.

Su voz era baja, casi pensada más que hablada.

—La cabaña estaba en silencio. Un silencio raro. No era el del bosque cuando todo se calma. Era… como si el mundo se hubiera quedado vacío.

Clara escuchaba sin interrumpir.

—Ya no quedaba nadie —continuó Álvaro—. Leo, Diego, Marta, David… todos se habían ido. Y yo sabía que algo estaba terminando.

Clara inspiró despacio.

—¿Y qué pasaría luego? —preguntó.

Álvaro giró un poco la cabeza hacia ella.

—Que me iba a quedar solo. Justo a la mañana siguiente, me llevaste a un claro precioso en la isla donde te despediste de mí. Me decías que tenías que irte porque los últimos pasos debía darlos yo.

Clara frunció ligeramente el ceño en la oscuridad.

—Pero no estabas solo.

—Lo parecía.

El silencio volvió a instalarse entre los dos.

Álvaro continuó después de un momento.

—Lo curioso es que esa última noche juntos no tenía miedo.

—¿No?

—No.

Se quedó mirando el techo.

—¿Sabes por qué?
—Dime – miraba atentamente a Álvaro.

—Porque estabas tú.

Clara sintió algo apretarle el pecho al escucharlo.

—Aunque ahora sé que no estabas realmente allí —añadió él—, en ese momento… lo estaba viviendo como si fuera verdad.

Giró la cabeza hacia ella.

—Y eso bastaba.

Clara permaneció en silencio unos segundos.

—El día que te fuiste entendí algo.

Clara no habló. Esperó.

—Que no podía seguir viviendo como había estado viviendo.

Sus palabras no tenían dramatismo. Eran simples.

—Que había pasado demasiado tiempo huyendo de cosas que ya habían pasado.

Clara escuchaba con una atención tranquila.

—Esa noche pensé que tú te ibas —dijo él—. Que cuando amaneciera ya no habría nadie.

Clara giró un poco el cuerpo hacia él.

—Pero no me fui.

—No.

—Estoy aquí.

El silencio volvió a llenar la habitación.

Álvaro se giró ligeramente hacia ella.

—Sí.

Dejó pasar un momento.

—Gracias.

Clara soltó una pequeña exhalación.

—No tienes que darme las gracias.

—Sí tengo.

—No.

—Clara…

—Álvaro —lo interrumpió con suavidad—. Llevo demasiados años contigo como para empezar ahora a contar favores.

Álvaro dejó escapar una pequeña risa.

El sonido fue breve, pero real.

La habitación estaba completamente a oscuras. Solo la luz tenue de la calle entraba por la ventana y dibujaba formas suaves en el techo.

Entonces Álvaro levantó la mano lentamente.

Clara no se apartó cuando sus dedos rozaron su mejilla. El gesto fue cuidadoso y dulce, casi inseguro, como si todavía necesitara comprobar que aquel contacto pertenecía al mismo mundo que la cama, la casa, la noche tranquila que los rodeaba.

Se acercó un poco más.

—En la isla… —dijo en voz baja— aquella última noche en la cabaña… me quedó algo pendiente, me quedé con las ganas de hacer algo.

Clara lo miró en la oscuridad.

—¿El qué?

Álvaro no respondió con palabras. Acortó la distancia con una lentitud tranquila, sin prisa, como si aquel gesto hubiera estado esperando demasiado tiempo a encontrar su momento. No era un impulso, ni era una necesidad urgente. Era algo que, de alguna manera, siempre había estado ahí, esperando a que él dejara de huir.

Antes de llegar, dudó apenas un segundo. No por miedo. Sino por todo lo que significaba. Álvaro no quería besar a alguien para llenar un vacío, ni para escapar de sí mismo, ni para agarrarse a algo que no entendía. Esta vez estaba eligiendo quedarse.

Sus labios encontraron los de Clara.

Al principio fue solo un roce. Un contacto leve, casi exploratorio, como si ambos necesitaran comprobar que aquello era real.

Clara no se apartó. Respiró despacio. Y respondió.

No con urgencia. No con sorpresa.

Sino con una suavidad que tenía algo de reconocimiento. Como si, en lugar de empezar algo nuevo, estuvieran poniendo nombre a algo que llevaba mucho tiempo existiendo en silencio.

El beso se sostuvo un instante más. Un segundo que no pesaba. Un segundo que no exigía nada.

Álvaro sintió el calor de su respiración mezclarse con la suya, la cercanía real de alguien que siempre había estado ahí incluso cuando él no sabía cómo quedarse. No sintió necesidad de ir a ningún otro sitio. Sabía que, por fin, se sentía en casa.

Cuando se separaron, no lo hicieron del todo. Clara apoyó la frente contra la suya. Se quedó ahí. Cerca. Muy cerca.

Y en ese gesto había algo distinto. No era duda. No era confusión. Era una forma tranquila de estar. Como si también ella hubiera entendido algo. Sin necesidad de decirlo.

Luego se acomodó un poco más y apoyó la cabeza sobre su pecho.

Álvaro sintió su respiración, pausada, estable, como un ritmo al que podía acostumbrarse sin miedo.

Ninguno habló.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, escuchando la respiración del otro, el ruido lejano de la ciudad, el leve crujido de la casa.

Álvaro cerró los ojos. Esta vez, el sueño no se parecía a una caída ni a un refugio. Era simplemente eso... Descanso.

Quedaban muchas cosas por entender. Muchas conversaciones. Muchos pasos todavía por dar. Pero sabía que no tenía que recorrerlos solo.

Mientras el sueño llegaba, despacio, Álvaro comprendió algo que en la isla apenas había empezado a intuir: que lo importante no era haber encontrado todas las respuestas. Era haber decidido quedarse.

Y esta vez, cuando el silencio llenó la habitación, no tuvo miedo de él.